



CARDENAL ROBERT SARAH
con Nicolas Diat

**DIOS
O
NADA**

PALABRA

Cardenal Robert Sarah
con Nicolas Diat

Dios o nada
Entrevista sobre la fe



Título original: *Dieu ou rien. Entretien sur la foi* Du Cardinal Sarah avec Nicolas Diat

Colección: Mundo y cristianismo

Director de la colección: Javier Martín Valbuena

© Librairie Arthème Fayard, 2015

© Ediciones Palabra, S.A. 2015

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

Traducción: © Gloria Esteban Villar

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Fotografía de portada: Stefano Spaziani

Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-306-1

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

*A monseñor Louis Barry,
a quien la fe hizo tan grande.*

*Al hermano Vincent
y a todos los que se turnan
infatigables a su cabecera.*

«Para Dios no hay nada imposible».

Lc 1, 37

«Tened una sola alma y un solo corazón
orientados hacia Dios».

San Agustín, *Regla*.

«Puesto que el hombre mundano quiere cambiar su sitio,
su destino, sus ídolos, y cambiarlos para siempre,
el amigo de Dios debe conservar y quedarse
en el sitio en que Él lo ha puesto.
En efecto, entre los amigos de Dios y los del mundo
se dan una antítesis y una ruptura.
Lo que uno elige, el otro lo rechaza. De otro modo,
ya no habría dos bandos, sino uno solo: el mundo».

Padre Jérôme, *Écrits monastiques*.

PRÓLOGO

«Dios anda por caminos hondos».

PADRE JÉRÔME, *Car toujours dure longtemps...*

Hay encuentros radicales que cambian en parte nuestro modo de mirar. El mío con el cardenal Robert Sarah es exactamente de ese tipo. No existen un antes y un después, pero sí la evidencia de encontrarse con un hombre de Dios.

En *L'Art d'être disciple*, el padre Jérôme, monje de Notre-Dame de Sept-Fons – abadía de la Orden Cisterciense de la estricta observancia–, escribía: «No pidáis a vuestro maestro que os hable para no decir nada. Preguntadle sobre los problemas del destino humano y sobre problemas afines, problemas siempre actuales. ¿Cómo los vive él? ¿Cómo hace para aceptarlos con valor y serenidad? Preguntadle por lo que conoce con certeza, por lo que no se cuestiona, por lo que considera indiscutible e inmutable. Hacedle hablar sobre el drama de su verdadera personalidad, no sobre la comedia artificial que pueden imponerle las circunstancias. Hacedle hablar sobre su insatisfacción y sus esperanzas, sobre su fe, sobre su confianza en Dios, sobre su oración. Preguntadle cómo y hasta qué punto, mediante la entrega de sí, se ha liberado de sí mismo. Averiguad de dónde viene el discernimiento de sus negaciones. Que os confíe lo que descubre en su silencio. Que os diga cuál es el origen de sus lágrimas y la razón de su sonrisa. Id a lo esencial del hombre. Y si para ayudaros accede a recuperar sus cuadernos escolares o sus herramientas de aprendiz, agradecédselo con vuestra docilidad».

Durante estos meses de entrevistas con el cardenal Robert Sarah he procurado poner en práctica las sencillas y exigentes directrices del padre Jérôme. Este santo monje trapense se dirigía a un novicio invitándole a comprender cada vez mejor los consejos y las sugerencias de su maestro.

El cardenal Robert Sarah es un maestro espiritual extraordinario. Un hombre grande por su humildad, un guía firme y suave, un padre que no se cansa nunca de hablar del Dios al que ama.

El cardenal Robert Sarah ha tenido una vida excepcional, por muy sincero que sea al creer que su existencia es, al fin y al cabo, bastante corriente.

El cardenal Robert Sarah es un compañero de Dios, un hombre de misericordia y de perdón, un hombre de silencio, un hombre bueno.

Cuando pienso en todas las horas que hemos pasado juntos trabajando en este libro, siempre recuerdo los primeros momentos en que me hablaba de su infancia en la Guinea más remota, en plena sabana –en el otro extremo del mundo–; de su pequeño poblado de Ourous, de la penumbra de la iglesia, de los misioneros, de sus padres y de su pueblo, los coniaguis.

Estoy seguro de que Dios ha posado sobre el cardenal una mirada especial; y creo también que sus expectativas son inmensas. Dios puede estar tranquilo, porque el cardenal le ama de la mejor manera que tiene el hombre de amar a su Padre.

En este libro, el nuevo prefecto de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos cita mucho a Benedicto XVI. Con admiración, con gratitud y con gozo.

Pero el pontífice del que el cardenal Robert Sarah se siente más cerca es Pablo VI. Entre Giovanni Battista Montini y este hijo de África existe una especie de relación misteriosa. Sus dos espiritualidades, sus dos místicas, sus dos teologías convergen –del mismo modo sencillo y ascético– en Dios.

De hecho, en las horas finales de su pontificado Pablo VI eligió a un sacerdote con escasa experiencia para hacer de él el obispo más joven del mundo. Ese hombre era el padre Sarah. Pero la relación entre ellos es más amplia, más secreta, más profunda. El vínculo que une a Pablo VI y al cardenal Sarah tiene que ver con el espíritu de infancia, con la docilidad, la radicalidad, la exigencia de la verdad a cualquier precio.

Durante la audiencia general del 1 de septiembre de 1976, Pablo VI decía: «Para construir la Iglesia es preciso esforzarse, es preciso sufrir. La Iglesia debe ser un pueblo de fuertes, un pueblo de testigos animosos, un pueblo que sabe sufrir por su fe y por su difusión en el mundo, en silencio, de modo gratuito y con amor». Dos años más tarde dejaba este mundo. Pero algunas de estas palabras las podría volver a pronunciar el cardenal, que no olvida nunca que «la Iglesia debe ser un pueblo de fuertes», porque en su vida no ha habido nada fácil ni gratuito. Un hombre que ha vivido uno de los regímenes dictatoriales más sangrientos de África valora mejor que nadie esta meditación de Pablo VI, que data de 1963, momento en que el sucesor de Pedro iniciaba su andadura: «¿Dios habla al alma agitada o al alma serena? Sabemos bien que, para escuchar esa voz, tiene que reinar cierta calma, cierta tranquilidad. Debemos mantenernos alejados de toda amenaza de ansiedad o nerviosismo, ser nosotros mismos. Ahí reside lo esencial: ¡en nosotros mismos! En consecuencia, el encuentro no es fuera, sino dentro de nosotros mismos».

Y si hubiera que guardar en la memoria un solo pasaje de este libro, ese es sin duda el de la confidencia del cardenal acerca del momento en que le parecía imposible asumir su episcopado frente a tantos problemas políticos, económicos y sociales como existían en Guinea-Conakri. Entonces Robert Sarah se retiró a una ermita, lejos del ruido y de la violencia, para pasar varios días a solas con Dios ayunando, sin alimento y sin agua, con la única compañía de la Eucaristía y la Biblia. Ahí está toda la personalidad del niño de Ourous formado por los espiritanos. Ahí y en ningún otro sitio. Su mensaje es el de Pablo VI, quien en 1970 no dudaba en afirmar: «Es preciso que cada uno aprenda a orar en sí mismo y de sí mismo. El cristiano debe saber tener una oración personal. Cada

alma es un templo. ¿Y cuándo entramos en ese templo de nuestra conciencia para adorar a Dios presente en ella? ¿No seríamos almas vacías, aun siendo cristianas, almas ausentes de nosotros mismos, si olvidáramos ese encuentro misterioso e inefable, el diálogo filial y embriagador que Dios, el Dios único en tres personas, se digna ofrecernos en nuestro interior?».

En la vida del cardenal Sarah son muchos los acontecimientos extraordinarios, especialmente las raíces de su vocación sacerdotal. No había nada en su entorno animista que lo predispusiera a abandonar su aldea a los once años para ingresar en el seminario menor. El día en que dejó a sus padres, con una pequeña maleta como única posesión, marcó el inicio de una larga y turbulenta travesía, como si unas fuerzas tenebrosas intentaran por todos los medios impedir que aquel adolescente se convirtiera en sacerdote: la pobreza, la separación de su familia, la dictadura marxista, la persecución militar, la tempestad que azotaba a la Iglesia, los vientos contrarios de la ideología... Pero ese hombre resistió, porque creía que Dios estaría siempre a su lado.

Sabe, como los monjes, que la monotonía y la repetición de los días que pasan es también el resorte oculto del auténtico encuentro con Dios. ¡Cuántas veces le ha demostrado el curso de su vida que Dios le esperaba siempre un poco más allá!

Robert Sarah ha alcanzado, desde una religión primitiva, las cumbres del cristianismo.

Hoy sigue siendo exactamente el mismo: humilde, despierto y decidido. Juan Pablo II decía que en este mundo no hay que escatimar fuerzas, porque tendremos toda la eternidad para descansar. También Robert Sarah piensa que su trabajo solo se acabará en el instante de su muerte. Está aquí para servir a Dios y ayudar a los hombres.

En 2010, Benedicto XVI le confió el Pontificio Consejo *Cor unum*, cuya misión consiste en supervisar la caridad del Papa: una decisión tomada con la seguridad de que ese hombre procedente de un país humilde y frágil sabría comprender mejor que nadie la vida de los pobres. ¡Cuánta razón tenía el Papa emérito! Y es que el cardenal Sarah no ha descubierto la miseria en los libros, ni en salones burgueses ávidos de buena conciencia, ni en anfiteatros con la febril pretensión de cambiar el mundo mediante la voluntad desordenada de egos satisfechos de sí mismos... Nació en una familia pobre que no poseía nada y pudo estudiar gracias a la ayuda de unos misioneros franceses que se lo dieron todo.

En ocasiones las reflexiones del cardenal parecen duras y demasiado exigentes. Resulta un auténtico misterio cómo su radicalidad puede acabar desembocando en el camino del justo medio. Robert Sarah despliega en todo una obstinación suave y angelical.

«Consuélate, no me buscarías si no me hubieras encontrado ya», escribió Pascal en sus *Pensamientos*.

La voluntad del cardenal ha estado orientada siempre y únicamente a Dios. Porque el

permanente deseo de Robert Sarah es unirse a Él en la oración. Cree en la virtud de la oración. Esto es fácil de decir, pero en el caso de este hombre se trata del ritmo cardíaco de toda una vida. Es más, este hijo de intrépidos misioneros cree que la oración no es más que la traducción de los actos de amistad. También él puede decir con Pablo VI durante su estancia en Filipinas: «Jesucristo nos enseña que el amor de Dios es indisoluble del amor al prójimo. El apóstol debe estar sediento de una caridad cada vez más real, más universal. El amor a sus hermanos, y en especial a los más débiles y pobres, estará enraizado en el amor que Dios nos tiene a todos, particularmente a “los suyos más pequeños”. El amor a Dios no es una seguridad personal: es la exigencia de compartir».

Lejos de su patria, en Roma, el corazón de Robert Sarah sigue al lado de sus hermanos africanos, de cuantos padecen la guerra, la enfermedad, el hambre. En el otoño de 2014, cuando el papa Francisco le asignó su nueva misión, el cardenal se entristeció. Otros habrían sido felices con este ascenso, se habrían pavoneado dándose importancia... Robert Sarah no buscaba nada. No pedía nada. Solo deseaba continuar sirviendo a los pobres.

Con su sola persona nos proporciona la prueba de un éxito no espectacular, pero esencial. La piedad de este hombre, inadvertida y llena de matices, es de una sencillez intemporal. Su relación con Dios se basa en la evidencia, pues se alimenta de toda una vida de fidelidad, de constancia, de amor y de confianza. Es un guerrillero, un auténtico maestro en el arte de pasar desapercibido y, sin embargo, portador de una fuerza indescriptible.

El hijo de Claire y Alexandre Sarah se parece a veces a un monje a punto de partir para el gran viaje del encuentro con Dios, su amor. Es tranquilo, confiado, con una leve inquietud, un leve sufrimiento, rápidamente quebrados por el filo incandescente de su fe.

Los amigos de Dios siempre están ocultos bajo su sombra. Robert Sarah es un habitual en la casa de Dios y conoce bien sus puertas.

Nicolas Diat
Roma, 25 de enero de 2015

1. LOS SIGNOS DE DIOS EN LA VIDA DE UN NIÑO AFRICANO

«Pero la esperanza, dice Dios,
sí que me sorprende.
Me sorprende incluso a mí.
Esa pequeña esperanza
que parece una cosita de nada,
esa esperanza niña, inmortal...».

Charles Péguy,
El pórtico del misterio de la segunda virtud

NICOLAS DIAT: La primera pregunta de nuestra entrevista tiene que ver con su nacimiento en Ourous, en el corazón de la meseta de Guinea. No es fácil entender que un niño del África rural haya podido convertirse en cardenal...

CARDENAL ROBERT SARAH: Tiene usted toda la razón. Dados mis humildes orígenes, cuesta comprender que haya llegado hasta aquí.

Cuando pienso en el entorno animista, tan estrechamente ligado a sus costumbres, del que me sacó el Señor para hacer de mí un cristiano, un sacerdote, un obispo, un cardenal y uno de los colaboradores cercanos del Papa, me conmuevo en lo más hondo.

Nací el 15 de junio de 1945 en Ourous, un poblado de los más pequeños de Guinea, al norte del país, cerca de la frontera con Senegal. Es una región de media montaña, alejada de la capital –Conakri–, que las autoridades administrativas y políticas suelen considerar de escasa importancia.

Sí, mi tierra dista de Conakri unos 500 kilómetros. El trayecto para llegar hasta allí dura un día entero por caminos muy escarpados. A veces, en la temporada de lluvias, los coches se atascan. El viaje puede interrumpirse durante horas mientras se saca el coche del barro, solo para volver a hundirse un poco más adelante. Cuando vine al mundo, la mayoría de las carreteras no eran más que caminos de tierra.

Ourous representa la época más preciosa de mi vida en Guinea. Crecí en ese lugar aislado del mundo donde asistí a la escuela primaria. Seguíamos el mismo plan de estudios que los niños franceses y fue así como me enteré de que tengo antepasados galos...

Por aquella época, los padres espiritanos, miembros de la Congregación del Espíritu Santo, fundada en el siglo XVIII por Claude Poullart des Places y reformada en el XIX

por el padre François Libermann, ya habían convertido a la fe cristiana a muchos animistas. Los misioneros vinieron a nuestra región porque la presencia del Islam era escasa y vieron en ella un posible campo de evangelización. En Conakri, por ejemplo, la labor de conversión prácticamente no daba frutos, pues hacía mucho tiempo que los musulmanes ocupaban una posición dominante.

Hoy mi poblado es casi enteramente cristiano y cuenta con cerca de mil habitantes.

El jefe de Ourous de principios del siglo XX –la misión se fundó en 1912– acogió a los espiritanos con gran generosidad. Les cedió un terreno de más de cuarenta hectáreas para promover la implantación del culto católico. La explotación de las tierras permitía a los misioneros contar con los recursos necesarios para sostener a todos los frailes de la misión y mantener a los alumnos internos. Seis meses después de la llegada de los espiritanos, a uno de ellos se lo llevó una muerte prematura brutal. No hay que olvidar que por entonces la higiene era mínima. Había sobre todo muchos casos de malaria.

En este contexto, esos hombres de Dios aceptaban grandes sacrificios y asumían un montón de privaciones sin una sola queja, con una generosidad inagotable. Los habitantes del poblado les ayudaron a construir sus chozas. Luego, poco a poco, fueron levantando juntos una iglesia. El lugar de culto lo decoró el padre Fautrard, a quien monseñor Raymond Lerouge, primer vicario apostólico de Conakri, acababa de destinar a Ourous.

Mi padre fue testigo de la construcción de la misión y la iglesia. Me contó que fue elegido junto con otros siete chicos –animistas como él– para trasladar hasta el poblado la campana, que había llegado en barco a Conakri. Hicieron una semana de viaje agotador, turnándose entre ellos.

Más tarde, mi padre, Alexandre, se bautizó y se casó el mismo día: el 13 de abril de 1947, es decir, dos años después de mi nacimiento.

¿Cómo era la vida de su pueblo, los coniaquis, esa pequeña etnia del norte de Guinea?

Los coniaquis forman una población compuesta casi exclusivamente de agricultores y ganaderos, que han logrado conservar sus tradiciones. ¿De dónde proceden? Según algunos investigadores, los coniaquis están emparentados con los diolas de la Casamance, cuya lengua es prácticamente igual a la suya. Los diolas, de acuerdo con la tradición oral, descienden de Guelowar Bamana. A orillas del Geba, frente a Bissau, viven los diolas o *biagares*, cuyo territorio se extiende hasta Koli y limita con el de los basaris. Según la tradición oral de los griots, una muchacha coniaqui, Guelowar Bamana, sería el origen de las dinastías de Gabú o Kaabu, que se remontan al siglo XIII, y de todos los pueblos de la región del Sine, es decir, Senegal, Guinea-Bissau, Gambia y el noroeste de Guinea-Conakri: «En aquel tiempo, el hijo del rey se casó con una misteriosa muchacha

encontrada en la sabana: descendía de los espíritus y no hablaba mandinga. Le enseñaron a hablar y a comer como los mandingas, es decir, los malinkés. Del matrimonio nacieron cuatro hijas que se casaron con los reyes de Djimana, Pinda, Sama y el Sine. Solo pueden ser emperadores de Gabú los descendientes varones, pero por línea materna».

Mis antepasados eran animistas y fieles a los ritos y a las fiestas seculares, que siguen marcando el ritmo de su vida.

De niño, vivíamos en casas redondas de una sola habitación, construidas en ladrillo y recubiertas de adobe de paja, rodeadas de una «galería» donde solíamos comer. Al lado había una o dos casas pequeñas en las que almacenábamos el arroz, el fonio, los cacahuetes, el mijo y las cosechas. Teníamos campos y arrozales: con los productos de la tierra se alimentaba la familia y el sobrante se vendía en el mercado. Era una vida sencilla, sin roces, humilde y segura. La vida comunitaria y la ayuda mutua eran muy importantes.

Para colaborar en las tareas agrícolas, los habitantes del poblado se organizaban en grupos de quince o veinte. En temporadas de labranza y de cosecha, el grupo dedicaba unos días fijos a faenar en el campo de cada uno de sus miembros, siguiendo el turno establecido en un calendario elaborado de común acuerdo. Cuando se cumplía un ciclo, una vez que todos habían tenido al grupo trabajando en sus tierras, volvíamos a empezar hasta que terminaba la época de cultivo. Esta solidaridad permitía que, en su momento, todo el mundo recibiera la ayuda eficaz de su grupo. A veces una familia invitaba a otras personas del poblado a que la ayudaran en las faenas camperas. Después, a los amigos que habían aceptado la invitación, les ofrecían cerveza de mijo o hidromiel y les daban de comer.

¿Podría usted describir los antiguos ritos religiosos de sus antepasados, en particular ese tan importante del paso a la vida adulta?

El pueblo coniaqui es muy religioso, está muy unido a Dios, a quien llama *Ounou*. Pero solo puede entrar en contacto con él a través de los antepasados.

El Dios de mis antepasados es el Creador del universo y de todo lo existente. Es un Ser supremo, inefable, incomprendible, invisible e inaprensible. No obstante, se halla en el centro de nuestras vidas e impregna toda nuestra existencia. Entre los coniaquis no es raro encontrar nombres teofóricos como *Mpooun* («el segundo de Dios»), *Taoun* («el tercero de Dios»), *Ounouted* («es Dios quien sabe») o *Ounoubayerou* («¿eres Dios?»).

La esencia de la vida religiosa y ritual se articula en torno a un sistema doble: por un lado, los ritos funerarios; por otro, los ritos de iniciación.

Los ritos funerarios consisten en ofrendas sacrificiales hechas con la libación de sangre de animales o de cerveza de mijo. Las ofrendas se derraman en el suelo o al pie de un árbol sagrado, sobre un altar o sobre una estela de madera que representa a los

antepasados. Tienen como fin aplacar a los genios, dar gracias a Dios y pedir favores a los poderes sobrenaturales. Existen tres ritos o tres tipos de ofrendas. El «*rhavanhé*», en los funerales, es un momento ineludible, ya que abre la puerta del poblado de los antepasados a los difuntos de determinada edad: no se celebra el «*rhavanhé*» por los que han fallecido jóvenes o de niños, probablemente porque son inocentes, es decir, incapaces de cometer un mal grave y deliberado; tras su muerte se les readmite en el poblado de los antepasados sin necesidad de sacrificio. Después está el «*sadhëkha*», que se celebra como una ofrenda de acción de gracias por los bienes recibidos –por ejemplo, con ocasión de un nacimiento– o para pedir la bendición sobre algo importante. Por último, el «*tchëva*» tiene por objeto obtener el final de calamidades como la sequía o las plagas devastadoras de langostas, que devoran los campos, las hojas y los frutos de los árboles. Consiste en una procesión nocturna que recorre los campos y el poblado pidiendo la protección de Dios sobre los cultivos y los trabajos. Es un rito parecido al de las rogativas, practicado en la Iglesia católica hasta el Concilio Vaticano II y que aún existe en países como México. Lo celebran las mujeres y está presidido por el «*lukutha*», que confecciona una máscara especial para esta ceremonia. El «*lukutha*» es un espíritu con forma humana, vestido con fibras o con hojas para evitar que lo vean o lo reconozcan las mujeres y los niños no iniciados.

Por su parte, la ceremonia de iniciación de los jóvenes constituye un momento esencial en la vida del pueblo coniaqui. Va precedida del rito de la circuncisión, que se entiende como una prueba de resistencia física. De hecho, después de la circuncisión, realizada sin anestesia hacia los doce años, el chico no debe llorar, por muy dolorido que esté. Esta intervención abre un período transitorio de entre dos y tres años, destinado a prepararlo para la iniciación: tiene como fin llevar a cabo una transformación radical de la persona, que le haga pasar de la infancia a la condición de adulto. Así, el adolescente se convierte en un hombre plenamente responsable de sí mismo y de la sociedad.

Después de las danzas folclóricas, que comienzan el sábado por la tarde y se prolongan toda la noche, se lleva a los jóvenes al bosque, donde permanecen una semana entrenándose para el sufrimiento y educándose en la fortaleza, la renuncia en favor del bien común y un respeto escrupuloso a los ancianos, los mayores y las mujeres. La iniciación es un tiempo de aprendizaje de las costumbres, de las tradiciones y de las buenas maneras en sociedad. Los jóvenes aprenden también las propiedades curativas de las plantas frente a algunas enfermedades.

La iniciación puede parecer algo positivo, pero en realidad el rito es una falacia, un engaño que hace uso de la mentira, la violencia y el miedo. Las pruebas físicas y las humillaciones son tales que no llevan a una auténtica transformación ni a una libre asimilación de enseñanzas, en donde deberían intervenir la inteligencia, la conciencia y el corazón. Se fomenta una sumisión servil a las tradiciones, ante el temor a ser eliminado

por no someterse a las normas. Durante el rito de iniciación, los guardianes de las costumbres hacen creer a las mujeres que el adolescente muere y renace en otra vida. El iniciado es devorado por un genio, el «*nh'ëmba*»; y, según las creencias animistas, retorna a la sociedad con un espíritu nuevo. La ceremonia de regreso al pueblo es especialmente solemne, porque el joven aparece por primera vez fingiendo ser un hombre físicamente diferente, dotado de nuevos poderes ante la sociedad.

La iniciación es un rito obsoleto, incapaz de responder a las preguntas fundamentales de nuestra existencia y de mostrar cómo puede integrarse el hombre guineano en un mundo lleno de desafíos.

De hecho, una cultura que no fomenta la capacidad de progreso, de abrirse a otras realidades sociales para aceptar serenamente su propia transformación interior, se encierra en sí misma. De ahí que la iniciación nos haga esclavos de nuestro medio y nos aprisione en el pasado y en el miedo.

Los misioneros espiritanos han hecho comprender a mi pueblo que solo Jesús nos permite volver a nacer realmente, «nacer del agua y del Espíritu», como dice Jesucristo a Nicodemo (*Jn 3, 5*).

La iniciación siempre ha sido un rito secreto, cuyos conocimientos y prácticas están exclusivamente reservados a los iniciados. Una educación esotérica dentro de un círculo secreto de iniciados solo puede suscitar dudas sobre su valor, su consistencia y su capacidad de transformar verdaderamente a un hombre. La Iglesia se ha opuesto siempre a este tipo de gnosis. Es más, en el caso de la iniciación de las niñas, ciertas prácticas deberían estar prohibidas: el rito atenta gravemente contra la dignidad de la mujer. De un modo perverso, esa iniciación acaba dañando su integridad más íntima.

En mi caso, fue mi tío, Samuel MPouna Coline, que aún vive, quien me llevó al bosque.

En realidad, mi padre aceptó que se me iniciara a condición de que la ceremonia fuese breve. Yo era seminarista y no tenía sentido que faltara a misa una semana entera. Para mi padre y para mí, la misa era el único momento que transforma al hombre en este mundo. Así que mi iniciación solo duró tres días...

¿Qué recuerdo guarda de su infancia en Ourous? ¿Cómo era la vida diaria?

Mi infancia fue, sin lugar a dudas, muy feliz. Crecí rodeado de la paz y la ingenua inocencia de un pequeño poblado cuyo centro era la misión de los espiritanos.

Vivía en una familia piadosa, tranquila, apacible, en la que estaba presente Dios y se veneraba filialmente a la Virgen.

Como muchos habitantes del poblado, mis padres eran agricultores. Su disciplina y su alegría me hicieron adquirir un inmenso respeto por el trabajo bien hecho. Se levantaban

temprano para faenar en el campo y yo los acompañaba desde las seis de la mañana. Al cumplir los siete años dejé de hacerlo, porque después de misa tenía que ir a la escuela. He de decir que no éramos ricos: el producto de nuestro trabajo nos permitía comer, vestirnos y asegurarnos lo indispensable. La grandeza de corazón, la honradez, la humildad, la generosidad y la nobleza de sentimientos de mis padres, su fe, su intensa vida de oración y, por encima de todo, su confianza en Dios calaron en mí. Jamás los vi discutir con nadie.

Recuerdo también los partidos de fútbol, el escondite, el aro y, sobre todo, las danzas interminables a la luz de la luna. Nunca olvidaré los momentos que mis amigos y yo pasábamos con los ancianos, escuchando los cuentos y las leyendas de la cultura conigui. Para nosotros, los niños, aquello era como una escuela: momentos maravillosos que nos permitían asimilar mejor los valores y las tradiciones. Las ceremonias festivas eran frecuentes y estaban llenas de colorido. Guardo un recuerdo especial de las fiestas de la cosecha. Vaciábamos los graneros sin preocuparnos por el mañana...

A nuestra casa podía venir cualquiera y en cualquier momento del día o de la noche. Todo el mundo era bienvenido a la hora de comer. La mayor felicidad de mis padres, su mayor alegría interior, consistía en ver contentos a nuestros huéspedes, recibidos en nuestra casita como reyes. Para ellos era una bendición de Dios y una alegría inmensa el simple hecho de acoger a los demás; durante unos días, nuestra reducida familia de tres miembros parecía «tan numerosa como las estrellas del cielo» (Hb 11, 12).

El amor, la generosidad y el gozo de abrir las puertas de nuestra casa a los vecinos o extraños acaban siempre rellenando los huecos de nuestro corazón: «Nuestro corazón se ha ensanchado», decía san Pablo a los corintios (2 Co 6, 11). En el centro de todo estaba el altruismo. Recuerdo, por ejemplo, que por entonces un amigo de mi padre venía todos los años de lejos para pasar la Navidad y la Pascua en nuestra casa. Él y su familia se quedaban todo el tiempo que querían: mi madre siempre se mostraba dispuesta a recibirlos, sin perder la sonrisa y llena de delicadeza.

¿Cómo fueron los años en la escuela francesa de su poblado?

A partir de los siete años, iba a la escuela después de oír misa. En esa época, en casa hablábamos nuestra lengua, pero en clase y en el recreo había que emplear el francés. Si alguna vez infringíamos esa norma, nos castigaban con la «marca», una especie de collarcito de madera en bruto que simbolizaba nuestra falta... Pero la verdad es que los niños se sentían orgullosos de ir a la escuela y de aprender la lengua y la cultura francesas. Estábamos deseando abrirnos a todo lo que condujera al conocimiento y al mundo de la ciencia.

La amistad entre los compañeros de la escuela era muy estrecha: incluso los mayores estaban muy unidos. Podíamos pelearnos, pero nunca pasaba nada serio. Hoy a muchos

de esos amigos los he perdido ya: murieron muy jóvenes. Otros siguen viviendo en el poblado o en otras regiones de Guinea. Guardo muchos recuerdos de esa época tan pura, marcada por el heroísmo de los misioneros, cuyas vidas estaban empapadas de Dios.

Yo era hijo único y estuve rodeado de afecto, pero no sobreprotegido. Mis padres no me castigaban nunca: les tenía un inmenso cariño y una afectuosa veneración. A pesar de que ya han regresado a la casa del Padre, siento en todo momento el amor que nos mantiene profundamente unidos.

Recuerdo también a mi abuela materna, que se bautizó al final de su vida, en el momento mismo de su muerte. La bautizaron con el nombre de Rose, la santa a quien estaba dedicada la parroquia. Mi abuela aceptó el bautismo cuando el sacerdote le explicó que así podría reunirse con nosotros en el cielo. Al principio no entendía el sentido del bautismo: fue una inmensa alegría que se convirtiera en hija de Dios, pues yo estaba seguro de que algún día nos marcharíamos a vivir en el cielo los dos juntos.

Así que en Ourous su vida giraba en torno a los espiritanos...

Sí. Como ya le he dicho, nací el 15 de junio de 1945 y recibí el sacramento de la confirmación el 15 de junio de 1958, en Bingerville, de manos de monseñor Boivin, por entonces arzobispo de Abiyán. Cuando tenía dos años, el 20 de julio de 1947, me bautizó un espiritano; y el 20 de julio de 1969 me ordenó sacerdote un obispo espiritano, monseñor Raymond-Marie Tchidimbo.

Mi incorporación a la familia de Cristo se lo debe todo a la extraordinaria abnegación de los padres espiritanos. Nunca dejaré de sentir una inmensa admiración por esos hombres que abandonaron Francia, a sus familias y todas sus ataduras para llevar el amor de Dios a los confines del mundo.

Los tres primeros misioneros que fundaron la misión Sainte-Rose d'Ourous fueron los padres Joseph Orcel, Antoine Reeb y Firmin Montels. Llegaron en torno a la Pascua del año 1912 y se presentaron ante el comandante del Círculo francés de Yukunkún, que se negó a recibirlos. Entonces continuaron viaje hasta Ithiu. Desde allí cruzaron el río y llegaron a Ourous, donde los recibieron con los brazos abiertos.

Vivieron tres meses acampados en el bosque. No tenían nada, pasaban hambre y eran víctimas de la hostilidad del comandante del Círculo, a kilómetro y medio de Ourous. Todas las mañanas, después de misa, el padre Orcel cogía la paleta y el martillo y se ponía a construir una casa provisional donde alojarse. Seis meses después, el padre Montels cayó gravemente enfermo: estaba físicamente agotado. Después de que Dios le llamara a su presencia el 2 de septiembre de 1912, se convirtió en la «piedra» fundacional de la misión.

Todas las tardes los padres de Ourous reunían a los niños junto a una gran cruz colocada en el patio de la misión, como para simbolizar el corazón y el centro del

poblado. Nosotros la veíamos desde lejos: ¡orientaba toda nuestra vida! Alrededor de esa cruz nos educamos humana y espiritualmente. Allí, cuando el sol aún no se había puesto, los misioneros nos iniciaban en los misterios cristianos.

Bajo la protección de la inmensa cruz de Ourous, Dios nos preparaba para los dolorosos acontecimientos de la persecución revolucionaria que conocería la Iglesia de mi país durante la época del régimen de Séku Turé. El gobierno dictatorial alimentó el embrutecimiento, la mentira, la violencia, la mediocridad y la miseria espiritual de la población.

La Iglesia de Guinea vivió un terrible vía crucis. La joven nación se transformó en un valle de lágrimas. Puede que el papel de Séku Turé en la conquista de nuestra independencia merezca cierto reconocimiento, pero es imposible olvidar los crímenes atroces y el Campo Boiro, donde hubo tantos prisioneros muertos, brutalmente torturados, humillados y aniquilados en nombre de una revolución orquestada por un poder sanguinario, obsesionado por el fantasma de la conspiración.

La experiencia física de la Cruz es una gracia absolutamente necesaria para crecer en la fe cristiana y una ocasión providencial para configurarnos con Cristo y adentrarnos en las profundidades de lo inefable. Entonces comprendemos que, al traspasar el corazón de Jesús, la lanza del soldado abrió un gran misterio, pues fue más allá del corazón de Cristo: abrió a Dios, penetró –por decirlo de algún modo– en el centro mismo de la Trinidad.

Doy gracias a los misioneros que me hicieron comprender que la Cruz es el centro del mundo, el corazón de la humanidad y el punto de anclaje de nuestra estabilidad. De hecho, en este mundo solo hay un punto sólido que asegure el equilibrio y la consistencia del hombre. Todo lo demás es inestable, cambiante, efímero e incierto: «*Stat Crux, dum volvitur orbis*», «solo la cruz permanece en pie, mientras el mundo gira alrededor». El calvario es la cima del mundo, desde donde podemos verlo todo con otros ojos, los ojos de la fe, del amor y del martirio: los ojos de Cristo.

En Ourous nos marcó esa presencia de la cruz, que fue arrancada durante la revolución de Séku Turé y sustituida por la bandera nacional, para volver a ocupar su puesto tras la muerte del dictador.

La caída de la cruz significó para los fieles cristianos un sufrimiento indescriptible. En ese momento, el dispensario, la casa de los padres y la de las hermanas del Sagrado Corazón de Versalles, las escuelas y el cementerio ya habían sido confiscados y nacionalizados.

De niño, los padres nos enseñaban el catecismo de Pío X en nuestra lengua y después, durante los dos últimos años preparatorios para obtener el certificado de primaria, en francés. Nos hablaban de la Biblia o de la historia de la Iglesia. Los niños les hacían muchas preguntas y los espiritanos contaban cosas de sus misiones en otros

países. Al caer el sol, cantábamos las oraciones de la noche; luego nos bendecían y nos íbamos a nuestras casas. Quizá piense usted que le estoy describiendo un mundo idílico, pero es la pura realidad.

Mis padres no faltaban nunca al servicio dominical. Al principio yo ayudaba a misa los domingos; luego el padre Marcel Bracquemond me pidió que fuera todos los días a ayudar en la misa de seis. Había comprendido cuánto me gustaba el oficio divino. Para ayudarnos a cumplir nuestra función de monaguillos, el padre superior, Martin Martinière, encargó a uno de los mayores, Barnabé Martin Tany, que nos enseñara las primeras oraciones al pie del altar. Después, acabada la misa, pasaba por casa para desayunar y me iba a la escuela.

¿Cómo surgieron su vocación sacerdotal y la decisión de entrar en el seminario?

Si busco el origen de mi vocación sacerdotal, ¿cómo no ver, al igual que san Juan Pablo II, que «palpita en el Cenáculo de Jerusalén»? Del Cenáculo, durante la última cena de Jesús con sus discípulos, «la noche en que fue entregado» (*I Co* 11, 23), «la inmensa noche de los orígenes», y de esta primera celebración eucarística, es de donde brota la savia que alimenta toda vocación: la de los apóstoles y la de sus sucesores, y la de todos los hombres. En la primera Eucaristía se hallan mi vocación sacerdotal y la de todos los sacerdotes. Pero también he sido elegido, llamado a servir a Dios y a la Iglesia, desde el seno materno. En cada una de mis Eucaristías diarias oigo resonar en mi corazón las palabras que Jesús dirige a los apóstoles el día memorable del lavatorio de los pies, de la institución del sacerdocio y de la Eucaristía, como si también me las dirigiera a mí: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y tenéis razón, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros» (*Jn* 13, 12-15). Estoy seguro de que esa noche Jesús también pensaba en mí y ya había posado su mano sobre mi cabeza.

Fue en el contexto de la Eucaristía diaria donde el padre Bracquemond, descubriendo mi ardiente deseo de conocer a Dios e impresionado quizá por mi amor a la oración y mi fidelidad a la misa diaria, me preguntó si quería entrar en el seminario. Con la sorpresa y la espontaneidad que caracterizan a los niños, le contesté que me encantaría, aunque sin saber a qué me comprometía exactamente, porque no había salido nunca del poblado ni conocía la vida de un seminario...

Él me explicó que era una casa sustentada en la oración y el amor de toda la Iglesia. Ese lugar, me dijo, nos prepararía a mí y a otros jóvenes para ser sacerdotes igual que él. Con esta explicación tan sencilla, la alegría de convertirme algún día en sacerdote llenó aún más mi corazón de admiración y de «locura».

El padre Bracquemond me dijo que hablara con mis padres, Alexandre y Claire, a quienes conocía bien.

Fui primero a ver a mi madre para decirle que quizá entrara en el seminario. Ella no sabía en qué consistía un seminario, pero sentía curiosidad por saber qué motivaba mi deseo. Le expliqué que se trataba de ingresar en una escuela especial que me prepararía para ser sacerdote y consagrarme a Dios, como los padres espiritanos... Mi madre, abriendo los ojos como platos, me dijo que había perdido la cabeza o que no había comprendido lo que me había dicho el padre. Para ella y para los habitantes del poblado, todos los sacerdotes eran necesariamente blancos. De hecho, ¡le parecía imposible que un negro pudiese ser sacerdote! Así que era obvio que había malinterpretado las palabras del padre Marcel Bracquemond. Y me aconsejó que hablara con mi padre, convencida de que acababa de contarle una estupidez sin ningún recorrido.

Ese mismo día, fui a buscar a mi padre al campo y me encontré con la misma reacción... Intenté decirle que era el padre Bracquemond quien me lo había sugerido: sí, yo podía ser como él. Con una sonrisa llena a la vez de ternura e ironía, papá me estrechó contra él como para consolarme de su escepticismo. ¡Estaba convencido de que acababa de soñarlo la noche anterior! También a él mi aspiración le parecía imposible: un negro no puede ser sacerdote de la Iglesia católica. Una idea tan descabellada solo podía haber brotado de mi ingenuidad de niño. Pero yo insistí asegurando que se trataba de las mismísimas palabras del padre Bracquemond... Entonces decidieron acudir a él para comprobar la veracidad de la noticia. El padre les confirmó que no era mentira, que era él quien me había sugerido la idea: ser sacerdote ¡no sin antes entrar en el seminario menor para formarme! Mis padres se cayeron literalmente de espaldas. Esa noche, a la luz de la luna, me propusieron que me fuera un año, poniendo de manifiesto que no tenían ni idea de cuántos años de estudio exigía el seminario...

Yo tenía once años y acababa de obtener el certificado de primaria. En esa época, los seminaristas guineanos tenían que formarse en Costa de Marfil. Estaba entusiasmado, feliz, orgulloso, y totalmente ignorante de la vida que me esperaba en el seminario de San Agustín de Bingerville.

Al dejar a mis padres, sentí que el curso del tiempo cambiaba. Era consciente de que mis lazos con Ourous se irían rompiendo poco a poco y que irían naciendo otros nuevos entre el Señor y yo, que no poseía nada más que un pequeño corazón prendado de Él. Era hijo único y comprendía el inmenso sacrificio que suponía para ellos. Con sus propias manos me fabricaron una maletita y metieron dentro dos o tres pantalones y unas cuantas camisas: nada más. Los padres espiritanos me ayudaron a organizar el viaje y uno de ellos me acompañó a Labé, una pequeña ciudad a 250 kilómetros de Ourous, para tomar una camioneta que me llevaría a Conakri. Tuve la suerte de hacer el viaje con otro seminarista, Alphonse Sara Tylé, que ya llevaba un tiempo en Bingerville. Fue para

mí un compañero queridísimo y un gran consuelo en los comienzos de aquella aventura extraordinaria.

Yo no había salido nunca del poblado. Aparte de los habitantes de Ourous, no conocía absolutamente a nadie. En Conakri me sentí perdido. Aun así, la alegría de entrar en el seminario y el aliento que recibía de Alphonse, mayor que yo, seguían arrastrándome por el camino que nos llevaba a Dios. Me decía a mí mismo que, si él se había ido y ahora volvía, la experiencia solo podía ser enriquecedora. Nos embarcamos en un barco grande, el *Foucault*, para un viaje de cuatro días que acabó en Abiyán, después de bordear las islas de Loos y las costas de Sierra Leona y Liberia. No sabía nadar, así que me quedé muy sorprendido al ver una máquina cargada de mercancías y pasajeros que «andaba» encima del agua. ¡Qué descubrimiento! Había muchos viajeros y mucho equipaje, y reinaba un enorme bullicio. Embarqué con una decena de seminaristas guineanos cuyos nombres no he podido olvidar: Adrien Tambassa, Pascal Lys, Maximin Bangoura, Richard Bangoura, Camille Camara, Alphonse Sara Tylé, Joseph Mamidou, Yves Da Costa y Jean-Marie Turé. Yo era el más pequeño...

Hicimos el viaje en la bodega, donde hacía un calor sofocante. No podíamos ni comer. El olor de las máquinas y de la cocina nos provocaba náuseas: la poca comida grasienta que éramos capaces de ingerir pasaba inmediatamente a engordar a los peces. Nuestros estómagos no retenían nada. Los únicos momentos gratos y maravillosos durante esos cuatro días de viaje eran la hora de la santa misa, celebrada por el capellán del barco en una capilla situada en primera clase. En medio de ese ambiente de lujo y comodidades, libres del cabeceo del barco, deseábamos que la misa durara horas y horas. Por desgracia, una vez concluida, nos paseábamos un rato por el puente y volvíamos a bajar a la bodega, convertida en un verdadero infierno.

Llegamos al puerto de Abiyán agotados. Allí nos recogió un coche para trasladarnos al seminario menor de San Agustín. Tras un duro viaje, empezaba la auténtica aventura.

¿La marcha al seminario menor no fue un poco brutal, con esa separación de su universo conocido?

Por un desafortunado cúmulo de circunstancias, el primer año fue muy malo. Hasta Navidad los estudios me fueron bien. Después enfermé. Estaba anémico y débil, y me trataron sin saber qué era lo que me ocurría realmente. Los superiores me amenazaron con enviarme de vuelta a casa porque mi salud no era lo suficientemente buena. En esa época, para continuar la formación al sacerdocio, a los seminaristas se les exigían «las tres eses»: santidad, sabiduría y salud. Y he de confesar que yo no tenía ninguna de las tres.

Temiendo que me echaran del seminario por culpa de mis carencias, pedí a la hermana enfermera que hablara con el padre superior de mi mejoría: una mentira piadosa

no exenta de generosidad. No quería volver a casa fracasado. Lo cierto es que los médicos me estaban tratando a ciegas. El padre superior acabó acudiendo a los especialistas para que me examinaran más detenidamente. Entonces descubrieron que padecía una infección por anquilostoma que estaba acabando conmigo. El tratamiento adecuado me libró del parásito y comencé a recuperar fuerzas. En junio, el superior, de acuerdo con los profesores, me permitió volver después de las vacaciones para cursar segundo, con la condición expresa de recuperar el retraso del primer año y obtener buenos resultados en segundo.

Llegaron las vacaciones de verano y regresamos en barco a Guinea. Me cuidé mucho de confesar a mis padres que había estado tan enfermo, porque temía que se plantaran: «¡Ni hablar de volver a Bingerville, Robert!». Me daba miedo esa frase tan terrible... Al llegar a casa, mi madre me encontró débil y muy delgado. Pero yo supe arreglármelas para justificar mi estado físico: «Me he quedado así –me atreví a explicar– porque el deporte y el trabajo manual diario son exigentes, y la vida en el seminario, rigurosa»; y añadí con descaro: «Pero estoy muy contento y he hecho muy buenos amigos. Y además, mamá, me tengo que ir acostumbrando poco a poco a esta vida tan bonita, por mucho esfuerzo que exija».

Tuve mucha suerte, porque mis padres jamás se opusieron a mi vocación. Con todo, algunos amigos suyos, preocupados por su vejez, intentaban convencerles de que era una imprudencia permitir que su único hijo se hiciera sacerdote. Llegaron incluso a alimentar su inquietud con cuestiones materiales: «¿Habéis pensado qué haréis cuando seáis mayores? ¿Quién se ocupará de vosotros cuando llegue el momento en que no podáis trabajar para sobrevivir? Además, nunca tendréis nietos... ¿Lo habéis pensado bien?».

Con la ayuda de Dios y sostenidos por la oración diaria, mis padres jamás me mostraron su reticencia: no querían oponerse a los deseos de mi corazón. Comprendían la hondura de mi felicidad y no se opusieron al plan que Dios tenía para mí. Como cristianos, pensaban que, si mi camino me conducía al seminario, el Señor me guiaría hasta el final.

Afortunadamente, después de las vacaciones volví a embarcarme con destino a Bingerville y a mi segundo año de seminario. Era el 27 de septiembre de 1958 y subimos a bordo del *Mermoz*.

En esa época, Guinea peleaba por conquistar su autonomía. El país clamaba: «Preferimos ser libres y pobres a ser ricos y esclavos». Tras optar por una independencia inmediata, mi patria rompía todos sus lazos con Francia. Muchos compatriotas pensaban que a partir de entonces brillarían en el horizonte las primeras luces del sol de la libertad. La Francia del general De Gaulle, nerviosa y contrariada por la decisión del gobierno guineano, se preparaba para salir de allí con armas y bagaje. En el ambiente reinaban a la vez la alegría y la tristeza, la euforia y un realismo angustioso.

En esta atmósfera de incertidumbre, retomamos el barco con destino a Abiyán y Bingerville. El curso escolar 1958-1959 transcurrió con normalidad: mis notas, sin llegar a ser excelentes, fueron muy buenas. Había logrado llenar con creces mis lagunas y me permitieron continuar mi formación como futuro sacerdote.

Después, una vez más, volvieron a perfilarse las vacaciones de verano en Guinea, inevitablemente precedidas por cuatro días de ayuno y penitencia. Para la mayoría de nosotros, el viaje en barco era un auténtico calvario, con el mareo como fiel compañero de viaje: nosotros lo detestábamos, pero él nos había cogido cariño ¡y no nos soltaba!

Para los seminaristas guineanos, el año escolar 1959-1960 fue el último en San Agustín de Bingerville. El padre Messner había sustituido al padre Thépaut como director del seminario, y nombraron profesores a los sacerdotes africanos Jacques Nomel, Louis Grandouillet y Pierre-Marie Coty. ¡Estábamos encantados y ufanos de contar con modelos africanos entre nuestros formadores! Esos sacerdotes jóvenes eran el orgullo y el consuelo de los misioneros blancos, que paladeaban así los frutos de su sacrificio. Los que ellos mismos habían educado participaban ahora en la formación del clero africano. Recuerdo que en Bingerville había un ambiente excelente de trabajo y de comunión eclesial. Pero los guineanos tuvimos que recortar un poco el curso escolar... Los barcos con destino a Conakri escaseaban a causa de la política revolucionaria de Sékou Turé, que iba radicalizándose y aislando a Guinea. Tuvimos que dejar Costa de Marfil a principios de junio a bordo del *Général Mangin*, procedente de Libreville.

¿Qué recuerdos guarda de esos años en Costa de Marfil?

Mi estancia en el seminario menor de San Agustín solo duró tres años, de 1957 a 1960. El plan de estudios era idéntico al de los institutos y liceos franceses, porque los seminaristas tenían que aprobar los mismos exámenes oficiales que el resto de los alumnos. Los profesores se encargaban por igual de la formación intelectual, humana y espiritual. Las actividades deportivas y el trabajo manual también eran importantes.

El centro del día, sin embargo, era la misa diaria. Se preparaba con esmero y se celebraba con devoción y solemnidad, especialmente los domingos. Para seguir los misterios que celebrábamos, se prestaba especial atención a la formación litúrgica. El aprendizaje del silencio, de la disciplina y de la vida comunitaria contribuía a moldear a los seminaristas y los preparaba para edificar una vida interior personal y convertirse en auténticos administradores de los misterios de Dios. Aprendíamos a vivir juntos como una familia, evitando regionalismos o tribalismos. Durante las horas de paseo o de descanso debíamos cambiar constantemente de compañero para acostumbrarnos a vivir fraternalmente con todos, sin privilegiar ni preferir a nadie. Así nos ejercitábamos para ser futuros sacerdotes de comunidades cristianas multiculturales, multiétnicas y multirraciales. Los padres querían que la Eucaristía hiciese de nosotros consanguíneos,

una sola familia, un solo pueblo, una sola raza: la de los hijos de Dios. El actual arzobispo de Abiyán, el cardenal Jean-Pierre Kutwa, fue compañero mío de clase.

A raíz de la independencia de Guinea, en octubre de 1958, dadas las conflictivas relaciones y la escasa cooperación entre Séku Turé y Félix Houphouët-Boigny, tuvimos que regresar a un colegio-seminario dirigido por los espiritanos.

¿A partir de ese momento su formación como seminarista se vio influida por las dificultades de la vida política guineana?

En realidad, todos dependemos del contexto sociopolítico e histórico en que vivimos. Y Dios, a través de los acontecimientos más o menos felices y de los intermediarios que Él elige, nos va moldeando en un entorno concreto. Sabe cómo guiarnos a través de las vicisitudes de la historia.

Dados los problemas políticos, monseñor Gérard de Milleville, por entonces arzobispo de Conakri, decidió repatriarnos desde el seminario de Bingerville al colegio-seminario Santa María de Dixinn, situado en el distrito de Conakri que lleva el mismo nombre. Pero, para hacer más fácil nuestra vida de futuros sacerdotes, el discernimiento de nuestra vocación y la formación intelectual, humana y espiritual en un entorno de semi-soledad, nos instaló en el noviciado de las hermanas de San José de Cluny, cerca del colegio de Dixinn. Las hermanas de Cluny no tenían novicias y el edificio se había quedado vacío, listo para recibir a un grupito de seminaristas. En un colegio al que asistían jóvenes cristianos, musulmanes y africanos de religión tradicional, era importante habituar a los seminaristas a «encuentros» frecuentes con Jesús. Así que el noviciado de las hermanas se transformó en un seminario, cuya dirección se confió al padre Louis Barry.

Este, principal responsable del seminario, ponía todo su empeño en ser un modelo, de manera que nuestra disciplina, nuestra piedad y nuestro deseo de conocer cada vez más a Dios fueran creciendo día a día. Quería inculcarnos el amor a la rectitud y a la humildad. Siguiendo a san Pablo, con su ejemplo nos exhortaba tácitamente a atarnos a «cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de alabanza», como dice la carta a los filipenses; y dice también el apóstol de los gentiles: «Lo que aprendisteis y recibisteis, lo que oísteis y visteis en mí, ponedlo por obra» (*Flp* 4, 9).

Como mi propia experiencia sacerdotal me haría descubrir más tarde, quería hacer de nosotros, desde nuestra juventud, con nuestras debilidades, no solamente *alter Christus*, sino *ipse Christus*, el mismo Cristo.

Tal y como exigía el gobierno guineano, asistíamos a clase con el resto de los alumnos. Desgraciadamente, al cabo de un año el colegio fue confiscado y nacionalizado por el Estado, junto con todos los demás colegios, obras sociales y bienes inmobiliarios

de la Iglesia. Esta medida del gobierno revolucionario suscitó de inmediato la enérgica protesta de monseñor Gérard de Milleville, quien acto seguido fue expulsado del país por defender los derechos de la Iglesia. Desde entonces, los seminaristas se vieron obligados a quedarse varios meses en sus respectivas parroquias, donde los padres intentaban impartirles algunas clases. Bajo la presión del régimen y de dificultades de todo tipo derivadas de las persecuciones, muchos seminaristas abandonaron su vocación e ingresaron en las escuelas estatales.

Yo, al igual que otros compañeros deseosos de consagrarse al Señor, perseveramos: estaba convencido de que mi camino era el sacerdocio. Después de infinidad de negociaciones, nuestro nuevo obispo, monseñor Tchidimbo, consiguió matricularnos en el colegio estatal de Kindia para que retomáramos nuestra vida normal de estudiantes.

El curso ya había comenzado y teníamos que aprobar los exámenes. ¿Cómo íbamos a hacerlo si habíamos faltado más de seis meses? Porque la docena de seminaristas a que había quedado reducido el grupo de Dixinn no pudo llegar a Kindia, a 150 kilómetros de Conakri, hasta mediados de marzo de 1962. Nos dispusimos a convertir los viejos locales de la antigua residencia de jóvenes en una casa habitable, con sala de estudio, sala de juegos y refectorio. La abnegación de los padres nos permitió transformar rápidamente en dormitorios las salas más grandes de la residencia. El seminario volvió a cobrar vida bajo el patronazgo de san José y la dirección del padre Alphonse Gilbert.

Este, con un corazón desbordante de ternura hacia todos y cada uno de nosotros, consiguió volver a dar sentido a nuestra vida de futuros sacerdotes. Su delicadeza y sus homilias nos arrastraban hacia Jesús y nos empujaban a una auténtica relación con Dios, cada día más íntima. A mí, personalmente, me marcaron el ejemplo, las cualidades humanas y la intensa vida interior de este misionero. Cuando uno de nosotros se dejaba llevar por la cólera, el rencor o algún comportamiento poco digno de un cristiano, el padre Gilbert le enviaba a rezar ante el Santísimo para ponerse en presencia de Jesús y examinar su conciencia, dejándose aplacar por su dulce presencia.

Después de muchos meses de paciencia, monseñor Tchidimbo obtuvo la autorización para reabrir el seminario y garantizar las clases de los dos cursos de preparación para el título de bachiller. Cada semana, con mucha abnegación y el deseo de construir un sólido clero africano para el día de mañana, el padre Gérard Vieira venía desde Conakri y nos daba clase de matemáticas, y el padre Maurice de Chalendar, de latín y griego. Los dos se quedaban con nosotros un día entero. Eran también grandes modelos de vida sacerdotal y de rigor intelectual. A petición del arzobispo, el párroco de Mamou, el padre Lein, se ofreció para enseñar filosofía a los mayores y latín a los pequeños. En 1963 llegó de la diócesis francesa de Luçon un importante refuerzo formado por los padres Joseph Bregeon y Emmanuel Rabaud. Y sacábamos provecho de un buen equipo de sacerdotes competentes y entregados, que nos acompañaba en el aprendizaje de los

conocimientos humanos y en la tarea de discernimiento de la voluntad de Dios.

Una vez más, vemos lo importantes que han sido los espiritanos en su vida. ¿Cómo definiría la espiritualidad que le transmitieron?

Desde mi más tierna infancia, antes incluso de los años de catequesis, creo que lo que más me impresionó de los espiritanos fue su regular vida de oración. Jamás olvidaré la disciplina espiritual de su vida diaria.

El día de los espiritanos estaba organizado igual que el de los monjes. Por la mañana, se reunían muy temprano en la iglesia para orar juntos e individualmente. A continuación cada uno celebraba la misa en su altar, ayudado por un monaguillo. Después del desayuno se iban a trabajar. A mediodía volvían a reunirse en la iglesia para la hora sexta y el ángelus. En cuanto acababan de comer, regresaban a la iglesia para la acción de gracias y la visita al Santísimo. Después de un rato de descanso, yo los observaba con curiosidad mientras, alrededor de las cuatro, rezaban cada uno por su lado leyendo un librito. Como ya habrá adivinado usted, recitaban el breviario... Al final del día, hacia las siete, rezaban vísperas todos juntos y luego cenaban. A las nueve, alrededor de la cruz, uno de ellos nos reunía a su alrededor y respondía a nuestras preguntas, con intención de iniciarnos en la vida cristiana, en los valores humanos y en la historia sagrada. Siempre terminábamos la velada con un canto. Todavía recuerdo el que solía poner fin a nuestro día, titulado «Antes de irnos a dormir bajo las estrellas»: ese canto nos disponía a arrodillarnos humildemente ante Dios para recibir su perdón y su protección durante la noche. Aún conservo esa melodía en el corazón.

Ourous ha conocido grandes y santos misioneros: a todos los devoraba el fuego del amor de Dios. Sus cualidades humanas, intelectuales y espirituales eran extraordinarias, pero todos murieron jóvenes.

Como ya le he contado, el padre Firmin Montels, el fundador, entregó su alma el 2 de septiembre de 1912, a los seis meses de fundar la parroquia. Mientras expiraba no dejó de cantar: «*O Salutaris Hostia, quae coeli pandis ostium. Bella praemunt hostilia, da robur, fer auxilium*» («Oh saludable Hostia, que abres la puerta del cielo: en los ataques del enemigo danos fuerza, concédenos tu auxilio»). Este padre fue un gran artista y, según numerosos testimonios, un santo. Toda su jornada estaba ocupada, y daba cuatro horas diarias de clase para enseñar el catecismo. No dejaba pasar un día sin hacer el vía crucis y todas las semanas dedicaba varias horas a la adoración al Santísimo. Sin contar el aprendizaje de nuestra lengua local, que era una práctica cotidiana.

Cuando vuelvo la vista al pasado y a los inicios de la misión, o hacia Guinea en general; cuando pienso, uno por uno, en los extraordinarios dones de la Providencia, no me cabe duda de que Dios nos guió y nos adoptó. Recuerdo que me sentía subyugado viéndoles caminar por las tardes leyendo el breviario... Maravillado, no me cansaba de

contemplantos. Medio siglo más tarde, puede parecer una ingenuidad, pero no reniego de lo que Dios me hizo conocer.

Los espiritanos vivían cada día al ritmo del oficio divino, de la misa, del trabajo, del rosario, y nunca faltaban a su compromiso de hombres de Dios. De niño, me decía que, si los padres acudían con tanta frecuencia a la iglesia, era porque estaban seguros de encontrar allí a alguien con quien hablar confiadamente. De un modo casi lógico, mi ambición era poder encontrar también a Cristo. Cuando entré en el seminario, mi compromiso nació de la certeza de que algún día, igual que los misioneros, obtendría el don de encontrar a Jesús en la oración.

¿Cuántas veces no me sentí sobrecogido por el silencio que reinaba en la iglesia mientras los padres rezaban? Al principio me colocaba al fondo del edificio y contemplaba a aquellos hombres preguntándome qué hacían, arrodillados o sentados en penumbra, sin decir una palabra... Sin embargo, daban la impresión de estar escuchando y conversando con alguien envueltos por la semioscuridad de la iglesia, iluminada por las velas. Me fascinaban la práctica de la oración y la atmósfera de paz que genera. Creo que es justo afirmar que existe una auténtica forma de heroicidad, de grandeza y de nobleza en esa vida de oración habitual. El hombre solo es grande cuando se arrodilla ante Dios.

Es cierto que no eran perfectos. Tenían sus cambios de humor y sus limitaciones humanas, pero quiero rendir homenaje a la entrega generosa de su vida, a la ascesis y a la humildad de esos religiosos. En todos los seminarios de estos misioneros –el de Sebikotane, por ejemplo– he encontrado el deseo de buscar intensamente a Cristo en ese de corazón a corazón diario. Su manera de establecer contacto con la población era un modelo de delicadeza y de inteligencia práctica. Sin esa intimidad con el cielo, la labor misionera no puede ser fecunda.

Los sufrimientos que asumieron no fueron en vano. Mi parroquia, la más remota del país, fue la que dio más vocaciones de toda Guinea. Eso confirma las palabras proféticas que escribía a su obispo el padre Orcel el 15 de agosto de 1925, trece años después de la fundación de Sainte-Rose: «No me sorprendería nada ver vocaciones entre nuestros niños. Para mí, las vocaciones son la recompensa de una sólida formación en la familia y en la misión».

Los espiritanos dejaron una profunda huella en el catolicismo guineano. ¿Cómo olvidar el modo en que los padres se ocupaban de todos, incluidos los leprosos más enfermos? Los tocaban y los curaban cuando desprendían un olor insoportable. Les enseñaban el catecismo, porque pensaban que los enfermos también tienen derecho a ser instruidos en los misterios cristianos y a recibir los sacramentos de Cristo.

A pesar del sufrimiento político que siguió a la dictadura marxista de Séku Turé, la Iglesia de Guinea resistió porque estaba fundada sobre roca, sobre los sacrificios de los

misioneros y sobre la alegría del Evangelio. La doctrina comunista nunca pudo con esos sacerdotes que recorrían a pie los poblados más pequeños, acompañados de algunos catequistas, sujetando sobre la cabeza su maletín para celebrar misa. La humildad del cristianismo de los espiritanos fue el mejor baluarte contra los extravíos igualitarios de la ideología marxista revolucionaria del Partido-Estado de Guinea. Un puñado de sacerdotes guineanos abnegados y valientes mantuvo viva la llama del Evangelio.

¿Ha seguido en contacto con los espiritanos de aquella época?

Desde luego, el padre del que se sirvió Dios de un modo preferente para revelarme mi vocación fue Marcel Bracquemond, que vive todavía en Francia. En 2012 le invité a celebrar juntos el centenario de la parroquia de Ourous, y en agosto de 2014 fui a verle a su casa de retiros de Bretaña.

En el aniversario de Ourous le fue imposible aceptar mi invitación, debido a su edad avanzada y a las carreteras, por las que aún es muy complicado circular. Pero me escribió esta preciosa carta: «A través de mis superiores me ha llegado su atenta invitación para celebrar el centenario de la parroquia de Sainte-Rose-d'Ourous, de la que guardo el buen recuerdo del valor que demostró usted siendo monaguillo al ir a buscar las vinajeras, a sabiendas de que había una serpiente debajo de la credencia. Quizá sea ese valor suyo lo que ha llamado la atención del santo padre Benedicto XVI. La expulsión de mayo de 1967 nos separó... He tenido otros destinos... Ahora, a mis ochenta y seis años, bendecido con la salud suficiente para colaborar en el ministerio parroquial en Bretaña, una región cautivadora, le ruego me disculpe por declinar su invitación debido a los varios cientos de kilómetros de carretera que separan Ourous de Conakri y a la actitud de algunos cristianos, hoy influyentes, durante las desafortunadas circunstancias que precedieron a la expulsión... Solo le pido que le diga a Samuel Coline, su tío, cuyo matrimonio con Marie Panaré bendije, que tengo a esta última muy presente en mis oraciones para que le sea concedido el descanso eterno en el reino de Cristo. Cuente usted con mis oraciones, cardenal Sarah: ojalá siga siendo siempre tan valiente como cuando yo le conocí y se cumpla la voluntad de Dios a través de las facultades que la Iglesia le otorga».

Nunca olvidaré al joven sacerdote que fue el primero en hablarme del seminario y de mi vocación, y que ayudó a mis padres a organizar mi viaje hacia una nueva vida, un camino que desde entonces no se ha interrumpido nunca.

Da la impresión de que, a lo largo de todos estos años, sus padres lo acompañaron muy de cerca...

Sí, mis padres apoyaron siempre con su humilde e intensa oración tanto mi vocación como mi ministerio sacerdotal. Ahora que ya han fallecido, continúan velando por mí

desde el cielo. Son la principal manifestación de la presencia de Dios en mi vida.

Dando prueba de la ternura con que me ha sostenido siempre, Dios quiso que murieran la víspera o al día siguiente de un aniversario relacionado con mi sacerdocio. Esta coincidencia providencial me llevó a la convicción de que estarían siempre a mi lado en el cielo, envolviéndome con sus oraciones igual que lo hicieron en la tierra. Fui ordenado obispo de Conakri el 8 de diciembre de 1979 y mi padre falleció el 7 de diciembre de 1991, mientras celebraba la Eucaristía en el duodécimo aniversario de mi episcopado. Me ordené sacerdote el 20 de julio de 1969 y mi madre murió el 21 de julio de 2007, al día siguiente del trigésimo octavo aniversario de mi ordenación.

Sí, su marcha me dolió mucho. Nunca en mi vida he sufrido tanto. De repente me sentí completamente solo. Estaba en los Abruzos, en un retiro espiritual, cuando mi madre entregó el alma en Conakri. La mañana de su muerte intentó hablar conmigo por teléfono, pero yo estaba fuera de Roma. A última hora de la tarde, marchó en paz a la casa del Padre en los brazos de una religiosa, sor Marie-Renée.

El arzobispo de Conakri, monseñor Vincent Coulibaly, me comunicó la noticia unas horas después de su muerte. Esa noche del 21 de julio de 2007 fue como si arrancaran las raíces de toda mi vida. Sentí una tristeza invencible. Volví a Roma y salí hacia Conakri el lunes 23 de julio. El recibimiento y las condolencias de toda la población, tanto cristiana como musulmana, fueron tan fraternales que tuve la impresión de que Dios derramaba sobre mí una lluvia de consuelo. Jamás olvidaré ese apoyo amistoso de toda la población de mi país. El afecto y los testimonios de simpatía fueron intensamente fraternos, como si vinieran de los hermanos y hermanas que nunca llegué a tener. El cariño de toda Guinea me llegó al corazón.

Volví a Roma sereno, pensando que mis padres continuarían ocupando el centro de mi vida. Siempre vivieron como excelentes cristianos, dóciles a la voluntad de Dios.

Cuando en 2001 me fui a Roma, mi madre se portó admirablemente. Me daba mucho miedo dejarla justo cuando comenzaba a envejecer. Por eso, les confié a una religiosa y a una amiga la penosa tarea de contarle mi nueva misión en Roma como secretario de la Congregación para la Evangelización de los pueblos. Estaba tan triste que no me sentía con fuerzas para comunicárselo en persona. Al enterarse de cuál iba a ser mi futura tarea al servicio de la Iglesia universal, mi madre contestó con una fe nítida: «Doy gracias a Dios, que me ha dado solo un hijo, y el Señor se lo lleva siempre a trabajar lejos de mí. Doy gracias al Papa, porque en el mundo hay muchos obispos y ha pensado en mi hijo para llamarlo a su lado. ¿Estará Robert a la altura de la misión asignada por el Sumo Pontífice? ¿Será capaz de desempeñar como es debido la tarea que le confía el papa? ¿Y quién le sucederá como arzobispo de Conakri? Le pido a Dios que le busque un buen sucesor». Ese acto de fe de mi madre me conmovió: me daba alas en el momento de volar lejos de ella para la gloria de Dios. Mientras que yo me resistía a

dejar Guinea, mi madre me invitaba a la docilidad.

Una semana después de abandonar Conakri, se cayó y se rompió el cuello del fémur... Tuvieron que ingresarla urgentemente. Cuando me dieron la noticia por teléfono me sentí desolado: a pesar del dolor de la fractura, ella quiso tranquilizarme. Sí, mis padres rodearon mi vocación de un ambiente de paz y de tranquila serenidad, y de un respeto reverente, para permitirme caminar con Dios escuchando solamente la voz que, como a Abrahán, me susurra a cada instante: «Camina en mi presencia, hijo mío, y sé perfecto» (*Gn 17, 1*).

Mis padres han sido para mí una gran bendición y un tesoro precioso. Dios los bendijo abundantemente concediéndoles la inmensa alegría de tomar parte en las ceremonias de mi consagración sacerdotal y episcopal. Mi única pena es que mi padre no viviera con nosotros la maravillosa visita pastoral de Juan Pablo II a Guinea. Murió dos meses antes de la llegada del Papa, en febrero de 1992. Mi madre, sin embargo, tuvo el honor de verle y saludarle.

Doy gracias a Dios por tanta generosidad. No me merecía nada, pero muchas veces Dios elige lo que no vale nada. Se dignó mirar a un muchachito de un pobre poblado. Yo estaba muy lejos de imaginar que llevaría a cabo todo lo que ha hecho conmigo. Pero, ¿quién puede saber adónde nos conduce Dios? Fíjese en san Pablo: en su persecución contra los cristianos, ¿sabía él acaso adónde se dirigía al tomar el camino de Damasco? Y san Agustín, un joven ávido de honores y placeres, con una ambición despiadada, desgarrado entre sus deseos y sus aspiraciones, entre su carne y su espíritu, ¿sabía lo que buscaba al dejar África y marchar a Milán? Todos somos objeto de esa extraordinaria manifestación de la misericordia de Dios. ¡Su bondad con nosotros no tiene límites!

Y con el título de bachiller en el bolsillo, ¿se marchó usted enseguida a Francia?

Sí. Monseñor Tchidimbo decidió que debía continuar el discernimiento de mi vocación en Francia. En septiembre de 1964, después de acabar el bachillerato, dejé Conakri para empezar a estudiar filosofía y teología en el seminario de Nancy. Monseñor Pirolet, por entonces obispo de Lorraine, admitía seminaristas de distintos países: de Guinea éramos tres, pero había también uno de Laos, Antoine Biengta, y otro de Corea, Joseph Ho.

Los seminaristas éramos unos cien y reinaba un ambiente excelente. Aunque la cultura francesa me era más que familiar, tuve que adaptarme física y culturalmente. El desfase con África es muy grande. Hacía mucho frío: maravillado y con los ojos como platos, vi nevar por primera vez.

Hube de constatar que las relaciones humanas se vivían de un modo muy distinto: nada que ver con la calidez de mi país. No obstante, esos años de filosofía escolástica

fueron una hermosa experiencia, en un ambiente intercultural enriquecedor. Los profesores se empleaban a fondo para formarnos.

Cuando llegué a Nancy, se perfilaban en el horizonte las primeras señales de protesta de mayo del 68. El año anterior, el 4 de diciembre de 1963, se publicó la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia. Ya entonces se pensaba utilizar ese texto como el documento cuyas claves podrían servir para una readaptación moderna de la liturgia. La vestimenta eclesiástica no se respetaba del todo –el alzacuello se sustituyó por los jerseys de cuello alto– y la identidad sacerdotal perdía su visibilidad, diluyéndose en el anonimato: poco a poco, la sotana fue convirtiéndose en una vestidura litúrgica de la que uno se desembarazaba nada más acabar la celebración. Yo no era del todo consciente de estos primeros signos de cambio: nuestras relaciones eran excelentes y existía un profundo deseo de oración. La acogida que recibíamos los extranjeros me conmovía. Nos sentíamos plenamente integrados en la familia de Dios.

En vacaciones nos acogían en granjas o en casa de nuestros compañeros y trabajábamos para ganar algo de dinero y hacer frente a nuestros gastos personales a lo largo del curso escolar, de acuerdo con los deseos de monseñor Tchidimbo.

Durante todos esos años jamás percibí racismo. Solo una vez, mientras me alojaba en Compiègne en casa de los padres de un buen amigo de clase, Gilles Silvy-Leligois, hubo una persona que me llamó «negro asqueroso» en la calle. Mi amigo montó en cólera y le pidió a su padre que interviniera. Tuve que apaciguarle, suplicándole que ignorara esa agresión irracional e injusta. Y para frenarle añadí: «Sí, soy negro, ¡pero no asqueroso!». Seguramente se trataba de un francés que había regresado de África con mucho resentimiento y alguna que otra herida personal. La verdad es que esa fue la única experiencia de ataques racistas que viví en Francia.

Durante esa etapa francesa, ¿hubo algún acontecimiento que le marcara de un modo especial?

Nunca olvidaré a mi director espiritual, el padre Louis Denis, un sacerdote santo y muy entrañable. Su corazón y su inteligencia desbordaban sabiduría. Fue decisivo en mi formación sacerdotal en esa época en que estuve separado de mis padres, sin recibir noticias suyas. Recuerdo también que fue en Nancy donde vi por primera vez en mi vida a un cardenal: un gran servidor de la Santa Sede, el cardenal Eugène Tisserant, que conservaba fuertes vínculos con sus raíces lorenasas. Cuando pasaba por Nancy se alojaba siempre en nuestro seminario. La amplia cultura del cardenal me impresionó mucho; y, sin embargo, no era una persona distante. Al contrario: sus homilias eran modélicas. Su altura intelectual no nos asustaba ni nos imponía, porque sabía seguir siendo sencillo y accesible.

La alegría más grande de aquella época fue conocer a la familia de André y Françoise

Mallard y sus tres hijas, Claire, Agnès y Béatrice, que me consideraban su hermano mayor. Eran tan cariñosos conmigo que, allí donde me llevaran mis estudios –desde Nancy a Jerusalén, pasando por Sebikotane, en el Senegal, y Roma–, mis padres adoptivos acudían a visitarme para manifestarme su cercanía llena de afecto. Naturalmente, asistieron a mi consagración episcopal en Conakri.

Me adoptaron afectivamente y me mimaron como a uno más. El vacío que dejó en mí la separación de mis padres lo colmaron ellos con su delicadeza, su apoyo y el calor de su cariño. Eran realmente una segunda familia: ese vínculo sigue existiendo hoy y se consolida de año en año.

¿Cómo mantuvo usted el contacto con sus padres, que seguían viviendo en Ourous?

Hay que tener en cuenta que yo no pasaba allí las vacaciones escolares, ni siquiera las de verano. Guinea se hallaba en plena revolución y el transporte era muy caro. Después de la independencia de nuestro país, a los espiritanos se les negó prácticamente cualquier derecho a dirigir actividades sociales, educativas, hospitalarias o de otro tipo. En mayo de 1967 fueron expulsados de Guinea.

La separación de mi familia se hizo aún más dolorosa. No podía escribirles, a riesgo de comprometer a mis padres y convertirlos en sospechosos de mantener relaciones con el extranjero. Podían acusarlos, arrestarlos e incluso encarcelarlos por conspirar al servicio de las potencias extranjeras enemigas que, según el gobierno, cada cierto tiempo tramaban planes para acabar con el régimen revolucionario guineano.

La única posibilidad de recibir noticias era a través de monseñor Tchidimbo, cuando este visitaba Nancy y nos informaba sobre la evolución de la situación en Guinea. Nuestro obispo nos traía cartas de la familia y nosotros podíamos encargarle que les transmitiera mensajes personales. Pero, durante esos tres años de seminario en Nancy, dado que mis padres vivían a 500 kilómetros de la capital guineana, ¡jamás pudo hacerme llegar una sola carta suya! Sin ninguna comunicación con los míos, el tiempo se me hacía larguísimo.

En vacaciones trabajábamos en granjas o en talleres para ganar algo de dinero que nos permitiera hacer frente a nuestros gastos personales. Yo trabajé en una granja no muy lejos de Nancy, y también en Longwy. Monseñor Tchidimbo era inflexible con respecto a la administración de lo que ganábamos: no quería que nos quedáramos con un solo céntimo del sueldo.

Un día, el mayor de nosotros tres no respetó la consigna del obispo y se quedó con el dinero para comprarse una moto. Cuando monseñor Tchidimbo se enteró del destino de los ahorros del verano de nuestro compañero, sufrió un ataque de ira memorable que nos costó mucho superar... Lo peor fue que el obispo se enfadó con todo el grupo, incluidos

quienes habían obedecido su consigna, como era mi caso. Hoy me sonrío, pero en aquel momento me entristeció muchísimo. No teníamos noticias de la familia y, en lugar de darnos ánimos, nuestro pastor nos echaba un rapapolvo, sin hacer distinción entre culpables e inocentes.

Entonces atravesé una etapa de dudas. En medio de una honda confusión, me planteé vagamente dejar el seminario. Cuando acudí a mi padre espiritual, el padre Denis, para confiarle mi decepción, me dijo: «Verás, Robert, yo he conocido a cuatro obispos de Nancy, cada uno con sus defectos, a veces complicados, y sus virtudes, muy edificantes. Tú no vas a ser sacerdote para el obispo, sino para Cristo y para la Iglesia. Tienes que seguir adelante con serenidad, con total confianza, con y para Cristo y a pesar de tu obispo o con él. Es verdad que él te llamará al sacerdocio, pero tú serás sacerdote para la Iglesia. Hoy te las tendrás que ver con monseñor Tchidimbo y mañana tendrás que aprender a lidiar con el carácter de su sucesor». Lo sorprendente fue que el sucesor de monseñor Tchidimbo, por misteriosa voluntad de Dios, resultó ser yo...

En cualquier caso, me quedé en el seminario lleno de alegría y entusiasmo. Es cierto que monseñor Tchidimbo era muy estricto, sumamente recto y de una exigencia sin límites. Venía a vernos al seminario menor de Kindia. Recuerdo que insistía en las cualidades espirituales y, sobre todo, en los valores humanos, la integridad moral y la honradez. Todavía le oigo tronar en la sala: «La primera causa de expulsión de un seminarista es la doblez; la segunda, la doblez; y la tercera, la doblez». Aunque la aspereza de su lenguaje nos asustaba un poco, su deseo era que los hombres llamados al sacerdocio fuesen rectos e íntegros. San Gregorio Magno escribió en una homilía: «Desdichado el hombre que camina por dos sendas». El pecador anda por dos caminos cuando su conducta contradice sus palabras, porque entonces, inevitablemente, lo que busca pertenece al mundo y a sus vicios.

Monseñor Tchidimbo pensaba que la honradez constituye una cualidad indispensable con la que un obispo no puede transigir. Se había formado en Chevilly-Larue con los espiritanos y pertenecía a la combativa Sociedad del P. Libermann. A pesar de su severidad, fue muy importante para mí: tenía un corazón generoso, capaz de mucha ternura y detallista.

¿Por qué dejó usted Nancy antes de acabar sus estudios de teología?

En efecto, tendría que haber acabado mis estudios de teología en Nancy. Es más, recuerdo que, después de terminar mi formación filosófica, me planteé obtener una licenciatura en esa materia, que me gustaba mucho. No obstante, monseñor Tchidimbo me pidió que abandonara la idea.

La obediencia me ayudó a madurar. Reorientó mi interés y el impulso de mi corazón hacia las Sagradas Escrituras. Por otra parte, mi deseo de ser sacerdote cuadraba más

con mi nueva aspiración de estudiar la Palabra de Dios. Gracias a un amigo protestante alemán, Horst Bültzingslöwen, fui descubriendo el estudio de la Biblia. Por entonces, Horst estudiaba exégesis bíblica en la Universidad de Tubinga y los dos solíamos pasar las vacaciones juntos en casa de los Mallard, que tenían una segunda residencia en la costa, cerca de Arromanches-les-Bains. Poco a poco, se inoculó en mí el virus de los estudios bíblicos y el contagio fue en progresión hasta que acabé mis estudios de teología.

Sin embargo, las relaciones entre Guinea y Francia se complicaron tanto – especialmente entre Séku Turé y el general De Gaulle– que tuve que dejar Nancy. Una vez más, los problemas políticos de mi país me obligaron a cambiar bruscamente de lugar: me trasladé a Senegal, al seminario de Sebikotane, cerca de Dakar, para cursar los dos últimos años de seminario, de octubre de 1967 a junio de 1969. También allí comenzaban a notarse los vientos del movimiento revolucionario de mayo del 68.

Durante mi estancia en Sebikotane me ordené subdiácono. La ceremonia tuvo lugar en enero de 1969 en la catedral de Dakar y fue presidida por el cardenal Hyacinthe Thiandoum. Más tarde, en abril de 1969, recibí el diaconado de monseñor Augustin Sagna en Brin (Senegal), en la diócesis de Ziguinchor. Éramos una decena de diáconos felices y decididos a amar a Dios. La mayoría de los jóvenes diáconos procedían de las diócesis de Dakar, Thiès y Ziguinchor. De Guinea éramos dos: el padre Augustin Tounkara y yo. En Sebikotane había un ambiente de estudio muy cálido, con una atmósfera africana que se beneficiaba de la cercanía espiritual y la calidad litúrgica de la abadía benedictina de Keur Moussa, perteneciente a la congregación de Solesmes.

El año de diaconado estuvo repleto de emoción, de temor y temblor interiores. Veía llegar la hora de la ordenación sacerdotal y el gran momento de mi primera misa. Ser sacerdote, parecerse a Cristo, pronunciar las mismas palabras que Él... ¿Cómo no estremecerse? Fue en esa época cuando monseñor Tchidimbo me comunicó que, tan pronto como me ordenara, me enviaría a Roma a estudiar Sagrada Escritura.

Imagine usted la alegría y la felicidad que me causó la noticia. Nunca hubiera imaginado que algún día estaría en Roma, cerca de la tumba de Pedro, ¡y que podría ver al Papa con mis propios ojos! Qué lejos quedaba ese muchachito de Ourous que contemplaba cómo se recogían los padres en la iglesia del poblado... Y, sin embargo, dentro de mí no había cambiado nada.

2. LA ESTRELLA DE LOS REYES MAGOS

«Casualidad, dicen. La casualidad se parece a nosotros.
La verdadera humildad es, ante todo, decoro».

Georges Bernanos, *Bajo el sol de Satanás*

NICOLAS DIAT: Después de su ordenación sacerdotal, ¿se trasladó enseguida a Roma para completar sus estudios?

CARDENAL ROBERT SARAH: Dado que monseñor Tchidimbo secundaba mi deseo de cursar estudios bíblicos, primero había que obtener la licenciatura en teología dogmática. De ahí que en septiembre de 1969 llegara a Roma para ingresar en la Universidad Gregoriana.

La enseñanza se impartía en latín. En paralelo, estudiaba también hebreo, griego bíblico y arameo en el *Pontificium Institutum Biblicum*. Eran unas clases maravillosas: me brindaban la posibilidad de acceder de un modo más directo a la Palabra de Dios y a los comentarios de los Padres de la Iglesia.

Viví en Roma hasta 1974, con un paréntesis de un año en Jerusalén.

Monseñor Tchidimbo había enviado a Roma junto conmigo a dos seminaristas – André Mamadouba Camara y Jérôme Téa– y a dos novicias guineanas: Marie-Renée Boiro y Eugénie Kadouna. Quería que adquiriéramos una sólida formación humana, intelectual y espiritual. Esta es la última carta que nos escribió el 14 de diciembre de 1970, diez días antes de su arresto y encarcelamiento: «El poco tiempo de que dispongo no me permite este año felicitarles la Navidad a cada uno en particular: espero que me disculpen. Pero estoy seguro de que sabrán descubrir en estas líneas mis sentimientos más profundos de cara a su formación para un apostolado eficaz en esta querida Guinea. La preocupación por su aprendizaje es un problema que me inquieta todos los días: sé que ustedes me ayudan a solventarlo con los generosos esfuerzos que dedican a diario a asimilar cuanto les es posible tanto en el plano espiritual como en el intelectual, por lo que les estoy infinitamente agradecido. Deseo que el año 1971 sea un año de esfuerzos aún mayores en bien de la Iglesia de Guinea: esos son los deseos más ardientes que formulo para ustedes. Que el Niño acoja en el Portal esos deseos y les dé consistencia en un futuro próximo. Sé que puedo contar con sus oraciones: las mías los acompañan a ustedes a diario, junto con el afecto que les profeso».

Esta carta-testamento me acompañó durante todos mis estudios romanos.

No obstante, cuando me disponía a escribir mi tesis doctoral en exégesis bíblica sobre

el tema «Isaías cap. 9-11 a la luz de la lingüística semítica noroccidental: ugarítico, fenicio y púnico», dirigida por el padre Mitchell Dahood, el padre Louis Barry, a la sazón administrador apostólico de la archidiócesis de Conakri, me pidió que regresara a Guinea para paliar la escasez de sacerdotes.

El objetivo de mi trabajo de investigación consistía en proponer un nuevo análisis crítico de algunos problemas textuales del texto masorético del libro de Isaías, a partir de la literatura ugarítica y de las inscripciones fenicias y púnicas. Esta metodología de la exégesis moderna para la clarificación de textos difíciles se basa en consideraciones de orden sintáctico, lexicográfico y estilístico, que ofrecen los estudios comparativos en el campo de la literatura semítica noroccidental. Me gustaría insistir en el valor incalculable del método del padre Dahood, quien logró hacer ver a buena parte de la comunidad científica que los copistas del texto hebreo del Antiguo Testamento fueron escrupulosamente fieles al texto original, al menos en su forma consonántica.

Hoy día sería de vital importancia que guardáramos el mismo respeto y la misma fidelidad a la Palabra de Dios para no manipularla en virtud de las circunstancias históricas, políticas e ideológicas, con objeto de complacer a los hombres y adquirir una reputación de erudito o de teólogo avanzado. «No somos –dice san Pablo– como tantos otros que adulteran y falsifican la palabra de Dios» (2 Co 2, 17; 4, 2). Este afán por un escrupuloso respeto hacia la Palabra de Dios y su aplicación en nuestras vidas me recuerda una exhortación de Johannes Albrecht Bengel (1687-1752), un teólogo protestante que quiso sintetizar así la atención que debemos prestar a las Sagradas Escrituras: «*Te totum applica ad textum, rem totam applica ad te*» («Aplicáte por entero al texto y de lo que trata aplicátelo por entero a ti»).

El verdadero servidor en materia bíblica, el verdadero teólogo, es aquel que cada día articula en su vida y en sus obras las palabras del salmista: «¡Cuánto amo tu Ley, Señor! Es mi meditación el día entero [...]. He llegado a ser más docto que todos mis maestros, porque tus preceptos son mi meditación. Tengo más discernimiento que los ancianos, porque guardo tus mandatos. Mis pies aparto de toda senda mala, para observar tu palabra. No me he desviado de tus normas porque Tú me has guiado» (Sal 119, 97; 99-102).

¿Le resultó difícil esa época de estudio de las Escrituras?

Los años de estudios bíblicos pueden parecer largos y exigentes. De hecho, requieren el conocimiento de numerosas lenguas y un trabajo complejo para contextualizar las Sagradas Escrituras en el marco de las grandes culturas que influyeron en el pueblo de Israel, especialmente las culturas sumeria, egipcia, babilónica, cananea, griega y romana, sin pasar por alto el marco geopolítico de la historia de Israel. Pero son años necesarios para dejar que la Palabra de Dios penetre en nosotros como espada de doble filo.

Nuestro corazón duro como la piedra necesita tiempo para acoger la Palabra de Dios de modo que se convierta realmente en la Palabra de Alianza. Entonces podemos experimentar –como afirma Balduino de Ford en una de sus homilias– que «la Palabra de Dios, que es también sabiduría de Dios, se hace aún más penetrante para quienes creen en ella y la aman. ¿Qué hay, en efecto, imposible para el que cree o difícil para el que ama? Cuando esta palabra resuena, penetra en el corazón del creyente como si se tratara de *flechas de arquero afiladas*; y lo penetra tan profundamente que atraviesa hasta lo más recóndito del espíritu; por ello se dice que es más tajante que una espada de doble filo, más incisiva que todo poder o fuerza, más sutil que toda agudeza humana, más penetrante que toda la sabiduría y todas las palabras de los doctos».

Hay que saber admitir con humildad que se necesita una vida entera para estudiar la Palabra de Dios y adquirir la sabiduría que conduce al amor.

El hecho de vivir en Roma debió de significar para usted una experiencia extraordinaria...

Cuando aún vivía en África, Roma era para mí algo así como el paraíso... La ciudad del Papa me parecía lejana e inalcanzable.

Mi llegada a la *urbs aeterna* permanece grabada en mi memoria. Cada paso que daba me dejaba maravillado. Vivía en *viale delle Mura Aurelie*, en el Colegio San Pedro, cerca del Vaticano. ¿Quién iba a imaginar la primera vez que entré en la majestuosa basílica de San Pedro que un día celebraría misa como cardenal en esos lugares sagrados? Recuerdo perfectamente mi primera oración sobre la tumba del príncipe de los apóstoles. Sentía muy vivamente la profunda fe, el amor a Dios y la inspiración del cielo que percibía en todas aquellas obras de arte. Durante ese tiempo descubrí la Roma antigua, el Coliseo, el Foro, las catacumbas y todas las huellas de los primeros mártires cristianos. Me decía a menudo que recorría la ruta de los santos, viéndome en la obligación de ser un humilde discípulo suyo.

Pero los estudios llenaban el grueso de nuestra jornada. Contábamos con excelentes profesores, que solían ser los mejores especialistas en su materia. Por entonces el rector del *Biblicum* era Carlo Maria Martini. Recuerdo de manera especial las clases de Ignace de La Potterie, Stanislas Lyonnet, Étienne Vogt y Albert Vanhoye, quien también sería nombrado cardenal. Aquellos universitarios tan preparados irradiaban vida interior. Nos transmitían su ciencia y su fe en Dios.

Al llegar a Roma en 1969, fue usted testigo de los inicios de la reforma litúrgica en la propia ciudad del Papa...

Sí, pero me ordené por el rito antiguo en julio 1969, cuando aún no había entrado en vigor el nuevo. No obstante, desde que llegué a Roma celebré con el nuevo misal de

Pablo VI. En aquella época, en el Colegio San Pedro cada uno tenía su propio altar. La práctica de la concelebración era poco habitual.

Personalmente, procuraba cuidar con esmero mi misa diaria. No dejaba de advertir que, en mi entorno, a algunos sacerdotes les costaba encontrar un equilibrio entre la gestión de su tiempo libre, su vida personal con el Señor y la obligación de cuidar la vida sacerdotal comunitaria. Para otros, lo esencial eran los estudios y se relajaban un poco en su vida espiritual. Recuerdo perfectamente lo que me dijo el sacerdote africano que me acompañó hasta mi apartamento: «Este es tu cuarto: entra y sal como te parezca». Para un joven sacerdote, esa invitación era muy constructiva...

Por las mañanas prefería levantarme antes para poder celebrar sin prisas. Sabía que la misa era el momento más importante del día, porque sin la Eucaristía mi relación con Cristo no podía conocer esa gran intimidad que todo cristiano desea. Ya no estaba en el seminario: por eso, me tocaba a mí organizar con plena libertad mi jornada y programar mis momentos de encuentro con el Señor, para acrecentar mi unión con Dios. El sacerdote que descuida su misa ya no es capaz de percibir cuánto nos ama Dios, hasta dar su vida.

Ya en esa época sabía que la liturgia era el momento sagrado más precioso, en el que la Iglesia nos permitía encontrar a Dios de un modo único. Nunca debemos olvidar unir la liturgia al hecho doloroso de la muerte de Jesús en la cruz.

¿De dónde procede esa sensibilidad litúrgica tan aguda y precoz que parece caracterizarle?

Le agradezco el cumplido. Estoy convencido de que el ejemplo de los espiritanos fue decisivo. Cuando era monaguillo, observaba con mucha atención la delicadeza y el fervor con que los sacerdotes de mi poblado celebraban su misa diaria. En ese sentido, se puede decir sin faltar a la verdad que desde muy pequeño tuve ocasión de comprender la necesidad de rendir un culto espiritual, santo y agradable a Dios. En la misa estamos presentes sobre todo ante Dios. Si no volvemos nuestra mirada radicalmente hacia Él, nuestra fe se vuelve tibia, errática e insegura. En Orouros, cuando era monaguillo, fui aprendiendo poco a poco a entrar en el misterio eucarístico y entendiendo que la misa es un momento único en la vida de los sacerdotes y de los fieles. El culto divino nos sacaba de lo ordinario. Con mis ojos de niño, tenía la sensación de que en el momento en que el sacerdote, mirando a Oriente, elevaba hacia el cielo la hostia consagrada, estaba literalmente absorbido por Cristo.

Pude comprender también la importancia de los momentos de silencio durante la liturgia. Un sacerdote debe dejar un lugar importante en su vida al silencio: es vital que pueda permanecer a la escucha de Dios y de las almas que se le confían. En la formación monástica es sumamente importante para un sacerdote aprender a no hablar sin motivo.

Porque la predicación implica silencio. En el ruido, el sacerdote pierde el tiempo: la cháchara es una lluvia ácida que acaba por arruinar nuestra meditación. El silencio de Dios debería enseñarnos cuándo hablar y cuándo callar. Ese silencio que nos lleva a entrar en la verdadera liturgia es un momento para alabar a Dios, confesarlo delante de los hombres y proclamar su gloria. Recuerdo que los domingos todos los habitantes del poblado cuidaban con celo sus largos tiempos de oración personal. Estábamos en presencia de la Presencia.

Por último, mi sentido de la liturgia adquirió madurez y profundidad a medida que fui creciendo, especialmente durante los años de seminario. Como africano, no cabe duda de que he heredado ese jubiloso temor a toda realidad sagrada. Durante las celebraciones religiosas paganas, después de las danzas y el bullicio de los festejos llegan los momentos sagrados de las libaciones sacrificiales que imponen un silencio absoluto.

En el transcurso de mis años de seminarista y después de mi ordenación, mi certeza se afianzó. Entendía que la mejor manera de estar con el Hijo de Dios hecho hombre es la liturgia. En la misa el sacerdote se encuentra cara a cara con Dios. La misa es lo más importante que hemos de vivir. Y el oficio del breviario nos prepara para ello.

A lo largo de mi juventud no tuve la suerte de conocer la riqueza litúrgica que puede llegar a existir en los monasterios. Se puede decir que en Europa hay muchos cristianos que no aprecian el tesoro único que representan las abadías. Sin embargo, la pausa litúrgica y el sentido de lo sagrado de los espiritanos de mi infancia me regalaron un anticipo de la incomparable belleza de las celebraciones benedictinas.

En el Antiguo Testamento los hebreos se acercaban siempre a Dios con temor y veneración. Yo he procurado imitarlos. El mejor camino para lograrlo es la liturgia.

A veces aflora la sensación de que en su trayectoria ha habido algo de milagroso.

He tenido la suerte de poder contar con padres espirituales de mucha talla. Tanto en Nancy como en Senegal los sacerdotes que me acompañaron insistían mucho en la importancia de la vida interior. Monseñor Tchidimbo, que pasó muchos años en prisión sometido a torturas, siguió siempre en mi corazón. Un seminarista es ante todo obra de los sacerdotes que lo han acompañado. Dios me ha hecho el regalo de poder apoyarme en pastores que estaban realmente unidos a Cristo.

El 20 de julio de 1969, día en que recibí el sacerdocio de manos de monseñor Tchidimbo en la catedral de la Inmaculada Concepción de Conakri, fui el único que se ordenó. Durante esos años, todos los compañeros seminaristas guineanos con los que estuve en Bingerville, en Nancy y en Sebikotane fueron abandonando el seminario.

Ese día del verano de 1969, después de tantas tribulaciones y contratiempos, de tantas tempestades políticas en mi país, de tantos viajes, fatigas y alegrías, era el único

«superviviente» de la aventura. ¿Por qué se fijó Dios en mí de un modo especial? ¿Por qué me eligió dándome la fuerza sobrenatural para conservar el rumbo? ¿Por qué quiso Dios que fuera el último sacerdote que se ordenara antes del arresto de monseñor Tchidimbo en diciembre de 1970? Es muy difícil responder a estas preguntas. Mis compañeros se habían ido marchando uno detrás de otro y acabé solo ante el altar de la catedral.

La verdad es que jamás dudé de mi vocación. Si hubo acontecimientos que me entristecieron, no fueron nunca más que pequeñas heridas que no mermaron mi amor a Dios. Seguí siendo fiel porque le amaba tanto como puede hacerlo un pobre pecador pese a sus limitaciones. Siempre conservé en mi corazón la certeza de que Dios me amaba. En nuestras vidas todo es don de su Amor. No se puede permanecer indiferente ante un misterio tan grande. ¿Cómo no responder al Amor del Padre celestial con una vida plenamente entregada a Él?

El 21 de julio de 1969 dije mi primera misa en la catedral de Conakri. Hasta el domingo siguiente, 27 de julio, no pude celebrar mi primera Eucaristía en la parroquia de Santa Rosa de Ourous. Imagine usted mi emoción, la de mis padres y la de todos los habitantes del poblado. La alegría era inmensa. Tenía la sensación de ser una justa recompensa para los espiritanos, que tanto habían sufrido por nosotros. No obstante, la Providencia quiso que la persecución de Séku Turé les impidiera estar presentes ese día.

Los espiritanos que entregaron su alma en Guinea en circunstancias tan difíciles no murieron en vano. Ese día de julio lo comenzamos con una procesión entre el cementerio y la iglesia, después de un largo rato de oración ante las tumbas de los primeros misioneros.

A lo largo de las semanas siguientes, siguiendo un programa elaborado por monseñor Tchidimbo, tuve la alegría de celebrar varias misas en diferentes parroquias de la archidiócesis de Conakri antes de marchar a Roma.

En 1971, en plenos estudios romanos, se traslada a Jerusalén para profundizar en los estudios bíblicos...

Sí, viví un año entero en la Ciudad Santa. En el Instituto Bíblico de Jerusalén mi unión con Cristo se hizo aún más viva. No se trataba solo de un sentimiento. Los lugares que contemplaron la presencia del Hijo de Dios son tan elocuentes que hacían de mi oración algo palpable. En Tierra Santa, la huella de Jesús es imborrable.

El privilegio de pisar Tierra Santa, la tierra de Dios, la tierra donde nació Jesús, despertaba en mí una emoción indescriptible y el sentimiento de vivir en la morada de Dios en la tierra. Como Jacob, quien pisa Tierra Santa puede decir: «El Señor está realmente en este lugar y yo no lo sabía [...]. Esto no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo» (Gn 28, 16-17). Jerusalén es verdaderamente su lugar de reposo, pero también

el lugar del Gólgota y de las lágrimas.

¿Por qué la vida en esa ciudad es tan compleja? En Jerusalén no existe un solo instante en que no haya un hombre rezando: allí residen todas las religiones monoteístas. Y, sin embargo, la violencia es constante.

La mañana del 25 de diciembre de 1971 participé en la misa de la basílica de Belén. Las ceremonias de las distintas tradiciones cristianas se sucedían una detrás de otra y algunos celebraban al mismo tiempo siguiendo un rito, una lengua y unos cantos propios, lo que generaba un inmenso caos poco propicio a la oración. En lugar de rezar juntos, los cristianos se incordian unos a otros. Las liturgias se convierten en fronteras que parecen infranqueables. ¿Por qué los hombres no son capaces de comprender que esos obstáculos hacen sangrar dolorosamente el corazón de Padre de Dios?

Durante ese año me alojé con los jesuitas, en una casa donde vivían también los padres Ludovicus Semkowski, R. M. Mackowski, James Kelly y algunos excelentes profesores de exégesis. Esta experiencia humana e intelectual fue muy rica e intensa y particularmente estimulante.

Durante esa época me preguntaba si mi vocación no consistiría en unirme a alguna orden contemplativa. Me planteé seriamente entrar en un monasterio benedictino. Pero no quise abandonar mi país, tan lamentablemente falto de sacerdotes.

Tras pasar por Jerusalén y por Roma, vuelve usted a Guinea, donde le asignan una parroquia...

Después de licenciarme en teología y exégesis, me nombraron párroco de Boké, en el litoral de Guinea. Ese ministerio ha sido la experiencia sacerdotal más hermosa de mi vida. La parroquia era inmensa: los fieles más distantes vivían en la frontera con Senegal. Ni mi vicario, Jean-David Soumah, ni yo teníamos coche...

Yo me acordaba de los misioneros de mi infancia, que casi todos los días salían a pie a evangelizar a la población más apartada. Ahora podía imitarles de cerca. Con el maletín para celebrar misa sobre la cabeza, caminaba durante horas, acompañado siempre de dos o tres catequistas, bajo un sol de justicia. De vez en cuando me cruzaba con un camión cargado de mercancías que accedía a hacerme más fácil el viaje. Cuando me dirigía a zonas pantanosas, en medio de las lagunas, cogía una piragua. Muchas veces atravesábamos corrientes peligrosas, como la del Kakukul. Nos quedábamos sin respiración ante el temor a ser engullidos por un remolino...

Viajaba con frecuencia a los poblados más aislados, pues sabía que sus habitantes no recibían la visita de un sacerdote desde la expulsión de los misioneros en 1967. Al cabo de una década sin sacerdote, los habitantes del poblado seguían dando catequesis a los niños por propia iniciativa, enseñándoles a rezar sus oraciones diarias y el rosario con una inmensa devoción filial a la Virgen, y a escuchar la Palabra de Dios los domingos. Se me

concedió la gracia de fortalecer a esos hombres que, a falta de sacerdotes, conservaban la fe sin ningún apoyo sacramental. Jamás olvidaré su indescriptible alegría mientras celebraba la misa, que llevaban tanto tiempo sin escuchar. No podía sino sentirme inmensamente agradecido al contemplar a los catequistas que, caminando horas y horas de poblado en poblado, conservaban encendida esa pequeña llama. Su abnegación permanecerá para siempre guardada en mi corazón.

Enseguida me di cuenta de que la esencia de mi labor misionera debía centrarse en reforzar la formación de los catequistas, los auténticos edificadores de nuestras parroquias.

Tampoco tardé mucho en comprender que los hombres del régimen de Séku Turé me sometían a una estrecha vigilancia. Mis homilias y las de los demás sacerdotes, por ejemplo, eran sistemáticamente escuchadas por espías, que informaban a los cuadros regionales del partido revolucionario de las palabras que pronunciábamos en público. Tenía que tener cuidado de no cuestionar abiertamente la doctrina del Partido-Estado. En esa época monseñor Tchidimbo llevaba cuatro años en la cárcel y la dictadura seguía endureciéndose.

Miles de guineanos intentaban cada día salir del país. Todas las propiedades religiosas habían sido confiscadas y nacionalizadas: vivíamos sumidos en una inmensa pobreza. En nombre de la independencia nacional y como consecuencia de las drásticas medidas de Séku Turé, la Iglesia de Guinea se hallaba totalmente aislada del mundo católico y se impedía cualquier ayuda venida de la Santa Sede. Aunque esa situación dificultaba nuestra vida diaria, pensaba que a los sacerdotes esos sufrimientos nos permitían vivir en la misma indigencia que los fieles. Mi alimentación era muy frugal, ya que solo podía contar con la ayuda de los fieles, que estaban faltos de todo.

Un día, de camino a Zéroun –uno de los poblados basaris más apartados de la parroquia de Ourous, cerca de la frontera con Senegal– para celebrar misa, me encontré con un hombre que parecía conocer la zona. Le pregunté si podía indicarnos el camino y él se ofreció a acompañarnos. En realidad, se trataba de un miliciano vestido de campesino que pensó que estaba intentando salir de Guinea. Haciéndome creer que me ayudaría a llegar a mi destino, me llevó caminando una tarde entera hasta el campamento militar de Négaré. Tuve que estar un buen rato dando explicaciones, pues el comandante del acuartelamiento también pensaba que quería cruzar la frontera clandestinamente. Poco a poco logré aplacar sus temores. Pero estaba anocheciendo y no tenía ni idea de dónde me hallaba. Al final, el comandante ordenó a dos soldados que me guiaran hasta el poblado al que me dirigía. Hacia la medianoche mis catequistas y yo llegamos a nuestro destino.

La alegría de los habitantes fue inenarrable. Según dicta la tradición, no se mata el carnero, la cabra o cualquier animal que se vaya a servir en la comida sin antes habérselo

presentado vivo al extranjero. Solamente después de la bienvenida y del rito de la presentación se ponen las mujeres a cocinar. Una vez concluidas la cena y las danzas, me fui a dormir a la choza que me habían preparado, mientras los dos militares que me acompañaban, que seguían albergando sus dudas, se quedaron dormitando delante de la puerta. A la mañana siguiente pude bendecir la pequeña capilla que había construido la comunidad cristiana, así como la choza donde había dormido, a la que pusieron el nombre de «presbiterio». A partir de ese momento quedaría reservada para los sacerdotes que visitaran el poblado. Después de desayunar, los dos soldados regresaron a su acuartelamiento. Los catequistas y yo estuvimos tres días recorriendo la sabana, visitando a las personas que vivían más aisladas. De vuelta tuve que pasar por el campamento militar para demostrar que no pretendía dejar el país. Los militares se disculparon y me ofrecieron un pollo en señal de reconciliación.

¿Cómo olvidar a esos hombres y mujeres que no tenían prácticamente nada, que adaptaban a las costumbres locales su vestido, su alimentación y el resto de su existencia, sin dejar de dar un testimonio radical de su fe en Jesús a sus vecinos animistas? Siempre los llevaré en mi corazón, porque son el modelo de la fidelidad y la perseverancia que Cristo exige de nosotros en este mundo.

Durante esos dos años pude constatar cuánto fue capaz de sufrir Guinea bajo un régimen dictatorial que no le ofrecía ningún futuro. La mentira y la violencia eran las armas preferidas de un sistema basado en una ideología marxista destructiva. La economía del país se había hundido y los habitantes de las ciudades padecían una pobreza extrema. En el campo la ayuda mutua entre los habitantes de los poblados permitía cubrir las necesidades básicas. Séku Turé, obsesionado por la realización de su plan mesiánico, iba cayendo en una creciente paranoia que le llevaba a ver por todas partes enemigos de la revolución que tramaban su perdición. Guinea estaba herida, asolada y destruida. Hasta su alma se iba reduciendo como una flor marchita.

En 1976 le nombraron profesor y, más tarde, director del seminario menor Juan XXIII de Conakri.

Sí, y había muchos seminaristas: casi un centenar. Pero no cabe duda de que a los formadores y profesores que me habían precedido les faltaba rigor. Reinaba una especie de fragilidad moral. Además, se trataba de una institución en la que solo podíamos atender a los seminaristas fuera del horario de clases, ya que Séku Turé exigía que los jóvenes estudiaran en instituciones públicas.

Nada más llegar intenté restablecer una verdadera disciplina. Desgraciadamente, los alumnos llevaban muchos meses de relajación y no aceptaron el rigor que deseaba imponer. Primero tuve que enfrentarme a una pequeña revolución. Pero la falta de formación espiritual era mucho más profunda de lo que podía imaginarme.

Una noche, uno o varios alumnos prendieron fuego a la capilla. Cuando pedí a los culpables que confesaran públicamente, nadie quiso admitir su responsabilidad. El segundo paso fue pedir a quienes conocían a los autores de una falta tan grave que los denunciaran. Llegué incluso a decirles que, si el blanco de aquel acto abominable hubiera sido mi habitación, lo habría podido perdonar. Pero la capilla era la casa del Señor. A pesar de mi insistencia en que el culpable asumiera valientemente su responsabilidad, ningún alumno quiso abrir la boca. Entonces les advertí que, si el origen del incendio seguía sin desvelarse, tomaría la decisión de cerrar el seminario. Pensaba en la formación que había recibido de monseñor Tchidimbo y sabía que esa habría sido también su decisión.

La prefectura de Kindia me citó para notificarme la orden de retractarme, ya que solo un acto contrarrevolucionario podía autorizarme a cerrar el seminario. Pero yo no cedí, porque consideraba que una profanación cometida por un seminarista no podía quedar sin castigo. Los servicios del gobierno insistieron para que reabriera las puertas del seminario en el plazo más breve posible. Una vez más, les expliqué que no revocaría mi decisión. ¿Cómo iba a aceptar que futuros sacerdotes y, por lo tanto, hombres de Dios, se entregaran a actos sacrílegos? Ante mi determinación y mis explicaciones, el prefecto de Kindia comprendió que mis razones eran irrefutables y acabó aceptando mi decisión. Así que, durante aquel primer año que acababa de comenzar, el seminario menor permaneció cerrado.

Para el curso siguiente pedí a los sacerdotes que me enviaran un certificado de buena conducta de cada uno de los chicos que acogíamos dentro de nuestros muros. Los efectivos se redujeron a la mitad, pero contaba con la seguridad de que se trataba de jóvenes aptos para comenzar un camino de servicio a Dios.

A pesar de este episodio, guardo buenos recuerdos de mi vida como director del seminario Juan XXIII. Tenía la sensación de estar transmitiendo los conocimientos que tantos profesores habían sabido inculcarme con su rigor, su coraje y su abnegación.

¿El año 1978 significó un cambio radical en su vida?

La tarde del 18 de abril de 1978, monseñor Louis Barry, administrador apostólico desde el encarcelamiento de monseñor Tchidimbo, llegó de improviso al seminario de Kindia. Mientras cenábamos nos contó la sorprendente aventura que acababa de vivir aquella mañana.

Por pura casualidad, se había encontrado con dos enviados de la Santa Sede. En efecto, Louis Barry se dirigía a Kissidugu y, al pasar delante del aeropuerto de Conakri, vio un pequeño avión privado del que descendían dos «fajines violetas». Extrañado, se detuvo y dio media vuelta para seguir al coche que trasladaba a los obispos. Monseñor Barry observó que el vehículo entraba en el edificio de la Presidencia de la República...

Cada vez más atónito, decidió parar en la comunidad de las hermanas de San José de Cluny, situada a unas decenas de metros de Presidencia. Al rato, los enviados salieron de allí para visitar a las hermanas. Monseñor Barry recibió a los dos obispos manifestándoles la alegría y la sorpresa de verlos en Conakri. Se trataba de monseñor Simon D. Lourdusamy, secretario de la Congregación para la Evangelización de los pueblos, y de monseñor Luigi Barbarito, nuncio apostólico en Dakar, quienes habían ido a recoger a monseñor Tchidimbo. Pero algunos periodistas, demasiado bien informados, habían adelantado la noticia de su liberación y el presidente Séku Turé, furioso por la indiscreción, decidió retrasarla *sine die*: un nuevo fracaso en las negociaciones entre la Santa Sede y el gobierno guineano.

Y lo que era aún peor: el presidente se oponía tajantemente al nuevo nombramiento de la Santa Sede para el arzobispado de Conakri. A pesar de la postura del gobierno guineano, monseñor Lourdusamy encargó secretamente a monseñor Barry una misión: preguntarle al padre Robert Sarah si aceptaba convertirse en el próximo arzobispo de Conakri...

Mientras nos contaba aquello en la cena, la presencia de mis dos adjuntos en el seminario, Désiré Roland Bangoura y Apollinaire Cècé Kolié, impidió a Louis Barry mencionar la misión que le había sido confiada. Cuando acabamos de cenar, pidió hablar conmigo a solas y nos trasladamos a mi cuarto. Entonces Louis Barry me comunicó que el papa Pablo VI me había elegido arzobispo de Conakri y que tenía que contestar lo antes posible. La noticia me dejó atónito. Al principio protesté y me negué a aceptar el nombramiento, consciente de mi evidente incapacidad para asumir ese cargo. Los problemas de la diócesis eran ingentes y las tensiones entre la Iglesia de Guinea y el Estado, casi constantes. No tenía suficiente experiencia pastoral y, además, ni siquiera había cumplido treinta y tres años...

Monseñor Barry replicó al instante: «Dentro de tres días vendré a recoger tu respuesta por escrito. Pero, si es negativa, monseñor Raymond-Marie Tchidimbo seguirá en la cárcel, porque la condición que ha puesto Séku Turé para su liberación es su inmediata sustitución en la sede episcopal y el nombramiento de un nuevo arzobispo». Monseñor Tchidimbo ya había enviado su carta de renuncia al cargo de arzobispo de Conakri. La sede arzobispal de Conakri quedaba, pues, vacante.

El segundo argumento de monseñor Barry fue el siguiente: «No puedes negarte a obedecer al Papa, que ha confiado en ti. El Papa habla en nombre de Dios: tienes la obligación de obedecer como un hijo obedece a su padre». Y puso fin a nuestra conversación diciendo: «El servicio y la misión que Dios te confía con este cargo exigen la Cruz. Pero Dios estará contigo para sostenerte». Sobra decir que me quedé completamente hundido.

Era incapaz de comprender por qué Pablo VI elegía a un humilde y joven

desconocido como yo. ¿Por qué no nombraba la Santa Sede a monseñor Barry, que contaba con toda la madurez necesaria? Me sentía atrapado en medio de una tormenta insólita y no comprendía semejante decisión. Claro que quería sufrir por mi Iglesia, pero aquella elección, que me parecía especialmente seria, me dejó anonadado.

Aunque podía entender que monseñor Barry quisiera transmitir a la nunciatura una pronta respuesta, estaba literalmente aterrado por el poco tiempo de que disponía para reflexionar. Aquellos tres largos días los pasé en un estado de postración. Finalmente, escribí una carta al Papa manifestándole que, pese a no ser digno ni estar capacitado, aceptaba su decisión. Ese mismo día elegí mi lema episcopal: «*Sufficit tibi gratia mea*» («Te basta mi gracia»), tomado de la segunda Carta a los corintios. El administrador apostólico vino a recoger mi carta y las negociaciones entre la Santa Sede y Séku Turé se prolongaron durante todo un año.

Desde el mes de septiembre de 1978, monseñor Barry me pidió que dejara el seminario para convertirme en su secretario particular. De ese modo quería ayudarme a prepararme para mi pesada carga y facilitar mi adaptación al ambiente de la ciudad de Conakri, que tan poco conocía.

Los años 1978-1979 en el arzobispado fueron para mí como un largo retiro en el desierto, un tiempo de oración, de aprendizaje y de lágrimas silenciosas. Quise dejarlo todo en manos de Dios. Además de mi función como secretario particular de monseñor Barry, asumí la de párroco de San José Obrero y la capellanía de la Residencia Santa Teresa del Niño Jesús, de la Congregación de las Hermanitas de Nuestra Señora de Guinea.

Durante un año y cuatro meses, fui el único, junto con monseñor Barry, en soportar la carga del secreto pontificio y la terrible angustia que me generaba. No podía decírselo a nadie, ni siquiera a mis padres.

Por fin, el 7 de agosto de 1979, de un modo casi milagroso, monseñor Tchidimbo fue liberado y expulsado del país.

Los días 18 y 19 de agosto llegó una delegación pontificia para reunirse de nuevo con el presidente. Séku Turé acabó aceptando mi nombramiento y el tiempo empezó a correr. Los preladados romanos me pidieron que en un plazo de pocos días organizara en la catedral una misa de acción de gracias para el jueves 23 de agosto, sin otra explicación que la alegría de celebrar una ceremonia con ocasión de la presencia entre nosotros de un enviado especial de la Santa Sede.

Vivía como en un extraño sueño. Dios quiso que me convirtiera en arzobispo con treinta y cuatro años, en un momento en que el país atravesaba una crisis sin precedentes y todos los bienes de la Iglesia estaban confiscados. La misa se celebró en la catedral a las diez de la mañana y el nombramiento de monseñor Philippe Kuruma, obispo de N'Zérékoré, se hizo público al mismo tiempo que el mío. Simultáneamente, fui

nombrado también administrador apostólico de la diócesis de Kankan.

Aquel día de agosto los escasos fieles reunidos a toda prisa lloraban de alegría y emoción. Desde la terrible jornada de diciembre de 1970 en ninguna diócesis de Guinea había obispo. Yo conocía la magnitud de las pruebas y el sufrimiento de monseñor Tchidimbo. En el más absoluto secreto, una de sus primas, la madre Louis Curtis, le llevaba al campo donde se encontraba las hostias que le permitían consagrar y consumir clandestinamente el Cuerpo de Cristo antes de que sus compañeros de celda se despertasen. En su libro-testamento, *Noviciat d'un évêque*, escribió con ese pudor suyo tan característico que «esas breves misas, celebradas en medio de un gran silencio en torno a las cinco de la mañana, forman parte de los momentos más emotivos de mi vida sacerdotal».

El 7 de agosto de 1979 monseñor Tchidimbo fue puesto en libertad e inmediatamente trasladado al aeropuerto para dirigirse a Roma. Me enteré de la noticia por la radio: nadie obtuvo permiso para saludarle antes de abandonar el territorio. Fue una emoción indescriptible.

Cuando el 23 de agosto de 1979 se hizo público mi nombramiento, en Ourous se encontraban dos padres espiritanos, Robert Haffmans y Michel Legrain, quienes casualmente oyeron la noticia en la radio y corrieron a comunicar mi nombramiento a mis padres. Estos, lejos de dejarse llevar por la alegría o el entusiasmo, se quedaron angustiados. «Deberían estar contentos de que hayan llamado a su hijo a una responsabilidad tan grande dentro de la Iglesia. ¿Por qué se ponen tan tristes?», preguntaron los dos misioneros. Y mis padres contestaron: «¿Saben ustedes dónde estaba su predecesor?». Temían que no tardara en sufrir la misma suerte que monseñor Tchidimbo.

Tras la misa de acción de gracias, solicitamos una audiencia con el presidente, quien aceptó recibirnos. En esa época era importante dar la sensación de que respetábamos la obra de la revolución. Séku Turé consintió en que invitáramos a varios obispos africanos y europeos con ocasión de nuestra consagración episcopal, lo que para el régimen significaba una importante novedad. El 8 de diciembre de 1979, el día de mi ordenación, volvieron por primera vez a Guinea unos cuantos obispos, sacerdotes y religiosos: el cardenal Giovanni Benelli, asistido por monseñor Luc Sangaré, arzobispo de Bamako, y por monseñor Jean Orchampt, obispo de Angers, y acompañado por otros veintisiete obispos, me ordenó en los jardines del arzobispado en presencia de siete ministros guineanos encabezados por el Primer Ministro, Lansana Béavogui, y por Andrée Turé, esposa del presidente.

Si bien Séku Turé había hecho todo lo posible para oponerse a mi nombramiento, dio la impresión de aceptar mi episcopado: la movilización del Vaticano, de Liberia y de numerosas organizaciones internacionales que pedían la liberación de monseñor

Tchidimbo había debilitado mucho al régimen, y el líder de la revolución no quería abrir una nueva brecha negándose a asumir las decisiones de Roma. Para mí aquello significó un mar en calma antes de que se desatara la tormenta.

Enseguida me di cuenta de que el problema más importante de mi ministerio era la relación con mis sacerdotes. El sacerdocio, las familias, los jóvenes y la difusión del Evangelio de la Iglesia constituyeron las cuatro prioridades en los inicios de mi ministerio episcopal.

Desde el primer día, pedí compartir mis comidas con todos los sacerdotes de la diócesis que trabajaban en las oficinas de la archidiócesis. Deseaba crear un ambiente de familia. Pero algunos laicos vinieron a alertarme: todo lo que yo decía llegaba a oídos del gabinete de Séku Turé. Pesaroso, me resigné a comer solo.

¿No guarda su vida de obispo cierto paralelo con la de Karol Wojtyla en Cracovia cuando combatía el comunismo?

Yo no me atrevería a compararme con san Juan Pablo II, pero es cierto que aquella época fue al mismo tiempo difícil y enriquecedora. Hasta el día de su muerte, el 26 de marzo de 1984, Séku Turé no dejó nunca de vigilar cuanto hacía y cada uno de mis movimientos. Unos días antes de morir, según las informaciones secretas a las que tuve acceso después de su entierro, había organizado minuciosamente mi arresto y mi ejecución.

Tras la consagración, monseñor Barry me aconsejó ponerme enseguida a visitar la diócesis para establecer contacto con los fieles. Pasé dos años recorriendo de un extremo a otro mi territorio eclesiástico, para evitar despegarme de la realidad. Comprendí que la revolución del Partido-Estado destruía literalmente todos los pilares del país. Sobre todo en la escuela, la situación era de caos absoluto: solo importaba la difusión de la propaganda oficial, inspirada en el marxismo-leninismo soviético. Los dispensarios y los hospitales prácticamente habían desaparecido o se hallaban en unas condiciones de higiene lamentables. Los más frágiles, especialmente los niños y los ancianos, eran abandonados a su suerte en medio de terribles sufrimientos.

Los opositores políticos carecían de derechos. El simple hecho de emitir una sola crítica acerca de la miseria de la gente podía merecer la prisión en el campo de Boiro, donde los militares practicaban torturas indescriptibles de las que prefiero no hablar.

De hecho, el país se hundía en una espiral infernal y nada parecía capaz de detener el delirio ideológico de Séku Turé. A pesar del riesgo que suponía, decidí hablar. No podía permanecer callado ante una situación tan dramática. En distintas ocasiones manifesté mi opinión sobre la miseria de la gente, el terror o las mentiras de los dirigentes, y la desastrosa gestión política y económica de nuestro país. En una alocución pública llegué a lanzar una frase que Séku Turé no me perdonó jamás: «¡El poder destruye a quienes

no tienen la prudencia de compartirlo!»).

Me hacía a mí mismo este razonamiento: «Tengo treinta y cinco años. En África eso es más de la mitad de la vida. Hay muchos niños que mueren al nacer y multitud de personas cuya vida concluye a los cincuenta años o incluso antes de cumplir los veinte. Debo considerar una bendición del Señor haber llegado a esta edad. Ahora lo importante es que me consagre totalmente a Dios y a su pueblo. ¿Puedo esperar algo mejor que morir por Dios y en defensa de la verdad, de la dignidad de la persona humana y la libertad de conciencia? Hay que aceptar dejar este mundo por el Evangelio. Jesús murió dando testimonio de la verdad: “Para esto he nacido –dijo– y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz” (Jn 18, 37)».

Después de cientos de horas de oración, llegué a la conclusión de que lo peor que me podía suceder era la muerte: mi vida no valía nada al lado de unas injusticias que clamaban al cielo, de la espantosa miseria y los horrores sin nombre que contemplaba a diario. El terror reinaba incluso en las familias en las que los padres temían que sus hijos se unieran por oportunismo a la dictadura. Tenía que hablar, aunque lo que estuviera en juego fuese mi vida.

Así pues, decidí aprovechar mis homilias en la catedral y las ceremonias del 1 de enero, en las que era tradición que el arzobispo felicitara al presidente, para hacer algunos comentarios sobre la degradación del país. Sin provocación, con mucho respeto, formulé una serie de propuestas para que el pueblo pudiera disfrutar de unas condiciones de vida menos precarias. También pedí al régimen que concediera mayor libertad a los guineanos. Los católicos y muchos musulmanes no sabían qué hacer para que corriera menos riesgos. Yo no sentía miedo: si tenían que detenerme, el motivo valía la pena.

Evidentemente, nadie puede tener ganas de que lo torturen en un campo de concentración. Tampoco ignoraba que Séku Turé era capaz de lo peor cuando se trataba de un opositor. No obstante, seguía pensando que mi lucha se hallaba por encima de mi supervivencia. Si Dios me prefería en el cielo, estaba preparado para reunirme con Él después de haber defendido a mi pueblo de la opresión.

Por otra parte, intenté poner en marcha algunas iniciativas para jóvenes. Séku Turé se negaba a que otros trabajaran con la juventud. Solo el Partido-Estado tenía competencias en educación. En 1959 Séku Turé creó la «Juventud de la revolución democrática africana», encargada de promover todas las actividades artísticas, culturales y deportivas de los jóvenes. Cualquier otro movimiento juvenil estaba prohibido.

Yo quería que los jóvenes pudieran disponer de un punto de vista diferente del de las fuerzas revolucionarias, de modo que lancé una encuesta entre los sacerdotes, pidiéndoles que se acercaran a la gente joven para que me escribieran y me hicieran llegar sus quejas. En la inmensa mayoría de las cartas que recibía, se percibía una sed de

formación espiritual y humana. A partir de entonces, decidí reunir todos los años, a finales del mes de agosto, a los jóvenes que lo desearan, para impartirles sesiones de formación bíblica y humana durante dos semanas. Yo me encargaba de los temas religiosos y otros especialistas venían a ofrecer respuestas a interrogantes que solían ser tan concretos como el trabajo, la gestión administrativa, el matrimonio y la familia. Aquello exigía una inversión humana y económica considerable, ya que mi diócesis no era rica. No tardé en percibir la hondura de los deseos de esos jóvenes. Sobra decir que Séku Turé no veía con buenos ojos mi iniciativa...

Intenté también ayudar a las familias, pues era consciente de lo nefasto que podía resultar para ellas el comunismo. Muchas veces, dentro de un mismo hogar, existía el temor a lo que pudiera hacer el otro cónyuge. Los niños quedaban literalmente fuera del alcance de la educación de los padres.

En general, las medidas más importantes de los gobiernos revolucionarios afectan siempre a la familia. Por eso, durante los cinco primeros años de mi episcopado dediqué todas mis cartas pastorales a la defensa de la familia cristiana.

¿Sabía lo que Séku Turé pensaba de usted?

Al principio le sorprendió mucho la libertad con que hablaba. También sabía que yo respetaba las formas protocolarias del régimen. Por ejemplo, nunca dejaba de asistir a las largas ceremonias de la fiesta nacional o a cualquier otra manifestación pública ordenada por el Partido-Estado; y, si Séku Turé me invitaba al palacio presidencial, no ponía excusas.

En varias ocasiones me obligó a sentarme a su lado, entre sus ministros, exhibiéndome como un ejemplo de la fidelidad a la política del Partido-Estado. Proclamaba que tenía puesta en mí toda su confianza. Varias personas vinieron a advertirme de la trampa que no dejaría de tenderme el presidente.

Durante nuestras entrevistas en solitario, escuchaba atentamente mis observaciones y el tono de nuestra conversación era cordial. No obstante, estaba al tanto de mis opiniones, pues yo sabía que los servicios secretos escuchaban buena parte de mis conversaciones.

De hecho, me preocupaba mucho la crisis que gangrenaba a todo el país. La conciencia moral de los guineanos estaba especialmente dañada. En todas partes reinaba el terror y una pequeña minoría de guineanos vivía enajenada por los eslóganes y los engañosos compromisos con la revolución. Séku Turé despertaba en el corazón de los hombres un pánico tan profundo, que hicieron falta muchos años para que la gente reuniera el coraje suficiente y volviera a ponerse en pie. Por desgracia, es más fácil destruir un país que reconstruirlo.

En enero de 1984, durante la visita a nuestro país de Omar Bongo, presidente de la

República de Gabón, Séku Turé quiso honrarme presentándome a su huésped. Una vez más, me felicitó calurosamente por mi adhesión a los principios de la revolución. La estrategia del dictador era evidente: al elogiarme y manifestarme públicamente su estima, luego le sería más fácil acusarme de traicionar tanto su confianza como las ideas del régimen.

Pocas semanas después, varios embajadores europeos y mi vicario general, el padre André Mamadouba Camara, vinieron a advertirme de lo que algunos ministros cercanos al presidente les habían confiado. Estos dignatarios del régimen sostenían que la Iglesia ya no compartía la ideología del Partido-Estado. En realidad, Séku Turé estaba preparando el terreno para mi arresto. Pero Dios intervino para protegerme y salvarme.

En diciembre de 1983 un terremoto sacudió Guinea: los daños fueron muy importantes.

Los responsables de la ayuda internacional para afrontar la catástrofe natural eran recibidos por el comandante Siaka Turé, responsable del campo de Boiro. Cuando estaba en el aeropuerto de Conakri esperando la llegada de un avión, se resbaló y, al caer, se rompió una pierna, por lo que fue inmediatamente trasladado a Marruecos. De acuerdo con los planes de Séku Turé, aquel hombre debía arrestarme unas semanas después.

Más tarde, en marzo de 1984, con motivo de la primera JMJ organizada en Roma, pedí autorización al gobierno para responder a la invitación del Papa y viajar a Italia. Normalmente solo hacía falta una notificación del ministro del Interior y la Seguridad Nacional. Este visado no era más que una formalidad. En mi caso, el ministro pidió también la aprobación del presidente. Llamó por teléfono a Séku Turé, quien se informó de la fecha de mi regreso y, al enterarse de que volvería en abril, autorizó el viaje. Joseph Hyzazi, responsable de los asuntos económicos de la diócesis y de mis viajes, me contó la conversación del presidente con el ministro. Tantos trámites resultaban extraños y no presagiaban nada bueno.

A los pocos días, sin embargo, Séku Turé sufrió un derrame cerebral. Arabia Saudí fletó rápidamente un avión medicalizado. Al llegar a Conakri, la torre de control, siguiendo el procedimiento habitual, contactó con el presidente para obtener autorización. Al no poder localizar a Séku Turé, cuyo estado crítico se mantenía en secreto, la torre denegó el permiso de aterrizaje al avión, que puso rumbo a Dakar. Hasta la mañana siguiente, en que el primer ministro –médico de profesión– preguntó por el avión, este no llegó a Conakri. Séku Turé fue trasladado a Marruecos y, a continuación, a Estados Unidos.

Así fue como quedaron neutralizados tanto el presidente, que había proyectado mi arresto, como Siaka Turé, quien debía poner por obra su plan.

A pesar de los cuidados intensivos recibidos, el dictador falleció el 26 de marzo de 1984 en Cleveland (Estados Unidos), después de una intervención de cirugía cardíaca.

El primer ministro Lansana Beavogui se convirtió en presidente interino a la espera de las elecciones, que debían celebrarse en un plazo de cuarenta y cinco días. No obstante, el 3 de abril las fuerzas armadas tomaron el poder denunciando los últimos años del régimen como una oligarquía «sangrienta e implacable». La Constitución quedó suspendida y se disolvieron la Asamblea Nacional y el partido único. El 5 de abril el cabecilla del golpe de Estado, el coronel Lansana Conté, asumió la presidencia al frente del Comité Militar de Recuperación Nacional (CMRN). En prueba de buena voluntad, más de dos mil presos políticos del siniestro campo de Boiro quedaron en libertad. Entre la población cundió el alborozo.

Unos días después del ascenso al poder de Lansana Conté, el embajador de Alemania Federal, Bernard Zimmermann, me informó de que entre los documentos hallados sobre la mesa del despacho de Séku Turé había una lista de personalidades que iban a ser ejecutadas. Esa lista la encabezaba yo... Séku Turé tenía previstos mi arresto secreto y mi asesinato para el mes de abril. ¡Dios fue más rápido que él! El Señor quiso que me quedara un poco más en este mundo.

¿Cómo reaccionó el país tras la muerte de Séku Turé?

Creo que los militares no estaban preparados para asumir las más altas responsabilidades del Estado, cosa que, por otra parte, no es función suya. No supieron reformar el país para relanzar la economía y combatir la pobreza. Las libertades públicas mejoraron, pero la oposición política fue injustamente perseguida. Pasamos de un régimen marxista a una junta militar. Es cierto que el país estaba menos aislado del mundo que con Séku Turé, pero los cuadros del país no habían cambiado. Seguía funcionando la misma maquinaria oxidada. No se puede guardar el vino nuevo de la verdad y de las libertades en los odres viejos de la revolución.

En cuanto a mí, si bien las relaciones con el nuevo presidente fueron en un principio cordiales, muy pronto se volvieron tirantes, pues seguí expresándome libremente. Un día me pronuncié en público en contra de que Guinea fuese la arqueta de agua de África, mientras que la capital, Conakri, prácticamente no tenía acceso a la electricidad y el agua potable no era algo habitual.

¿Se involucró usted en la vida política de Guinea?

No, pero era consciente de la importancia de alzar la voz para defender la dignidad de la persona humana y el respeto a la vida de los hombres del país. Era la única persona capaz de pronunciarse contra las derivas de un régimen militar capaz de cometer auténticos asesinatos. Indiscutiblemente, nunca tuve miedo de defender los derechos y las posiciones políticas del principal opositor de la época y actual presidente de la República, Alpha Condé. Cuando estaba exiliado en París le visité en su apartamento de la Place d'Italie, cosa que no gustó nada al CMRN.

A pesar de ser minoritaria, la Iglesia era la única institución verdaderamente libre. Yo sabía que tanto los cristianos como los musulmanes esperaban con impaciencia que me manifestara con relación a los asuntos cotidianos de la vida del pueblo. Después del golpe de Estado fallido del coronel Diarra Traoré, volvieron a desencadenarse la violencia, los arrestos y los asesinatos.

El embajador de Italia, Roberto Rosellini, informado por un compatriota de que el coronel Diarra Traoré y otras tres personas se ocultaban en casa de un residente italiano, se vio obligado a intervenir para evitar cualquier implicación por parte de Italia y fue a ver al coronel a su escondite. Este le pidió gasolina y un 4 x 4 para huir a Mali. El embajador se negó, pues se arriesgaba a involucrar a Italia en la tentativa de golpe de Estado, y decidió confiar a Diarra Traoré y a las otras tres personas buscadas al ministro de Asuntos Exteriores de aquella época, Facinet Turé. Quería que se aplicara el derecho internacional para evitar el derramamiento de sangre.

Acto seguido, Rosellini vino a verme no en calidad de embajador, sino como católico, para que pudiéramos aunar esfuerzos y salvar vidas humanas. El 7 de julio de 1985, el propio Diarra Traoré me escribió una carta: «Monseñor, con el corazón roto le escribo hoy esta carta para pedirle que tenga a bien intervenir en nombre de la Iglesia católica ante el Jefe del Estado pidiéndole un indulto excepcional. He cometido el mayor error de mi vida, pero sé que así estaba escrito, porque, como creyente, todo destino es inevitable. Le ruego que lo haga por mí: en su mano está, pues conozco su proverbial humanidad. No permite (*sic*) que acaben conmigo, porque, en cuanto que (*sic*) ser humano, creo que aún puedo redimirme. No le diré nada que usted no sepa, pero impida que mi hermano tome la decisión más extrema. Soy padre de una familia muy numerosa, formada por 14 hijos de edad muy pequeña (*sic*). Confío plenamente en usted y cuento con su bondadoso corazón. Que Dios le conceda salud y una larga vida. Amén. Diarra».

Diarra Traoré confió su carta al teniente Bangoura Panival Sama, quien me la entregó a las diez y media de la noche del 11 de julio de 1985. Antes de separarnos, Bangoura Panival me dijo: «Monseñor, usted sabe que soy católico, y un católico no miente ni engaña a nadie. He prometido a Diarra Traoré que le entregaría a usted esta carta. ¿Cómo puedo probarle que he cumplido mi promesa?». Yo le había dado un recordatorio de mi ordenación episcopal, así que en el reverso, debajo de mi firma, escribí: «He recibido su carta. Rezo por usted y le bendigo. Valor: le encomiendo a Dios».

El 28 de julio de 1985 me llegó otra carta firmada por veintiuna personas; entre ellas, los comandantes Kabassan Abrahán Keita y Abdourahamane Kaba y los capitanes Karifa Traoré, Fodé Sangare y Ahmadou Kouyaté. La carta decía así: «Los abajo firmantes queremos expresarle respetuosamente nuestros sentimientos de profunda gratitud e infinito reconocimiento por su noble labor de reconciliación nacional, de la cual es usted indiscutiblemente uno de sus héroes. Como Hombre de Dios, tenga la seguridad de que,

desde el rincón de nuestra celda, nos ha emocionado el fruto de sus gestiones como peregrino de la paz y del humanitarismo para evitar a este país la reedición del drama de reciente memoria».

En un intento de salvar a todos los militares arrestados a raíz de aquella conspiración fallida, pedí reunirme con el presidente general Lansana Conté, así como con su esposa, Henriette Conté, para recordarles el mandato de Dios: «No matarás». Al no obtener la entrevista solicitada, decidí escribirles una carta para que no se volviera a vivir en Guinea el infierno del régimen de Séku Turé, tan proclive al derramamiento de sangre. Los dignatarios del régimen tardaron mucho en contestarme que las leyes militares exigen que los traidores sean fusilados. Así pues, los responsables o los presuntos culpables del golpe de Estado de julio de 1985 fueron ejecutados junto con otros miembros del antiguo gobierno de Séku Turé. Me sentí consternado y desolado.

La Iglesia de Guinea, sin hacer política, siempre se ha involucrado plenamente a la hora de proclamar los derechos de Dios y de los hombres, y de defender los valores humanos y morales. Sin la verdad, los países caminan en tinieblas y provocan en su pueblo las desgracias más terribles. La Iglesia debe implicarse en la vida concreta de los hombres. Ningún cristiano puede separarse de la condición humana e histórica de sus coetáneos.

Al margen de este golpe de Estado, no parece que su vida diaria fuera fácil...

Es cierto que hubo momentos muy difíciles. También yo he tenido que cargar con lo que san Agustín llama la «*sarcina episcopalis*». Este término popular del lenguaje militar designa el equipaje del soldado, ese voluminoso y pesado equipamiento –el «macuto»– que lleva a la espalda. Muchas veces el «macuto» que el obispo debe cargar cada día sobre sus hombros es especialmente pesado, y se hace aún más gravoso a medida que van surgiendo obstáculos a su ministerio, sobre todo si proceden de dentro de la Iglesia y de sus colaboradores más cercanos.

He vivido momentos de desaliento e incluso de desolación. En febrero de 1990, al límite de mis fuerzas, redacté una carta de renuncia al cargo de arzobispo de Conakri dirigida al Papa. Deseaba retirarme a una parroquia pequeña y servir como un simple cura. Antes de enviarla al Santo Padre, quise informar de ella al padre Barry para que me aconsejara y me ayudara a pensar con discernimiento. Adjunté una breve nota que desprendía cierto aroma amargo: «¿Por qué le escribo para comunicarle mi decisión? No es para hacerle una relación de mis penas ni de mis quejas, no, sino simplemente porque hace once años, en abril de 1978, fue a usted a quien remití mi respuesta afirmativa al papa Juan Pablo II cuando me pidió que asumiera el servicio pastoral de la archidiócesis de Conakri. Y también porque siempre le he considerado a usted un padre, un guía y un

consejero. Como san Pablo, podría decir: “Aparecemos como somos delante de Dios y espero también aparecer como soy delante de vuestras conciencias [...]. Os hemos hablado con sinceridad y nuestro corazón se ha ensanchado” (2 Co 5, 11; 6, 11)».

Él se mostró en contra y me replicó que la Cruz no era cuestión de un día o de una semana, sino de toda la vida. Me desaconsejó vivamente enviar mi carta al Papa... y se la quedó. No me la devolvió hasta 2010, en Ourous, después de la misa de acción de gracias tras ser nombrado cardenal.

No cabe duda de que la lucha velada y casi permanente con el poder político, desde la dictadura de Séku Turé hasta el régimen militar de Lansana Conté, fue agotadora. Pero lo que minaba mi valor y mi determinación de servir al Señor no eran las dificultades exteriores, sino los combates interiores a los que debía enfrentarme cuando se me revelaba, de un modo cada vez más evidente, mi incapacidad objetiva de guiar a la Iglesia de Conakri.

Para hacer frente a esta situación, establecí un programa regular de retiro espiritual. Cada dos meses me marchaba solo a un lugar completamente aislado. Durante tres días me sometía a un ayuno total, sin agua ni alimento de ninguna clase. Deseaba estar con Dios para hablar con Él cara a cara. Salía de Conakri sin llevarme nada más que una Biblia, un pequeño maletín para celebrar misa y un libro de lectura espiritual. La Eucaristía era mi único alimento y mi única compañía. Esta vida de soledad y oración me permitía cobrar fuerzas y volver al combate.

Creo que, para asumir su función, un obispo necesita hacer penitencia, ayunar, permanecer a la escucha del Señor y orar mucho en silencio y en soledad. Cristo se retiró cuarenta días al desierto; los sucesores de los apóstoles tienen la obligación de imitarle lo más fielmente posible.

Mi experiencia y mis convicciones cristianas brotaron del contacto con los padres espiritanos de mi poblado. Cuando surgían dificultades, los misioneros se refugiaban en la oración. Al hombre le cuesta nacer y ese nacimiento no es un acto puntual, sino que se produce a cada instante. Ha habido etapas que han dado a mi vida una orientación decisiva. Pero las más cruciales han sido esas horas, esos momentos del día en los que, a solas con el Señor, he sido consciente de lo que quería de mí. Los grandes momentos de una vida son las horas de oración y adoración. Alumbran al ser, configuran nuestra verdadera identidad, afianzan una existencia en el misterio. El encuentro cotidiano con el Señor en la oración: ese es el fundamento de mi vida. Empecé cuidando esos instantes desde niño, en familia y a través de mi contacto con los espiritanos de Ourous. Cuando hemos de vivir la Pasión, necesitamos retirarnos al huerto de Getsemaní, en la soledad de la noche.

Así que, una vez más, recé y decidí guardar la carta de renuncia.

Dos años después llega a Guinea el papa Juan Pablo II. Para su país,

aquella fue sin duda una visita histórica.

En un principio, Juan Pablo II iba a visitar Sierra Leona, Liberia y Guinea. La guerra en Sierra Leona modificó el programa y la Santa Sede decidió organizar un viaje apostólico a Senegal, Gambia y Guinea. En aquella época, el arzobispo no contaba con residencia propia y los organizadores del viaje papal no sabían dónde alojar al Santo Padre, que deseaba visitar Guinea a toda costa. Estaba al tanto de los graves problemas que el país había sufrido bajo el régimen revolucionario comunista.

Tras el arresto de monseñor Tchidimbo, Séku Turé confiscó la residencia, que se convirtió primero en el domicilio del gobernador de Conakri y más tarde en la residencia del primer ministro, el coronel Diarra Traoré: desde ella organizó este último su fallido golpe de Estado, de ahí que los militares fieles al presidente Conté la incendiaran y saquearan hasta dejarla destrozada.

Dadas las circunstancias, los colaboradores del Papa no veían más que una solución: que Juan Pablo II se trasladara desde Dakar, en Senegal, para pasar el día en Conakri y regresara a dormir a Dakar.

Decepcionado y hundido en la miseria, solicité una audiencia con el presidente Conté y le expliqué qué desprestigio supondría para Guinea no poder ofrecer una casa al papa debido a la mala voluntad del Estado, que se negaba a devolver su propiedad a la Iglesia. Entonces el jefe del Estado decidió restituírnosla después de reformarla por completo. Más tarde nos enteramos del deseo del papa de quedarse tres días en Guinea para consolarnos de todos los infortunios padecidos bajo la dictadura de Séku Turé.

Juan Pablo II llegó el 24 de febrero de 1992. Yo me temía que no hubiera mucha gente, dado que Guinea es un país mayoritariamente musulmán. En contra de mis temores, los católicos y muchos musulmanes acudieron a manifestar la alegría de poder recibir al sucesor de Pedro. Los fieles musulmanes me decían convencidos: «Durante la revolución nos obligaban a recibir a los dirigentes de la URSS; ¡qué menos que salir a la calle cuando se trata de un gran creyente y un hombre de Dios!».

En el trayecto desde el aeropuerto hasta el centro de Conakri las calles estaban repletas de gente. La primera misa en la catedral fue motivo de inmensa alegría para los fieles. Por la tarde, en el colegio Santa María de Dixinn, tuvo lugar el encuentro con los catequistas y los consejos parroquiales, que habían mantenido vivas las comunidades cristianas tanto tiempo privadas de la presencia sacerdotal. La jornada terminó con la inauguración del hospital que lleva hoy día el nombre del Sumo Pontífice. Al día siguiente, durante la celebración de una segunda misa en el inmenso estadio «28 de septiembre», Juan Pablo II ordenó a tres sacerdotes. Después de comer se reunió con los jóvenes guineanos en el palacio del pueblo. Horas después quise que se entrevistara también con algunos representantes musulmanes. Finalmente, por la noche, habíamos previsto un tiempo de oración en la gruta de Nuestra Señora de Lourdes situada en los

jardines del arzobispado. El recogimiento de los fieles fue impresionante.

Después de coronar la imagen de la Santísima Virgen, el Papa se arrodilló y permaneció recogido un buen rato. La profundidad y la duración de su oración, interminable, impactaron a los fieles allí reunidos. Después se levantó y, dirigiéndose lentamente hacia mí, depositó la hermosa estola que llevaba sobre mis hombros. Sentí una profunda emoción, sin entender el motivo de su gesto, que no estaba previsto. Al subir hacia la residencia, me abrazó y me dijo con rotundidad: «Ha sido un bonito final». Al día siguiente, el último de su visita, celebró una misa privada en la capilla de la residencia *Stella Maris*.

Pocos días después, me enteré de que le había impresionado mucho la sencilla acogida de la población. Para agradecérselo pidió al cardenal Francis Arinze, entonces presidente del Pontificio Consejo para el diálogo interreligioso, que viajara a los países visitados y diera las gracias tanto a cristianos y musulmanes como a sus gobiernos.

La movilización de los laicos fue extraordinaria. Sin ellos jamás habría podido preparar con tanta eficacia el viaje del papa.

En noviembre de 2001, durante su discurso de despedida de Guinea, antes de marchar a Roma, dedicó unas palabras muy significativas a comentar la historia de su país. Se trataba de una acusación especialmente dura contra el régimen del general Lansana Conté. ¿Cómo tomó la decisión de referirse a ese tema?

La situación fue paradójica. El presidente se sentía orgulloso del nombramiento de Roma y decidió organizar un gran banquete en mi honor con todas las autoridades del Estado. Yo no quise caer en la trampa de esa atmósfera mundana. Por eso, el 17 de noviembre de 2001 decidí aprovechar aquella tribuna para manifestar mis inquietudes.

Mi alocución no fue difundida por la televisión de la nación, ya que la grabación fue incautada por el ministro de Información. En la ceremonia el presidente Conté se hallaba representado por su primer ministro, Lamine Sidimé, acompañado de numerosos miembros de su gobierno. Pero durante mi discurso hubo varios que abandonaron precipitadamente la sala del banquete.

Puesto que el primer ministro acababa de concederme la más alta condecoración del Estado guineano, tenía la posibilidad de pronunciar un largo discurso, lo que me permitió afirmar: «Me preocupa la sociedad guineana, construida sobre la opresión que sufren los humildes por parte de los poderosos, sobre el desprecio del pobre y el débil, sobre las intrigas de los malos administradores de los asuntos públicos, sobre la venalidad y la corrupción de la administración y las instituciones republicanas [...]. Me dirijo a usted, señor presidente de la República, aun no estando presente aquí. Guinea, bendecida por el Señor con toda clase de recursos naturales y culturales, vegeta paradójicamente en la

pobreza [...]. Me preocupa la juventud, sin futuro y paralizada por un desempleo crónico. Me preocupan también la unidad, la cohesión y la concordia nacionales, gravemente comprometidas a causa de la falta de diálogo político y la negativa a aceptar la diferencia. En Guinea la ley, la justicia, la ética y los valores humanos ya no constituyen una referencia ni una garantía para la regulación de la vida social, económica y política. Las libertades democráticas están secuestradas por derivas ideológicas que pueden conducir a la intolerancia y a la dictadura. En otro tiempo la palabra dada era una palabra sagrada. Ciertamente, el crédito de un hombre se mide por la capacidad de ser fiel a su palabra. Hoy día se utilizan los medios de comunicación, la demagogia, los métodos de control mental y todo tipo de procedimientos para engañar a la opinión pública y manipular las almas, lo que representa una violación colectiva de las conciencias y una grave confiscación de las libertades y el pensamiento».

El ministro de Información montó en cólera y ordenó el embargo de todo el discurso. Al día siguiente, durante la misa de despedida celebrada en los jardines del arzobispado, solo estuvo presente un miembro del gobierno, el ministro de Energía, M. Niankoye Fassou Sagno, actualmente jefe de gabinete del primer ministro. La esposa del presidente, Henriette Conté, y Élisabeth Sidime, esposa del primer ministro, también decidieron asistir. Pero para mí fue una gran decepción que no acudiera ningún ministro cristiano.

Una vez más, decidí hablar alto y claro. Al acabar mi homilía, fui incapaz de ocultar la realidad: «Sé que el pueblo de Guinea siente por mí un gran respeto y estima. Pero me voy de Guinea con la sensación de que mi gobierno me aborrece por decir la verdad».

El primer ministro llegó corriendo al final de la misa para asegurarme que el gobierno concedía mucha importancia a mi punto de vista. En realidad, yo sabía perfectamente que el ministro de la Seguridad nacional estaba haciendo todo lo posible para disuadir a la población de acudir al día siguiente al aeropuerto a despedirme.

Pese a sus esfuerzos, las carreteras aparecieron abarrotadas por una multitud increíble de gente decidida a verme antes de mi marcha. La policía intentaba en vano dispersarla. En el vestíbulo del aeropuerto pronuncié un último y breve discurso improvisado pidiendo calma; muchos tenían los ojos llenos de lágrimas. Con el corazón en un puño, me subí al avión y a través de la ventanilla seguí contemplando a esa ingente muchedumbre que me saludaba con la mano. Me acordé de monseñor Tchidimbo y de aquella noche de abril de 1978 en que monseñor Barry vino a decirme que el Papa había pensado en el sacerdote más desconocido de Guinea para convertirlo en arzobispo.

¿Qué recuerdo guarda de sus primeros pasos en Roma como secretario de la Congregación para la Evangelización de los pueblos?

Llegué a Roma el 19 de noviembre de 2001. Cuando Bernardin Gantin, nombrado

igual que yo secretario de la Congregación, pisó años antes suelo romano, le dolió que nadie hubiera ido a recibirle al aeropuerto, de modo que se encargó de que yo no sufriera la misma suerte. Con la delicadeza con que me trató siempre, el cardenal dispuso que las religiosas que se ocupaban de su apartamento se trasladaran a Fiumicino en su coche para garantizarme el transporte hasta mi nuevo domicilio. Por su parte, el cardenal Sepe, que dirigía el dicasterio al que me habían asignado, envió al subsecretario en representación suya. De modo que me sentí especialmente arropado.

Hay que tener en cuenta la amplitud de competencias de la Congregación para la Evangelización de los pueblos. Este dicasterio se encarga de los nombramientos de todos los obispos de África, Asia y Oceanía, de un número importante de vicariatos apostólicos de Latinoamérica y de algunas diócesis del norte de Canadá. Fue una experiencia extraordinaria que me permitió relacionarme con todos los pueblos, todos los países de misión, todas las culturas y muchas experiencias pastorales sumamente edificantes. Cada día tenía la oportunidad de hablar con congregaciones e instituciones misioneras del mundo entero. El trabajo de preparar los nombramientos episcopales es ingente. Durante aquellos años pude conocer las cualidades y las fragilidades de buena parte de las diócesis del mundo.

En Europa tenemos la sensación de que el catolicismo ha empezado a agonizar. Basta pasar una semana en la Congregación para entender que la Iglesia, por el contrario, posee una vitalidad extraordinaria. Vivimos una «nueva primavera del cristianismo», como le gustaba decir a Juan Pablo II. En el año 1900 había dos millones de católicos africanos; hoy suman 185 millones. En Asia el catolicismo, animado y estimulado por la tradición de distintas místicas, encarna la modernidad. Yo añadiría que la belleza de la Iglesia no reside en el número de sus fieles, sino en su santidad.

Pude seguir el trabajo de más de mil diócesis y de un sinfín de misioneros que se entregan generosamente a los demás en las regiones más áridas y apartadas de este mundo. Con medios irrisorios llevan a la humanidad toda la bondad de Dios. Muchas veces las instituciones misioneras son las únicas que se ocupan de los pobres y de los enfermos que no le importan a nadie. Cuando gobiernos irresponsables, ejércitos despiadados o grupos de presión sedientos de beneficios siembran el terror y la desesperanza, solo quedan las manos abiertas de Dios que, gracias al coraje de los mensajeros del Evangelio, consuelan a los más pobres de entre los pobres. Entre esos misioneros hay santos. Aunque a muchos de ellos no los conocerá nadie, su santidad es impresionante.

Por último, siempre dediqué una atención especial al seguimiento de la ayuda que podíamos aportar a la formación de seminaristas en los países desfavorecidos. En un dicasterio tan importante tenía la sensación de estar asumiendo las intuiciones fundamentales de Juan Pablo II. En Occidente, donde parece que todo está muerto y que

el cristianismo se evapora ineludiblemente, se esconden flores maravillosas. Porque la auténtica primavera de la Iglesia son los santos. ¿Cómo olvidar a Juan Pablo II, a la Madre Teresa y a tantos santos de la época moderna?

No cabe duda de que la función de secretario de la Congregación no es fácil, pero se trata de un magnífico aprendizaje. Me encantó trabajar con el cardenal Crescenzo Sepe, dotado de una capacidad de organización especialmente notable, y después con el cardenal Ivan Dias, de tantas cualidades espirituales: ambos se sucedieron al frente de la Congregación durante mi paso por ella. Eran muy diferentes y aprendí mucho aquellos años.

A partir de 2008 fui sustituyendo progresivamente en una serie de reuniones al cardenal Dias, aquejado de una enfermedad cada vez más incapacitante: tuve la suerte de mantener muchas sesiones de trabajo con el papa Benedicto XVI, sobre todo para el nombramiento de obispos. Siempre me han impresionado su humildad, su capacidad de escucha y su inteligencia.

En 2010, después de nueve años en Propaganda Fide, fue nombrado usted presidente del Pontificio Consejo Cor unum. ¿Significó aquello una nueva etapa en su vida?

En efecto, la mañana del 7 de octubre de 2010 el cardenal Tarcisio Bertone me llamó por teléfono y me comunicó que el papa Benedicto XVI había pensado en mí para asumir la presidencia del Pontificio Consejo *Cor unum*, cosa que me extrañó, puesto que yo no había pedido nada. El cardenal Dias se alegró de mi nombramiento, aunque me consta que le entristecía verme marchar. Al día siguiente salí de Roma para emprender un viaje a la India previsto desde hacía tiempo.

El 20 de octubre, cuando mi estancia en la India estaba a punto de concluir con una visita a Goa, el cardenal Bertone intentó localizarme. Por fin conseguimos ponernos en contacto. Entonces el secretario de Estado me dijo que el Santo Padre preparaba un consistorio para la creación de nuevos cardenales y me informó de que sería entonces elevado a la dignidad de cardenal.

No puedo decir que me sintiera orgulloso. Aunque me conmovió la confianza de Benedicto XVI, tenía la sensación de que no merecía ese ascenso. Enseguida pensé en mis padres y en cuánto se habrían alegrado. Recé para que Dios me ayudara a desempeñar ese cargo no como un honor, sino como una dura y difícil prueba en defensa de Cristo. Mis padres jamás hubieran soñado con un nombramiento como ese. Y pensé también en monseñor Tchidimbo, que se merecía esa dignidad mucho antes que yo.

No sé por qué, Dios siempre me ha acompañado de la mano en los caminos más decisivos. En mi vida es Él quien lo ha hecho todo: yo solo he tenido que rezar. Estoy convencido de que el rojo de mi cardenalato es el reflejo de la sangre de los misioneros

que llegaron hasta el último rincón de África para evangelizar a mi poblado.

Cuando regresé a Roma, Benedicto XVI me concedió una audiencia privada. Durante ese encuentro, el Papa pronunció una frase que no olvidaré jamás: «Excelencia, le he elegido para el *Cor unum* porque sé que usted tiene experiencia del sufrimiento y del rostro de la pobreza. Por eso es el más indicado para expresar con delicadeza la compasión y la cercanía de la Iglesia con los más pobres».

No es difícil imaginar el gran momento que supuso la ceremonia en la que Benedicto XVI le creó cardenal...

El 20 de noviembre de 2010 Dios coronó muchas pruebas y sacrificios. De hecho, mi principal interés era que los espiritanos de mi infancia estuvieran presentes en la basílica de San Pedro el día de mi elevación a la dignidad cardenalicia. Dios ha hecho madurar muchos buenos frutos en mi vida, pero los espiritanos han sido los testigos del primer soplo de Dios en mi corazón. Pese a que no me merezco nada, Él siempre ha confiado en mí. Por otra parte, aunque estoy muy lejos de haber dado todo lo que la Iglesia puede esperar de mí, desde Pablo VI todos los papas me han confiado siempre cargos importantes. Somos fruto de una herencia humana, pero ante todo, y de un modo más hondo, somos obra de Dios.

Los honores que la Iglesia concede a algunos de sus hijos constituyen por encima de todo una gracia de Dios para que brillen aún más la fe, la esperanza y la caridad. La tentación mundana es una enfermedad mortal. En la Iglesia no existe la promoción humana, sino solamente la imitación del Hijo de Dios. Las satisfacciones de los salones eclesiásticos no son más que falsos oropeles. Con razón suele recordar Francisco la mundanidad de Satanás.

Aún hoy, cuando recibo privilegios derivados de mi función, procuro seguir unido a Dios mediante una honda oración mental. Si lo referimos todo a Él, tenemos la humildad garantizada. El honor que se rinde a un cardenal solo puede ser para gloria de Dios. Para Él nunca habrá nada demasiado bueno.

¿En qué consistía su trabajo diario en el Consejo Cor unum?

Mi misión consistía en saber manifestar lo mejor posible la compasión y la cercanía espiritual y material de la Iglesia con los hombres que sufren las peores pruebas de este mundo. En mis viajes a los países más malheridos de nuestra época no tardé en comprender que la mayor miseria no es necesariamente la pobreza material. La miseria más profunda es no tener a Dios. Dios puede estar ausente porque los hombres están demasiado encerrados en el materialismo y profundamente desesperados porque le han abandonado o le rechazan. Muchas veces hay hambre de pan, pero también hambre de Dios.

Cor unum, como representante de la caridad del sucesor de Pedro, se hallaba sistemáticamente presente en todos los lugares donde hay guerras, catástrofes naturales, hambres y epidemias. Detrás de dramas inconmensurables suele darse con frecuencia el abandono de Dios por parte de los hombres. *Cor unum* siempre intenta aportar ayuda material urgente, pero sin olvidar el consuelo de Dios. La caridad es servicio al hombre, y no se puede servir a la humanidad sin hablarle de Dios. En ese sentido, la Iglesia nunca podrá llevar a cabo un trabajo equiparable al de las organizaciones humanitarias, con frecuencia dirigidas y dominadas por las ideologías.

Con razón recuerda Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* que «la actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita». Y la fuente de ese amor es Dios mismo. Hemos de llevar a cabo una reflexión teológica sobre la caridad para evitar que las estructuras caritativas católicas caigan en el secularismo.

La naturaleza de la Iglesia está en el amor de Dios y la caridad de la Iglesia es ante todo la caridad de Dios.

La auténtica caridad no es limosna, ni solidaridad humanitaria, ni filantropía: la caridad es la expresión de Dios y una prolongación de la presencia de Cristo en este mundo. No es una función puntual, sino la naturaleza íntima de la Iglesia, *intima Ecclesiae natura*.

La caridad nos urge a evangelizar: la Iglesia, sencillamente, revela el Amor de Dios. Muchas veces la raíz más profunda del sufrimiento humano es la ausencia de Dios. Y la Iglesia lleva a todos el Amor de Dios. Por lo tanto, un cristiano no puede practicar la caridad solo con sus hermanos en Cristo, sino con todos los hombres, sin distinción ninguna.

¿Cuáles son sus más vivos recuerdos de esos cuatro años?

El viaje a Japón fue un momento inolvidable. El 11 de marzo de 2011 un fuerte seísmo de magnitud 9, seguido de un tsunami, golpeó el este de Tohoku, en la región de Sendai, provocando la muerte de varios miles de personas, graves daños en todo el noreste de Honshu y el accidente nuclear de Fukushima.

Yo llegué al país el 13 de mayo de 2011. Dos meses después de la catástrofe quedaba todo por hacer. Me impactó el recibimiento de la población, mayoritariamente budista, que estaba desolada y, al mismo tiempo, llena de fortaleza. Durante esos días comprendí que las personas a las que visitaba no esperaban de mí únicamente una aportación material: pese a las diferencias de nuestras creencias religiosas, querían que les llevara la esperanza que procede de Dios. Por eso, después de distribuir la ayuda logística y económica del Papa entre una población sometida a una prueba tan dura, lo más

importante que tenía que hacer era rezar. No podía sino acudir a Dios pidiendo por esos huérfanos de mirada tan triste, por esos hombres y mujeres que intentaban reconstruir sus casas, por esos ancianos extenuados. Me fui de allí muy conmovido, porque sabía que solo Él podía ayudar a los japoneses penetrando en lo más hondo de sus corazones. El dinero es necesario, pero existe una ternura que solo procede de Dios.

Me conmovió profundamente la carta que me escribió una joven budista dos meses después de mi regreso de Japón, en la que me decía: «Tras el terrible tsunami en el que hemos perdido a muchos miembros de nuestra familia y casi todos nuestros bienes, quería suicidarme. Pero después de escucharle a usted en la televisión, después de la paz y la serenidad que recobré viéndole rezar por los supervivientes y por los muertos, y del impacto de su recogimiento y de su silenciosa oración junto al mar; después de su emotivo gesto de arrojar unas flores al agua en memoria de todos los que fueron engullidos por el mar, renunció a suicidarme. Gracias a usted ahora he comprendido y sé que, a pesar de este desastre, hay alguien que nos ama, que vive junto a mí y comparte nuestro sufrimiento, porque debemos valer mucho a sus ojos. Ese alguien es Dios. A través del Santo Padre y a través de usted he sentido su Presencia y su compasión. No soy católica, pero le escribo estas líneas para darles las gracias a usted y al Santo Padre Benedicto XVI por el inmenso consuelo que nos han aportado. Sé que, al igual que yo, otras personas han recibido esa preciosa ayuda espiritual que todos necesitamos, sobre todo en los momentos de pruebas tan tremendas e inmensas como esta».

Yo no conocía a la persona que me escribió esa carta, que no había recibido de mí una ayuda material concreta. Pero esta joven budista me hizo comprender mejor que la caridad posee un valor en sí misma en tanto que testimonio de Dios, más allá de su eficacia técnica, económica, política o sociológica. Forma parte de la misión de la Iglesia, que consiste en manifestar el amor y la ternura de Dios, en hacer redescubrir la presencia, la compasión y el amor misericordioso del Padre en medio de nuestros sufrimientos. Esa japonesa me fue de gran ayuda para asumir mi misión como presidente del Pontificio Consejo *Cor unum*.

El auténtico consuelo que debemos llevar a los pobres y a las personas que sufren alguna prueba es, además del material, el espiritual. Hemos de manifestarles el amor, la compasión y la cercanía de Dios. En la prueba, Dios está con nosotros. Marcha a nuestro lado en el camino de Emaús, el camino de la decepción, del dolor y el desaliento.

Algunas organizaciones católicas se avergüenzan y se niegan a manifestar su fe. Ya no quieren hablar de Dios en sus actividades caritativas, escudándose en que sería proselitismo. No obstante, en la *Evangelii gaudium* el papa Francisco escribe con mayor firmeza aún: «Puesto que esta Exhortación se dirige a los miembros de la Iglesia católica, quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe;

necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria».

Hace unos meses, en los campos de refugiados sirios de Jordania, un niño musulmán de siete años me gritó: «¿Existe Alá? ¿Existe Alá? ¿Por qué ha permitido que maten a mi padre?». En efecto, su padre había sido degollado por los rebeldes islamistas ante los ojos del niño, que estaba hondamente afectado. Para intentar aliviar su trauma procuramos hablarle de un Dios bueno, padre y creador de todas las cosas maravillosas, que detesta el mal. No puedo olvidar un dolor como aquel, derivado de la barbarie de unos hombres que han pervertido la religión. Ese niño disponía de toda la ayuda material necesaria, no le faltaba nada: ni el vestido, ni el alimento, ni los cuidados sanitarios, ni el alojamiento. Pero nada de eso era suficiente para consolarlo. Solo la cercanía de Dios y la experiencia de que nos ama y sufre con nosotros, en nosotros, revelan el misterio del dolor y traen el consuelo y la paz interior.

En Haití, en 2010, después de los terremotos la población se enfrentó a violentos huracanes. A lo largo de mi vida he sido testigo de muchas situaciones de extrema pobreza. Conservo el recuerdo de tantas tragedias como se han producido en África con una regularidad pavorosa. Pero puedo afirmar que nunca he visto tanto dolor como en Haití, donde me encontré con un pueblo totalmente superado por las catástrofes naturales que se abatían sobre él. La tristeza parecía impregnar el alma de toda una nación. Trabajé mucho para que nuestra ayuda fuese lo más eficaz posible. Y descubrí también a una población que conservaba una fe inmensa y una confianza plena en Dios en medio de tanto sufrimiento.

Si sabemos practicar la caridad, sabremos rendir culto a Dios y tomar el camino de la eternidad. Por la caridad dejamos que Dios lleve a cabo su obra en nosotros. Por la caridad nos abandonamos totalmente en Dios. Y es Él quien obra en nosotros, y nosotros obramos en Él, por Él y con Él.

No existe relación más auténtica con Dios que en el encuentro con los pobres. Ahí está el origen de la vida en Dios: la pobreza.

Nuestro Padre es pobre. Quizá sea un rostro de Dios que se nos escapa y nos repugna porque no hemos encontrado de verdad al «Hijo del Hombre, [que] no tiene dónde reclinar la cabeza» (*Mt 8, 20*).

3. DE PÍO XII A FRANCISCO: LOS PAPAS DE UNA VIDA

«Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo
Ecclesiam meam, et portae inferi non praevallebunt
adversus eam. Et tibi dabo claves Regni coelorum».

(«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré
mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán
contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos»).

Mt 16, 18-19

NICOLAS DIAT: Vino usted al mundo en 1945, bajo el pontificado del papa Pío XII...

CARDENAL ROBERT SARAH: De niño sabía que existía un Papa a la cabeza de la Iglesia porque oía su nombre en misa. Estaba convencido de que jamás vería esa cima inalcanzable. Me imaginaba al sucesor de Pedro como alguien que vivía en una especie de paraíso, y lo mismo pensaba de todos los que trabajaban cerca de él. Me parecían santos y auténticos modelos de vida cristiana. Roma, tan lejana, representaba algo así como el cielo...

En el seminario menor de Bingerville empecé a comprender mejor el significado de la misión pontificia. Allí me enteré de la muerte del papa el 9 de octubre de 1958, cuando acabábamos de empezar el curso escolar. Sentí miedo, pues comprendía lo importante que era ese momento para la Iglesia. Además, Pío XII era muy conocido en África.

Fue un pontífice de enorme dignidad. El proceso abierto sobre su papel en la guerra mundial me parece una terrible injusticia. Los historiadores están emprendiendo un trabajo de investigación al margen de polémicas ideológicas. Me han gustado mucho los más recientes del inglés Gordon Thomas y el francés Pierre Milza. Los testimonios de miles de judíos cuya protección ordenó personalmente el Papa en los monasterios de Roma, e incluso en los apartamentos pontificios del Vaticano y en la residencia de verano de Castelgandolfo, son impresionantes. Pío XII quiso salvar a quienes estaban condenados a morir. Su silencio diplomático venía motivado por el deseo de no agravar el drama infame que tenía lugar a su alrededor. Frente a dictadores enloquecidos y peligrosos la palabra suele resultar un instrumento contraproducente.

Yo mismo experimenté, a otro nivel, esa persecución en la Guinea de Séku Turé. Sé por experiencia que los regímenes represivos y sanguinarios son problemas complejos, y

que para luchar contra una dictadura no basta con pronunciarse públicamente.

De hecho, el Papa temía que la política de Hitler en contra de los judíos se hiciera aún más salvaje y que los cristianos polacos y alemanes sufrieran las represalias de aquella infame violencia.

Por otra parte, yo no soy especialista en este tema y no pretendo resumir un tema tan difícil. El horror de la *Shoah* sigue siendo un misterio de iniquidad.

En el plano eclesial, desde su elección y mediante su primera encíclica *Summi pontificatus*, de 20 de octubre de 1939, Pío XII quiso recordar que su principal deber consistía en dar testimonio de la verdad: «Hoy día los hombres, venerables hermanos, añadiendo a las desviaciones doctrinales del pasado nuevos errores, han impulsado todos estos principios por un camino tan equivocado que no se podía seguir de ello otra cosa que perturbación y ruina. Y en primer lugar es cosa averiguada que la fuente primaria y más profunda de los males que hoy afligen a la sociedad moderna brota de la negación, del rechazo de una norma universal de rectitud moral, tanto en la vida privada de los individuos como en la vida política y en las mutuas relaciones internacionales; la misma ley natural queda sepultada bajo la detracción y el olvido. Esta ley natural tiene su fundamento en Dios, creador omnipotente y padre de todos, supremo y absoluto legislador, omnisciente y justo juez de las acciones humanas. Cuando temerariamente se niega a Dios, todo principio de moralidad queda vacilando y perece». Ya entonces Pío XII se enfrentaba a los preliminares de los problemas que conocemos nosotros: la negación de Dios y el relativismo moral.

Por otra parte, puedo afirmar que Pío XII fue más innovador de lo que las críticas contra el conservadurismo, siempre fáciles, quieren dar a entender. La encíclica *Fidei donum* del mes de abril de 1957 sobre la renovación de las misiones, inspirada en parte en el ejemplo de monseñor Marcel Lefebvre, por entonces arzobispo de Dakar y delegado apostólico para el África francesa, fue muy importante en el desarrollo de la evangelización. El Sumo Pontífice quería despertar a la Esposa de Cristo invitando a las Iglesias más antiguas de Occidente a comprometerse en un esfuerzo misionero y animando a los sacerdotes europeos a servir temporalmente en una diócesis de misión. La encíclica se escribió especialmente de cara a África, una tierra que, desgraciadamente, tenía en aquella época una gran necesidad de apóstoles y evangelizadores. Gracias a Pío XII, hubo sacerdotes que dejaron sus diócesis de origen para ayudar a las regiones del mundo carentes de ellos. En Guinea, después del trabajo fundacional de los espiritanos, los sacerdotes que desde entonces llamamos «*fidei donum*» permitieron un considerable desarrollo de la fe católica.

En el caso de mi continente, la figura de este pontífice reviste un carácter aún más histórico por cuanto fue el primero en ordenar obispos africanos, en particular a Bernardin Gantin. Su deseo de una jerarquía episcopal autóctona era muy concreto.

Así pues, en 1958, cuando fue elegido papa Juan XXIII, usted estaba en el seminario...

El día en que Angelo Roncalli ocupó el trono de Pedro yo era muy joven. Sin embargo, enseguida percibí la diferencia de estilo que existía con su predecesor. Tanto como me gustaba la figura noble y delicada de Pío XII, apreciaba ahora la sencillez casi ingenua de Juan XXIII. Todos los comentaristas decían que era bueno, cercano a la gente, como un padre de familia.

Pero aún me faltaba madurez para comprender el alcance del concilio que quería el Papa. No obstante, sabía que monseñor Tchidimbo representaba a mi país y que viajaba periódicamente a Roma para debatir con los obispos de las demás naciones del mundo. Aunque él no nos hablaba del contenido de los debates, me gustaría relatar un acontecimiento que marcó a los fieles católicos de Conakri.

En la catedral de Conakri había un coro señorial muy trabajado, con una hermosa réplica del baldaquino de Bernini, rodeado de tres hermosos ángeles. Cuando se celebraron los primeros debates sobre la reforma litúrgica, monseñor Tchidimbo regresó a Conakri y ordenó la destrucción del baldaquino y del altar mayor. Nos pusimos furiosos, incapaces de entender una decisión tan precipitada. Con cierta violencia y sin ninguna preparación, pasamos de una liturgia a otra. Soy testigo de que la chapucera iniciación a la reforma litúrgica causó estragos entre la población, especialmente entre los más humildes, que no comprendían la rapidez de aquellos cambios ni su razón de ser.

Sin duda, es lamentable que algunos sacerdotes se dejaran llevar por arrebatos ideológicos personales. Pretendían democratizar la liturgia y el pueblo fue la primera víctima de sus maniobras. La liturgia no es algo político que se pueda hacer más igualitario en función de las reivindicaciones sociales. ¿Acaso un movimiento tan singular podía provocar en la vida de la Iglesia otra cosa que no fuera un gran desconcierto entre los fieles?

Sin embargo, la idea de Juan XXIII era magnífica. La convocatoria del concilio respondía a las nuevas necesidades de una época. En el seminario mayor, cuando estudiábamos las distintas constituciones, nos maravillaba el trabajo de los padres. Un entusiasmo comprensible, porque muchos textos del concilio eran especialmente constructivos. Estoy convencido de que el papa deseaba que los fieles de la Iglesia pudiesen alcanzar una gran intimidad con Dios. Quería que los creyentes vivieran una espiritualidad más profunda. De hecho, el origen de su programa de reforma fue la visión sobrenatural del hombre. El afán de adaptación a los tiempos modernos nunca le hizo olvidar la trascendental necesidad de la acción evangelizadora.

Por otra parte, su denuncia de los «profetas de calamidades» era justa. En la Iglesia reinaba cierto pesimismo. La lucha contra el comunismo soviético y su expansión por todo el mundo era tan complicada que provocaba una especie de derrotismo. Algunos

entornos quizá ya no creyeran lo suficiente en el poder de Cristo, quien jamás abandonó a sus discípulos. Juan XXIII hizo una llamada al realismo y, dos décadas después, Dios envió a Juan Pablo II, quien presenciara la caída del muro de Berlín.

El concilio quería poner de relieve la parte de belleza y dignidad que tiene este mundo. No hay nada que reprochar a esta forma de trabajar de los padres. Reconocer las grandes obras cuando existen no implica nunca renunciar a la verdad. ¿Cómo no iba la Iglesia a elogiar el progreso tecnológico y científico de aquella época? Eso no la eximía del deber petrino de dar continuidad a la enseñanza magisterial. Tanto Juan XXIII como Pablo VI fueron fieles a estos dos aspectos. La visión positiva del mundo no impidió al Papa constatar con inquietud los signos de la desaparición de Dios.

¿Cómo entiende usted entonces el término *aggiornamento* empleado por el Papa desde la apertura del concilio?

El *aggiornamento* es un instrumento de reflexión para situar a la Iglesia en un mundo cambiante en el que ciertos sectores económicos, mediáticos o políticos prescindían de Dios, hundiéndose en un materialismo onírico, liberal y relativista. ¿Cuál era la mejor manera de que la Iglesia llevara el Evangelio a los países que mostraban las señales de una crisis de la fe? La intuición de Juan XXIII resultó, pues, profética. Fue un Papa que nunca quiso abandonar la tradición: algunos han fantaseado acerca de una revolución, intentando imponer con ayuda de los medios de comunicación la imagen de un pontífice revolucionario. Se trata de una tergiversación política que no dejará de traer consecuencias.

Benedicto XVI nunca dejó de recordar hasta qué punto las interpretaciones mediáticas del Vaticano II han socavado el trabajo de los padres. De ahí que la voluntad de Juan XXIII, en lugar de ser conocida, haya sido más bien comentada e interpretada ideológicamente. No obstante, los textos conciliares son fiel reflejo de la intuición original del papa Juan. Disponemos de un tesoro precioso al que hay que remitirse con fidelidad.

¿Sus recuerdos de Pablo VI, que fue al fin y al cabo el Papa de su juventud, son algo más precisos?

Sí. Llegué a Roma en septiembre de 1969. Pude ver a Pablo VI cuando inauguró uno de los edificios del Colegio San Pedro en el que residía yo. ¡Por primera vez toqué a un Papa! Para un niño guineano aquello era algo así como un milagro...

Pablo VI se vio obligado a afrontar cambios radicales y de una complejidad descomunal. El mundo cambiaba muy deprisa y el concilio no aportaba la tan esperada profundidad. La hermenéutica progresista arrastraba a los fieles a un callejón sin salida. Muchos sacerdotes desertaron. Los conventos se vaciaron y un gran número de religiosos renunciaron al hábito. Poco a poco, el espíritu de los tiempos iba haciendo

desaparecer los signos que indicaban que la mano de Dios se había posado sobre quienes entregaban su vida al Señor. Existía la vaga impresión de que incluso entre los consagrados se había proscrito la presencia de Dios. Para el Papa aquello supuso un sufrimiento terrible.

Ese dolor no le impidió conservar la firmeza. Sabía mejor que nadie que era el Espíritu Santo quien había suscitado el concilio. Como guía de los trabajos de los padres, Pablo VI demostró una autoridad y una seguridad teológicas especialmente enraizadas en la fe. El Papa quiso preservar el depósito de la Revelación de los extravíos reformistas o revolucionarios de los ideólogos de salón. Hizo cuanto pudo por repeler ataques sumamente violentos.

En junio de 1967, por ejemplo, su encíclica *Sacerdotalis caelibatus* sobre el celibato sacerdotal abordó con rigor la cuestión de la castidad de los ministros del culto: «El celibato sacerdotal, que la Iglesia custodia desde hace siglos como perla preciosa, conserva todo su valor también en nuestro tiempo, caracterizado por una profunda transformación de mentalidades y de estructuras. Pero en el clima de los nuevos fermentos se ha manifestado también la tendencia, más aún, la expresa voluntad de solicitar de la Iglesia que reexamine esta institución suya característica, cuya observancia, según algunos, llegaría a ser ahora problemática y casi imposible en nuestro tiempo y en nuestro mundo. Este estado de cosas, que sacude la conciencia y provoca la perplejidad en algunos sacerdotes y jóvenes aspirantes al sacerdocio y engendra confusión en muchos fieles, nos obliga a poner un término a la dilación para mantener la promesa que hicimos a los venerables padres del concilio, a los que declaramos nuestro propósito de dar nuevo lustre y vigor al celibato sacerdotal en las circunstancias actuales».

De este modo Pablo VI ratificaba con firmeza un canon del concilio de Cartago de 390, así como la antigua tradición de la Iglesia católica sobre el celibato eclesiástico. La ley del celibato promulgada por la Asamblea de los obispos africanos siempre ha seguido en vigor y será oficialmente incluida en el gran compendio legislativo de la Iglesia de África, el *Codex Canonum Ecclesiae Africanae*, compilado y promulgado en el año 410, en tiempos de san Agustín.

Son muchos los que piensan que el celibato sacerdotal depende de una cuestión puramente disciplinaria. ¿Cuál es su postura?

El sacerdote jesuita Christian Cochini, autor de un libro excelente, *Les Origines apostoliques du célibat sacerdotal*^[1], escribe con acierto: «Cuando, después de muchas vacilaciones, Pío IV decide dar a conocer su respuesta a los príncipes alemanes que pedían que Roma autorizara el matrimonio de los sacerdotes, comienza a abordar la cuestión citando el canon de Cartago. Este es el documento llamado a desempeñar un papel tan importante en la historia del celibato eclesiástico: “Epigone, obispo de Bulla la

Real, dice: ‘En un Concilio precedente, se ha discutido acerca de la regla de la continencia y de la castidad. Que se enteren pues (ahora) con más energía los tres órdenes que, en virtud de su consagración, están vinculados por la misma obligación a la castidad, quiero decir, el obispo, el sacerdote y el diácono, y que se les enseñe a ellos a conservar la pureza’’. El obispo Genethlius dice: “Como habíamos dicho anteriormente, es oportuno que los santos obispos y sacerdotes de Dios, así como los levitas, o sea, aquellos que están al servicio de los sacramentos divinos, observen continencia perfecta, a fin de poder obtener con toda naturalidad aquello que ellos piden a Dios; aquello que enseñaron los Apóstoles y aquello que la misma antigüedad ha observado, veamos nosotros mismos el modo de atenernos a ello”. En unanimidad, los obispos han declarado: “Se ha admitido con agrado el hecho que el obispo, el sacerdote y el diácono, guardianes de la pureza, se abstengan de sus esposas, a fin de que aquellos que están al servicio del altar conserven una castidad perfecta”». Este texto es sumamente importante y valioso. Constituye el documento más antiguo de la Iglesia sobre el celibato. Menciona a las esposas de los clérigos y, en concreto, a las esposas de los que ocupan los rangos superiores de la jerarquía sacerdotal: obispos, sacerdotes y diáconos. A estos hombres el concilio africano de Cartago no les pide otra cosa que abstenerse de toda relación conyugal y observar una continencia perfecta. Por otra parte, el documento confirma que esta disciplina no era nueva. Los Padres del concilio de Cartago solo pretenden urgir al deber de algo «que enseñaron los Apóstoles y que la misma antigüedad ha observado». Se trata de una ley unánimemente aceptada y confirmada por toda la Iglesia en fidelidad a la enseñanza de Jesús, quien recompensa a quienes lo dejan todo para seguirle: «Os aseguro que no hay nadie que haya dejado casa, o mujer, o hermanos, o padres, o hijos por causa del Reino de Dios, que no reciba mucho más en este mundo y, en el siglo venidero, la vida eterna» (Lc 18, 29-30). Y Juan Pablo II insiste: «La Iglesia Latina ha querido y sigue queriendo, refiriéndose al ejemplo del mismo Cristo Señor, a la enseñanza de los Apóstoles y a toda la tradición auténtica, que abracen esta renuncia “por el Reino de los Cielos” todos los que reciben el sacramento del Orden. Esta tradición, sin embargo, está unida al respeto por las diferentes tradiciones de la otras Iglesias. De hecho, ella constituye una característica, una peculiaridad y una herencia de la Iglesia Latina, a la que esta debe mucho y en la que está decidida a perseverar, a pesar de las dificultades, a las que una tal fidelidad podría estar expuesta, a pesar también de los síntomas diversos de debilidad y crisis de determinados sacerdotes. Aunque todos somos conscientes de que “llevamos este tesoro en vasos de barro”, sabemos muy bien que es precisamente un “tesoro”» (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes* con ocasión del Jueves Santo de 1979).

No, el celibato sacerdotal no es el responsable de la escasez de vocaciones en determinados países del mundo.

Tanto en estos casos como en otros, la ordenación de hombres casados sería una triste cortina de humo, una ilusión, una solución tramposa.

Por otra parte, Pablo VI tuvo que tratar un tema esbozado por Pío XII en un famoso discurso a las comadronas. Se trata de la *Humanae vitae*.

Sí, en 1968 la publicación de la encíclica *Humanae vitae* desencadenó una sucesión sin precedente de acerbos críticas contra la enseñanza de Pablo VI sobre el matrimonio y la regulación de la natalidad. El Papa, con una gran inteligencia y una perfecta fidelidad a la enseñanza de la Iglesia, quería ante todo subrayar dos aspectos indisociables del acto conyugal: la unión y la procreación. «Esta doctrina, muchas veces expuesta por el Magisterio, está fundada sobre la inseparable conexión que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador. Efectivamente, el acto conyugal, por su íntima estructura, mientras une profundamente a los esposos, los hace aptos para la generación de nuevas vidas, según las leyes inscritas en el ser mismo del hombre y de la mujer. Salvaguardando ambos aspectos esenciales, unitivo y procreador, el acto conyugal conserva íntegro el sentido de amor mutuo y verdadero y su ordenación a la altísima vocación del hombre a la paternidad. Nos pensamos que los hombres, en particular los de nuestro tiempo, se encuentran en grado de comprender el carácter profundamente razonable y humano de este principio fundamental» (*Humanae vitae* n. 12).

Pese a las protestas, el Papa jamás quiso entrar en la lógica de un debate falseado por el pensamiento libertario. Pablo VI publicó su texto y luego guardó silencio, confiando todos los problemas a la oración. Hasta su muerte, el 6 de agosto de 1978, no volvió a escribir ninguna encíclica.

El sucesor de Pedro sabía que era fiel a la verdad. Creo que Giovanni Battista Montini tenía una confianza infinita en la sabiduría de la enseñanza de la Iglesia. A pesar de los sufrimientos puntuales, pensaba que las modas pasarían. La lucha del pontífice resulta aún más desgarradora si se tiene en cuenta el gran respeto que sentía hacia la libertad de conciencia. Como conclusión al texto, decidió dirigirse específicamente a los sacerdotes con estas palabras: «Amados hijos sacerdotes, que sois por vocación los consejeros y los directores espirituales de las personas y de las familias, a vosotros queremos dirigirnos ahora con toda confianza. Vuestra primera incumbencia –en especial la de aquellos que enseñan la teología moral– es exponer sin ambigüedades la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio. Sed los primeros en dar ejemplo de respeto leal, interna y externamente, al Magisterio de la Iglesia en el ejercicio de vuestro ministerio. Tal respeto, bien lo sabéis, es obligatorio no solo por las razones aducidas, sino sobre todo por razón de la luz del Espíritu Santo, de la cual están particularmente asistidos los pastores de la

Iglesia para ilustrar la verdad. Conocéis también la suma importancia que tiene para la paz de las conciencias y para la unidad del pueblo cristiano que en el campo de la moral y del dogma se atengan todos al Magisterio de la Iglesia y hablen del mismo modo. Por esto renovamos con todo nuestro ánimo el angustioso llamamiento del Apóstol Pablo: “Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis igualmente, y no haya entre vosotros cismas, antes seáis concordes en el mismo pensar y en el mismo sentir”. No menoscabar en nada la saludable doctrina de Cristo es una forma de caridad eminente hacia las almas. Pero esto debe ir acompañado siempre de la paciencia y de la bondad de que el mismo Señor dio ejemplo en su trato con los hombres. Venido no para juzgar sino para salvar, fue ciertamente intransigente con el mal, pero misericordioso con las personas. Que en medio de sus dificultades encuentren siempre los cónyuges en las palabras y en el corazón del sacerdote el eco de la voz y del amor del Redentor. Hablad, además, con confianza, amados hijos, seguros de que el Espíritu de Dios, que asiste al Magisterio en el proponer la doctrina, ilumina internamente los corazones de los fieles, invitándolos a prestar su asentimiento. Enseñad a los esposos el camino necesario de la oración, preparadlos a que acudan con frecuencia y con fe a los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia, sin que se dejen nunca desalentar por su debilidad».

El 18 de abril de 1978, unos meses antes de morir, Pablo VI hizo de usted el obispo más joven del mundo. No había cumplido aún treinta y tres años...

Así es. Y Juan Pablo II ratificó mi nombramiento en agosto de 1979. Para mí fue una dolorosa alegría, pero no perdí la serenidad. Aun así, no podía olvidar a Pablo VI: de hecho, me daba un poco de pena que no hubiera podido verme convertido en arzobispo.

Cuando el gobierno hizo saber a la Santa Sede que era demasiado joven para asumir una función episcopal, la Secretaría de Estado, con el fin de esquivar el argumento, replicó en esencia lo siguiente: «Es verdad: es joven; pero se ha formado en la revolución y entenderá mejor las orientaciones y la política de su gobierno».

El hecho de ser un cura de parroquia y más tarde responsable del seminario me convertía prácticamente en un desconocido dentro de la archidiócesis de Conakri. No hacía ruido y no buscaba nada en particular. Para Séku Turé yo era un enigma...

Pablo VI fue el primer Papa que, en 1969, hizo un largo viaje a África.

Para nosotros fue inolvidable. En Uganda pronunció una frase decisiva: «África es la nueva patria de Cristo». Y añadió: «¡De ahora en adelante, los africanos sois vuestros propios misioneros!».

Pablo VI pensaba que, a partir de ese momento, éramos los primeros responsables de la evangelización de nuestro continente, y nos animaba a ser más audaces. Creo que

consagró nuestra vocación. Es cierto que África ha vivido una evangelización tardía. Pero, si leemos detenidamente los textos de la Revelación, comprobamos que el continente siempre ha estado asociado a la salvación del mundo. No se puede olvidar que fue África la que acogió y salvó al Niño Jesús de manos de Herodes, que quería acabar con Él; ni que el hombre que ayudó a Cristo a cargar con la cruz hasta el Gólgota fue un africano: Simón de Cirene.

«*Nova Patria Christi Africa*»: con esta frase histórica, Pablo VI quiso resaltar nítidamente hasta qué punto África es indisociable de la historia de la salvación. Después de él, en la exhortación apostólica postsinodal de 1995 *Ecclesia in Africa*, Juan Pablo II pronunció una frase que nos compromete a ser crucificados con Cristo por la salvación del mundo: «“Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada” (Is 49, 15-16). Sí, en las palmas de las manos de Cristo, ¡traspasadas por los clavos de la crucifixión! El nombre de cada uno de vosotros (africanos) está escrito en esas manos».

Los dos Papas han interpelado a África para que contribuya a la vida espiritual del mundo entero. Dios no abandona a los africanos, igual que no abandona a la humanidad. Pienso que, en estos tiempos de crisis que atravesamos, África puede aportar modestamente el sentido de lo religioso que habita en ella. Puede recordar a la Iglesia qué espera el Señor de nosotros: Dios cuenta siempre con los pobres para hacer frente a los poderosos. El pueblo africano, que conserva su inocencia, puede ayudar a las sociedades en crisis a ser más humildes, más razonables, más respetuosas con la vida y con el sentido de la naturaleza. Porque Dios quiere que redescubramos la sabiduría y la humildad. África sabe que Dios perdona siempre y los hombres, algunas veces, y que la naturaleza no lo hace nunca.

En opinión del expresidente del Pontificio Consejo Cor unum, ¿es Pablo VI el Papa de la encíclica *Populorum progressio*?

Pablo VI tenía la esperanza de que el mundo fuese mejor. En el año 1967 escribía: «Algunos creerán utópicas tales esperanzas. Tal vez no sea consistente su realismo y tal vez no hayan percibido el dinamismo de un mundo que quiere vivir más fraternalmente y que, a pesar de sus ignorancias, sus errores, sus pecados, sus recaídas en la barbarie y sus alejados extravíos fuera del camino de la salvación, se acerca lentamente, aun sin darse de ello cuenta, hacia su Creador».

El papa Montini creía en la importancia del desarrollo de los pueblos para escapar de la miseria. En los países ricos una reflexión como esta quizá resulte superflua. Yo, como africano, puedo asegurarle que veo este problema de un modo muy distinto.

El dolor de Pablo VI incluía una gran decepción causada por la indiferencia de los países occidentales. La beatificación de este Papa representa para mí una nítida respuesta al sufrimiento que experimentó en la tierra.

Pablo VI fue un profeta.

¿Qué recuerdos concretos guarda de Juan Pablo I?

El día de su muerte sentía mucha pena: no lograba entender nada. ¿Por qué había elegido Dios a ese hombre para llevárselo tan pronto con Él? Lo cierto es que me costaba mucho aportar elementos de respuesta a esa pregunta. Pero me dejé envolver en la misteriosa sabiduría del Eterno.

¿Cómo puede Dios hacer fecundo un ministerio petrino tan breve para que resplandezca la Iglesia? La duración de una vida no confiere a esta su auténtico valor. Del mismo modo, un pontificado muy breve puede constituir un momento decisivo en la vida de la Iglesia. Dios dotó a esas pocas semanas del verano de 1978 de un brillo maravilloso, porque Juan Pablo I poseía la sonrisa, la sencillez y el resplandor de los niños. Su bondad era tan honda que se convertía en una pureza deslumbrante. Creo que, frente a la impureza de tantos, incluso dentro de la Iglesia, no murió en vano.

¿Cómo hay que entender la elección de Juan Pablo II?

Este Papa representa la gloria del sufrimiento. Su pontificado es prodigioso y, a la vez, crucificado. Juan Pablo II conoció importantes victorias de la Iglesia en el escenario internacional, político o mediático. En el plano pastoral, su aportación es decisiva: en particular, su diálogo con la juventud, a quien devolvió el camino hacia Jesús. No por ello dejó de ser un pontífice asociado a la Pasión y al dolor de Cristo. Porque, en unión con el Hijo de Dios, los éxitos siempre traen consigo pruebas. Este Papa vivió en plenitud la gloria misteriosa de Cristo, que es la de la Cruz, donde la victoria triunfa en el sufrimiento.

Juan Pablo II combatió las fuerzas del mal con un ardor inigualable. Como defensor de la vida, era inevitable que los poderes ocultos desencadenaran contra él torrentes de odio. El intento de asesinato del 13 de mayo de 1981 y las graves secuelas de sus heridas, al poco tiempo de su elección, son la respuesta de las fuerzas del mal a la extraordinaria elección de este hombre.

Pero Dios tenía un plan que los enemigos de la Iglesia no pudieron abortar. Juan Pablo II creía que la Virgen había desviado la bala que debía matarle. Con esa fuerza singular que habitaba en él, fue un luchador elegido por el cielo para defender la vida, la dignidad de toda persona humana y la familia.

En el ángelus del 29 de mayo de 1994, débil aún tras una penosa hospitalización en el hospital Gemelli, Juan Pablo II pronunció estas extraordinarias palabras: «Precisamente porque se amenaza a la familia, porque se la ataca, el Papa debe ser atacado, el Papa debe sufrir, para que todas las familias y el mundo entero vean que hay un evangelio – podría decir– superior: el evangelio del sufrimiento, con el que hay que preparar el futuro, el tercer milenio de las familias, de todas las familias y de cada familia».

Juan Pablo II poseía una aguda conciencia del ministerio de Cristo con el que debía cargar. Dios moldeó a este Papa conforme al sufrimiento de su Hijo. La lanza que traspasó a Cristo y los clavos de la crucifixión penetraron hasta el corazón de Juan Pablo II. El Papa polaco demostró que no hay ningún éxito pastoral sin participación en el sufrimiento de Cristo.

¿Qué es lo que más le impresiona de este Papa?

Me maravilla su infinito coraje frente a todas las tempestades que no faltaron nunca en su vida. La última lucha contra el mal que lo corroía fue heroica. Negándose a ocultarse y a repudiar la progresiva destrucción de su cuerpo, Juan Pablo II quiso ayudar a los enfermos a obtener de él un modelo. Para el Papa las personas que sufren merecen ser honradas.

Creo que sus últimos momentos en la tierra fueron como una encíclica no escrita. El Papa llevaba el Evangelio en su cuerpo roto y más luminoso que nunca. El viernes santo de 2005, cuando la enfermedad le conducía a las puertas de la eternidad, quiso hacer su último vía crucis en su capilla privada. Solo pudimos verle de espaldas. Privado de toda fuerza física, se abrazaba literalmente a la cruz como para invitarnos a no centrarnos en él, sino en el «signo» que revela a Dios y su amor. Ese viernes santo resumía toda la vida de Juan Pablo II, que deseaba estar plenamente configurado con Cristo y vivir en profunda comunión con sus sufrimientos, conformarse con Él en la muerte para, a ser posible, llegar a resucitar con Él de entre los muertos. Ponía en práctica lo que san Pablo escribe a los corintios: «Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en su misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor» (2 Co 3, 18). El domingo 27 de marzo de 2005 penetró en el silencio del «paso» que prepara el nacimiento a la vida. Ese día quiso dirigirnos unas últimas frases desde su ventana, pero de su boca no salió una sola palabra. Había entrado en el silencio de Dios. En ese momento doloroso, nos daba la impresión de estar escuchando susurrar a Juan Pablo II: «Soy feliz de clavarme en la cruz con Cristo, costado contra costado, mis manos contra sus manos, mis pies contra sus pies, los mismos clavos que le atraviesan atravesándome a mí, nuestras sangres mezcladas en una sola». Y, pese a tantos sufrimientos, a la larga y penosa agonía, el misterio de la tenacidad apostólica de Juan Pablo II y de la serenidad de su muerte nos recuerda esta frase de san Bernardo: «El soldado fiel no siente sus heridas cuando contempla amorosamente las heridas de su Rey».

Durante sus últimas horas de vida, las palabras que no llegó a pronunciar en el ángelus del domingo de Pascua no deben entristecernos. Dios quiso que su Palabra se leyera en el cuerpo torturado del Papa.

En ocasiones nos hemos convertido en una Iglesia tan teórica y académica que nos

cuesta comprender la verdad del testimonio del sufrimiento del cuerpo. La Cruz de Cristo no es una teoría, sino un dolor atroz y un signo de amor. La palabra no se entrega solamente por la Palabra de Dios, sino a través de la Encarnación. El cuerpo de Juan Pablo II llevaba el mensaje de Cristo a la humanidad.

A partir de ese momento, el Papa que tanto había escrito sobre el cuerpo humano se abrazaba al cuerpo torturado de Cristo.

¿Qué recuerdo guarda de su primera audiencia con Juan Pablo II?

Mi nombramiento se produjo en agosto de 1979. A las pocas semanas viajé a Roma para saludar a Juan Pablo II y agradecerle su confianza. El obispo de la tercera diócesis de Guinea y yo solicitamos una audiencia. El hecho de que Séku Turé no viera con buenos ojos mi nombramiento hacía decisivo el encuentro con el Papa. Cuando llegamos al Vaticano en septiembre de 1979, los servicios de la Secretaría de Estado nos dijeron que la agenda sobrecargada del Papa le impediría recibirnos en audiencia privada. Para nosotros, de cara al gobierno de Guinea, aquello nos resultaba inconcebible. Era imprescindible volver a Guinea con una fotografía de nuestra entrevista con el Pontífice. Sin un encuentro con Juan Pablo II, Séku Turé menospreciaría nuestra autoridad episcopal, dado que ni siquiera él se tomaba la molestia de reunirse con nosotros. Supliqué al entorno del Papa, pero la cosa parecía imposible. Afortunadamente, el nuncio destinado en Dakar, monseñor Giovanni Mariani, se encontraba en Roma. Hablé con él para exponerle el problema. Buen conocedor del régimen autoritario de Séku Turé, comprendió enseguida el alcance del error. La situación era muy grave: Séku Turé era perfectamente capaz de encarcelarnos si el Papa no expresaba su reconocimiento.

El nuncio me aconsejó escribir urgentemente al Papa exponiéndole las particularidades y los riesgos de mi situación, y se comprometió personalmente a que mi carta llegara a manos del Santo Padre. Un día después, cuando me encontraba en la comunidad de las hermanas marianistas de Monteverde Nuovo, la secretaria del Papa me comunicó por teléfono que Juan Pablo II nos esperaba a monseñor Philippe Kourouma y a mí al día siguiente para celebrar misa con él. ¡Imagine mi sorpresa y mi entusiasmo...! A las siete de la mañana nos encontramos con el Papa en su capilla privada. Sentí una emoción indescriptible. Recé intensamente por los hombres y las mujeres que habían hecho de mí el cristiano, el sacerdote y el obispo que, en contra de toda expectativa, se hallaba en la capilla del Papa: en especial, por mi familia de Ourous, por los espiritanos y por monseñor Tchidimbo, tan maltratado por nueve años de prisión.

Después del oficio, el Papa nos pidió que desayunáramos con él. Cuando nos despedimos, quiso que nos hiciéramos todas las fotos necesarias. Esa mañana de septiembre pasé más de una hora con Juan Pablo II. Durante el desayuno me preguntó mi edad. Le dije que tenía treinta y cuatro años. Entonces él soltó una carcajada y

exclamó: «¡Pero si es usted un bebé obispo...! ¡*Un vescovo bambino!*!». Y es cierto que por entonces yo era el obispo más joven del mundo.

¿Cuál es, en su opinión, el mejor modo de resumir el largo pontificado de Juan Pablo II?

Todos esos años tan fecundos se asientan sobre los tres pilares de su vida interior, que fueron la cruz, la Eucaristía y la Santísima Virgen: «*Crux, Hostia et Virgo*». Su extraordinaria fe no buscaba los fundamentos de su fortaleza en otra cosa que no fueran los instrumentos ordinarios de la vida cristiana.

Antes de ser elegido Papa, cuando venía a Roma, Karol Wojtyla se alojaba en casa de su buen amigo el cardenal Deskur. Por la noche este solía encontrarlo postrado sobre el frío mármol de su capilla privada, donde se quedaba despierto en adoración hasta el amanecer. Preocupado por su amigo, Andrzej Deskur hizo retirar el mármol para poner un suelo de madera menos incómodo.

La sencillez de este Papa en el día a día era enternecedora. No pensemos que las virtudes de los hombres de Dios son inalcanzables. Juan Pablo II vivía en intimidad con Dios sin desentenderse de los hombres que trataba. La relación de confianza que mantuvo con el cardenal Joseph Ratzinger fue muy intensa: estos dos gigantes mostraban una humildad que te desarmaba.

Sin ser del todo conscientes de ello, caminamos junto a un santo que ahora protege a la Iglesia desde el cielo.

¿Cómo describiría usted la relación entre Juan Pablo II y Joseph Ratzinger, su prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe?

Creo que entre estos dos hombres existía tal sintonía que no concebían estar separados el uno del otro.

A Juan Pablo II siempre le maravillaron la profundidad intelectual y el evidente genio teológico de Joseph Ratzinger. Al cardenal, por su parte, le fascinaba la inmersión en Dios de Juan Pablo II.

Ambos sucesores de Pedro tenían la misma visión de los desafíos que se le planteaban a la Iglesia: la necesidad de una nueva evangelización, el diálogo entre la fe y la razón, la lucha –en palabras de Juan Pablo II– contra la «cultura de la muerte» y la oposición a las formas de opresión ideológica, desde el comunismo al relativismo liberal. Querían por encima de todo conducirnos a cada uno de nosotros a construir una auténtica vida interior.

Las culturas del filósofo polaco y del teólogo alemán, del asceta deportista y del profesor benedictino, eran diferentes. Pero los papas se descubrían en lo más hondo de sus espiritualidades. De hecho, poseían la misma mística: sin duda, fue voluntad de Dios

que sus dos hijos estuvieran tan cerca.

El gran vínculo que une a los papas Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II y Benedicto XVI es el sufrimiento. También Juan XXIII sufrió mucho; abriendo los brazos, decía: «Sufro con dolor, pero con amor». En el momento de la apertura del concilio declaró ante algunos amigos suyos: «Lo que me toca a mí es sufrir».

No hay ministerio petrino sin participación en la Cruz de Cristo.

¿Cómo interpreta usted todas las dificultades a las que tuvo que enfrentarse Benedicto XVI?

Durante los muchos años que pasó en la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger quiso siempre defender la verdad revelada por Dios, conservada y difundida por la tradición y el magisterio. De ahí que algunos medios de comunicación insistieran en incluirlo en la categoría de los conservadores inflexibles, nostálgicos e intolerantes.

Recuerdo que el día en que fue elegido se alzaron algunas voces manifestando su descontento ante la elección del cardenal Ratzinger. Olvidaban lo deprisa que los electores del colegio cardenalicio optaron por el brazo derecho de Juan Pablo II. La elección de un Papa es siempre un acto de fe.

Muchas veces, cuando pienso en Benedicto XVI, escucho estas palabras de san Pablo a Timoteo: «He peleado el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe» (2 Tm 4, 7). Creo que este sucesor de Pedro se gastó en un sinfín de batallas, entregándose cuanto pudo a la Iglesia y a los fieles en el orden espiritual, humano, teológico e intelectual. En el fondo, su pontificado es como un magnífico libro abierto hacia el cielo, una espléndida inteligencia orientada solo hacia Dios. Joseph Ratzinger ha tenido siempre la humildad de los hijos de san Benito, resumida en la divisa «*Ora et labora*». «*Quaerere Deum*», buscar a Dios: esa es la verdadera síntesis del pontificado de Benedicto XVI.

Quizá algunos –dentro y fuera de la Iglesia– no aceptaron nunca las intuiciones fundamentales de Benedicto XVI, la lucha contra el espíritu relativista, la denuncia de las posibles derivas dictatoriales del secularismo, el combate contra los cambios antropológicos, la profundización en el lugar que ocupa la liturgia. Benedicto XVI sufrió mucho cuando, en plena crisis conocida como «Vatileaks», soltaron los lobos contra él en Ratisbona con el asunto Williamson. Pero ya en 2005 demostró su lucidez: ¿no fue él mismo quien pidió durante la misa de su entronización: «Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos»? Le dolía mucho que tergiversaran su pensamiento, deformado por la prensa hasta el punto de invertir completamente su razonamiento. Es posible que este hombre dulce y humilde nunca quisiera defenderse. ¿Se defendió Cristo acaso una sola vez de sus detractores y de los lobos que lo rodearon en el huerto de los

Olivos?

Es inconcebible que el texto que pronunció en marzo de 2005 durante el vía crucis en el Coliseo pudiera dejar a nadie indiferente. Benedicto XVI nunca tuvo miedo a la verdad. Los ataques mundanos que recibió a cambio fueron de una violencia sin límites.

Si buscamos la verdad, Benedicto XVI es un guía excepcional. Si optamos por la mentira, el silencio y la omisión, Benedicto XVI se convierte en un problema intolerable.

¿Quién fue para usted el hombre Benedicto XVI?

Joseph Ratzinger no cambió después de ser elegido. Siguió siendo un hombre de gran sensibilidad, discreto y reservado. Cuando tenía la impresión de haber ofendido a su interlocutor, siempre buscaba el modo de explicarle las razones de su postura. Era un Papa incapaz de actuar de forma autoritaria o tajante. Encarnaba la ternura, la dulzura, la humildad y la bondad respetuosa de Dios.

La autoridad de un Papa es espiritual, teológica y pastoral, pero también política. El Vaticano es un Estado que mantiene relaciones diplomáticas con numerosos países del mundo, y el Papa debe hacer uso de un gran rigor administrativo y mucha firmeza en la gestión de las personas.

Sin embargo, no creo que el respeto hacia el otro y la riqueza espiritual de este Papa le impidieran demostrar la capacidad política de su misión.

De hecho, su visión de Dios y del hombre era tan profunda que estoy seguro –y tengo la esperanza– de que algún día, con la gracia de Dios, será canonizado, venerado como un gran santo y proclamado doctor de la Iglesia.

¿Hizo bien Benedicto XVI renunciando a la sede de Pedro?

Cuando me enteré de la decisión de Benedicto XVI estaba en Congo-Kinshasa predicando un retiro para obispos. Esa decisión significó para mí un gran sufrimiento, un terremoto terrible. No puedo ocultar la magnitud de mi decepción. Pasados unos días acepté con confianza y serenidad esa renuncia, porque sabía, a la luz de la fe, que el Papa había madurado su decisión arrodillado delante de la Cruz. Benedicto XVI se retiró de su cargo convencido de hacerlo siguiendo la voluntad de Dios. Toda su vida ha buscado a Dios: una vez más, Él le mostró el camino.

El Papa emérito se ha instalado en una casa asignada por Juan Pablo II a unas religiosas contemplativas que rezan por el Santo Padre.

Hoy es Benedicto XVI quien reza por la Iglesia.

¿Cree que existe una gran diferencia entre Benedicto XVI y Francisco?

A muchas mentes presuntuosas les gusta reescribir el cónclave de 2005, presentando al cardenal Bergoglio como rival de Joseph Ratzinger. Es cierto que algunos cardenales habían puesto muchas esperanzas en la posibilidad de ver al arzobispo de Buenos Aires

sucediendo al Papa polaco. Pero el cardenal Bergoglio nunca quiso iniciar un enfrentamiento con el antiguo brazo derecho de Juan Pablo II. Sentía una auténtica admiración hacia la inteligencia y la rectitud de Ratzinger. No cabe duda de que entre estos dos hombres existen grandes diferencias de estilo: de un lado, un hombre reservado con la sensibilidad de un benedictino; de otro, un pastor a pie de calle, un jesuita. Sin embargo, sus visiones fundamentales de la Iglesia pueden ser convergentes.

Hoy el papa Francisco es consciente de la complejidad de su misión y no deja de pedirnos oraciones.

¿Qué le sugiere el nombre de Francisco como Papa?

El papa Francisco piensa que el fundador de los franciscanos puede ayudarnos a emprender una profunda reforma de nuestra vida espiritual. San Francisco amaba tanto a Jesús que tuvo el privilegio de identificarse plenamente con Él, llevando en su cuerpo los estigmas de su Pasión. Al dirigir nuestra mirada hacia san Francisco, el Papa nos invita a imitar al *Poverello* de Asís de modo que también nosotros llevemos siempre y en todo lugar los sufrimientos de la muerte de Jesús (2 Co 4, 10; Ga 6, 17). Por eso san Pablo, buscando la identificación con Cristo, pudo decir: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). El Santo Padre cree que los cristianos no pueden esperar otra cosa que el camino exigente y árido de Jesús, sembrado de dificultades.

También san Francisco vivió una época de crisis moral, espiritual y política. La Iglesia parecía derrumbarse. Jesús pidió a Francisco que reparara la Iglesia: no la pequeña iglesia de San Damián, sino toda la Iglesia de Cristo en ruinas, simbolizada y representada por la basílica de San Juan de Letrán, que el papa Inocencio III vio tambalearse en sueños, a punto de desmoronarse, mientras un monje insignificante la sujetaba con sus hombros para evitar la caída.

Hoy no podemos negar que existe un deterioro moral entre algunos hombres de Iglesia. El «carrerismo» y la tentación de lo mundano tantas veces mencionados por el sucesor de Pedro son males muy reales. Hay quienes creen que proceden del imaginario del Papa. Desgraciadamente, el narcisismo clerical no es solo un tema literario. La enfermedad es muy profunda.

Para dar ese salto, primero debemos restaurar nuestra vida interior. La Iglesia depende de la pureza de nuestras almas.

San Francisco fue, por último, un gran evangelizador. Llegó hasta Marruecos y Egipto para intentar convertir a los musulmanes. La misión estaba grabada en letras de oro en lo más hondo de su memoria. Quiso que el Evangelio fuese su única luz. La Palabra de Dios se halla en el corazón de su regla.

Francisco sigue esa misma estela. En él percibo el auténtico impulso misionero de san Ignacio de Loyola. El fundador de la Compañía de Jesús nunca se mostró reacio a discernir el bien y el mal, y el papa Francisco tampoco duda en hacerlo.

[1] Cochini, Christian, *Les Origines apostoliques du célibat sacerdotal*, Ad Solem, París, 2006.

4. EN BUSCA DE LA IGLESIA

«Cuando te busco a ti, Dios mío,
la vida bienaventurada busco.
Búsqüete yo para que viva mi alma,
porque, si mi cuerpo vive de mi alma,
mi alma vive de ti».

San Agustín, *Confesiones*

NICOLAS DIAT: En 2012, al final de su pontificado, Benedicto XVI decidió celebrar el cincuentenario de la apertura del Vaticano II. ¿Por qué sigue existiendo tanta división con respecto al último concilio?

CARDENAL ROBERT SARAH: Por lo que se refiere al Concilio Vaticano II, lo cierto es que jamás podremos agradecer lo suficiente al papa Benedicto XVI su labor de interpretación y su genuina lectura de la voluntad de los Padres conciliares. Remitiéndonos a su análisis vemos hasta qué punto no se entendió plenamente el deseo del concilio.

Joseph Ratzinger comprendió a la perfección que Juan XXIII quería ante todo responder a un desafío capital para el mundo moderno: la acogida de Dios, tal y como se ha manifestado en Jesucristo. Estas son las palabras del papa Juan durante la apertura del concilio Vaticano II: «El gran problema planteado al mundo, desde hace casi dos mil años, subsiste inmutable. Cristo, radiante siempre en el centro de la historia y de la vida; los hombres, o están con Él y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien están sin Él o contra Él, y deliberadamente contra su Iglesia: se tornan motivos de confusión, causando asperezas en las relaciones humanas, y persistentes peligros de guerras fratricidas».

Desde la apertura del Vaticano II, junto a su deseo de *aggiornamento*, de renovación de la Iglesia y de la unión de los cristianos, el Papa insistió con firmeza en que la principal misión del concilio consistía en revelar a Dios al mundo, en defender y promover la doctrina. Por eso, la Iglesia, sin dejar de alegrarse de los admirables inventos del genio humano y de los progresos de la ciencia o de la tecnología, debía recordar a los hombres que, más allá del aspecto visible de las cosas, es primordial volverse hacia Dios. Para Juan XXIII el concilio era sobre todo un encuentro con Dios en la oración junto con María, como los apóstoles en el cenáculo la víspera de Pentecostés.

Tal y como anunciaba en ese mismo discurso de apertura, el Santo Padre quería también comprobar qué lugar seguía ocupando Dios en el corazón de los hombres y

llevar a cabo un «examen más amplio y profundo de las modernas condiciones de fe y de práctica religiosa, de vitalidad cristiana y especialmente católica».

El 7 de diciembre de 1965, al finalizar el concilio, el mismo Pablo VI manifestaba: «Todo este Concilio se reduce a su definitivo significado religioso, no siendo otra cosa que una potente y amistosa invitación a la humanidad de hoy a encontrar de nuevo, por la vía del amor fraterno, a aquel Dios “de quien alejarse es caer, a quien dirigirse es levantarse, en quien permanecer es estar firme, a quien volver es renacer, en quien habitar es vivir”».

Por lo tanto, en toda reflexión conciliar Dios era lo primero. Esta visión del concilio siguió siendo la preocupación esencial de Benedicto XVI hasta sus últimos años de pontificado. El 14 de febrero de 2013 pronunció ante el clero de Roma una «*lectio divina*» que perdurará como uno de los textos fundamentales de su herencia teológica y pastoral. En ella distinguía el verdadero concilio de los padres del presentado por la prensa y los medios de comunicación. ¿Qué otra cosa significa poner por obra el concilio si no es mostrar que la primera preocupación de la Iglesia consiste en devolver a Dios la primacía en el corazón de los hombres y de las sociedades? La primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, no se explica de otra manera.

Ante la crisis económica y financiera mundial, Benedicto XVI escribía en su segunda encíclica, *Caritas in veritate*: «Sin Dios, el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es». Lo que está en crisis es el hombre, no solamente la economía. La cuestión social ha pasado a ser una cuestión radicalmente antropológica: tiene que ver también con la decisiva cuestión del «eclipse de Dios».

Para ayudarnos a darnos cuenta de que en el núcleo de los textos conciliares todo estaba centrado y orientado a Dios, Benedicto XVI nos invitaba a fijarnos en su planificación. Según él, la arquitectura de los textos posee una orientación esencialmente teocéntrica. Comencemos por la Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*. El hecho de que fuera el primer texto publicado indica que existían motivos dogmáticos y pastorales de importancia decisiva. En la Iglesia existe, antes que nada, la adoración; y, por lo tanto, Dios. Este comienzo, dice Benedicto XVI, responde a la primera y principal preocupación de la regla de san Benito: «*Nihil operi Dei praeponatur*», «no se anteponga nada a la obra de Dios». Ahora bien, si existe una realidad que se suele dejar de lado con demasiada frecuencia es la relación consustancial entre la liturgia y Dios. El fundamento de la liturgia debe ser la búsqueda de Dios. No podemos sino sentirnos consternados ante el hecho de que la voluntad de los papas Juan XXIII y Pablo VI, así como la de los padres del concilio, haya sido ocultada y –lo que es peor– traicionada con tanta frecuencia.

¿Cabe decir lo mismo de los textos que vinieron a continuación?

Sí. La Constitución dogmática sobre la Iglesia, el segundo texto del concilio, comienza con estas palabras: «*Lumen gentium cum sit Christus*», «Cristo es la luz de los pueblos». La primera frase de la Constitución evidencia una visión teológica de la Iglesia. Benedicto XVI siempre ha querido demostrar que la eclesiología del Concilio Vaticano II es una eclesiología fundamentalmente teológica.

En una intervención acerca de la eclesiología de la Constitución *Lumen gentium* durante el Congreso internacional sobre la aplicación del concilio ecuménico Vaticano II, organizado por el Comité para el gran jubileo del año 2000, decía citando una conferencia pronunciada en 1933 por el P. Johann Baptist Metz: «La crisis que ha afectado al cristianismo europeo no es principalmente, o al menos exclusivamente, una crisis eclesial... La crisis es más profunda: en efecto, no solo tiene sus raíces en la situación de la Iglesia misma; ha llegado a ser una crisis de Dios». Joseph Ratzinger recordaba que el Concilio Vaticano II no fue solamente un concilio eclesiológico, sino más bien un discurso sobre Dios, y no solamente dentro de la cristiandad, sino dirigiéndose al mundo entero. El concilio habló a los hombres de ese Dios que es el Dios de todos, que salva a todos y es accesible a todos. El Vaticano II quiso subordinar el discurso sobre la Iglesia al discurso sobre Dios y proponer una eclesiología en sentido teológico. El concilio no considera a la Iglesia una realidad encerrada en sí misma, sino que la ve a partir de Cristo.

La Iglesia es como la luna. No brilla con luz propia, sino que refleja la luz de Cristo. En efecto, a la Iglesia, si se la separa de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, le ocurre como a la luna sin el sol: es oscura, opaca e invisible. La eclesiología depende de la cristología y está ligada a ella.

Igual de sencillo es ver el estrecho lazo que une a las dos Constituciones, que se suceden y se apoyan la una en la otra. La Iglesia se deja conducir por una intensa vida de oración, de alabanza y de adoración, y por su misión de glorificar a Dios en medio de los pueblos. De ahí que la eclesiología sea inseparable de la liturgia. La Iglesia está hecha para alabar y adorar a Dios: sin Dios no es nada.

Se comprende así que inmediatamente después viniera la tercera Constitución dogmática, *Dei Verbum*, sobre la Palabra de Dios, que convoca a la Iglesia para alimentarla, renovarla e iluminar su camino. Porque la Palabra de Dios es el centro del mensaje que la Iglesia debe revelar y transmitir al mundo.

El cuarto texto, la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, «sobre la Iglesia en el mundo actual», muestra cómo se presenta la glorificación de Dios en la vida activa de la Iglesia. La Palabra de Dios es como una luz recibida que la Iglesia lleva al mundo para que salga de las tinieblas y se convierta en glorificación de Dios.

Por desgracia, nada más concluir el concilio, la Constitución sobre la liturgia no se comprendió a partir del primado fundamental de la adoración, de la humilde genuflexión

de la Iglesia ante la grandeza de Dios, sino más bien como un libro de recetas. Vimos a toda clase de creativos y animadores que buscaban más bien artimañas para presentar la liturgia de modo atrayente, más comunicativo, implicando cada vez a más gente, pero olvidando que la liturgia está hecha para Dios. Si Dios se convierte en el gran ausente, podemos llegar a toda clase de desviaciones, desde las más triviales a las más abyectas.

Benedicto XVI ha recordado con frecuencia que la liturgia no puede considerarse una obra de la creatividad personal. Si hacemos una liturgia para nosotros mismos, se aleja de lo divino: se convierte en una representación teatral ridícula, vulgar y aburrida. Y se desemboca en liturgias que parecen operetas, fiestas dominicales para divertirse o disfrutar juntos después de una semana de trabajo y de afanes de todo tipo. Después de la celebración eucarística, los fieles vuelven a casa sin haberse encontrado personalmente con Dios y sin haberle escuchado en lo más íntimo de su corazón. Falta ese cara a cara con Dios contemplativo y silencioso que nos transforma y nos devuelve las energías que permiten revelarlo a un mundo cada vez más indiferente a las cuestiones espirituales. El centro del misterio eucarístico es la celebración de la Pasión, de la dolorosa muerte de Cristo y de su Resurrección: si ese misterio queda ahogado por largas ceremonias ruidosas y recargadas, hay que temerse lo peor. Algunas misas son tan bullangueras que no difieren mucho de una feria de pueblo. Es necesario volver a descubrir que la esencia de la liturgia quedará eternamente marcada por el deseo de la búsqueda filial de Dios.

¿Y considera usted, igual que Benedicto XVI, que la ausencia de Dios en la sociedad fue la esencia de la reforma querida por los padres conciliares?

Por supuesto. Si bien en la apertura del concilio la crisis religiosa de Occidente era menos visible que hoy, muchos padres sentían la urgente necesidad de acercar a sus fieles a Dios, convertido para ellos en una realidad cada vez más lejana. Durante sus diversos destinos como nuncio apostólico, Juan XXIII percibió de un modo especial el alejamiento de Dios que vivían las sociedades. En Francia, donde representó a la Santa Sede, pudo constatar cómo la «hija primogénita» de la Iglesia y tantos otros países occidentales se iban desviando poco a poco de los ideales cristianos. Para combatir esa crisis, el papa Roncalli quiso regresar a lo esencial situando la relación entre Dios y los hombres en el centro de los trabajos conciliares. Valoraba de un modo muy especial la belleza de la liturgia. El sucesor de Pedro sabía que, cuando el hombre está delante de Dios, entra en el misterio de lo sagrado: entonces se entabla una relación que le inserta en una estructura profundamente divina. Por último, Juan XXIII quiso devolver al hombre su dignidad para alcanzar la grandeza insondable de Dios. Deseaba ofrecer al mundo contemporáneo la posibilidad de recobrar su capacidad de alabanza, de adoración y de asombro ante Dios. El gran mensaje del concilio consiste en afirmar de un modo nuevo que Dios habita en nosotros.

Con profunda amargura, el papa Juan lamentaba el alejamiento y la indiferencia de buena parte de la población mundial hacia la Iglesia. En su discurso de apertura del concilio decía: «Es motivo de dolor considerar que la mayor parte del género humano, a pesar de que los hombres todos han sido redimidos por la Sangre de Cristo, no participa aún de esa fuente de gracias divinas que se hallan en la Iglesia católica». Qué razón tienen Benedicto XVI y Francisco, cincuenta años después, en insistir en la tragedia de las sociedades que quieren desembarazarse de Dios para vivir sin Él. La supresión de Dios del horizonte de las culturas occidentales es una tragedia de consecuencias insospechadas. Juan Pablo II fue el primer Papa que experimentó el desastre de las sociedades privadas arbitrariamente de Dios por el cinismo del comunismo ateo de Europa del Este, y su brusca sustitución por un materialismo desenfrenado. La ausencia del vínculo con Dios ha seguido siendo la gran preocupación de todos los papas desde Juan XXIII: un abismo que no ha dejado de hacerse cada vez más hondo.

¿Puede la «crisis de Dios», por decirlo de algún modo, generar una crisis de la noción de Iglesia? En Informe sobre la fe^[2], Joseph Ratzinger ya veía en la raíz de la crisis de fe una concepción deficiente de la idea de Iglesia.

Si se borra el vínculo entre Dios y los cristianos, la Iglesia se convierte en una simple estructura humana, en una sociedad más. Entonces la Iglesia se banaliza: se mundaniza y se corrompe hasta perder su naturaleza original. De hecho, sin Dios creamos una Iglesia a nuestra imagen y en función de nuestras pequeñas necesidades, nuestros caprichos o nuestras aversiones. La moda se apodera de la Iglesia y la visión de lo sagrado se vuelve perecedera, una especie de medicina caducada. Volviendo al tema anterior, ocurre lo mismo que con la liturgia. Si el hombre pretende adaptar la liturgia a su época, modificarla según las circunstancias, el culto divino muere. A veces es necesaria la evolución de ciertos símbolos litúrgicos; pero, si el hombre acaba confundiendo lo temporal y lo eterno, vuelve la espalda a la justificación esencial de la liturgia.

La Iglesia es el pueblo de Dios que se convierte en el cuerpo de Cristo. Nace del costado abierto de Cristo para nuestra salvación. Cristo es su *alfa* y *omega*. Sin Dios la Iglesia no es más que un barco sin timonel que navega a merced de huracanes y tempestades. La historia demuestra que la crisis de la Iglesia no puede separarse nunca de una crisis de Dios. Sin Dios se eclipsa, como un cuerpo apartado de la luz que lo ilumina. El problema que existe hoy es grave, porque ya no somos conscientes del vínculo sobrenatural que existe entre Cristo y su Iglesia. Por ejemplo, quienes se permiten criticar a los obispos o enfrentarlos unos con otros porque no coinciden con sus cortas inspiraciones, más o menos oportunistas, olvidan que son los sucesores de los apóstoles, elegidos por Cristo. Debemos continuar edificando la Iglesia querida por Cristo, y no una Iglesia modelada por nuestros deseos circunstanciales.

Así pues, ¿se trata de una crisis de la Iglesia o de una «crisis de Dios»?

En contra de lo que pudiera parecer, para los hombres la mayor dificultad no consiste en creer lo que la Iglesia enseña en el plano moral: lo que más le cuesta al mundo posmoderno es creer en Dios y en su Hijo único.

Por eso Benedicto XVI defiende la tesis de la «crisis de Dios». La ausencia de Dios en nuestras vidas es cada vez más trágica. La voluntad del concilio –que no el espíritu de sus errados intérpretes– era devolver a Dios toda su primacía. De ahí que los padres conciliares desearan una profundización de la fe, que perdía su sal en medio de la sociedad tan cambiante de la posguerra. En este sentido, el problema del concilio sigue existiendo en algunas regiones del mundo, donde la ausencia de Dios no ha dejado de hacerse más honda.

A veces me pregunto si siquiera nosotros, los sacerdotes, vivimos realmente en presencia de Dios. ¿Se puede hablar de una «traición del clero»? Mi reflexión puede parecer rigurosa, pero conozco muchos ejemplos de sacerdotes que dan la impresión de haber olvidado que el centro de su vida está únicamente en Dios. No le dedican más que un poco de tiempo al día, porque están inmersos en lo que yo llamaría la «herejía del activismo». ¿Cómo no sentirse hondamente conmovido por el último mensaje de Benedicto XVI? Un pontífice que, como Jesús en el huerto de los Olivos, después de rezar intensamente para lograr discernir la voluntad de Dios, decide renunciar «al cargo y al poder de Pedro» y se retira a la soledad, a la adoración silenciosa, para pasar el resto de su vida en la tierra como un monje, en un cara a cara permanente con Dios y en íntima unión con Él. Se queda junto a la Cruz, como él mismo manifestó en una de sus últimas catequesis.

Su elección me recuerda la de un obispo africano de ochenta años, monseñor Silas Silvius Njiru, obispo emérito de Meru, en Kenia, que deseaba entrar en la Abadía de Tre Fontane, en Roma. Dada su condición episcopal, solo pudo ser recibido como huésped permanente, pero con el privilegio de compartir la misma vida y rigores de la regla de los trapenses. Me decía: «Me he pasado toda la vida hablando de Dios. Ahora voy a pasar el resto de mi vida hablando con Dios, haciendo penitencia para la gloria de Dios y la salvación de las almas». El servicio de oración que desempeña ahora Benedicto XVI es un extraordinario ejemplo para el mundo. Toda su vida ha hablado de Dios; ahora consagra su tiempo a hablar con Dios y a estar constantemente ante su rostro. No es posible creer en la Iglesia si no sellamos nuestro corazón en Dios.

Entonces, en una época tan compleja, ¿cuál es el mejor camino para la Iglesia?

A riesgo de repetirme, creo que la principal preocupación debe seguir siendo Dios. Las circunstancias y la evolución del mundo no nos ayudan a conceder a Dios su justo

lugar. Las sociedades occidentales se organizan y viven como si Dios no existiera. En muchos casos, hasta los propios cristianos se han instalado en una apostasía silenciosa. Si el interés del hombre contemporáneo se dirige casi exclusivamente hacia la economía, la tecnología, la inmediatez de un bienestar material falsamente sentimental, Dios queda lejos; en Occidente, los fines últimos y la eternidad se han convertido muchas veces en una especie de peso psicológico innecesario.

Ante este abismo existencial, a la Iglesia solo le queda una posibilidad: irradiar únicamente a Cristo, su gloria y su esperanza. Debe profundizar incesantemente en la gracia de los sacramentos, que son la manifestación y la prolongación de la presencia salvífica de Dios en medio de nosotros. Solo bajo esta condición podrá Dios volver a ocupar su lugar. La Iglesia proclama la Palabra de Dios y celebra los sacramentos en el mundo. Ha de hacerlo con mucha honestidad, con auténtico rigor y un respeto misericordioso hacia las miserias humanas, que tiene el deber de conducir –retomando el *incipit* de una encíclica de Juan Pablo II– al «esplendor de la verdad».

A menudo se alzan voces que piden una nueva y auténtica aplicación de la colegialidad de la Iglesia. ¿Cómo ve usted este problema?

Los cambios sociales provocados en el mundo por el progreso y los avances tecnológicos, las numerosas cuestiones que afectan a la Iglesia –tales como la armonización de la disciplina dentro de ella, la transmisión de la doctrina cristiana, la aplicación de los medios catequéticos, la evangelización de un mundo cada vez más complejo, la crisis que afecta a la familia y al matrimonio, la formación de los laicos y de los futuros sacerdotes, la educación de la juventud– traspasan los límites de la diócesis. Ninguna solución puramente diocesana es suficiente. Para responder a la evolución de una sociedad globalizada hay que analizar los fenómenos en su conjunto y aportar soluciones que iluminen y comprometan al episcopado de una nación, cuando no de varios países e incluso de un continente.

Esto no es nada nuevo. En la Iglesia siempre ha existido una voluntad de alcanzar acuerdos a nivel jerárquico para estudiar las cuestiones importantes, con vistas a una toma de posición común por parte de los obispos. Hoy día estas medidas afectan a las situaciones y cuestiones diarias.

Las competencias y la validez de las decisiones de las conferencias episcopales vienen sólidamente determinadas por el derecho general o por un mandato especial de la Santa Sede. Pero eso no impide que la responsabilidad doctrinal incumba a cada obispo en su diócesis, y a la sede de Pedro para toda la Iglesia, al tiempo que cada sucesor de los apóstoles tiene una responsabilidad ante toda la Iglesia.

Por lo tanto, la necesaria concertación colegial no elimina la autonomía y la responsabilidad del obispo en su diócesis. Nadie debe sentirse obligado o forzado por la

decisión colegial del episcopado, sobre todo cuando se organizan presiones o campañas para influir en ciertas personas con el fin de imponer un punto de vista no espiritual, sino ideológico. La colaboración episcopal se hace deficiente cuando está sesgada por intenciones políticas. Cada obispo es responsable ante Dios del modo en que asume su cargo episcopal con el rebaño del que el Espíritu Santo le ha hecho guardián.

La colegialidad debería ser a un tiempo afectiva y efectiva. Lo peor es, sin duda, la indiferencia ante la opinión de otros, cuando un obispo se encierra en su diócesis sin tener en cuenta las valoraciones de sus hermanos. Los sínodos, que constituyen una forma muy lograda de actualización de la colegialidad, son momentos importantes en la vida de la Iglesia. Pero las distintas instancias no deben desmovilizar a los obispos ni provocar la sensación de que su capacidad de apreciación se ve disminuida. Ni tampoco las grandes asambleas pueden únicamente escuchar a los que hablan bien, a los más «inteligentes», a los expertos que impresionan, acallan a los demás y se imponen. El temor a la posibilidad de que se impongan ideas y posiciones ideológicas ha llevado a decir –no sin ironía– a los opositores de la colegialidad que los apóstoles nunca obraron colegialmente: la única vez que practicaron la colegialidad fue en Getsemaní, pues los Evangelios afirman que «entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron» (*Mt* 26, 56). Ahora bien, los Hechos de los Apóstoles nos muestran la acción concertada de estos, sobre todo después de Pentecostés. Son encarcelados juntos y juntos se quedan en Jerusalén durante la persecución. Asimismo, convocan el primer concilio de Jerusalén para estudiar la cuestión de la circuncisión de los paganos convertidos al cristianismo (*Hch* 15, 6).

Al papa Francisco le gustaría promover la colegialidad, y creo que tiene razón. La centralidad romana ha permitido logros importantes, pero puede también conducir a una especie de esclerosis. Porque, si se debilita la responsabilidad del obispo, existe un problema de confianza. Esta debe ser conservada como un tesoro esencial, pero frágil.

Por necesario que sea favorecer la responsabilidad de los obispos y de las conferencias episcopales, es preciso que Roma conserve la dirección de todo apostolado. Naturalmente –como recuerda el concilio–, el apostolado lo puede practicar cualquier persona bautizada, sin necesidad de que exista un mandato jerárquico. Debido a la diversidad de opiniones sobre cuestiones importantes, a la pérdida de valores y a la desorientación de las almas provocadas por el relativismo, cometeríamos un grave pecado contra la unidad del Cuerpo de Cristo y de la doctrina de la Iglesia si concediéramos a las conferencias episcopales autoridad o capacidad de decisión en cuestiones doctrinales, disciplinares y morales. Dijo Pío XII en un discurso al episcopado de noviembre de 1954: «Conviene tender hacia una mayor uniformidad en la manera de gobernar: así se evita el desconcierto de los fieles, que muchas veces no comprenden por qué en una diócesis las cosas se hacen de una manera y en otra quizá vecina, de otra

distinta, a veces incluso contraria. Hoy es necesario reforzar unas relaciones vivas y frecuentes con la Sede apostólica que no solamente preserven la unidad de la fe, sino que armonicen también el ámbito del gobierno y de la disciplina. Esta unión –concluía Pío XII– y estas relaciones circunstanciales con la Santa Sede no proceden de cierta voluntad de reducir todo a la unidad, sino del derecho divino y de un elemento propio de la Constitución de la Iglesia de Cristo. Y no resulta de ella ningún daño, sino más bien un beneficio para los obispos, a quienes se ha confiado el gobierno de distintos rebaños particulares». Juan Pablo II se pronunció con claridad sobre esta cuestión en su carta apostólica *Apostolos suos*, de mayo de 1998, concretando algunas normas acerca de las conferencias episcopales.

¿Cree usted que a Francisco le gustaría flexibilizar el gobierno de la Iglesia?

Creo que Francisco quiere otorgar a las experiencias pastorales de campo su justo lugar en la reflexión del gobierno central de la Iglesia. Al elegir para su consejo a un cardenal de cada continente con vistas a la reforma del funcionamiento de la curia, el Papa pretende reunir todas las riquezas del mundo católico. Por otra parte, su voluntad de promover la reflexión sinodal es una feliz iniciativa. En efecto, el sínodo debe convertirse en una nueva experiencia de Emaús, en la que el corazón de la Iglesia arda con el fuego de las Escrituras. Porque en cada una de nuestras asambleas sinodales Jesús sale a nuestro encuentro y camina con nosotros hasta el lugar de la fracción del pan. Allí revela su rostro de resucitado y nos reenvía a reunirnos con los apóstoles y a reconstruir la Iglesia «*in terris*», abandonada o desfigurada por nuestras ambiciones fallidas y nuestras esperanzas frustradas. Cuando nos reunimos de nuevo en el cenáculo, lugar de la primera Eucaristía, Jesús nos concede su aliento para que anunciemos al mundo que vive. Entonces –como decía Charles Péguy– la pequeña esperanza se reaviva en nosotros.

En su opinión, ¿cuáles son hoy día los signos más preocupantes para el futuro de la Iglesia?

Creo que la dificultad actual es al mismo tiempo una y triple: la falta de sacerdotes, las carencias en la formación del clero y la concepción a menudo errónea del sentido de la misión.

Existe una tendencia misionera que pone el acento en el compromiso o la lucha política, en el desarrollo socioeconómico: este enfoque hace una lectura diluida del Evangelio y del anuncio de Jesús. El descenso del número de sacerdotes, los déficits en su compromiso misionero y una inquietante falta de vida interior –carente de vida de oración y de frecuencia de sacramentos– pueden llevar a privar a los fieles cristianos de

las fuentes de las que deben beber. A veces tengo la sensación de que los seminaristas y los sacerdotes no se empeñan lo suficiente en alimentar su vida interior fundamentándola en la Palabra de Dios, en el ejemplo de los santos, en una vida de oración y contemplación enraizada únicamente en Dios. Existe cierto empobrecimiento, cierta sequedad que procede del interior mismo de los ministros del Señor. Benedicto XVI y Francisco han denunciado con frecuencia el «carrerismo» entre el clero. Recientemente, dirigiéndose a varias comunidades universitarias, Francisco pronunciaba estas fuertes palabras: «Vuestro compromiso intelectual, en la enseñanza y en la investigación, en el estudio y en la más amplia formación, será tanto más fecundo y eficaz cuanto más animado esté por el amor a Cristo y a la Iglesia, cuanto más sólida y armoniosa sea la relación entre estudio y oración. Esto no es algo antiguo, esto es el centro. Este es uno de los desafíos de nuestro tiempo: transmitir el saber y ofrecer al mismo una llave de comprensión vital del mismo, no un cúmulo de nociones no relacionadas entre sí».

La adecuada formación de los seminaristas, centrada en la maduración de la fe y que lleve a una adhesión personal a Cristo, es fundamental. El mundo de hoy, así como nuestras sociedades egocéntricas y cambiantes, nos dispersan con su agitación. Nos cargamos con demasiadas cosas: si queremos crear para los seminaristas un ambiente favorable al encuentro con Cristo, son imprescindibles el silencio y la construcción del hombre interior. La cuestión resulta aún más grave por ser casi invisible. Está muy bien ocuparse de los seminarios que, en determinado número de países, en especial en Occidente, no se hallan suficientemente llenos. Pero este problema, aun siendo incuestionable, no es el fundamental.

De hecho, un auténtico seminario debe ser una escuela que conduzca al «torrente de Kerit» (*1 R 17, 1-6*), a la fuente de la Palabra de Dios, un lugar en el que se aprenda a construir una verdadera vida interior. El hombre formado en esta escuela se prepara para rezar bien a fin de hablar mejor de Dios, porque las palabras acerca de Dios solo se pueden hallar después de encontrarse y crear lazos personales con Él. La oración siempre es lo primero. Sin la vitalidad de la oración, es inevitable que el motor del sacerdote y de la Iglesia vaya al ralentí.

A la oración hemos de añadir un trabajo constante con nosotros mismos. La Iglesia está hecha únicamente para adorar y rezar. Si quienes son la sangre y el corazón de la Iglesia no rezan, secarán todo el cuerpo de la institución querida por Cristo. Por eso, los seminaristas, los sacerdotes y los obispos tienen obligación de mantener una relación personal con Dios. Cuando esa relación de intimidad con Jesús no se establece sólidamente desde el principio y a lo largo de los años de formación en el seminario, los seminaristas corren el peligro de convertirse en meros funcionarios; y el día de su ordenación no se conmoverán sus entrañas, no entenderán la gravedad y las consecuencias de las palabras que les dirige Jesús: «Ya no os llamo siervos [...], os he

llamado amigos» (Jn 15, 15). La apuesta es simple: nos jugamos la identificación y la configuración con Cristo. Por eso nuestro querer sacerdotal y la voluntad de Dios deben coincidir de un modo cada vez más perfecto. Y podremos decir con Cristo: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42; Mc 14, 36).

Naturalmente, tanto la formación intelectual, teológica, filosófica y exegetica como los títulos son importantes, pero el tesoro no está en la ciencia. El auténtico tesoro es nuestra amistad con Dios. Sin un sacerdote según el corazón de Cristo, despojado de modas humanas, la Iglesia no tiene futuro. No pretendo minimizar el papel del pueblo de los bautizados, del pueblo de Dios. Pero, por voluntad de Dios, esas almas se confían a los sacerdotes. Si estos obedecen a reglas puramente humanas, sin la caridad del cielo, la Iglesia perderá el sentido de su misión. Las crisis en la Iglesia, con independencia de lo graves que sean, tienen siempre su origen en la crisis del sacerdocio.

Entonces, ¿los libros van por un lado y la oración, por otro?

Por supuesto que no. Pero la vida interior es sin ninguna duda la luz y la sal de la vida de los sacerdotes. No se trata de descuidar la preparación intelectual de los seminaristas. Pero este aspecto no debe ser la sola y única preocupación.

El sacerdote que ha interiorizado su vida sacerdotal está deseoso de comunicar de modo comprensible su encuentro con Dios. Será capaz de hablar con sencillez. Algunos han intelectualizado y complicado tanto el mensaje cristiano que a buena parte del pueblo no le conmueve ni le interesa la enseñanza de la Iglesia. Dios no es un razonamiento, porque el Padre está en el corazón de cada hombre. Es ahí donde nos espera para revelarse a nosotros: «Y tú estabas dentro de mí y yo fuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo», escribe san Agustín en sus *Confesiones*. Los Padres de la Iglesia saben expresarse de forma conmovedora y eficaz para convertir a los pueblos a Cristo. Con frases llenas de sensibilidad y hermosas imágenes no hacen sino comunicar sus propias experiencias espirituales.

También los pastores de hoy tienen que hacerse entender por sus ovejas. De modo insistente nos vemos invitados a seguir el ejemplo que nos ofrece el papa Francisco con su lenguaje sencillo, conciso y directo. Un cristianismo hermético y pretendidamente «científico» sería un cristianismo pervertido. Y, sin embargo, ¡cuántas fórmulas cargadas de razón, huecas y arrogantes escuchamos tantas veces en nuestras iglesias!

Hoy la unidad de la Iglesia se ve amenazada por lo que se refiere a la doctrina revelada porque para muchos la auténtica doctrina es su propia opinión.

Uno de los grandes problemas actuales reside en las ambigüedades o en las declaraciones personales acerca de aspectos doctrinales importantes, que pueden conducir a opiniones equivocadas y peligrosas. Estos errores desorientan mucho a los

fieles. A veces el clero y los teólogos ofrecen respuestas contradictorias a cuestiones muy importantes. Es imposible que al pueblo de Dios no le desconcierten comportamientos como estos. ¿Cómo van a estar seguros los bautizados de lo que es bueno o malo? La confusión en torno a la auténtica dirección a seguir es la enfermedad más grave de nuestra época.

La Iglesia es santa en su misterio. Pero, si se asemeja a una torre de Babel, no hay posibilidad de que llegue a recoger el gran desafío del relativismo contemporáneo. Podemos estar agradecidos a Benedicto XVI por haber discernido con agudeza lo que llamaba la «dictadura del relativismo». La Iglesia, nadando contracorriente del ambiente subjetivista, tiene que saber decir la verdad con humildad, respeto y claridad. Creo que los hombres, como los árboles, necesitan raíces que puedan alimentarse de la tierra mejor, que no es otra que la herencia y la tradición milenaria del cristianismo. La variedad de opiniones en una sociedad inundada de información no debe hacer olvidar la tradición multiseccular de la Iglesia. La mejor manera de comprender y de transmitir es la vida interior en Dios.

Los hombres que han recibido una responsabilidad del mismo Dios a través de su vocación no deben perderse: sería una traición descomunal. Dios no nos ha pedido que creamos obras personales, sino que transmitamos la fe. Los hombres de Dios son transmisores, no intérpretes; son mensajeros fieles y administradores de los misterios cristianos. Mucho se le pedirá a quien mucho ha recibido.

¿Alguna vez tiene usted la sensación de que los fieles están desorientados?

Si tomamos como ejemplo la nueva evangelización querida por Juan Pablo II, todos estamos de acuerdo en la necesidad de dar un nuevo impulso a nuestra vitalidad misionera. Los desacuerdos surgen cuando se trata de comprender el significado de la aplicación del Evangelio a la vida concreta. Los católicos estamos muy divididos en cuanto a lo que es o no un bien moral.

Nuestra referencia debería ser únicamente Dios. No obstante, existe un gran malestar. En cuanto a algunas cuestiones internas de la Iglesia, tenemos concepciones distintas de la liturgia que llegan incluso a suscitar el rechazo mutuo y la hostilidad, cuando no una guerra fría. No obstante, si de lo que se trata es de rendir culto a Dios, deberíamos estar especialmente unidos.

Nos enfrentamos entre nosotros con demasiada frecuencia, cada uno encerrado en su capillita. Cuando la ideología ocupa el lugar de la adoración, ¿cómo no descubrir el síntoma preocupante de una crisis de hondura insospechada? Si estamos divididos, ¿a quién corresponde la nueva evangelización en la que todos parecemos estar tan comprometidos? Si la nueva evangelización significa una auténtica vuelta a Cristo, ¿por

qué tanta dispersión, tantas opiniones divergentes, tantos enfoques politizados?

¿Eso le lleva a pensar en los espiritanos que conoció en su juventud?

Los primeros misioneros nunca separaron el anuncio de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad. Estas tres tareas se reclaman entre sí y están íntimamente unidas. Hoy tenemos tendencia a poner el acento en el compromiso sociopolítico y en el desarrollo económico, excluyendo la evangelización.

Empleamos la doctrina social de la Iglesia de modo abusivo y sin entenderla bien, convirtiéndola en instrumento de una acción política. Benedicto XVI ha concretado claramente cuáles son el lugar y el papel de la doctrina social. En *Deus caritas est* escribía: «La doctrina social católica no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica. La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales». Dicho de otro modo: la Iglesia no debe abandonar nunca su misión de enseñanza, de santificación y de gobierno que consiste en iluminar las inteligencias y purificar las conciencias y los corazones con la luz del Evangelio. La Iglesia traicionaría a Jesús si se comprometiera activamente en la vida política. Basta contemplar y meditar la vida de Jesús para comprobar el acierto del enfoque de Benedicto XVI.

Los espiritanos de mi parroquia poseían esta única certeza: entregaban su vida y su salud por la causa de Jesús, implicándose tanto en la evangelización como en la enseñanza, el servicio de la caridad y los cuidados sanitarios. Mis padres creyeron en Dios porque los deslumbró la fuerza del testimonio de los misioneros franceses. Cuando hoy en día un jesuita se queda en Siria contra viento y marea, ¡qué imagen tan concreta y espléndida da de fidelidad solo a Cristo! Al final lo que importa es: ¿qué queremos decir de Dios? ¿Qué queremos transmitir como amor de Dios? Hay que anunciar a Dios a tiempo y a destiempo, hallando los métodos más humanos y el lenguaje más respetuoso, pero sin escamotear la verdad.

El lugar de las mujeres en la Iglesia es un tema muy importante. ¿Cómo hay que entender su papel?

Hay obligación de respetar a la mujer, cosa que no ocurre en determinado número de países. Existen prácticas peligrosas que pueden generar graves riesgos para su dignidad y sus derechos. En África, las niñas deberían poder continuar sus estudios el mismo tiempo que los varones. También debemos combatir con firmeza los matrimonios forzosos. Cuando viajo a cualquier rincón del mundo, me doy cuenta de que el problema no es una igualdad ilusoria, sino el respeto a la dignidad y a la libertad mismas de las mujeres. Las imágenes que los medios de comunicación occidentales ofrecen de la mujer son con demasiada frecuencia degradantes y humillantes. El cuerpo de la mujer se trata como una mercancía que satisface el placer depravado de algunos hombres. La prostitución organizada hace de la mujer un objeto comercial. Y, aun así, Occidente pretende falazmente ser el paladín de los derechos de la mujer.

Existen pequeños grupos de mujeres que reclaman para sí la ordenación al sacerdocio y al episcopado. En este sentido, en algunas comunidades protestantes se han cometido aberraciones. Se acusa a la Iglesia católica de no honrar debidamente la condición femenina. Si se me permite una observación, creo que se trata de una cuestión muy tipificada geográficamente. Por desgracia, tengo la sensación de que Occidente intenta seguir influyendo en el resto de las culturas. Hay muchas regiones del mundo donde creo que el modelo que se busca no es el igualitarismo ideológico de las relaciones entre el hombre y la mujer.

Las extravagancias de la ideología feminista llevan a querer tachar del vocabulario algunos términos: padre y madre, esposo y esposa. Dios nos ha creado complementarios y diferentes. Si observamos cómo trata Jesús a las mujeres en el Evangelio, descubrimos el gran respeto que siente hacia ellas. El único modelo de la Iglesia debe ser esa manera dulce y respetuosa que tiene Cristo de asociar a las mujeres a su misión. En este sentido, es lamentable que algunos pretendan culpar al Papa, a los cardenales o a los obispos, haciendo creer que su postura es retrógrada.

La idea de una mujer cardenal es tan ridícula como la de un sacerdote que quisiera ser monja. La referencia de la Iglesia es Cristo, que se comportaba con los hombres y las mujeres de un modo justo, concediendo a cada uno el papel que le correspondía. A Jesús le siguieron desde Galilea mujeres felices de estar a su servicio. Al pie de la Cruz se hallaban María Magdalena y otras mujeres que contemplaban destrozadas por el dolor la terrible escena de la crucifixión. Según los evangelios, María Magdalena fue la primera persona que vio a Jesús resucitado la mañana de Pascua. Ella no pedía nada más que servir al Señor en su especificidad de mujer, en su pureza recobrada y convertida en ofrenda.

En el mundo hay sociedades matriarcales o patriarcales en las que cada uno desempeña su papel en función de su naturaleza. Según el plan de Dios, la mujer es madre y el hombre es padre. Las mujeres deberían luchar para que no se utilizara y

comercializara un cuerpo que es sagrado por ser templo de Dios y santuario de la vida. En la Iglesia las mujeres pueden tener un papel muy importante, empezando por el ideal más prestigioso: la aspiración a la santidad.

¡Cómo no mencionar esa cohorte sin fin de hijas de Dios, desde la Santísima Virgen María, la *Théotokos*, la Madre de Dios, hasta santa Mónica, madre de san Agustín, Juana de Chantal, Teresa de Ávila, Teresa de Lisieux, María Goretti, la Madre Teresa de Calcuta, la beata Clementina Anuarite, virgen y mártir, o Josefina Bakhita! La Iglesia ha sabido desde hace mucho tiempo exaltar y poner en valor el genio propio de las mujeres. San Juan Pablo II hablaba de ellas como las centinelas de lo invisible, y tenía razón. La Iglesia no debe dejarse impresionar por ese feminismo ideológico que, aparentemente, es generoso en sus pretensiones, pero falaz en sus intenciones más profundas. Por otra parte, no hay que reflexionar sobre los problemas en términos de función. Dios nos pide que nos pongamos al servicio de la Iglesia. No se trata de hacer carrera. El «carrerismo» ya afecta a una parte demasiado grande del clero: ¡no propaguemos ese virus a las mujeres!

Las cuotas de reserva de puestos de trabajo pueden constituir un objetivo político, pero no parecen ser un criterio del Espíritu Santo. Creo que caeríamos en una inmensa trampa si confiáramos un dicasterio del gobierno romano a una mujer por el mero hecho de ser mujer. El criterio principal no debe ser el sexo, sino la fidelidad a la voluntad de Jesús, tal y como la ha entendido siempre la tradición de la Iglesia. Ahora bien, si una teóloga se encuentra en estrecha unión con el Magisterio y quiere ponerse al servicio de Cristo, como la Virgen María o María Magdalena, no hay ningún problema para que preste toda su colaboración a la misión de un dicasterio determinado, siempre que este coincida con su competencia.

En África hay muchos catequistas, tanto hombres como mujeres. Su gran trabajo de evangelización recibe los elogios y el reconocimiento de las comunidades cristianas. Las mujeres se dedican a esta misión con la sensibilidad y el sentido maternal que les son propios, con la misma presencia específica que tienen en nuestras familias. A ningún hombre sensato se le ocurriría conquistar esa labor maternal y esa prodigiosa facultad femenina de transmitir la vida. Por otra parte, ¿quién puede pensar que la Iglesia vive desde hace siglos apoyándose en esquemas antropológicos erróneos? En esas reivindicaciones feministas me parece ver una gran arrogancia y una forma rígida de voluntad de poder. En el Evangelio María ocupa uno de los puestos más altos. Ese es nuestro verdadero modelo.

Nuestro mundo conoce a menudo espiritualidades fáciles que a veces se ponen de moda. ¿Cómo caracterizaría usted esas corrientes que pueden entrar en competencia frontal con el catolicismo?

En efecto, son muchos los que tienen tendencia a tomar de cada espiritualidad la parte que les conviene, con una lógica sincrética, para componer una cómoda religión subjetiva; esto queda muy lejos de la integridad de la verdad promovida por la Iglesia. También en África veo que los cultos tradicionales siguen vivos. En Latinoamérica, por su parte, los grupos evangélicos se han lanzado a una guerra competitiva sin cuartel contra la Iglesia católica, con la idea de conquistar «cuotas de mercado».

La tendencia natural del hombre consiste siempre en buscar los lugares y las ideas en las que pueda hallar satisfacción, riqueza y salud de una forma casi milagrosa. En la Antigüedad, las autoridades judías, o los sacerdotes en el caso de los primeros cristianos, tuvieron que luchar contra la tentación de acudir a los ídolos en busca de sueños ilusorios. Las grandes herejías de la baja Edad Media respondían muchas veces a lógicas parecidas de explotación de los miedos, las pasiones y los fantasmas. También hoy se trata de una búsqueda de bienestar inmediato. El hombre moderno percibe en mayor o menor medida los límites del materialismo y el cristianismo le parece agotado y, a veces, estático. Ahí está la falta de profundidad de nuestra fe: con frecuencia el cristiano ya no sabe en qué cree y no se encuentra suficientemente clavado a la cruz. Y, si nos alejamos de Dios, la cortina de humo siempre está ahí. La formación catequética, bíblica y espiritual de los fieles, los sacerdotes y los religiosos sigue siendo la gran respuesta a fluctuaciones tan amenazadoras.

Sí, la Iglesia solo cuenta con un medio: la búsqueda de Dios en la oración y el conocimiento profundo y meditado de su Palabra. Sin un vínculo personal con Dios no hay constancia ni perspectiva.

El vagabundeo espiritual viene dado también por el ambiente relativista. A merced de las modas pasajeras, sin raíces espirituales, sin el alimento de la oración, cualquier cristiano está en peligro. Cuando veo a jóvenes católicos africanos que retoman los cultos tradicionales en los que es corriente la práctica de sacrificios, me pregunto en qué medida los sacerdotes han sabido saciar su inmensa sed. La ligereza en la vida de fe puede conducir a derivas a veces difíciles de frenar. Lo que me rompe el corazón es la honda herida provocada por los sacerdotes católicos africanos que han abandonado la gracia del sacerdocio para unirse a sectas y ejercer una especie de ministerio sacerdotal sacrílego. ¡Qué degradación! ¡Qué puñal en el corazón de Jesús! La única respuesta que me queda es la oración.

¿Cómo describiría esa vida de oración de la que habla tan a menudo?

Cada uno de nosotros debe programar y construir cada día su vida de oración. ¿Cómo? Le voy a contar una pequeña historia que da que pensar.

Un día, contrataron a un viejo profesor para impartir una clase sobre la planificación eficaz del tiempo a un grupo de quince directivos de grandes empresas. Esa clase

formaba parte de los cinco talleres de la jornada de formación, de modo que el profesor solo disponía de una hora. Comenzó mirándolos despacio, uno a uno, y les dijo: «Vamos a hacer un experimento». De debajo de la mesa sacó un frasco enorme, con capacidad para varios litros, que colocó con suavidad ante él. Luego mostró una docena de piedras del tamaño de pelotas de tenis y las fue depositando cuidadosamente, una a una, en el frasco. Cuando el frasco estuvo lleno hasta los bordes y era imposible añadir una sola piedra más, alzó los ojos hacia sus alumnos y les preguntó: «¿Está lleno el frasco?». Contestaron todos: «Sí». Él esperó unos segundos y añadió: «¿Seguro?». Entonces volvió a agacharse y sacó de debajo de la mesa un recipiente lleno de grava. Con cuidado, echó la grava por encima de las piedras y agitó ligeramente el frasco. Los trozos de grava se filtraron entre las piedras hasta el fondo. El viejo profesor volvió a alzar la mirada hacia su auditorio y preguntó: «¿Está lleno el frasco?». Esta vez, sus avispados alumnos empezaron a entender su maniobra. Uno de ellos contestó: «Lo más probable es que no». «¡Muy bien!», respondió el viejo profesor. Se agachó de nuevo y esta vez sacó arena de debajo de la mesa y la echó dentro. Una vez más, preguntó: «¿Está lleno el frasco?». Ahora, sin dudarle un momento y todos a una, los alumnos contestaron: «¡No!». «¡Muy bien!», repuso el viejo profesor. Y, tal y como esperaban los alumnos, cogió la jarra de agua que había encima de la mesa y llenó el frasco hasta arriba. Luego preguntó: «¿Qué gran verdad nos demuestra este experimento?». Como era de prever, el alumno más osado, recordando el tema de la clase, contestó: «Demuestra que, aunque creamos que nuestra agenda está llena, si de verdad se quiere, podemos añadir más citas y más cosas que hacer». «No», replicó el viejo profesor, «no es eso. La verdad que nos demuestra este experimento es esta: si no metemos primero en el frasco las piedras grandes, luego no podrán caber todas». Se produjo un profundo silencio mientras todos se convencían de la evidencia de su razonamiento. El viejo profesor continuó: «¿Cuáles son las piedras grandes de vuestra vida? ¿La salud, la familia, los amigos, los sueños, la carrera profesional? Lo que hay que recordar es la importancia de meter en primer lugar las piedras grandes de nuestra vida; si no, corremos el riesgo de no ser felices. Si damos prioridad a la pacotilla –la grava, la arena–, llenaremos nuestra vida de futilidades, de cosas sin importancia y sin valor, y no nos quedará tiempo que dedicar a lo importante. Por eso, no olvidéis preguntaros: ¿cuáles son las piedras grandes de mi vida? Y luego metedlas primero en el frasco de vuestra vida». El viejo profesor saludó a su auditorio con un gesto amistoso de la mano y abandonó lentamente la sala.

¿Es la oración una de esas piedras grandes de mi vida? Esta es mi respuesta: la oración debe ser la piedra grande que llene el frasco de nuestra vida. Es el tiempo en el que no hacemos otra cosa que estar con Dios. Es un tiempo precioso en el que todo se hace, en el que todo se regenera, en el que Dios obra para configurarnos con Él.

San Pablo nos exhorta a menudo a vivir en la oración y suplica: orad «en todo tiempo

movidos por el Espíritu, vigilando además con toda constancia y súplica por todos los santos» (*Ef* 6, 18). Y, al mismo tiempo, insiste en lo incapaces que somos de saber qué pedir para rezar como conviene; por eso, el Espíritu Santo acude en nuestra ayuda e intercede por nosotros «con gemidos inefables» (*Rm* 8, 26).

La oración es, ante todo, la obra del Espíritu Santo que ora en nosotros, nos reestructura interiormente y nos sumerge en la intimidad del Dios uno y trino. Por eso es primordial guardar silencio y escuchar, consentir en despojarse y abandonarse en Dios presente en nosotros. La oración no es un momento mágico que consista en presentar esta o aquella queja para mejorar nuestro bienestar. El silencio interior nos permite escuchar la oración del Espíritu Santo que se hace nuestra. El Espíritu intercede en nuestro lugar. En la oración lo importante no son nuestras palabras, sino conseguir callarse para dejar hablar al Espíritu Santo, para escucharle gemir e interceder por nosotros. Si penetramos en el misterioso silencio del Espíritu Santo, tenemos la seguridad de que somos escuchados porque disponemos de un corazón que escucha. Dios no nos responde como nos gustaría, sobre todo porque muchas veces pedimos cosas imposibles, como los niños que desean mil regalos. Eso no tiene que apartarnos de Dios cuando los problemas son reales, cuando nos atormentan y experimentamos la noche profunda de la duda. En realidad, la oración no es un acto extraordinario, sino el silencio de un niño que vuelve su mirada solamente hacia Dios. La oración consiste en darle un poco de libertad a Dios en nosotros. Hay que saber esperarle en el silencio, en el abandono y en la confianza con firmeza y con perseverancia, incluso cuando la oscuridad colma nuestra noche interior.

Como cualquier amistad, la oración exige tiempo para consolidarse. Por eso es una escuela a veces difícil. Perseverar en el silencio puede ser una travesía por el desierto larga y árida, sin agua ni alimento, en la que tal vez nos ocurra llegar a decir como santa Teresa de Lisieux: «Canto simplemente lo que quiero creer». El creyente que reza, camina en medio de la noche y muchas veces es un peregrino en busca de luz. Orar es entrar en la voluntad de Dios. En ciertos momentos, cuando nos encontramos en la noche oscura del dolor y del odio que se alza contra nosotros, puede ocurrir que acabemos gritando como Jesús: «*Eloí, Eloí, ¿lemá sabacthaní?*» («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?») (*Mc* 15, 34). Nadie entenderá el significado de nuestro grito, porque es una oración, un clamor de fe hacia nuestro Dios y nuestro Padre: es el grito de Jesús en la Cruz, un grito de abandono filial a la voluntad del Padre, como para corroborar la plena sumisión sellada en el huerto de Getsemaní. Mientras oraba presa de la angustia y su sudor se convertía en gruesas gotas de sangre que caían en tierra, dijo: «¡Abbá, Padre! Todo te es posible, aparta de mí este cáliz; pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (*Mc* 14, 36).

Dios nos ha amado primero. Orar es dejarse amar y amarse a uno mismo. Orar es

mirar a Dios y dejarse mirar por Él; es saber disponerse a mirar a Dios que habita y vive en nosotros de manera trinitaria. No se trata de una imagen: el Padre, el Hijo y el Espíritu viven realmente en nosotros. Un solo Dios en tres Personas distintas: ese es el centro de nuestra fe bautismal. Somos de verdad la morada de Dios. En su *Carta a Serapión*, obispo de Thmuis, san Atanasio lo explica de un modo espléndido: «Cuando el Espíritu está en nosotros, lo está también la Palabra, de quien recibimos el Espíritu, y en la Palabra está también el Padre, realizándose así aquellas palabras: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 23). Porque, donde está la luz, allí está también el resplandor; y donde está el resplandor, allí está también su eficiencia y su gracia esplendorosa».

El alma es el lugar de la oración. No obstante, en ese santuario reservado a Dios, en esa casa de Dios, deben reinar la soledad y el silencio. En la oración es esencialmente Dios quien habla y nosotros escuchamos atentamente, saliendo en busca de su voluntad. Orar es buscar a Dios y dejar que desvele ante nosotros su rostro y nos revele su voluntad. Claro que creemos que Dios habita y vive en nosotros, pero muchas veces no le dejamos la libertad de vivir, de obrar, de moverse y expresarse. Ocupamos todo el terreno de nuestro paisaje interior, durante todo el día y durante demasiado rato. Nos empeñamos en hacer muchas cosas, en hablar y pensar mucho. ¡Llenamos la morada de Dios de tanto ruido...!

Tenemos que aprender que el silencio es el camino del encuentro personal e íntimo con la presencia silenciosa, pero viva, de Dios en nosotros.

Dios no está en la tormenta, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el susurro de una leve brisa. Para orar de verdad hay que cultivar y salvaguardar cierta virginidad del corazón, es decir, no vivir y crecer en el bullicio interior o exterior, en la dispersión y las distracciones mundanas. Hay placeres que desunen, dividen, separan y dispersan el centro de nuestro ser. La virginidad espiritual, el silencio interior y una soledad necesaria son los fundamentos más seguros de la vida con Dios, en un cara a cara íntimo con Él.

De este encuentro salimos llevando en la piel de nuestro rostro el brillante resplandor del rostro de Dios, como Moisés al descender del monte después de hablar con el Todopoderoso.

Benedicto XVI ha insistido a menudo en que la liturgia es un momento en el que las realidades divinas descienden a la vida de los hombres. ¿Cómo entiende usted este enfoque?

La liturgia es un momento en el que Dios, por amor, desea estar en profunda unión con los hombres. Si vivimos de verdad esos instantes sagrados, podremos encontrar a Dios. No caigamos en la trampa de querer reducir la liturgia a un mero lugar de convivencia fraterna. En esta vida hay muchos otros sitios donde reunirse. La misa no es

un espacio en el que los hombres se encuentran en un trivial espíritu de fe. La liturgia es una gran puerta que nos permite salir simbólicamente de entre los muros de este mundo. Hay que plantearse la misa con dignidad, belleza y respeto. La celebración de la Eucaristía requiere ante todo un gran silencio, un silencio habitado por Dios. Debemos respetar las circunstancias materiales para que ese encuentro tenga lugar de modo fecundo. Pienso, por ejemplo, en la dignidad y la ejemplaridad de las vestiduras y los objetos litúrgicos. El lugar de la misa debe estar impregnado de una belleza que pueda favorecer el recogimiento y el encuentro con Dios.

La reflexión de Benedicto XVI sobre el significado de la liturgia ha aportado mucho a la Iglesia. Su libro *El espíritu de la liturgia*^[3] es fruto de un pensamiento teológico maduro. Si se despoja a la liturgia de su carácter sagrado, se convierte en una especie de espacio profano. Nuestra época busca intensamente lo sagrado; pero, debido a una especie de dictadura del subjetivismo, al hombre le gustaría relegar lo sagrado al espacio profano. El mejor ejemplo de ello es crear nuevas liturgias, fruto de experimentos más o menos artísticos, que no permiten ningún encuentro con Dios. Con cierta arrogancia, pretendemos quedarnos en lo humano para entrar en lo divino.

Pasados muchos años, da la impresión de que la liturgia está como dividida en dos escuelas divergentes, cuando no opuestas: la línea de los clásicos y la de los modernos. ¿Qué le parece a usted?

La liturgia es el tiempo de Dios y tiene tendencia a convertirse en el centro de una batalla de carácter ideológico entre distintas concepciones. Es lamentable entrar en la casa de Dios con las espaldas cargadas de armamento y el corazón lleno de odio. Si existe esta división, ¿saben realmente quienes libran la batalla lo que viven en la liturgia? El culto divino es un encuentro con las realidades sobrenaturales por el que lo humano debe transformarse, y no reducirse a búsquedas vanas y estériles. ¿El Dios con quien me encuentro en la liturgia me hace «aferrarme» a un rito excluyendo los demás? La liturgia no puede ser otra cosa que una relación con lo divino. La falta de comprensión entre distintas maneras de concebirla puede explicarse por elementos culturales legítimos, pero nada justifica que se convierta en anatemas lanzados de una y otra parte. Benedicto XVI deseaba ardientemente reconciliar las diferentes escuelas litúrgicas. Aunque ha dedicado muchas energías y muchas esperanzas a esta empresa, no ha logrado el noble fin que pretendía.

En realidad, por encima del rito, Dios busca ante todo el corazón de los hombres. En la liturgia, Jesús nos entrega su cuerpo y su sangre para configurarnos con Él y hacer que nos convirtamos en un solo ser. Nos convertimos en Cristo y su sangre nos hace consanguíneos, hombres y mujeres inmersos en su amor, habitados por la Trinidad Santa. Nos hacemos una sola familia: la familia de Dios.

El hombre que respeta los antiguos ritos de la Iglesia y no está en el amor se pierde. Yo creo que esa es la situación en la que se encuentran los defensores más extremistas de las distintas escuelas litúrgicas. El ritualismo estrecho, casi integrista, o la deconstrucción del rito de tipo modernista pueden impedir la auténtica búsqueda del amor de Dios. No cabe duda de que ese amor nace y crece en el respeto de las formas; pero las crispaciones llevan antes o después a la nada.

Al hilo de esta conversación, escucho la voz de san Ambrosio quien, en su comentario sobre Caín y Abel, nos advierte: «El Señor Jesús te mostró la conveniencia de orar con intensidad y frecuencia no para que tú repitas sin cesar y mecánicamente fórmulas de oración, sino para que adquieras el espíritu de orar asiduamente. Porque con frecuencia las largas oraciones van acompañadas de vanagloria y la oración continuamente interrumpida tiene como compañera la desidia».

Cuando en África asisto a misas que duran seis horas, solo veo una fiesta que responde a satisfacciones personales. Dudo mucho de que haya un verdadero encuentro con Dios en tales momentos de constante excitación y de danzas poco propicias al encuentro con el Misterio. Dios tiene horror a los ritualismos en los que el hombre se satisface a sí mismo. Aunque hay que dar gracias a Dios por esa vitalidad real de nuestras liturgias africanas y por la plena participación del pueblo cristiano, la saturación del Misterio de la muerte y la resurrección de Cristo con elementos y añadidos extraños a la Eucaristía da la impresión de que nos celebramos a nosotros mismos. Hay que esforzarse por volver a hacer lo que hizo Jesús. Recordemos su Palabra: «Haced esto en memoria mía».

La Iglesia católica debe reflexionar y tomar medidas en respuesta a fenómenos litúrgicos escandalosos. A los demás creyentes, especialmente a los musulmanes, les extraña ver la degradación de ciertas celebraciones.

Puede que ocurra lo mismo con las procesiones, que nos conducen a la celebración del gran misterio de nuestra fe y, sin embargo, se hacen sin ningún recogimiento, sin ningún asombro, sin ningún «temor» religioso de encontrarse cara a cara con Dios. Los celebrantes charlan entre ellos y hablan de toda clase de futilidades mientras avanzan hacia el altar del Señor.

Comportamientos como estos no se observan en una mezquita: los musulmanes respetan más lo sagrado que muchos cristianos.

¿Cómo hay que entender el futuro del sacerdocio?

El futuro del sacerdocio se lee en el ejemplo de los santos. Su pervivencia y su fecundidad son garantía de la promesa de Jesús de estar siempre con nosotros hasta el fin de los tiempos. En la vida de Juan Pablo II, la Cruz de Cristo ocupó un lugar central. Desde su primer año de pontificado, consideró esencial confiar simbólicamente a los

jóvenes una cruz de madera y les pidió que la implantaran en el mundo entero, en el corazón de los hombres y en las sociedades. Creo que su ejemplo es aún más importante por el hecho de que los sacerdotes están unidos para siempre al misterio de la crucifixión. El sacerdote es un hombre crucificado con Cristo: celebra la misa no solo para perpetuar, conmemorar y actualizar la crucifixión, sino para vivir su propia crucifixión. Así el sacerdote es el mismo Cristo.

El santo Cura de Ars siempre vivió su sacerdocio sepultado en la oración y perdido en Dios. Fue como un puente que conducía a los hombres al Señor. Para san Juan María Vianney el sacerdote es el testigo de la dimensión vertical de la existencia: pone en comunicación con Dios y repite su mensaje incansablemente para que pueda ser escuchado en medio del inmenso ruido del mundo. Posee la potestad divina que consiste en hacer descender a Dios y su Palabra entre los hombres. «El sacerdote –decía– es un hombre que ocupa el lugar de Dios, un hombre revestido de todos los poderes de Dios».

La segunda realidad central en la vida de Juan Pablo II era la Eucaristía. Nuestra configuración con Cristo se realiza a través de una intensa vida de oración, de adoración y de silenciosa contemplación. Sin la oración, el sacerdote corre el peligro de caer en el activismo, la superficialidad o la mundanidad. De la contemplación del rostro de Cristo en la oración obtiene la generosidad para entregarse en cuerpo y alma, como Cristo, a su ministerio sacerdotal.

Antes de cualquier servicio apostólico, todas las mañanas, el sacerdote debe entrar en el misterio de la Eucaristía. Esa pequeña hostia, que contiene el universo entero y la historia de la humanidad, tiene que ser el centro de nuestra existencia, vida de nuestra vida. Como sacerdotes, hemos de convertirnos en esa hostia blanca, dejarnos «transustanciar» y parecemos en todos nuestros rasgos al mismo Cristo. En *El espíritu de la liturgia*^[4], el cardenal Joseph Ratzinger escribe que la Eucaristía nos transforma hasta las profundidades más íntimas de nuestro ser: «La simultaneidad con la Pascua de Cristo que tiene lugar en la Eucaristía de la Iglesia es, después de todo, también una realidad antropológica. La celebración no es solo un rito, no es solo un “juego” litúrgico, pues quiere ser *logike latreia*, transformación de mi existencia en dirección al *logos*, simultaneidad interna entre mi yo y la entrega de Cristo. Su entrega quiere convertirse en la mía para que se consume la simultaneidad y se lleve a cabo el hacerse igual a Dios [...]. La liturgia me remite a la vida cotidiana, a mí en mi existencia personal. Apunta, tal y como vuelve a decir san Pablo en el texto mencionado, a que “nuestros cuerpos” (es decir, nuestra existencia terrena real) se conviertan en “víctimas vivas”, unidas al “sacrificio” de Cristo».

Esta es la razón de que el sacerdocio tenga futuro: se trata del don más grande que Dios ha hecho al hombre. Las Palabras de Jesús son eternas. En el orden sobrenatural, el futuro del sacerdocio está garantizado.

No obstante, surgen dudas sobre la disponibilidad de muchos contemporáneos nuestros y sobre la apertura de los corazones para responder a la llamada de Dios. Naturalmente, las realidades varían de un continente a otro: todo el mundo sabe que existen muchas vocaciones en África, en Asia y en numerosos países de Latinoamérica. Pero eso no impide que nos entristezca cuántos jóvenes hay en Europa que dudan en responder a la urgente llamada del Señor: «Ven y sígueme».

Hoy Dios sigue llamando tanto como en el pasado: es el hombre el que no escucha igual.

Por último, la vocación sacerdotal es inseparable de la Virgen María. Esta es una gran enseñanza de la vida de Juan Pablo II. La vida de un sacerdote no se puede concebir sin un vínculo filial con María. La madre de Cristo sostiene a los sacerdotes en la fidelidad a sus compromisos. Estoy convencido de que, gracias a la Virgen, el sacerdocio no desaparecerá jamás.

Por mucho que a algunos les pueda sorprender, creo que el número de sacerdotes no constituye un problema tan fundamental. Eso es, por otra parte, lo que afirma san Gregorio Magno. Paradójicamente, el contexto histórico de finales del siglo VI se parece bastante a nuestra época. El 31 de marzo de 591, en una homilía pronunciada ante los obispos reunidos en el Baptisterio de Letrán, san Gregorio comentaba estas palabras de Jesús: «La mies es mucha, pero los obreros, pocos. Rogad, por tanto, al señor de la mies que envíe obreros a su mies». Y escribía: «Para una mies abundante son pocos los trabajadores. Al escuchar esto, no podemos dejar de sentir una gran tristeza, porque hay que reconocer que, si bien hay personas que desean escuchar cosas buenas, faltan, en cambio, quienes se dediquen a anunciarlas. Mirad cómo el mundo está lleno de sacerdotes, y, sin embargo, es muy difícil encontrar un trabajador para la mies del Señor; porque hemos recibido el ministerio sacerdotal, pero no cumplimos con los deberes de este ministerio. Descuidamos, en efecto, fácilmente el ministerio de la predicación y, para vergüenza nuestra, seguimos llamándonos obispos; nos place el prestigio que da este nombre, pero, en cambio, no poseemos la virtud que este nombre exige. Así, contemplamos plácidamente cómo los que están bajo nuestro cuidado abandonan a Dios, y nosotros no decimos nada; se hunden en el pecado, y nosotros nada hacemos para darles la mano y sacarlos del abismo [...]. Pero, ¿cómo podríamos corregir a nuestros hermanos, nosotros, que descuidamos incluso nuestra propia vida? Entregados a las cosas de este mundo, nos vamos volviendo tanto más insensibles a las realidades del espíritu, cuanto mayor empeño ponemos en interesarnos por las cosas visibles». Nos hacen falta sacerdotes que sean hombres de interioridad, «centinelas de Dios» y pastores apasionadamente comprometidos en la evangelización del mundo, y no operadores sociales o políticos.

Lo que importa es la calidad del corazón, la fuerza de la fe y la densidad de la vida

interior de los sacerdotes. La intensidad y la constancia de la fidelidad requieren una honda interioridad espiritual y una sólida madurez humana. Mediante una auténtica vida interior y una madurez probada, el sacerdote se puede desprender de lo que es superficial y transitorio para hacerse más presente en lo esencial. La fidelidad suele exigir un largo combate.

Cuando Cristo instituyó el sacerdocio, estaba rodeado de doce apóstoles que le dieron la vuelta al mundo entero. Hoy somos más de cuatrocientos mil sacerdotes. Así que todo es posible... ¡Nunca estaremos más desbordados que los apóstoles! Lo más importante es la transformación interior de los hombres que han elegido seguir a Cristo.

No hay que temer la falta de sacerdotes, sino desear que vengan buenos y santos sacerdotes, hombres de Dios y de oración; de hecho, es peor el comportamiento de los sacerdotes infieles, siempre agitados porque no dedican tiempo a estar con Dios en la oración. San Juan de la Cruz nos exhorta a permanecer constantemente en oración y en adoración ante Dios para prevenir el activismo, sobre todo ideológico, que no produce nada consistente que nos eleve a Dios. En su *Cántico Espiritual* escribía: «Adviertan aquí los que son muy activos que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría) si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alta como esta. Cierto. Entonces harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y aun a veces nada, y aun a veces daño».

¿Son tan importantes en la Iglesia las cortinas de humo ideológicas y las fuentes de división?

Benedicto XVI solía decir que las ideologías no salvan el mundo, sino los santos y su suave y gran luz. Las ideologías embrutecen, aplastan y destruyen a los hombres, porque no están intrínsecamente orientadas en beneficio suyo. Yo, personalmente, he conocido el comunismo de Guinea, tan lleno de generosas promesas. Amparándose en excusas tramposas, condujo a la muerte a multitud de compatriotas míos. El espíritu ideológico es lo contrario al espíritu evangélico. Por eso los sacerdotes que optan por seguir o propagar ideas políticas equivocan necesariamente el camino, al sacralizar lo que no deben. La ideología está por naturaleza desconectada de la realidad y es necesariamente fuente de división, pues no puede traer consigo una adhesión duradera entre los hombres que, para bien o para mal, siempre están anclados en lo real.

Después del Concilio Vaticano II hubo quienes se empeñaron en hacer una lectura política del trabajo de los padres conciliares. Fue un gran error. Sin embargo, el fenómeno no era nuevo. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tenido que hacer frente

constantemente a las ideologías: las propias herejías han sido de naturaleza ideológica. Siempre existe un combate entre la luz y las tinieblas, un conflicto entre la Iglesia, su visión del hombre y del mundo, y las modas políticas que se diluyen. Juan Pablo II se atrevió a combatir el comunismo: los historiadores coinciden en afirmar que tuvo un papel decisivo en la caída del imperio soviético.

No me asusta decir que la Iglesia nunca dejará de enfrentarse a mentiras ideológicas. Hoy debe hacer frente a la *ideología de género*, que Juan Pablo II no dudaba en calificar «nueva ideología del mal». De hecho, el género, fruto de la reflexión de los estructuralistas americanos, es un hijo malformado del pensamiento marxista. En su último libro, *Memoria e identidad*[5], Juan Pablo II escribía: «Pienso, por ejemplo, en las fuertes presiones del Parlamento Europeo para que las uniones homosexuales sean reconocidas como una forma alternativa de familia, a la que correspondería incluso el derecho de adopción. Es lícito e incluso necesario preguntarse si no sigue operando ahí una nueva ideología del mal, quizá más sutil y encubierta, que intenta aprovechar los derechos del hombre contra el hombre y contra la familia».

La ideología de género transmite una burda mentira, ya que niega la realidad del ser humano como hombre y mujer. Los grupos de presión y los movimientos feministas la promueven violentamente y se ha transformado rápidamente en una lucha contra el orden social y sus valores. Su objetivo no se detiene solo en la deconstrucción del sujeto: su principal interés es la deconstrucción del orden social. Se trata de sembrar la duda sobre la legitimidad de las normas sociales e introducir una sospecha en cuanto al modelo de la heterosexualidad; según el *género*, hay que eliminar la civilización cristiana y construir un nuevo mundo.

Pienso en la socióloga americana Margaret Sanger, que lideró una lucha declarada para la deconstrucción moral de Occidente. La mujer –dice– tiene que ser dueña de su cuerpo y de su sexualidad. Como propietaria de sí misma, debe poder disponer y disfrutar de la libertad de su cuerpo y de sus derechos, y controlar su vida. Ha de elegir libremente ser o no madre. Por eso los hijos tienen que ser «queridos», «elegidos», «planificados». Ninguna moral religiosa, ningún dogma, ninguna tradición cultural pueden impedir a la mujer alcanzar sus objetivos. Nadie puede ponerle obstáculos o prohibirle tener acceso a la contracepción y al aborto.

De igual modo, tanto Simone de Beauvoir como Jean-Paul Sartre y el existencialismo ateo quisieron liberar al individuo de las condiciones de la existencia tal y como han sido establecidas por Dios. Para ejercer sus derechos, el individuo debe emprender la negación de lo que existe fuera de él o de lo que viene dado por la naturaleza y la revelación divina. Simone de Beauvoir, una feminista radical, afirmaba: «Mujer no se nace, se hace». Por eso, si la mujer permanece pasiva y se somete a las tradiciones, se convierte en «esposa» y «madre». Eso es lo que los teóricos de los *gender studies*

denominan el estereotipo o la construcción social represiva que hay que «deconstruir». Por el contrario, si la mujer emprende la construcción de sí misma de manera radicalmente autónoma de los otros y de Dios, se «libera»: se convierte en ella misma y vive para ella misma. De este modo puede poseerse y controlar su destino.

En diciembre de 2012, durante su último discurso con motivo de la felicitación de Navidad a la Curia romana, Benedicto XVI quiso reflexionar sobre la afirmación de Simone de Beauvoir «mujer no se nace, se hace»: «En estas palabras se expresa la base de lo que hoy se presenta, bajo el lema “gender”, como una nueva filosofía de la sexualidad. Según esta filosofía, el sexo ya no es un dato originario de la naturaleza, que el hombre debe aceptar y llenar personalmente de sentido, sino un papel social sobre el que se decide autónomamente, mientras que hasta ahora era la sociedad la que decidía. La falacia profunda de esta teoría y de la revolución antropológica que subyace en ella es evidente. Niega la propia naturaleza y decide que esta no se le ha dado como hecho preestablecido, sino que es él mismo quien se la debe crear. Según el relato bíblico de la creación, el haber sido creada por Dios como varón y mujer pertenece a la esencia de la criatura humana. Esta dualidad es esencial para el ser humano, tal como Dios la ha dado. Precisamente esta dualidad como dato originario es lo que se impugna. Ya no es válido lo que leemos en el relato de la creación: “Hombre y mujer los creó” (*Gn* 1, 27). No, lo que vale ahora es que no ha sido Él quien los creó varón o mujer, sino que hasta ahora ha sido la sociedad la que lo ha determinado, y ahora somos nosotros mismos quienes hemos de decidir sobre esto. Hombre y mujer como realidad de la creación, como naturaleza de la persona humana, ya no existen. El hombre niega su propia naturaleza. Ahora él es solo espíritu y voluntad. La manipulación de la naturaleza, que hoy deploramos por lo que se refiere al medio ambiente, se convierte aquí en la opción de fondo del hombre respecto a sí mismo».

En otro ámbito de cosas, ¿cómo hay que entender el diálogo de la Iglesia con las distintas confesiones cristianas y con las demás religiones?

Esta es una cuestión muy importante y sumamente delicada. Hoy en día se ha extendido la idea de que cualquier religión vale, y que la misión de evangelizar a todos los pueblos es un tema superado: hay que dejar que cada uno siga su religión. Por lo tanto, el hombre se salvará si sigue su propia tradición religiosa.

En su encíclica *Redemptoris missio*, Juan Pablo II, queriendo profundizar en el sentido permanente de la misión, manifestaba que, si bien la Iglesia reconoce la importancia de las demás religiones, debe considerar prioritario el anuncio de Cristo como único Salvador del mundo. La solemne introducción de esta encíclica muestra que solo una falsa comprensión de la libertad religiosa y del respeto a los pueblos puede frenar la fuerza del impulso misionero.

El libro del padre Jacques Dupuis, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*[6], y el estudio filosófico del presbiteriano John Hick, defensor de una relativización de las diversas posiciones religiosas como condición previa para todo diálogo interreligioso, llevaron a la Congregación por la Doctrina de la Fe a publicar el 6 de agosto de 2000 la declaración *Dominus Iesus*. En dicho texto la Congregación denuncia «ambigüedades y dificultades notables sobre puntos doctrinales de relevante importancia, que pueden conducir a opiniones erróneas y peligrosas. Tales puntos conciernen a la interpretación de la mediación salvífica única y universal de Cristo, la unicidad y plenitud de la revelación de Cristo, la acción salvífica universal del Espíritu Santo, la ordenación de todos los hombres a la Iglesia, el valor y el significado de la función salvífica de las religiones».

Tanto la afirmación cristológica de los Hechos de los Apóstoles, según la cual, aparte de Cristo, «no se ha dado a los hombres ningún otro nombre bajo el cielo por el que podamos ser salvados» (*Hch* 4, 12), como el Concilio Vaticano II en su declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, son claros. La Iglesia no rechaza nada de lo que hay de verdadero en las otras religiones: guarda un sincero respeto a sus maneras de actuar y de vivir, que pueden reflejar un destello de la verdad que ilumina a todos los hombres. No obstante, anuncia y tiene la obligación de anunciar a Cristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (*Jn* 14, 6), en quien los hombres deben hallar la plenitud de la vida religiosa.

Es el Espíritu el que empuja a anunciar las obras grandes de Dios. Siempre me siento en el deber de repetir el grito de san Pablo en nombre de toda la Iglesia: «Si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, pues es un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no evangelizara!» (*1 Co* 9, 16).

¿Cómo no experimentar cierta inquietud ante la tendencia negativa manifestada en el debilitamiento del impulso misionero respecto a los no cristianos? Este declive es el signo de una crisis de la fe y la consecuencia del relativismo que ha impregnado a la propia Iglesia de un modo muy profundo.

La voluntad de seguir afirmando el lugar de Cristo y de la Iglesia en el seno de la humanidad, ¿puede granjearnos los calificativos de fundamentalistas, integristas e intolerantes? En la búsqueda de la verdad creo que hay que conquistar la capacidad de reconocerse intolerante, es decir, poseer el coraje de manifestar al otro que lo que hace está mal o equivocado. A partir de ahí, podremos recibir la crítica del otro en su propia pretensión de abrirnos a la verdad. Hace poco me impactaron los argumentos del filósofo Thibaud Collin, quien exponía con firmeza durante una conferencia: «La garantía de un futuro progreso en la búsqueda personal de la verdad está en la intensidad con que se dé peso al discurso que cada uno tiene sobre lo real. Todo ello presupone que el hombre no es la medida de lo real y que, por lo tanto, tiene que recibir la verdad y el bien».

A continuación, fijándose en Juan Pablo II y en Benedicto XVI, añadía: «Los dos últimos papas, que han visto con lucidez la hondura de la crisis de la civilización posmoderna, invitan a los católicos a una audacia socrática. En efecto, Sócrates buscó toda su vida la verdad. Nunca dejó de interrogar a la gente sobre sus costumbres, de despertar en ella el deseo de la verdad y el bien. Pero, lejos de quedarse en la indeterminación, se sometió plenamente a la fuerza de la razón en él. Conviene releer su diálogo con Critón unas horas antes de morir para comprender las razones de su muerte. Fue por mantenerse hasta el último momento coherentemente fiel a lo que había recibido del dios como vocación, por lo que se negó a transigir con el pueblo ateniense y con su amigo de la infancia, que le suplicaba que escapara. En lugar de complacerse en el empleo sofístico de la razón, Sócrates es el testigo de su fresca vivificadora. Quizá por eso el cardenal Ratzinger, comentando la encíclica *Fides et ratio*, se atreve a dar este enfoque: “Yo diría que el Papa [Juan Pablo II] intenta lo que intentó también el Vaticano II: asumir la función socrática de la inquietud, el desafío de no resignarse a la debilidad de la razón, que indudablemente existe, y tratar de dar un paso más en dirección a la verdad”».

Por último, la gran fuerza del nihilismo contemporáneo procede de cierto consenso político que lo alimenta sin cesar. No hay que adaptarse a este mundo, sino dejarse transformar renovando su modo de pensar, para poder discernir la voluntad de Dios. A menudo los medios presentan como un acto de valentía el hecho de expresarse en contra del magisterio de la Iglesia. En realidad, para eso no hace falta valentía: siempre puede estar uno seguro de las ovaciones del público. Para lo que hace falta coraje es más bien para adherirse a la fe de la Iglesia, aunque se oponga al esquema del mundo contemporáneo. Siguiendo a san Pablo, Benedicto XVI llamaba a una fe «adulta». Es la fe de los cristianos que mueren cada día por Cristo en Nigeria, en Pakistán, en Oriente Medio y en todo el mundo... Es la fe espléndida de Asia Bibi, amenazada de muerte por blasfema, que lucha por su supervivencia.

En nombre de la verdad, debemos proclamar y anunciar a Jesucristo, único Salvador del mundo, a todas las naciones. Este anuncio no es en absoluto un obstáculo para el diálogo entre las distintas religiones.

La relación entre las confesiones no debe ser un escollo en la misión; al contrario: debe reforzarla. Juan Pablo II, Benedicto XVI después, y hoy Francisco, no hacen sino reafirmar la fe de la Iglesia. La misión es el diamante en bruto de la Esposa de Cristo. El Hijo de Dios es el Camino, la Verdad y la Vida: nadie puede ir a Dios sin pasar por Él. Jesús es la única puerta del cielo: no hay intolerancia ni fundamentalismo religioso en esta declaración de amor. En un comentario del salmo 85, san Agustín afirma con claridad de la Iglesia: «Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es el único salvador de su cuerpo, que ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros».

Sus reflexiones y su inquietud insisten una y otra vez en la ausencia de Dios en nuestro mundo.

Sí, insisto en ello porque el hombre solo se comprende a través de Jesucristo. En otro orden de cosas, la ausencia de Dios es consecuencia de la ausencia de la Iglesia.

Dios ha perdido su primacía entre las preocupaciones de los hombres y el hombre se antepone a Dios: en este sentido, vivimos un eclipse de Dios. En consecuencia, existen una oscuridad y una incomprensión crecientes de la verdadera naturaleza del hombre, ya que este solo se define con relación a Dios.

Ya no sabemos lo que es el hombre, porque se ha apartado de su Creador. El hombre pretende volver a crearse él mismo: rechaza las leyes de su naturaleza, que se vuelven contingentes. Esa ruptura del hombre con Dios oscurece su mirada sobre la creación. Cegado por los logros tecnológicos, su mirada desfigura el mundo: las cosas ya no poseen una verdad ontológica ni una bondad, sino que son neutras, y es el hombre quien debe darles su significado. Por eso es urgente subrayar que la salida de Dios de las sociedades contemporáneas, y en particular de las occidentales, afecta no solamente a la enseñanza de la Iglesia, sino a los fundamentos de la antropología.

¿Le han proporcionado sus viajes y sus raíces africanas un enfoque distinto del ecumenismo?

Hay que reconocer que el diálogo interreligioso y el ecumenismo se han visto reforzados muy recientemente. El Concilio Vaticano II prestó a estas cuestiones una atención especial. Por tímidos que parezcan los resultados, existe un mejor entendimiento entre las diferentes religiones. Algunas veces podemos sentirnos muy decepcionados por la utilización de la religión y de Dios para satisfacer la violencia que duerme en el hombre.

Pese a los auténticos avances que ha habido con los anglicanos, ciertos desarrollos teológicos y la decisión de proceder a la ordenación sacerdotal y episcopal de mujeres constituyen ahora un obstáculo insalvable. Esta mutación dentro del anglicanismo ha traído consigo que un número considerable de pastores reformados soliciten su admisión como sacerdotes en la Iglesia católica.

Fijémonos ahora en los ortodoxos. Sé que Benedicto XVI puso gran empeño en promover la unidad de los cristianos. Las relaciones entre los ortodoxos y los católicos están avanzando; la cuestión del primado y de la jurisdicción del Papa podría ser aceptada por los ortodoxos sin grandes dificultades en el plano doctrinal. Benedicto XVI recordaba con acierto que los ortodoxos reconocen que el obispo de Roma, el *Protos*, es el Primero: esta cuestión ya quedó determinada en el año 325 en el concilio de Nicea. Falta saber si el obispo de Roma posee funciones y misiones específicas.

Sin duda, el pontificado de Benedicto XVI ha sido demasiado breve para poder llevar

a cabo avances importantes. El 14 de marzo de 2010 tuvo un gesto histórico de gran alcance ecuménico al acudir al templo luterano de Roma, visitado también por Juan Pablo II en 1983.

¿Y cómo olvidar, por último, que el Papa polaco fue el primer sucesor de Pedro en visitar una sinagoga? En Tierra Santa, este hombre, incapaz de olvidar que tantos amigos suyos asquenazíes de Wadowice perecieron en los campos de la muerte nazis, no dudó en afirmar que los judíos son nuestros hermanos mayores en la fe. Su sucesor, Benedicto XVI, puso el acento de su ministerio petrino en la revalorización del patrimonio espiritual común de judíos y cristianos. De hecho, compartimos muchas cosas: ambas religiones rezan al Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob y tienen las mismas raíces. Para simbolizarlo, Benedicto XVI decidió plantar un olivo en la residencia de Shimon Peres, presidente del Estado de Israel. En su alocución de despedida en el aeropuerto Ben Gurion de Tel-Aviv, el Papa hizo mención de este gesto y recordó que el apóstol Pablo, en su Carta a los romanos, describió la Iglesia de los gentiles como «una rama de olivo silvestre injertada en el olivo natural que es el Pueblo de la Alianza» (*Rm* 11, 17-24). La peregrinación de Francisco a Tierra Santa ha sido un magnífico testimonio en favor de la paz.

¿Y qué hay del diálogo interreligioso?

Con el Islam no puede haber diálogo teológico, ya que las bases esenciales de la fe cristiana son muy diferentes de las de los musulmanes, que rechazan la Trinidad, la Encarnación –el hecho de que «Jesucristo ha venido en carne entre nosotros» (*1 Jn* 4, 1-10)–, la Cruz, la muerte y la Resurrección de Jesús y, en consecuencia, la Eucaristía. Pero sí se puede promover un diálogo que conduzca a una colaboración eficaz a nivel nacional e internacional, en particular en el marco de la defensa de la vida humana desde su concepción hasta su final. Las distintas autoridades del Islam, por ejemplo, rechazan con firmeza la ideología de género, al igual que la Iglesia.

En África, sin embargo, y con acentos distintos según los países –como Sudán, Kenia o Nigeria, entre otros–, las relaciones cristiano-musulmanas se han hecho recientemente muy difíciles, casi imposibles: en Sudán los musulmanes consideran esclavos a los cristianos. No obstante, mis afirmaciones precisan de ciertas matizaciones: en general, las relaciones entre cristianos y musulmanes, al menos en África occidental, siempre han sido armoniosas, amigables y de perfecta convivencia.

Por otra parte, me entristece contemplar la evolución de las relaciones entre las distintas comunidades religiosas en los países del Próximo y Medio Oriente que fueron la cuna del cristianismo. En Irak, por ejemplo, los resultados de la política occidental y americana son catastróficos para los cristianos, expulsados por los extremistas musulmanes de unas tierras que sus padres han ocupado desde tiempo inmemorial. En

los campos de refugiados sirios que he visitado en El Líbano o en Jordania es imposible no sentirse impactado por el infortunio de los cristianos condenados a una diáspora encubierta. En diciembre de 2013, durante nuestro encuentro en Beirut, escuché a los obispos sirios expresar su dolor y su temor de llegar a ver algún día a Oriente Medio privado de toda presencia cristiana. Las comunidades sufren pruebas incontables y viven un descenso demográfico tan acusado que el futuro del cristianismo se encuentra amenazado en la cuna donde nació. Según los responsables de las Iglesias de diferentes ritos, el éxodo de cristianos ha alcanzado unas proporciones alarmantes. Ante la incertidumbre que pesa sobre sus vidas por estar bautizados, por los secuestros o por el asesinato de sacerdotes, religiosos, religiosas y obispos, los cristianos ceden fácilmente a la tentación de emigrar, cuando no son brutalmente expulsados de sus casas, como en el caso de Irak después de la violenta invasión militar americana de 2003.

Me gustaría dejar reflejado aquí el clamor de un gran pastor, monseñor Basile Casmoussa, arzobispo de los sirios católicos de Mosul, quien en octubre de 2010, en el curso del Sínodo especial de los obispos para Oriente Medio, lamentaba «la acusación injusta contra los cristianos de ser unos grupos pagados o enviados por y para Occidente, que se declara “cristiano”, y de esta forma considerados como un cuerpo parásito para la nación». Y añadía a continuación: «Presentes y activos aquí mucho antes que el Islam, se sienten indeseables en su propia casa, que se va volviendo cada vez más un “Dar el-Islam” reservado. Y he aquí al cristiano oriental en un país del Islam, condenado tanto a la desaparición como al exilio. Lo que pasa hoy en Irak nos recuerda a lo que pasó en Turquía en la Primera Guerra Mundial. ¡Es alarmante!». Este sufrimiento de nuestros hermanos en la fe nos hiere el corazón y nos invita a la oración y a la comunión con las Iglesias de Oriente Medio, que son hoy en día –retomando las palabras de san Ignacio de Antioquía– «pasto de las bestias, trigo de Dios molido por los dientes de las fieras para convertirse en el pan inmaculado de Cristo». Sí, quiero decir alto y claro que algunas potencias occidentales han sido autoras, directa o simbólicamente, de un crimen contra la humanidad.

En el dicasterio que he presidido durante varios años, *Cor unum*, hemos fomentado el diálogo, en la medida de lo posible, dirigiendo nuestra ayuda a todos los hombres, sin distinción de raza o religión; las dificultades materiales, las guerras, el hambre, las sequías y los terremotos pueden afectar a cualquier ser humano, sea cristiano, musulmán, budista, animista o ateo. Yo he visto con los mismos ojos los proyectos de ayuda a los musulmanes que las peticiones de los cristianos. La Fundación Juan Pablo II para el Sahel, por ejemplo, acude mayoritariamente en ayuda de países de población fundamentalmente musulmana. Nuestro único modelo es Dios, que es Padre y cuida de todos sus hijos.

Hay que creer en el diálogo pensando siempre en el ejemplo de Dios. Nuestro Padre

nunca deja de dialogar con nosotros, de acudir a nosotros a pesar de nuestras infidelidades, tantas veces repetidas. Viene una y otra vez. Del mismo modo, pese a unas dificultades que muchas veces conllevan la cruz, nunca debemos dejar de emprender el diálogo con nuestros hermanos que confiesan otro credo. Pero sin conversión personal, sin una verdadera unión con Dios, el acercamiento a las demás religiones es algo vacío.

Nuestro proyecto de diálogo interreligioso puede implicar varios peligros. La ideología posmoderna, hoy omnipresente, es esencialmente floja, líquida, indeterminada; de ahí que acoja todas las «verdades» desvitalizadas. Por eso, nunca hay que perder de vista que el diálogo solo tiene sentido y legitimidad en razón de una relación más genuina con la verdad buscada y con el bien objetivo, es decir, la dignidad de las personas, que se manifiesta precisamente en esa búsqueda de la verdad. Sobre Dios no hay dos verdades incoherentes entre sí. Solo hay una verdad que buscar, alcanzar y proclamar: Jesucristo.

El segundo peligro es el de un sincretismo falsamente positivo, que procede precisamente de nuestra falta de fe en Dios. Si estamos sinceramente en las manos de Dios, podremos ser optimistas con relación al ecumenismo: si este no avanza lo suficiente, es porque nuestro pecado sigue siendo grande, y nuestra fe, demasiado tibia. La división de los cristianos es un gran escándalo. Hemos de ser un solo cuerpo para que el mundo pueda creer.

¿En Guinea las relaciones entre las diferentes religiones siempre han sido pacíficas?

Sí, incluso en la vida diaria contamos con una larga tradición de diálogo interreligioso. Las religiones siempre han convivido pacíficamente. Aunque los musulmanes son mayoría, respetan a los cristianos. Nos estimulamos mutuamente en la fidelidad a la oración, a la verdad y a una honda práctica religiosa; es fundamental amarse y caminar juntos a la luz de la verdad, como dice san Juan en su tercera carta a Gayo.

Es una suerte que me ha marcado mucho. A mí, personalmente, me impresiona la profundidad de las prácticas musulmanas en mi país. En cualquier lugar, cuando llega la hora de la oración, los musulmanes se detienen y rezan. Se trata de la señal más clara de que aman a un Dios que forma parte de sus vidas. El Islam de Guinea es espiritual y está vinculado a prácticas conmovedoras. No temo decir que el Islam de mi país es una religión fraterna y pacífica. Las posibilidades de conversión existen y los nuevos bautizados no tienen necesidad de ocultarse, como ocurre en otros países. En general, este enfoque religioso es el mismo en toda el África occidental.

¿Cómo definiría la naturaleza de Cor unum, el dicasterio al que consagró varios años de su vida, en su lucha contra toda miseria? ¿Y por qué habla usted tan a menudo de la estrecha relación entre Dios y los pobres?

El Evangelio no es un eslogan. Y lo mismo se puede decir de nuestra actividad dirigida a aliviar los sufrimientos de los hombres: no se trata de hablar ni de disertar, sino de trabajar humildemente y de tener un profundo respeto hacia los pobres. Recuerdo, por ejemplo, haberme rebelado al escuchar la frase publicitaria de una organización caritativa católica que no andaba lejos de insultar a los pobres: «Luchemos por la pobreza cero». Ningún santo –y solo Dios sabe cuántos santos de la caridad ha engendrado la Iglesia en dos mil años– se habría atrevido jamás a hablar así de la pobreza y de los pobres.

Tampoco Jesús tuvo esta pretensión. Ese eslogan no respeta ni el Evangelio ni a Cristo. Desde el Antiguo Testamento, Dios está con los pobres; y las Sagradas Escrituras no dejan de alabar a «los pobres de Yahvé». El pobre se siente dependiente de Dios: ese vínculo constituye el fundamento de su espiritualidad. El mundo no le ha favorecido, pero toda su esperanza, su única luz, está en Dios. La exhortación del salmo 107 es especialmente significativa: «Dad gracias al Señor por su misericordia, por sus maravillas con los hijos de Adán. Porque sació al alma sedienta, y a la hambrienta la llenó de bienes. Habitaban en tinieblas y sombras de muerte, cautivos entre miseria y cadenas [...]. Pero Dios levanta de la miseria al pobre y multiplica como un rebaño sus familias».

La pobreza es un valor bíblico confirmado por Cristo, que exclama con vehemencia: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos» (*Mt* 5, 3). Y san Pablo, igual que Jesucristo, dice: «Nuestro Señor Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (*2 Co* 8, 9).

Sí, la pobreza es un valor cristiano. El pobre es el que sabe que él solo no puede vivir. Necesita a Dios y a los demás para existir, desarrollarse y crecer. Los ricos, al contrario, no esperan nada de nadie. Pueden satisfacer sus necesidades sin recurrir ni a los demás ni a Dios. En este sentido, la riqueza puede conducir a una gran tristeza y a una auténtica soledad humana, o a una espantosa miseria espiritual. Si un hombre necesita de otro para comer y sanar, genera necesariamente una gran dilatación del corazón. Por eso los pobres están más cerca de Dios y viven entre ellos una gran solidaridad: obtienen de esta fuente divina la capacidad de permanecer atento al otro.

La Iglesia no debe combatir la pobreza, sino librar una batalla contra la miseria y, especialmente, contra la miseria material y espiritual. Es vital comprometerse para que todos los hombres tengan lo mínimo con que vivir. Desde los primeros tiempos de su historia, la Iglesia busca transformar los corazones para desplazar las fronteras de la miseria. La *Gaudium et spes* nos invita a luchar contra las miserias, no contra la pobreza: «El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo».

Hay una diferencia fundamental entre miseria y pobreza. En su mensaje anual para la Cuaresma del año 2014, Francisco distinguía la miseria moral, la miseria espiritual y la miseria material. Para el Papa, la miseria espiritual es la más grave, porque el hombre

queda apartado de su fuente natural, que es Dios. Por eso escribe que «la miseria espiritual nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor. Si consideramos que no necesitamos a Dios, que en Cristo nos tiende la mano, porque pensamos que nos bastamos a nosotros mismos, nos encaminamos por un camino de fracaso. Dios es el único que verdaderamente salva y libera». La miseria material, por su parte, conduce a una forma de vida infrahumana, origen de grandes sufrimientos. El horizonte parece no existir ya.

Pero no tenemos derecho a confundir miseria y pobreza, porque haríamos mucho daño al Evangelio. Recordemos lo que nos ha dicho Cristo: «A los pobres los tendréis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis» (*Jn* 12, 8). Quienes quieren erradicar la pobreza hacen mentir al Hijo de Dios. Caen en el error y la mentira.

El Papa ha querido desposarse con lo que san Francisco llamaba la «señora pobreza». El *Poverello* de Asís recomendaba a sus hermanos que llevaran pobres hábitos, que vivieran de su trabajo para garantizar el sostenimiento de la comunidad, que no exigieran nunca un salario como debido. Les pedía que no poseyeran bienes materiales, sino que en todas partes fueran «peregrinos y extranjeros en este mundo, sirviendo al Señor en humildad». San Francisco de Asís quiso ser pobre porque Cristo eligió la pobreza. Si llama a la pobreza virtud regia, es porque brilló con esplendor en la vida de Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, y en la de su madre, María de Nazaret. No olvidemos la magnífica exclamación del corazón de nuestro Papa cuando el 16 de marzo de 2013, en los albores de su pontificado, afirmó delante de los periodistas del mundo entero: «¡Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!».

También suelo pensar a menudo en el voto de pobreza de los religiosos: ¿sabe nuestro mundo que los hombres y las mujeres que lo pronuncian lo hacen para estar lo más cerca posible de Cristo? El Hijo quiso ser pobre con el fin de mostrarnos el mejor camino para encontrarnos con Cristo. El proyecto «pobreza cero» suprime y elimina físicamente los votos de los religiosos y de los sacerdotes. Sé que no todos los sacerdotes están obligados a hacer un voto de pobreza absoluta. Pero, contemplando a Cristo, creo firmemente que el sacerdocio está unido a la pobreza. El sacerdote es un hombre de Dios, un hombre de oración y humildad, un contemplativo que busca ayudar a sus hermanos a penetrar en el misterio del amor de Dios. Ser sacerdote es comportarse como Jesús, no tener nada, no desear nada y ser solo de Dios: «*Mihi vivere Christus est et mori lucrum*» («Para mí, el vivir es Cristo, y el morir una ganancia») (*Flp* 1, 21).

Como presidente del Pontificio Consejo *Cor unum*, consagré mis días a luchar contra la miseria, especialmente en los frentes más doloridos de la humanidad. Se trataba de un combate exigente por hacer llegar los primeros auxilios a quienes ya no tienen nada, ni comida, ni ropa, ni medicinas. En mi oración pienso a menudo en la miseria de la soledad y en quienes no reciben ninguna atención humana.

La humanidad nunca ha sido tan rica, pero alcanza cimas de miseria moral y espiritual insólitas debido a la pobreza de nuestras relaciones interpersonales y de la globalización de la indiferencia. En la lucha contra la miseria existe esa dimensión fundamental que consiste en volver a dar al hombre su vocación de hijo de Dios y la alegría de pertenecer a la familia de Dios. Si no incluimos el aspecto religioso, caemos en la filantropía o en una acción humanitaria secular que olvida el Evangelio. En esto se distingue la caridad cristiana de la acción de las organizaciones civiles: ¡la diferencia es Cristo!

El Hijo de Dios ama a los pobres: otros pretenden erradicarlos. ¡Qué utopía mentirosa, irrealista, casi tiránica! Siempre me emociona y maravilla lo que afirma la *Gaudium et spes*: «El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo».

Debemos ser precisos cuando elegimos las palabras. El lenguaje de la ONU y de sus agencias, que quieren eliminar la pobreza confundiendo con la miseria, no es el de la Iglesia de Cristo. ¡El Hijo de Dios no ha venido a hablar a los pobres con eslóganes ideológicos! La Iglesia debe desterrar los eslóganes de su lenguaje. Porque han embrutecido y destruido a los pueblos cuya conciencia intentaba seguir siendo libre.

¿No le da miedo ser incomprendido al hacer esa clase de distinción?

Cerrar los ojos es faltar a la caridad. Callar ante las palabras y los eslóganes capciosos es faltar a la caridad.

No hay por qué tener miedo a afirmar que el combate de la Iglesia por aliviar las necesidades humanas es inseparable del Evangelio. Nuestra lucha será aún más intensa. Si lee usted con detenimiento el texto latino de la *Gaudium et spes*, percibirá inmediatamente esa distinción. ¿Que me tomarán por ingenuo? Desde luego, puedo equivocarme. No siempre es fácil distinguir a un pobre de un estafador que esconde su riqueza bajo unos harapos... Pero, si me atengo a las enseñanzas de Jesús, prefiero que me roben a faltar a la caridad.

Recuerdo una anécdota que me ocurrió al principio de mi ministerio como obispo de Conakri. Una mujer de Costa de Marfil vino a verme a mi residencia para explicarme que había sido víctima de un robo. Yo tenía mucha prisa, ya que debía preparar una conferencia y estaba a punto de salir de viaje hacia Abiyán. La mujer se echó a llorar: había venido a comprar paños para llevárselos a su país y buena parte del dinero era de unas amigas, que le habían encargado otros para ellas. Si volvía sin nada, temía que sospecharan que se había quedado el dinero y se lo había gastado. Entonces le pedí al procurador del episcopado que le diera algo de dinero para que se calmara. Al día siguiente me la encontré en el aeropuerto cogiendo el mismo avión que yo. Me había asegurado que no tenía dinero: evidentemente, me había engañado. Pero, de no haber

respondido a sus lágrimas, tampoco habría respondido a la llamada de Cristo, que nos pide que ayudemos a quienes lo necesitan. Tenía la seguridad de haber obrado de acuerdo con las palabras de san Pablo: «La caridad todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta». A ella le tocaría enfrentarse a su conciencia. De hecho, discernir las intenciones ajenas no nos debe impedir vivir la caridad. En el cielo nos juzgarán en el amor, como decía san Juan de la Cruz. No olvidemos nunca las palabras del evangelio de Mateo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

En Latinoamérica la teología de la liberación quería precisamente ayudar a los más pobres de las sociedades más desiguales. ¿Comprende usted ese movimiento?

Oí hablar de la teología de la liberación cuando aún vivía en África. Empecé a leer sobre ello y me pareció interesante esa forma de centrarse en los pobres. En mi país y en muchas otras zonas de África vivimos dramas económicos semejantes a los de los países latinoamericanos. En África, sin embargo, nos inclinábamos más por una búsqueda cultural: queríamos hallar la mejor manera de enlazar nuestra herencia tradicional con el cristianismo. Aun así, la teología de la liberación no dejó de ejercer cierto encanto. Personalmente, cuando comprendí los orígenes marxistas de determinadas tesis de esta teología, me distancié de ella. En mi país veía muy claras las consecuencias de la ideología comunista. La teoría de la lucha de clases ocupaba el centro de la política de Sékou Turé. Esa visión nefasta de las realidades sociales ha sido el origen de muchas de las desgracias de Guinea. Pretender ayudar a quienes están en la miseria sin promover su libertad y su responsabilidad no hace sino acentuar las necesidades de la población. Tampoco entendía cómo la palabra lucha puede convertirse en el centro de la doctrina cristiana.

La batalla de la Iglesia reside en la conversión de los corazones. Y esta solo es posible si existe en el hombre un terreno abonado que pueda recibir la simiente de la gracia de Dios. Al final, en África la teología de la liberación ha tenido un eco limitado. Me atrevería a decir que las desviaciones de esta teología no coinciden con el alma africana.

¿Cuáles son hoy los retos de la nueva evangelización?

Ya Pablo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, dedicada a la evangelización en el mundo moderno, decidió abordar este tema tan importante. Después Juan Pablo II volvió a dar a la Iglesia el impulso necesario con un alcance muy particular. Los pueblos de Europa del Este acababan de recuperar la libertad y el Papa quiso dejar al mundo la encíclica *Redemptoris missio*, para marcar un horizonte exigente y, en concreto, hacer una llamada urgente a la conversión.

De hecho, cuando hoy día constatamos las carencias de la fe, el eclipse del significado de Dios y del hombre, la falta de un conocimiento auténtico de la doctrina de Jesucristo, la distancia que han tomado algunos países respecto de sus raíces cristianas y lo que Juan Pablo II llamaba una «apostasía silenciosa», resulta urgente pensar en una nueva evangelización. Este movimiento implica superar el mero conocimiento teórico de la Palabra de Dios: debemos redescubrir el contacto personal con Jesús.

Es importante proporcionar a las personas la oportunidad de tener experiencias íntimas de encuentro con Cristo. Sin ese de corazón a corazón, es ilusorio pensar que los hombres seguirán con constancia al Hijo de Dios.

La importancia de esta experiencia personal me trae a la memoria un apotegma de los Padres del desierto, que se me quedó grabado durante mis estudios bíblicos en Jerusalén. Está traducido del copto y se refiere a la importancia de la vida interior, imprescindible en toda vida cristiana: «Un monje se encuentra con otro y le pregunta: “¿Por qué son tantos los que dejan la vida monástica?”. Y el otro contesta: “En la vida monástica sucede como con un perro que persigue a una liebre y corre detrás de ella ladrando; otros perros, al oírle ladrar, se le unen, y corren todos juntos detrás de la liebre. Sin embargo, al cabo de un rato, los perros que corren sin ver la liebre se dicen: pero ¿adónde vamos?, ¿por qué corremos? Se cansan, se desaniman y, uno tras otro, van dejando de correr. Únicamente los perros que ven a la liebre continúan persiguiéndola hasta el final y la acaban cazando”». Conclusión de la historia: solo quienes tienen los ojos puestos en la persona de Cristo en la Cruz perseveran hasta el final...

Muchas circunstancias y muchos motivos profundos, o bien nuestro propio entorno, pueden arrastrarnos a seguir a Jesús. Y luego llega el momento de la madurez, donde lo único que nos guía es la experiencia personal de Cristo. Este encuentro personal es decisivo para el resto de nuestra vida. San Pablo vivió ese momento camino de Damasco y san Agustín debajo de una higuera en Casiciaco. Por eso el primero podía decir: «Para mí, el vivir es Cristo» (*Flp* 1, 21); y añadía: «Vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Ga* 2, 20).

El Evangelio no es un camino teórico: no debe convertirse en una especie de escuela reservada a las élites. La Iglesia es un camino palpable hacia el Resucitado.

Sin esta unión con Cristo, no desaparecerá el foso que separa su Palabra de los pueblos, especialmente en los países occidentales. Las nuevas leyes parten de fundamentos antropológicos contrarios a la enseñanza de Jesús: son la manifestación concreta de las candentes fisuras que hoy día apartan a los hombres de Cristo.

Creo que una poderosa influencia económica, técnica y mediática de un Occidente sin Dios puede ser un desastre para el mundo. Si Occidente no se convierte a Cristo, quizá acabe paganizando al mundo entero: la filosofía del descreimiento busca

febrilmente adeptos en nuevas zonas del globo. En este sentido, nos enfrentamos a un ateísmo cada vez más proselitista. La cultura paganzada quiere a toda costa extender el territorio de su lucha contra Dios. Para estructurar su resurgimiento, los viejos países de antigua tradición cristiana necesitan recuperar el camino de la nueva evangelización.

Cuando pienso en los misioneros espiritanos de mi infancia, no me cabe duda de que eran hombres que lo habían dado todo. No les bastaba con el mero conocimiento intelectual de Cristo. Se habían abandonado plenamente en las manos de Dios y se consideraban simples instrumentos ineptos e incapaces de su Hijo. Estaban convencidos de que la evangelización es esencialmente obra de Dios.

El Padre actúa y quiere comprometernos, de modo que nuestras actividades, nuestros afanes y nuestras fatigas misioneras sean, por así decirlo, teándricas, hechas por Dios, con nuestro compromiso y la plena implicación de nuestro ser.

En realidad, cuando nos comprometemos en la nueva evangelización se trata siempre de una cooperación con Dios. Eso es lo que dice san Pablo: «Dios es quien obra en vosotros el querer y el actuar conforme a su beneplácito» (*Flp 2, 13*). La evangelización depende de nuestra voluntad y de nuestra capacidad de permanecer junto a Dios, ofreciendo generosamente nuestra humilde colaboración. Se fundamenta en la oración y en la presencia real de Dios en nosotros: «Es el Señor quien extiende por toda la faz de la tierra su Evangelio para que todos los creyentes, cada uno en la medida de sus capacidades, puedan beber de él», afirma san Agustín en sus *Confesiones*.

Benedicto XVI establecía una estrecha relación entre el amor y la fe en toda obra misionera. En la apertura de la asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización, comentando el himno de la hora Tercia, une la «*confessio*» a la «*caritas*». La «*confessio*» compromete nuestro ser, nuestro corazón, nuestra boca y nuestra inteligencia. Pero no se trata de algo puramente abstracto e intelectual. Por eso afirmaba: «San Bernardo de Claraval nos dijo que Dios, en su revelación, en la historia de salvación, dio a nuestros sentidos la posibilidad de ver, de tocar, de gustar la revelación. Dios ya no es algo solo espiritual: ha entrado en el mundo de los sentidos y nuestros sentidos deben estar llenos de este gusto, de esta belleza de la Palabra de Dios, que es realidad. “*Vigor*”: es la fuerza vital de nuestro ser y también el vigor jurídico de una realidad. Con toda nuestra vitalidad y fuerza, debemos ser penetrados por la “*confessio*”, que debe realmente “*personare*”; la melodía de Dios debe entonar nuestro ser en su totalidad». Así pues, «*confessio*» y «*caritas*» constituyen los dos pilares de la nueva evangelización.

En las circunstancias actuales, hay una pregunta que nos quema en los labios: ¿cómo hacer redescubrir la fe? San Juan, con toda su fuerza, proclama solemnemente: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, os lo anunciamos» (*1 Jn 1, 1*). No podemos hablar de Cristo con conceptos

intelectuales: hace falta una experiencia espiritual y «física» a la vez. Naturalmente, la catequesis de los niños o la teología en el caso de los seminaristas constituyen períodos de aprendizaje esenciales. De ahí que, para preparar la nueva evangelización, Juan Pablo II decidiera redactar un *Catecismo de la Iglesia Católica*, cuya dirección confió a Joseph Ratzinger. En este texto se halla toda la doctrina de la Iglesia. Y tenemos la obligación imperiosa, dice san Atanasio, de estudiar «la misma tradición antigua, la doctrina y la fe de la Iglesia católica, aquella que el Señor nos ha enseñado, fue predicada por los Apóstoles y conservada por los Padres. Efectivamente, en ella tiene su fundamento la Iglesia; y si alguno se aleja de esa doctrina, ni es ni deberá ser llamado cristiano». Pero la consolidación de la fe pasa en primer lugar por el corazón, el encuentro y la experiencia personales cerca de Jesús. Todos los días hemos de volver a elegir a Cristo como nuestro guía, nuestra luz y nuestra esperanza. El bautismo exige una especie de actualización diaria. Conviene recordar que el combate espiritual es ante todo una guerra contra el mal que hay en nosotros.

Creo que en esta lucha los obispos tienen un papel predominante: coincido totalmente con el papa Francisco cuando pide a los sucesores de los apóstoles que estén en el frente permanente de la evangelización. El Santo Padre considera con razón que, en determinados temas, Roma no debe reemplazar a los obispos. Estos tienen siempre una triple responsabilidad en la puesta en práctica de la nueva evangelización: santificar, gobernar y enseñar. Hubo un tiempo, por ejemplo, en que los medios de comunicación eran muy lentos; Roma estaba muy lejos y los obispos tenían que ir por delante sin miedo, corriendo sus propios riesgos. No olvidemos que, en una época en que el martirio rozaba el día a día de los cristianos, san Pablo pedía a Timoteo que exhortara a tiempo y a destiempo. Pensemos también en san Agustín, que enseñaba todos los días.

¡Bien sabe Dios que Francisco tiene razón en denunciar a los obispos de aeropuerto! Las congregaciones misioneras deberían pensar también en los riesgos a los que exponen a sus jóvenes miembros haciéndoles volar como mariposas de país en país. Estos jóvenes podrían acostumbrarse a la superficialidad y al turismo, desprovistos de raíces, incapaces de unirse de verdad a ninguna comunidad cristiana. Acumulan experiencias, pero no podrán ser pastores de ningún rebaño.

Da la impresión de ser usted muy crítico e incluso un poco duro ante la evolución de la vieja Europa cristiana...

Soy consciente de que el mundo occidental está entreverado de aspiraciones que no son del todo negativas. Jamás me atrevería a desautorizar a Juan Pablo II cuando buscaba motivos y fundamentos de esperanza en este mundo nuestro. Estoy convencido, como Benedicto XVI, de que una de las tareas más importantes de la Iglesia es hacer que Occidente redescubra el rostro resplandeciente de Jesús. Europa no debe olvidar que su

cultura está enteramente marcada por el cristianismo y por el perfume del Evangelio. Si el Viejo Continente se desgaja definitivamente de sus raíces, me temo que se desatará una importante crisis de toda la humanidad, cuyas primicias observo de tarde en tarde. ¿Quién no lamenta las leyes del aborto y la eutanasia, o las nuevas leyes sobre el matrimonio y la familia?

Nunca olvido que, si mi familia y yo recibimos el conocimiento de Cristo, fue gracias a misioneros franceses. Mis padres y yo creímos gracias a Europa. Mi abuela recibió el bautismo de un sacerdote francés antes de dejar este mundo. Puede que yo no hubiera salido jamás de mi poblado si los espiritanos no hubiesen hablado de Cristo a sus humildes habitantes. A los africanos nos cuesta comprender que los europeos ya no crean en lo que nos dieron con tanta alegría en condiciones extremas. Déjeme que insista: es posible que, sin los misioneros franceses, nunca hubiese conocido a Dios. ¿Cómo olvidar esa herencia sublime que los occidentales, desgraciadamente, dan la impresión de querer sepultar bajo el polvo?

No soy el único que critica a Occidente. Alexander Solzhenitsyn tuvo palabras muy duras contra quienes han pervertido el significado de la libertad e instituido la mentira como regla de vida. En 1980, en su libro *El error de Occidente*^[7], escribía: «El mundo occidental llega a un momento decisivo. En los próximos años se va a jugar la existencia de la civilización creada por él. Creo que no es consciente de ello. El tiempo ha erosionado su noción de libertad. Se han quedado con el nombre y fabricado una nueva noción. Han olvidado el significado de la libertad. Cuando Europa la conquistó en torno al siglo XVIII, era una noción sagrada. La libertad desembocaba en la virtud y el heroísmo. Y lo han olvidado. Esa libertad, que para nosotros sigue siendo una llama que ilumina nuestra noche, se ha convertido para ustedes en una realidad mustia y a veces decepcionante, porque está llena de olopeles, de abundancia y de vacío. Ya no son capaces de sacrificarse ni de comprometerse por ese fantasma de la antigua libertad [...]. En el fondo, piensan que la libertad se adquiere de una vez por todas y por eso se permiten el lujo de menospreciarla. Están librando una terrible batalla y actúan como si se tratara de un partido de ping-pong». Bien puede hablar así este hombre, que conoció la represión de los gulags de la ex URSS. Sabe por experiencia en qué consiste la verdadera libertad.

Hoy en Europa existen poderes financieros y mediáticos que intentan impedir que los católicos hagan uso de su libertad. En Francia la «*Manif pour tous*» es un ejemplo de las iniciativas necesarias. Fue una manifestación del genio del cristianismo.

La Iglesia siempre se está reformando: Ecclesia semper reformanda, dice la sentencia. Pero, ¿qué debemos entender por reforma? ¿Se trata necesariamente de un avance o más bien de una esperanza?

La reforma es una necesidad permanente. Somos la Iglesia una, santa, católica y apostólica. San Pablo llamaba «los santos» a todos los bautizados. Si leemos despacio el Evangelio, nos damos cuenta de que hay una frase sobre la que se vuelve constantemente: «¡Convertíos y creed en el Evangelio!». Es también la primera llamada de Jesús en el evangelio de Marcos. La reforma es ese trabajo interior que todos debemos llevar a cabo, en el plano personal y eclesial, para responder cada día mejor a lo que Cristo espera de nosotros. No se trata solamente de reorganizar las estructuras: las organizaciones pueden ser perfectas, pero, si las personas que las hacen funcionar no son buenas, el trabajo será vano e ilusorio. Todos debemos caminar en sintonía con Cristo. La Iglesia se reforma cuando los bautizados avanzan más decididos hacia la santidad, dejándose re-crear a imagen de Dios por el poder del Espíritu Santo. Solo el contagio de la santidad puede transformar a la Iglesia desde dentro. Desde los primeros tiempos del cristianismo ha habido siempre una llamada a la reforma, entendida como una mayor cercanía con Dios. La reforma es un modo de corresponder mejor al absoluto de la vocación cristiana. Es Cristo quien nos da los medios para esta reforma a través de su Palabra y de la oración, que representa el núcleo duro de toda regeneración: el Evangelio nos da la vida y la gracia de Dios. Los sacramentos son medios de sanación, de reforma y de renovación constantes.

Nunca han sido tan intensas la nostalgia y la búsqueda de Dios, porque nuestro mundo atraviesa un crisis moral sin precedentes. Al mismo tiempo, las fuerzas que quieren hacer resurgir a Dios son tan potentes que a la Iglesia le cuesta dar respuesta a la búsqueda de los hombres. El gran reto reside en esa sed inextinguible del más allá.

Pienso a menudo en los griegos llegados a Jerusalén que le decían a Felipe: «Queremos ver a Jesús». En realidad, el mundo no ha cambiado: nuestros contemporáneos siguen esperando cristianos que les muestren a Cristo. También los bautizados deben vivir gozosamente de su fe. Los peores momentos de la Iglesia son precisamente las épocas en que los cristianos viven contrariando los principios del Evangelio. No creo faltar a la verdad si digo que hoy en día tanto el clero como los laicos tienen una ardiente necesidad de conversión. Sé que hay muchos que no viven el mensaje evangélico. Por eso la reforma más ambiciosa es la que lleva a la Iglesia a estar más implacablemente decidida en su camino hacia la santidad y en su anuncio de la Buena Nueva. Las súplicas del mundo para superar los falsos valores materialistas e ideológicos, por débiles que sean, son oportunidades que la Iglesia no puede dejar pasar. A través de ellas los hombres vuelven su mirada hacia Dios. En este mundo ajetreteado donde no existe tiempo ni para la familia ni para uno mismo, y menos para Dios, la auténtica reforma consiste en redescubrir el sentido de la oración, el sentido del silencio, el sentido de la eternidad.

La oración es la necesidad más importante del mundo actual, el instrumento para

reformular el mundo. En un siglo que ya no reza, el tiempo queda como suprimido y la vida se transforma en una carrera desenfrenada. Por eso la oración proporciona al hombre la medida de sí mismo y de lo invisible. Me gustaría que no olvidáramos el camino que decidió tomar Benedicto XVI para la Iglesia el día de su renuncia a la sede de Pedro. Eligió un camino exclusivamente dedicado a la oración, a la contemplación y a la escucha de Dios. Es el camino más importante, porque sigue la dirección de la gloria de Dios. El proyecto de Francisco de reformar la Curia romana consiste, en definitiva, en volver a situarla cara a Dios.

Ya que lo menciona: ¿cómo definiría lo que quiere Francisco para el gobierno de la Iglesia?

El marco institucional de toda reforma interior es fundamental. Si las estructuras se convierten en obstáculos para la evangelización y la misión de la Iglesia, no hay que mirar para otro lado: creo que ese es el núcleo de la reforma de gobierno valerosamente emprendida por Francisco. Era evidente que determinados aspectos de la vida de la Curia romana debían ser objeto de una auténtica reflexión.

Abordamos por extenso estas cuestiones durante los debates que, en marzo de 2013, precedieron a la entrada en el cónclave. Personalmente, creo que habría que subrayar que los miembros de la Curia no son altos funcionarios: se trata de laicos, sacerdotes, obispos y cardenales que no deben olvidar su vocación. Hoy la difícil tarea del Papa consiste en sanear las estructuras. Pero el Santo Padre desea ante todo volver a dotar a quienes trabajan a su lado de una mayor dinámica interior. Por eso quiso que en la Cuaresma de 2014 la Curia realizara un largo retiro espiritual fuera de Roma, alejada de sus actividades diarias.

A otro nivel, creo que la reforma proyectada concierne a nuestra relación con el poder, el dinero y la riqueza. En este aspecto hay una gran tarea que va más allá de la propia Curia romana: desgraciadamente, el problema del carrerismo, esa búsqueda desenfrenada de poder, de privilegios, de honores, de reconocimiento social y de poder político y financiero afecta a toda la Iglesia. Solo una auténtica conversión permitirá superar esos defectos, que no son nuevos.

Dentro de la Iglesia, el verdadero poder es esencialmente un servicio humilde y alegre tras los pasos de Cristo, que «no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención por muchos» (Mt 20, 28). Si ignoramos la pobreza de Cristo, olvidando que no podemos servir a dos señores, a Dios y al becerro de oro, no hay reforma posible. Una vez más, la única solución reside en la oración, para que los pastores se vuelvan a situar de cara a Cristo y a su vocación: en ese sentido, no debemos dejar que un lánguido hastío se pose sobre las promesas de nuestra ordenación sacerdotal o de nuestra profesión religiosa.

Desde los orígenes de la Iglesia, la oración ha ido muchas veces unida al ayuno: en la búsqueda de Dios en la oración debe estar totalmente implicado nuestro cuerpo. Sería una falacia conceder a Dios el primer lugar en nuestra vida si nuestro cuerpo no se implica también en ello. Si no somos capaces de negar a nuestro cuerpo por amor a Dios no solamente el alimento, sino ciertos placeres y necesidades biológicas fundamentales, nos faltará disposición interior. Por eso, desde los inicios de la tradición cristiana, la castidad, la virginidad, el celibato consagrado y el ayuno se han convertido en expresiones indispensables del primado de Dios y de la fe en Él.

En cuanto al cuerpo y a la sexualidad, no puedo olvidar que algunos miembros del clero han sido acusados a nivel mundial de verdaderos crímenes. La Santa Sede ha sido objeto de campañas de prensa de una violencia inaudita, como si viejos enemigos, siempre dispuestos a matar, intentaran sacar partido de una situación de extrema debilidad. Aun así, soy perfectamente consciente de los abominables actos cometidos por sacerdotes.

La renuncia a la sexualidad forma parte de las promesas del sacerdote, salvo en las Iglesias orientales, donde se permite la ordenación de hombres casados, pese a que al parecer la tradición más antigua aceptaba la abstinencia como una regla. Por eso se comprende que la reforma comprometa a todo el hombre, incluida su corporeidad. Los espiritanos que yo conocí poseían un auténtico dominio de su cuerpo, fruto de una sólida formación y de un contacto real con Dios, que llenaba su corazón.

Cuando pienso en mis años de seminario, recuerdo un buen número de normas que nos ayudaban a controlar nuestros instintos. Estaba terminantemente prohibido comer entre horas, por ejemplo. Los superiores consideraban que el que no podía respetar esta estricta regla no tenía vocación: lo cierto es que no era capaz de dominar una de sus necesidades naturales. Esta disciplina del cuerpo era esencial durante el discernimiento de los futuros sacerdotes. Tampoco he olvidado la prohibición de quedarse en el dormitorio común fuera de las horas previstas por el reglamento. Todo nuestro día estaba pensado en función de una disciplina del espíritu y del cuerpo. Esta ascesis se comprendía como un camino de santificación y de imitación de Jesús.

Todos los seminaristas deseaban progresar en la santidad. Estaban obligados a tener un director espiritual, que pudiera ayudarles en cualquier momento a afrontar una situación de crisis. En la vida somos como una de esas lianas de los bosques. En África una liana es un tallo flexible incapaz de erguirse solo. Por eso se desliza a ras de suelo hasta que encuentra un árbol robusto. Entonces se aferra a ese soporte y trepa hasta la cima. Porque también ella quiere ver el sol. Lo mismo nos ocurre a nosotros. Si no encontramos un árbol sólido cuyas raíces se nutran de Dios y nos suba hacia el Cielo, no hay posibilidad alguna de que veamos la luz. Recordemos el proverbio mooré: «La liana del desierto, que no encuentra árbol en el que enroscarse, se enrosca en Dios».

En el desierto y en ciertos momentos de nuestra vida solo podemos contar con Dios.

Sé, naturalmente, que siempre puede haber un lobo que se cuele en el redil. Durante mi formación tuve la suerte de aprender de profesores y sacerdotes que nos transformaban con su ejemplo y nos guiaban todos los días hacia Dios.

Una de las razones de la crisis moral halla sin duda su origen en la revolución sexual hedonista de los años 70. Ante esta «liberación» de los cuerpos orientada a los impulsos, ante el rechazo a toda traba y la erotización de sectores enteros de la sociedad, la Iglesia no ha hecho el esfuerzo de formar a sus ministros en mayor profundidad. El inicio de la reforma debe centrarse en las escuelas católicas y los seminarios.

Sé que lo que digo es duro: no quiero herir y mucho menos juzgar a nadie, pero ¿cómo negar la urgencia de la reforma que quiere Francisco?

[2] Ratzinger, Joseph, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985.

[3] Ratzinger, Joseph, *El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2007.

[4] *Ibíd.*

[5] Juan Pablo II, *Memoria e identidad*, La esfera de los libros, Madrid 2005.

[6] Dupuis, Jacques, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Sal Terrae, Santander 2001.

[7] Solzhenitsyn, Alexander, *L'Erreur de l'Occident*, Grasset, París 1980.

5. LAS PIEDRAS ANGULARES Y LOS FALSOS VALORES

«Fuerte como la muerte es el amor,
tenaz como el averno, la pasión.
Sus ascuas son ascuas de fuego.
Los océanos no serían capaces
de extinguir el amor».

Cantar de los Cantares

NICOLAS DIAT: ¿Cómo hay que entender la auténtica relación entre cristianismo y moral? Benedicto XVI pensaba que no hay que confundir ambos, a riesgo de deformar sus naturalezas. ¿Suscribe usted ese análisis?

CARDENAL ROBERT SARAH: Sí, en *Deus caritas est* Benedicto XVI escribe que en el origen del hecho de ser cristiano no hay una decisión ética ni una idea filosófica o moral, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona. Ese hombre que viene a nosotros, Cristo, da a la vida un nuevo horizonte y, por lo tanto, una orientación decisiva.

Benedicto XVI retomaba así una idea del teólogo Romano Guardini, para quien el cristianismo no es producto de una experiencia intelectual, sino un acontecimiento que viene a mi encuentro desde fuera. El cristianismo es la irrupción de Alguien en mi vida. Ese movimiento implica también la historicidad del cristianismo, que reposa sobre unos hechos y no sobre una percepción de lo profundo de mi propio mundo interior.

Tomando como ejemplo los misterios de la Encarnación y la Trinidad, Romano Guardini escribe con acierto que a las tres personas divinas no las descubrimos recurriendo a nuestra inteligencia.

«Vemos –dice san Juan Crisóstomo en sus *Homilías sobre san Mateo*– que Jesús ha salido de nosotros y de nuestra sustancia humana, y que ha nacido de Madre virgen: pero no entendemos cómo puede haberse realizado ese prodigio. No nos cansemos intentando descubrirlo: aceptemos más bien con humildad lo que Dios nos ha revelado, sin escudriñar con curiosidad en lo que Dios nos tiene escondido».

Para muchas culturas, el cristianismo es escándalo y necesidad: «Porque los judíos piden signos, los griegos buscan sabiduría; nosotros, en cambio, predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles» (*I Co* 1, 22-23). Esta frase del apóstol Pablo demuestra hasta qué punto nuestra religión va ligada a una persona que viene a nosotros para llamar a nuestro corazón y darle una nueva orientación, transformando toda nuestra percepción del mundo.

Aunque el cristianismo no se reduce a una moral, tiene sin embargo consecuencias morales: el amor y la fe dan a la vida del hombre una orientación, una profundidad y una amplitud nuevas. El hombre abandona las tinieblas de su vida pasada. La luz, Cristo, ilumina su vida. Vive la vida de Cristo. Ya solo puede caminar junto a Jesús, luz, verdad y vida. Después de su encuentro con Jesús, el verdadero cristiano cambia de conducta.

De igual modo, una sociedad impregnada del espíritu cristiano avanza con una ambición nueva, que no se puede comparar con ningún precepto de una sociedad pagana. En este sentido, me gusta mucho la Carta a Diogneto: «Los cristianos [...] viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes porque siguen fielmente a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida».

Sí, el cristianismo se resume en una persona que viene a revelarse y a ofrecer su amor: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (*Jn* 3, 16). No se trata de «moralismo», sino de «moral». ¿No es el primer precepto moral el amor a Dios y al prójimo? La plenitud de la Ley, dice san Pablo, es el amor (*Rm* 13, 10).

El amor constituye el ser mismo de Dios: «Ves la Trinidad si ves el amor», escribió san Agustín. Si le descubrimos, nuestro comportamiento respecto al bien y al mal será distinto. En algunas épocas de la Iglesia ha habido una especie de obsesión higienista con la cuestiones morales. Esta deriva no podía producir buenos frutos, pues ensombrecía el verdadero carácter de la Revelación, irrupción radical de Dios.

En ocasiones, algunos clérigos han promovido un moralismo estrecho que ha aislado a la Iglesia. ¿Cuántos fieles se han sentido incomprendidos y a veces incluso rechazados? Cuando Cristo entra en una vida, la desestabiliza, la transforma de arriba abajo. Le da una orientación y unas referencias éticas nuevas; el bautismo es una ruptura en forma de alianza, ¡no un pacto moral! La auténtica conducta moral es reflejo de Aquel a quien he acogido en mi corazón y que se define por su amor, su perfección, su santidad y su bondad.

Con razón el papa Francisco se niega a ceder un espacio desmesurado a las cuestiones morales, sin por ello minimizarlas. Considera que el encuentro más importante es con Cristo y con su Evangelio: el Santo Padre obra como Benedicto XVI, que deseaba distinguir la moral de la esencia del cristianismo. En febrero de 2000, durante su visita al monasterio de Santa Catalina del Sinaí, el mismo Juan Pablo II explicaba que el camino señalado por la Ley divina no es un reglamento de la policía moral, sino el pensamiento de Dios. La Ley de Dios promulgada por Moisés encierra los grandes principios, las condiciones imperiosas de la supervivencia espiritual de los hombres. Todas las prohibiciones que contiene son una protección que impide al hombre caer por el precipicio del mal y el abismo del pecado y de la muerte.

Una vida iluminada por el amor de Dios no necesita refugiarse tras barreras moralizadoras, que suelen ser la expresión de miedos inconfesados. La moral es fundamentalmente una consecuencia de la fe cristiana.

¿Cómo puede superar la Iglesia las montañas de incompreensión que suscitó la encíclica de Pablo VI *Humanae vitae*, publicada en 1968? ¿Es salvable aún la oposición entre la moral cristiana y los valores dominantes de las sociedades occidentales?

Conviene situar este antagonismo en el contexto de la secularización y de la descristianización: el alejamiento de sectores enteros de la sociedad moderna respecto de la enseñanza moral de la Iglesia corre parejo al desconocimiento y el rechazo de su doctrina o de su herencia cultural. Existe un todo complejo que hay que tener en cuenta, una indiferencia hacia Dios que va más allá de una simple cuestión de reglas morales. Creo que los sacerdotes y los obispos deben derrochar pedagogía, evitando refugiarse en exposiciones dogmáticas demasiado eruditas, para hacer comprender que las cuestiones de moral sexual no resumen el mensaje de la Iglesia: hoy el modelo de Francisco les puede ser de mucha ayuda.

No obstante, la Iglesia debe permanecer vigilante ante el desorden de los valores, que trae consigo la confusión entre el bien y el mal: en nuestras sociedades relativistas, el bien pasa a ser lo que agrada y conviene al individuo. A partir de ahí, la enseñanza moral de la Iglesia, mal comprendida o mal interpretada, se rechaza como la emanación de un falso bien. Los medios suelen contribuir a desacreditar voluntariamente la postura de la Iglesia, a tergiversarla o a silenciarla. El discurso dominante no deja nunca de ofrecer la idea de una Iglesia retrógrada y medieval –¡cuánta ignorancia sobre la Edad Media!–, que se niega a adaptarse a la evolución del mundo, hostil a los descubrimientos científicos y aferrada a viejos ideales. Frente a estos torrentes de lodo, hay que actuar con firmeza y lucidez, no dar muestra de ingenuidad, ser irreprochable, rezar y vivir en unión con Dios. Los ataques pasarán si son injustos.

¿Cómo no agradecer a Pablo VI el coraje que demostró con su encíclica *Humanae vitae*? Fue un texto profético, que desarrolló una moral capaz de defender la vida. A pesar de las numerosas presiones, nacidas incluso dentro de la Iglesia, el Papa veía perfilarse el funesto horizonte de lo que Juan Pablo II llamó «la cultura de la muerte». Imposible olvidar las violentas críticas que recibió al negarse a renunciar a los principios elementales de la vida. Después de él, Juan Pablo II se prodigó en una enseñanza muy rica sobre el cuerpo humano y la sexualidad. Pese al respeto que se le profesaba, sobre todo después de sus decisivas intervenciones para liberar a los pueblos de Europa del Este del yugo de la dictadura comunista, ¿cuántas acerbias críticas no se alzaron en contra de su visión de la moral? Pero él comprendió que la Iglesia no podía claudicar.

Con su firmeza obedecía a Jesús, que dijo a Pedro: «Y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32).

Creo que la historia dará la razón a la Iglesia, porque defender la vida es defender a la humanidad. Hay hoy en día tantas organizaciones y tantos grupos que creen en la liberación de la mujer para que pueda ser dueña de su cuerpo y de su destino... En realidad, en muchas ocasiones el cuerpo de la mujer se explota y se utiliza, a menudo con fines comerciales y publicitarios, hasta convertirse en una simple mercancía y en un objeto de placer. En una sociedad hipererotizada que pretende hacer creer que el hombre solo se realiza del todo a través de una «sexualidad plena», creo que la dignidad de la mujer vive importantes retrocesos. Occidente es el continente que más vergonzosamente humilla y desprecia a la mujer, desnudándola públicamente y utilizándola para fines comerciales hedonistas.

No obstante, hay que alegrarse de que muchas mujeres puedan acceder a la educación superior. Por otra parte, en Europa el derecho al voto se le ha concedido demasiado tarde. Es importante también que la mujer pueda ejercer un trabajo compatible con la maternidad.

Occidente se engaña al creer que el liberalismo moral permite un progreso de la civilización. ¿Quién puede pretender que el libre acceso a la pornografía a través de los nuevos medios de comunicación, cuya abyecta visión de la sexualidad –santa en sí misma– se difunde por toda la sociedad, incluso entre los más jóvenes, sea un ejemplo del avance del mundo? ¿Cómo comprender que las grandes agencias de la ONU, que afirman luchar por los derechos del hombre, no combatan con firmeza la poderosa industria del sexo europea y americana? Todas estas tinieblas son la expresión de un mundo que vive alejado de Cristo. Sin el Hijo de Dios, el hombre se pierde y la humanidad deja de tener futuro.

Hoy la Iglesia debe luchar contracorriente, con coraje y esperanza, sin temor a alzar la voz para denunciar a los hipócritas, los manipuladores y los falsos profetas. A lo largo de dos mil años, la Iglesia se ha enfrentado a muchos vientos contrarios, pero al final de los caminos más áridos ha logrado siempre la victoria.

¿Cree usted que el mundo se deja hipnotizar por el modelo occidental?

Puede sonar extraño, pero creo que hoy en día el colonialismo occidental pervive en África y en Asia con una fuerza y una perversión aún mayores, mediante la imposición violenta de una falsa moral y de valores engañosos. No niego que la civilización europea haya aportado grandes beneficios, sobre todo con sus misioneros, que han sido muchas veces grandes santos. Ha difundido por todas partes la palabra de los Evangelios, junto con preciosas manifestaciones culturales modeladas por el cristianismo.

Tenía razón Benedicto XVI al subrayar en su última felicitación a la Curia que «la

identidad europea se manifiesta en el matrimonio y la familia. El matrimonio monógamo, como estructura fundamental de la relación entre hombre y mujer y, al mismo tiempo, como célula en la formación de la comunidad estatal, se ha forjado a partir de la fe bíblica». En contra de esto, se dan repetidas tentativas de implantar una nueva cultura que niega la herencia cristiana.

En cuanto a mi continente de origen, quiero denunciar alto y claro una voluntad de imponer falsos valores, empleando argumentos políticos y económicos. En algunos países africanos se han creado ministerios centrados en la teoría de género, a cambio de ayudas económicas. Determinados gobiernos africanos, afortunadamente minoritarios, han cedido a las presiones en defensa del acceso universal a los derechos sexuales y reproductivos. Con inmenso dolor constatamos que la salud reproductiva se ha convertido en una «norma» política mundial, que contiene lo que de más perverso puede ofrecer Occidente al resto del mundo, que busca el desarrollo integral. ¿Cómo es posible que los jefes de los Estados occidentales ejerzan semejante presión sobre sus homólogos de unos países que suelen ser frágiles? La ideología de género se ha convertido en condición perversa para la cooperación y el desarrollo.

En Occidente, las personas homosexuales exigen que su vida en común se reconozca jurídicamente para asimilarla al matrimonio; haciéndose eco de sus reivindicaciones, hay organizaciones que ejercen fuertes presiones para que ese modelo sea reconocido también por los gobiernos africanos en nombre del respeto a los derechos humanos. En este caso concreto, creo que nos alejamos de la historia moral de la humanidad. En otros casos, he podido constatar la existencia de programas internacionales que imponen el aborto y la esterilización de las mujeres.

Estas políticas resultan aún más repugnantes si se tiene en cuenta que la gran mayoría de poblaciones africanas se encuentran indefensas, a merced de ideólogos occidentales fanáticos. Los pobres piden un poco de ayuda y hay hombres tan crueles como para envenenar su espíritu. África y Asia tienen el deber de proteger sus propios valores y su cultura. Las agencias internacionales no tienen ningún derecho a practicar este nuevo colonialismo maltusiano y brutal. Por ignorancia o con su complicidad, los gobiernos africanos serán culpables de dejar que practiquen la eutanasia a su población. La humanidad sufrirá una gran pérdida si estos continentes acaban cayendo en el gran magma indiferenciado del mundialismo, orientado a un ideal inhumano que es en realidad una repugnante barbarie oligárquica.

La Santa Sede tiene que asumir su papel. No podemos aceptar la propaganda ni los grupos de presión LGBT: lesbianas, gais, bisexuales y transexuales. El proceso es aún más inquietante dada su rapidez y su carácter reciente. ¿Por qué esa enloquecida voluntad de imponer la teoría de género? ¿Va a convertirse en el nuevo eldorado del mundo una visión antropológica desconocida hace algunos años, fruto del peregrino

pensamiento de sociólogos y escritores como Michel Foucault? No cabe cruzarse de brazos ante semejante superchería, inmoral y demoniaca.

Hace bien el papa Francisco en criticar la actividad del demonio, que trabaja para socavar los fundamentos de la civilización cristiana. Detrás de la nueva visión prometeica de África o Asia está la señal del diablo.

Los primeros enemigos de las personas homosexuales son los grupos de presión LGBT. Es un grave error reducir al individuo a sus comportamientos, principalmente sexuales. La naturaleza siempre acaba vengándose.

¿Le parece que sigue siendo actual la lucha de Juan Pablo II contra esa «cultura de la muerte»?

A principios de los años 90, el Papa, viendo cómo los pueblos de Europa del Este se iban adentrando en la opresión del materialismo y del relativismo moral, más solapada aún que la ideología soviética, entabló un combate decisivo. Juan Pablo II comprendió que los nuevos ataques a la vida se estaban convirtiendo en un auténtico sistema social, en una creciente esclavitud. Creo que la ideología malthusiana sigue teniendo la misma fuerza: sus ideas perviven y su acción programada consiste en promover políticas antinatalistas en muchos países pobres. Por otra parte, las estadísticas internacionales sobre el aborto son estremecedoras. A nivel mundial, cerca de un embarazo de cada cuatro se interrumpió voluntariamente en 2014. Eso representa algo más de 40 millones de abortos en un solo año. La cifra es aún más escalofriante si se tiene en cuenta que, afortunadamente, el derecho al aborto, es decir, el permiso legal para matar a un niño inocente, sigue estando muy limitado en tres cuartas partes de las naciones.

En octubre de 2014, durante el Sínodo extraordinario sobre la familia, monseñor Paul Bui Van Doc, arzobispo de Hô Chi Minh, señaló a Vietnam como el caso más dramático del mundo. En efecto, este país practica 1.600.000 abortos al año, de los cuales 300.000 se llevan a cabo en jóvenes de entre 15 y 19 años. Para el país representa una auténtica catástrofe.

En Francia se practican cada año 220.000 interrupciones voluntarias del embarazo, es decir, un aborto por cada tres nacimientos.

Se está librando una guerra declarada contra la vida con medios económicos gigantescos. Es inconcebible que se elimine a tantos niños indefensos en el seno de su madre, con el pretexto del derecho de la mujer a la libertad de su cuerpo. La dignidad de la mujer es un noble e importante combate, pero no pasa por la muerte de los niños no nacidos. Juan Pablo II comprendió que esas generosas intenciones ocultaban un auténtico programa de ataque a la vida. Cuando veo las asombrosas cantidades que promete a África la Fundación Bill y Melinda Gates, destinadas a aumentar exponencialmente el acceso a la contracepción de mujeres y de niñas solteras, abriendo así la vía al aborto, no

puedo sino rebelarme contra una voluntad de muerte.

¿Cuáles son los motivos ocultos de esas campañas de largo alcance que desembocarán en decenas de millares de muertes? ¿Habrá una planificación estudiada para eliminar a los pobres de África y de otros lugares? Dios y la historia nos lo dirán algún día.

Hoy la nueva lucha ideológica de la posmodernidad occidental ha pasado a ser la eutanasia. Cuando una persona parece haber llegado al final de su paso por este mundo, ciertas organizaciones, con la excusa de aliviar su sufrimiento, consideran que vale más darle muerte. En Bélgica, este derecho, que no lo es, acaba de extenderse a los menores. So pretexto de ayudar a un niño que sufre, es posible matarlo fríamente. Los defensores de la eutanasia quieren ignorar que hoy día los cuidados paliativos están perfectamente adaptados a quienes no tienen esperanza de cura: la muerte fría y brutal se ha convertido en la única respuesta. La eutanasia es el marcador más incisivo de una sociedad sin Dios, infrahumana, que ha perdido la esperanza. Me causa estupor ver hasta qué punto quienes propagan esta cultura se envuelven en la buena conciencia, presentándose como los héroes de una nueva humanidad. Por una suerte de extraña inversión de papeles, los hombres que luchan por la vida se convierten en monstruos que derribar, en bárbaros de otro tiempo que rechazan el progreso. Con ayuda de los medios, los lobos pasan por generosos corderos que están del lado de los más débiles. Sin embargo, el plan de los promotores del aborto, la eutanasia y todos los ataques a la dignidad del hombre es mucho más peligroso.

Si no abandonamos la cultura de la muerte, la humanidad corre hacia su perdición. En este inicio del tercer milenio, la destrucción de la vida ya no es un hecho bárbaro, sino un progreso de la civilización: la ley se escuda en el pretexto de un derecho a la libertad individual para dar al hombre la posibilidad de matar al prójimo. El mundo puede convertirse en un auténtico infierno. No se trata ya de decadencia, sino de una dictadura del horror, de un genocidio programado cuyos culpables son los poderes occidentales. Este ensañamiento en contra de la vida representa una nueva etapa decisiva del ensañamiento contra el plan de Dios. No obstante, durante mis viajes he constatado un despertar de las conciencias. Los jóvenes cristianos de Norteamérica están empezando a luchar para detener la cultura de la muerte. Dios no se ha dormido: ¡está del lado de quienes defienden la vida!

¿Cree usted que Juan Pablo II fue un profeta?

Los santos son todos profetas. Nos transmiten fielmente la visión, la voluntad, el amor y la esperanza de Dios para el hombre. Este Papa extraordinario está inscrito hoy entre los santos de la Iglesia. Pero creo que no hemos acabado de comprender hasta qué punto fue un visionario. El modo en que Juan Pablo II estableció como prioridad de su

pontificado la sacralidad y la inviolabilidad de la vida abre un inmenso camino, más allá de su presencia entre nosotros. No hizo sino recordar la sagrada ley de Dios: «No matarás». Al mismo tiempo, la sencilla grandeza de sus palabras y su poder de convicción fueron liberadores para quienes contemplaban el avance de las tinieblas.

La exclamación «no tengáis miedo» representa la continuidad más espléndida con que pudo soñar Pablo VI, quien tanto sufrió las críticas que se desencadenaron como un torrente de odio a raíz de su encíclica *Humanae vitae*. A Juan Pablo II no le importaban las objeciones almibaradas de los defensores de un humanismo anticristiano. Pretendía sembrar semillas que permitieran el nacimiento de una nueva cultura. La agudeza con que el Papa supo detectar estos problemas derivaba del hecho de haber sufrido en sus carnes los ataques contra los derechos más fundamentales. Gracias a las dictaduras nazis y comunistas poseía un conocimiento personal del auténtico combate por la libertad humana. Por eso no podía aceptar que los defensores de la cultura de la muerte se escudaran detrás de una falsa promoción de los derechos del hombre para hacer avanzar sus planes destructores. En 1995, en la *Evangelium vitae*, escribía: «De este modo se produce un cambio de trágicas consecuencias en el largo proceso histórico, que después de descubrir la idea de los “derechos humanos” –como derechos inherentes a cada persona y previos a toda Constitución y legislación de los Estados–, incurre hoy en una sorprendente contradicción: justo en una época en la que se proclaman solemnemente los derechos inviolables de la persona y se afirma públicamente el valor de la vida, el derecho mismo a la vida queda prácticamente negado y conculcado, en particular en los momentos más emblemáticos de la existencia, como son el nacimiento y la muerte».

Juan Pablo II quiso denunciar la esquizofrenia de nuestro mundo, que maquilla con buenos sentimientos situaciones abominables. Sabía que su época vería multiplicarse a los falsos profetas, las estrategias del mal y los agoreros de un futuro sin esperanza. Pero Karol Wojtyła no pretendía ser un héroe: fue simplemente un mensajero de Dios. En Francia, las masivas manifestaciones que se han repetido para protestar contra la institución de un falso matrimonio entre personas del mismo sexo son una respuesta al llamamiento hecho por Juan Pablo II en Bourget el 1 de junio de 1980, en el transcurso de su primer viaje a Francia: «Hoy, en la capital de la historia de vuestra nación, quisiera repetir estas palabras que constituyen vuestro título de orgullo: Hija primogénita de la Iglesia [...]. ¡Solo existe un problema, el de nuestra fidelidad a la alianza con la sabiduría eterna, que es fuente de una verdadera cultura, es decir, del crecimiento del hombre, y el de la fidelidad a las promesas de nuestro bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo! Así pues, para concluir, permitidme preguntaros: Francia, hija primogénita de la Iglesia, ¿eres fiel a las promesas de tu bautismo? Permitidme preguntaros: Francia, hija de la Iglesia y educadora de los pueblos, ¿eres fiel, para el bien del hombre, a la alianza con la sabiduría eterna? Perdonadme esta pregunta. La he hecho

como la hace el ministro en el momento del bautismo. La he hecho por solicitud para con la Iglesia, de la que soy el primer sacerdote y el primer servidor, y por amor al hombre, cuya grandeza definitiva se halla en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo». El Papa venido de Polonia despertó el espíritu revolucionario de los santos que han jalonado toda la historia de Francia.

Tanto en muchos de sus discursos como en este libro denuncia usted explícitamente la teoría de género. ¿A qué se debe su insistencia?

La filosofía africana afirma: «El hombre no es nada sin la mujer, la mujer no es nada sin el hombre, y los dos no son nada sin un tercer elemento, que es el hijo». La visión africana del hombre es esencialmente trinitaria. En cada uno de nosotros hay algo divino: Dios uno y trino habita en nosotros e impregna todo nuestro ser.

Según la ideología de género, no existe diferencia ontológica entre el hombre y la mujer. Las identidades masculina y femenina no están inscritas en la naturaleza: se trata del resultado de una construcción social, un papel que desempeñan los individuos a través de tareas y funciones sociales. Estos teóricos consideran que el género es preformativo y que las diferencias hombre-mujer no son más que opresiones normativas, estereotipos culturales y construcciones sociales que hay que deshacer para alcanzar la paridad entre el hombre y la mujer. La idea de una identidad construida niega de modo irreal la importancia del cuerpo sexuado. Un hombre jamás se convierte en mujer, ni esta en un hombre, sean cuales sean las mutilaciones que uno y otra acepten sufrir. Decir que la sexualidad humana ya no depende de la identidad del hombre o de la mujer, sino de orientaciones sexuales como la homosexualidad, constituye un totalitarismo onírico.

Yo no le veo futuro a semejante superchería. Mi inquietud se dirige más bien al modo en que los Estados y los organismos internacionales intentan imponer por todos los medios, muchas veces a marchas forzadas, la filosofía deconstructivista llamada de *género*. Si la sexualidad es únicamente una construcción social y cultural, estamos cuestionando la forma en que la humanidad se reproduce desde sus orígenes. De hecho, hasta cuesta tomarse en serio una visión llevada tan al extremo. Los investigadores son libres de prestarse a servir a tesis extravagantes y peligrosas; pero nunca admitiré que estas teorías se impongan directa o insidiosamente a poblaciones indefensas. ¿Cómo se van a defender un niño o un adolescente de las zonas rurales africanas más remotas frente a tales especulaciones engañosas?

Una cosa es respetar a las personas homosexuales, que tienen derecho a un auténtico respeto, y otra distinta promover la homosexualidad como modelo social.

Este modo de concebir las relaciones humanas supone de hecho una agresión a las personas homosexuales, víctimas de ideólogos indiferentes a su suerte. Hay que velar por que los homosexuales no sean víctimas de ataques muchas veces vergonzosos e

insidiosos. No obstante, creo que es un craso error querer erigir esa sexualidad en ideología progresista. Percibo una voluntad, por parte de ciertas estructuras influyentes, de hacer de la homosexualidad la piedra angular de una nueva ética mundial. Todo proyecto ideológico extremista lleva aparejado su propio fracaso: temo que, en última instancia, las personas homosexuales sean las primeras víctimas de tales excesos políticos.

La cultura africana otorga a la familia una importancia decisiva. ¿En qué medida puede ser interesante este modelo para la Iglesia y para el resto del mundo?

La familia africana se construye ante todo en torno a una vida en común. Para muchos el dinero ocupa un lugar secundario. Mi familia era pobre, pero éramos felices y estábamos unidos. En Guinea la familia constituye la célula básica de la sociedad, el lugar donde aprendemos a atender a los otros y a servirles sin ostentación. Creo que Europa y Occidente deben redescubrir su sentido fijándose en unas tradiciones que África jamás ha abandonado. En mi continente la familia representa el crisol de los valores que irrigan toda la cultura, el lugar de la transmisión de las costumbres, de la sabiduría y de los principios morales, la cuna del amor gratuito. Sin la familia no hay sociedad ni hay Iglesia. Los padres transmiten la fe en familia. Es la familia la que sienta los cimientos sobre los que estructuramos el edificio de nuestra existencia. La familia es la Iglesia pequeña donde empezamos a encontrar a Dios, a amarle y a tejer una relación personal con Él.

Mi padre me enseñó a querer mucho a la Virgen. Aún le veo arrodillarse en el suelo de Orouros para rezar el ángelus, todos los días, a mediodía y por la tarde. No he olvidado jamás esos momentos en que cerraba los ojos para dar gracias a María. Yo le imitaba y rezaba a su lado mis oraciones a la madre de Jesús.

Los padres son los primeros educadores del hombre. En la familia, este puede aprender a vivir y a manifestar la presencia de Dios. Cuando Cristo constituye el vínculo de una familia, su solidez es indestructible. En África se reserva un lugar importante a los ancianos: el respeto a las personas de edad avanzada es una de las piedras angulares de la sociedad africana. Creo que el hombre europeo no es consciente de lo mucho que les sorprende a los pueblos africanos la escasa atención prestada a los ancianos en los países occidentales. Este modo de ocultar la vejez, de apartarla, es señal de un egoísmo preocupante, de una falta de corazón o, mejor dicho, de un endurecimiento. Es verdad que los ancianos cuentan con las comodidades y los cuidados físicos necesarios. Pero les falta el calor, la cercanía y el afecto humanos de los suyos, inmersos en sus obligaciones profesionales, sus distracciones y sus vacaciones.

En realidad, la familia es un espacio donde el hombre aprende a estar al servicio de la

sociedad. En África no se encuentra nunca cerrada en sí misma: forma parte de un amplio tejido social. La etnia y el poblado suelen ser su prolongación natural: la etnia conserva la cultura, protege y transmite unas tradiciones antiquísimas. «Hace falta un poblado entero para educar a un niño», dice un proverbio africano. Cada uno recibe y, en un mismo movimiento, participa de la subsistencia del grupo. Y hablo de subsistencia porque las cosas no son fáciles. No ignoro que este sentimiento de pertenencia puede ser objeto de graves perversiones, especialmente cuando las etnias entran en lógicas de orgullo, de odio y de desprecio de los otros.

No obstante, nada sustituye a la familia, en la que podemos comprender la profundidad de la entrega y el amor. Yo he aprendido de mis padres a entregarme. Estábamos acostumbrados a recibir a los demás en nuestra casa, y eso ha dejado impresa en mí la importancia de la acogida y la gratuidad. Para mis padres y para todos los habitantes de mi poblado, el hecho de acoger a otros implicaba que procurábamos hacerles felices. La armonía familiar puede ser el reflejo de la armonía del cielo. Ese es el auténtico tesoro de África.

Las demás regiones del mundo correrían un grave peligro si perdieran esa «fuente de dádiva». En noviembre de 1981, en su exhortación apostólica *Familiaris consortio*, Juan Pablo II sintió la urgente necesidad de escribir que «la situación en que se halla la familia presenta aspectos positivos y aspectos negativos: signo, los unos, de la salvación de Cristo operante en el mundo; signo, los otros, del rechazo que el hombre opone al amor de Dios. En efecto, por una parte existe una conciencia más viva de la libertad personal y una mayor atención a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio, a la promoción de la dignidad de la mujer, a la procreación responsable, a la educación de los hijos; se tiene además conciencia de la necesidad de desarrollar relaciones entre las familias, en orden a una ayuda recíproca espiritual y material, al conocimiento de la misión eclesial propia de la familia, a su responsabilidad en la construcción de una sociedad más justa. Por otra parte, no faltan signos de preocupante degradación de algunos valores fundamentales: una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí; las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos; las dificultades concretas que con frecuencia experimenta la familia en la transmisión de los valores; el número cada vez mayor de divorcios, la plaga del aborto, el recurso cada vez más frecuente a la esterilización, la instauración de una verdadera y propia mentalidad anticoncepcional».

Sé que la familia africana cuenta todavía con un espléndido horizonte que se abre ante ella. Me gustaría no dudar de que esas promesas existen también para las familias europeas, americanas, asiáticas y oceánicas. La lucha por la perpetuación de las raíces de la humanidad es quizá el mayor desafío que ha conocido nuestro mundo desde sus orígenes.

6. CUESTIONES DEL MUNDO POSMODERNO

«No se comprende absolutamente nada de la civilización moderna si antes no se admite que es una conspiración universal contra nuestra vida interior».

George Bernanos, *Francia contra los robots*.

NICOLAS DIAT: Algunos pensadores creen que la Iglesia actual debe enfrentarse a la confluencia de los dos desafíos que plantean el ateísmo de la filosofía ilustrada y el liberalismo moral surgido de la revolución social de los años 60. ¿Qué opina usted de lo que el filósofo Alberto Methol Ferré, amigo del papa Francisco, llamaba el ateísmo libertino?

CARDENAL ROBERT SARAH: Hoy Occidente vive como si Dios no existiera. ¿Cómo es posible que países de antiguas tradiciones cristianas y espirituales se hayan desgajado tanto de sus raíces? Las consecuencias se demuestran tan dramáticas que es imprescindible comprender el origen de este fenómeno.

Bajo la influencia de los filósofos ilustrados y de las corrientes políticas derivadas de ellos, Occidente ha decidido distanciarse de la fe cristiana. Aunque aún existen comunidades cristianas vivas y misioneras, la mayor parte de la población occidental solo ve en Jesús una especie de idea, pero no un acontecimiento, y mucho menos una persona con la que se encontraron y a la que amaron y consagraron su vida los apóstoles y numerosos testigos del Evangelio.

El alejamiento de Dios no es fruto de un razonamiento, sino de la voluntad de separarse de Él. La orientación atea de una vida es casi siempre una elección de la voluntad. El hombre ya no quiere reflexionar sobre su relación con Dios porque pretende convertirse él mismo en Dios. Su modelo es Prometeo, ese personaje mitológico de la raza de los titanes que robó el fuego sagrado para entregárselo a los hombres: el individuo ha entrado en una lógica de apropiación de Dios y no de adoración. Antes del movimiento que llamamos «de las luces», la tentación del hombre de ocupar el lugar de Dios, de ser su igual o de eliminarlo, respondió siempre a fenómenos individuales minoritarios.

El ateísmo encuentra su origen primero en el individualismo exacerbado del hombre europeo. El individuo-rey, que aspira cada vez más a una especie de autonomía o

independencia absoluta, tiende a olvidarse de Dios. En el plano moral, esta búsqueda de la libertad absoluta implica un rechazo progresivo que no distingue reglas ni principios éticos. El universo individualista pasa a estar centrado únicamente en la persona, que no admite ninguna imposición. A partir de ahí, a Dios se le considera como alguien que pone obstáculos a nuestra libertad dictando leyes: Dios se convierte en el enemigo de la autonomía y la libertad. Llevado por el deseo de ser totalmente libre, el hombre rechaza lo que considera una coacción y acaba repudiando cualquier forma de dependencia de Dios. Descarta la autoridad de Dios, quien, sin embargo, nos ha creado libres para que, mediante un ejercicio razonado de nuestra libertad, podamos superar nuestros impulsos descontrolados y dominar cuanto hay en nosotros de instintivo, asumiendo plenamente la responsabilidad de nuestra existencia y nuestro desarrollo.

De ahí que el ateísmo suponga una voluntad de ignorar la razón que nos ha de llevar a nuestro Creador, verdadera luz que debe iluminarnos, orientarnos y mostrarnos los caminos de la vida. Siguiendo esta lógica, algunos filósofos ya no se refieren a Dios como Padre, sino como el gran arquitecto del universo.

El rechazo de Dios se produce dentro de un movimiento de conquista científica y técnica que tiene lugar en Europa a partir del siglo XVIII. El hombre pretende dominar la naturaleza y conquistar su independencia. La técnica le proporciona la sensación de ser el amo del mundo y se convierte así en el único regente de un espacio sin Dios. No obstante, la ciencia no debe alejar al hombre de Dios, sino acercarlo al amor divino.

Naturalmente, puede ser que el gran misterio del mal conduzca a algunos a la duda y al ateísmo. Sí: si Dios es nuestro Padre, ¿cómo puede permitir el sufrimiento de tantos inocentes? No vale la pena insistir en la insondable cantidad de males que afligen a la humanidad. En África, desgraciadamente, hemos pagado un pesado tributo a las guerras, al hambre y a las epidemias. En *Cor unum* he sido testigo de mucho sufrimiento, que procurábamos aliviar con medios irrisorios al lado de la magnitud de las necesidades.

Nunca olvidaré el trabajo que llevamos a cabo en Haití. ¿Cómo pudo permitir Dios que personas tan pobres, que no tenían nada, sufrieran desgracia tras desgracia, como el gigantesco terremoto de 2010 y las inundaciones y epidemias que le siguieron? No puedo borrar de mi memoria los campos de refugiados de Jordania y el rostro de tantas mujeres que, habiendo perdido a sus maridos, sus casas, sus bienes, tenían que seguir cuidando de sus hijos y de su maltrecho equilibrio afectivo.

El problema del mal, que recorre la historia, sigue siendo el mismo: ¿cómo puede consentir Dios que se impongan a los inocentes pruebas y sufrimientos tan horribles? A este respecto me gusta citar a Albert Camus. Como filósofo, buscaba certezas razonables para vivir. Veía en la fe el «salto a lo irracional» que separa al espíritu de la realidad, en el que el hombre niega su razón, su «conciencia lúcida». Pero lo que afianzaba el posicionamiento del pensador en el ateísmo era la existencia del mal, que –al igual que los

ilustrados— no alcanzaba a asociar a la omnipotencia y la sabiduría divinas. No sabía aceptar «la paradoja de un Dios todopoderoso y maléfico, o benéfico y estéril», tal y como afirma en *El hombre rebelde*[8]. ¿Cómo creer en Dios cuando sufren niños inocentes?

Sin embargo, ignoramos que somos nosotros los que provocamos la mayor cantidad de males de este mundo. ¿Cuántas guerras y matanzas podrían haberse evitado? Con mucha frecuencia, los países occidentales, que se arrogan el título de artesanos y promotores de la paz, son los primeros productores o los principales traficantes de armas de destrucción masiva. Con cínica hipocresía, se las venden a los pobres y las cambian por sus recursos mineros o petrolíferos. El mundo de hoy está invadido de odios, violencia y barbarie, y hay muchos inocentes que pagan un pesado tributo a causa de quienes ostentan el poder.

Fíjese en los desastrosos casos de Irak, Siria, Libia, Palestina, Israel, Egipto, Afganistán, República Democrática del Congo, Mali... Angola ha vivido treinta años en una situación similar. Sin embargo, en muchas regiones del mundo el sufrimiento no ha llevado a perder la fe. Al contrario: Dios es una luz que permite, a los hombres que no tienen nada, seguir esperando. Aún puedo ver los rostros apacibles y la voz serena de los filipinos que me decían en 2013: «El tifón Haiyan lo ha arrasado todo, lo ha destrozado todo a su paso, salvo nuestra fe, que continúa firmemente asentada, como una roca en medio de un mar agitado».

Las brutales afirmaciones de Nietzsche en *La gaya ciencia* resumen el problema del ateísmo que acabo de describir presentando a un loco que recorre la ciudad en pleno día con un farol en la mano: «¡Busco a Dios! ¿Que adónde se ha ido Dios? Os lo voy a decir. Lo hemos matado: ¡vosotros y yo! Todos somos su asesino. Pero, ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos prestó la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos la tierra de su sol? ¿Hacia dónde caminará ahora? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del espacio vacío? ¿No hace más frío? ¿No viene de continuo la noche y cada vez más noche? ¿No tenemos que encender faroles a mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No nos llega todavía ningún olor de la putrefacción divina? ¡También los dioses se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!». Friedrich Nietzsche concluye su relato escribiendo: «Todavía se cuenta que el loco entró aquel mismo día en varias iglesias y entonó en ellas su *Requiem aeternam Deo*. Una vez conducido al exterior e interpelado, contestó siempre esta única frase: “¿Pues qué son ahora ya estas iglesias más que las tumbas y panteones de Dios?”».

Si pretendemos haber celebrado los funerales de Dios, ¿cómo nos puede sorprender que un mundo sin presencia divina se haya convertido en un infierno? La moral, el amor,

la libertad, la técnica y la ciencia no son nada sin Dios. El hombre puede construir las obras más hermosas, pero no serán más que castillos en la arena y quimeras efímeras si no se refieren a Dios. Con veinte años, Nietzsche escribió su poema al Dios desconocido: «Quiero conocerte, desconocido, que tocas en lo profundo de mi alma...».

De su reflexión parece deducirse que la filosofía atea es por naturaleza militante y combativa...

El eclipse de Dios en los países ricos y poderosos de hoy en día conduce al hombre a un materialismo práctico, a un consumo desordenado o abusivo y a la creación de falsas normas morales. El bien material y la satisfacción inmediata se convierten en la única razón de vivir. Al final de este proceso ya no se trata siquiera de combatir a Dios, sino de ignorar a Cristo y al Padre. Está claro: Dios no le interesa a nadie. Ha muerto y su marcha nos deja indiferentes. Hemos pasado de un materialismo ateo a un *new age* difuso. Los defensores de este mundo ya no creen en la necesidad de luchar: han llegado a otra etapa que consiste esencialmente en crear al hombre nuevo. Algunos investigadores hablan incluso de un «transhumanismo», un paso tecnológico que conduciría «más allá» del hombre ser humano. ¡Qué presuntuosa quimera!

Para la Iglesia y para los cristianos, el peligro es aún más amenazador. El hombre occidental parece haber tomado partido: se ha liberado de Dios, vive sin Dios. La nueva regla consiste en olvidarse del cielo para que el hombre sea plenamente libre y autónomo. Pero la muerte de Dios conlleva el soterramiento del bien, de la belleza, del amor y de la verdad: si la fuente ya no mana, si el lodo de la indiferencia transforma incluso esa agua, el hombre se desmorona. El bien se convierte en mal, lo bello es feo, el amor consiste en la satisfacción de unos cuantos instintos sexuales primarios y las verdades son todas relativas. No es de extrañar, decía Benedicto XVI en 2008 en un *Mensaje a la diócesis de Roma*, que en la actualidad dudemos «del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien; en definitiva, de la bondad de la vida».

El ateísmo moderno, heredero de un movimiento agresivo contra Dios y el cristianismo, intenta ignorar a Dios para hacer que el mundo le ignore. Las leyes del Padre, la palabra del Evangelio se esconden bajo montañas de artificios que pretenden cínicamente aturdir al hombre. Con una hipocresía consumada, los mismos que quieren separar al hombre de su Creador tienen la desfachatez de decir: Dios no escucha nuestros sufrimientos, Dios está ausente, este mundo es un valle de lágrimas en el que solo podemos contar con nosotros mismos...

Tanto si se trata de un ateísmo militante como larvado, siempre desemboca en las mismas consecuencias. El hombre es tratado como un objeto, arrancado de sus raíces espirituales y cegado por las luces artificiales de los bienes o los éxitos materiales. En última instancia, todo ateísmo pretende cambiar la naturaleza misma del hombre. Las

persecuciones ya no son las de los campos de concentración de los antiguos países comunistas, esas cárceles horribles donde mi predecesor en Conakri, monseñor Tchidimbo, fue aislado, torturado y humillado, sin derecho siquiera a celebrar misa durante los cinco primeros años de prisión. Hoy la persecución ha ganado en sutileza.

En el mundo posmoderno Dios se ha convertido en una hipótesis superflua, cada vez más alejada de las distintas esferas de la vida. Creo que los hombres que quieren conservar la presencia de Dios en su vida deben ser conscientes de las sutilezas, que tan fácilmente pueden conducirlos al ateísmo práctico y a una fe insípida: también ellos pueden convertirse, como los paganos de otro tiempo, en esos hombres «sin esperanza y sin Dios en el mundo» descritos por san Pablo a los cristianos de Éfeso (*Ef 2, 12*). Hoy día no podemos no ser conscientes del modo en que Dios es arrojado sistemáticamente a la oscuridad: los hombres suben anestesiados a bordo de una barca que los aleja cada vez más del cielo.

El mejor ejemplo de la desaparición de los ataques frontales del pasado es la Iglesia ortodoxa rusa. Después de tanta violencia, de tanta destrucción, ahora se encuentra en el centro del debate. Frente al movimiento de insidioso ateísmo que afecta prácticamente a toda Europa occidental, la Iglesia ortodoxa ha permitido a la nación rusa sortear las trampas, para ser un país que deja mucho espacio a Dios y a la fe.

Pese a tantas dificultades, hay que volver a los fundamentos de la esperanza cristiana y afirmar que la vida en este mundo solo es una parte de nuestra existencia, que conocerá su prolongación y su cumplimiento en la eternidad. La Iglesia debe recordar a tiempo y a destiempo que la vida no se puede reducir a la satisfacción de los placeres materiales, sin reglas morales. Al final de un camino sin Dios solo existe la desgracia de un niño privado de sus padres. Sí, la esperanza reside únicamente en Dios.

En una época donde lo relativo es la norma, ¿cómo puede la Iglesia seguir haciendo comprender los dogmas que constituyen uno de sus fundamentos más importantes?

El subjetivismo es uno de los rasgos más característicos de nuestro tiempo. El sentimiento y el deseo personal constituyen la única norma. Para el hombre moderno los valores tradicionales son muchas veces objetos arqueológicos.

Desde las revoluciones sociales de los años 60 y 70, se estila oponer la libertad individual a la autoridad. En ese contexto, incluso a los fieles les puede parecer que la experiencia personal debe ser más importante que las reglas establecidas por la Iglesia. Si el individuo es el centro de referencia, cada uno puede interpretar la palabra de la Iglesia a su manera, haciéndola coincidir con sus propias ideas. Es una pena que muchos cristianos se dejen influir por este individualismo del entorno: a veces les cuesta sentirse en casa dentro de la Iglesia católica con su forma tradicional, sus dogmas, su enseñanza,

sus leyes, sus exhortaciones y su magisterio. Naturalmente, el desfase es aún más importante en el caso de las cuestiones morales.

No creo equivocarme si digo que hoy en día existe una especie de rechazo de los dogmas de la Iglesia o una creciente distancia entre los hombres, los fieles y los dogmas. En cuanto al tema del matrimonio, se ha abierto un foso entre la Iglesia y parte del mundo. La pregunta es muy sencilla: ¿debe cambiar el mundo de actitud o debe cambiar la Iglesia su fidelidad a Dios? ¿Es sostenible en el tiempo la distancia entre estas dos realidades, aun a costa de ver cómo se ahondan las incomprensiones? Porque, si los fieles siguen amando a la Iglesia y al Papa, pero no aplican su doctrina, si no cambian nada en sus vidas, ni siquiera después de venir a Roma a escuchar al sucesor de Pedro, ¿qué futuro nos espera?

Muchos fieles se felicitan al escuchar hablar de la misericordia divina y esperan que la radicalidad del Evangelio pueda atenuarse incluso para aquellos que han elegido vivir rompiendo con el amor crucificado de Jesús. No valoran el precio pagado por Él en la Cruz, que nos ha librado del yugo del pecado y de la muerte. Piensan que, gracias a la infinita bondad del Señor, todo está permitido, incluso la decisión de no cambiar sus vidas. A muchos les parece normal que Dios derrame sobre ellos su misericordia, aunque vivan en el pecado...

Pero el pecado me aniquila: ¿cómo infundir en la nada energías de vida divina? Pese a los repetidos llamamientos de san Pablo, no se dan cuenta de que la luz y las tinieblas no pueden coexistir: «¿Y qué diremos? ¿Tendremos que permanecer en el pecado para que la gracia se multiplique? ¡De ninguna manera! Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a vivir todavía en él? ¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados para unirnos a su muerte? [...] Entonces, ¿qué? ¿Pecaremos, ya que no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? De ninguna manera» (*Rm* 6, 1-3. 15).

Esta confusión exige respuestas rápidas. La Iglesia no puede seguir avanzando como si la realidad no existiera: no puede conformarse con entusiasmos efímeros, que duran lo que los grandes encuentros o asambleas litúrgicas, por hermosos y enriquecedores que estos sean. No podremos seguir mucho tiempo escamoteando una reflexión práctica sobre el subjetivismo, raíz de la mayor parte de los errores actuales. ¿De qué sirve saber que hay centenares de miles de personas que siguen la cuenta de *twitter* del Papa, si los hombres no cambian algo concreto en sus vidas? ¿De qué sirve contabilizar las espléndidas cifras de personas que se agolpan ante los papas, si no nos aseguramos de que haya conversiones reales y profundas, y si ignoramos en qué medida Jesús y su Evangelio son la referencia y la guía de nuestros fieles? Eso no quita para que las Jornadas Mundiales de la Juventud se encuentren entre las respuestas más grandes y generosas a la llamada de Dios.

Frente a la ola de subjetivismo que parece arrastrar al mundo, los hombres de Iglesia tienen que evitar negar la realidad embriagándose de las apariencias y de una gloria engañosas. Aun así, los eventos provocan vuelcos interiores y auténticas conversiones. Sé, por ejemplo, que los funerales de Juan Pablo II y las ceremonias de su canonización, junto con la de Juan XXIII, dieron un fuerte impulso a muchos fieles: esa inmensa muchedumbre reunida en torno al altar del Señor pudo profundizar en el mensaje de Karol Wojtyła y en la llamada universal a la santidad suscitada por el Concilio Vaticano II, que ambos papas encarnaron en su vida diaria. Para emprender un cambio radical de vida, la enseñanza de Jesús y de la Iglesia debe llegar al corazón del hombre. Hace dos milenios los apóstoles siguieron a Cristo. Lo dejaron todo y su vida nunca volvió a ser la misma. El camino de los apóstoles sigue siendo también hoy un modelo.

La Iglesia debe volver a encontrar un enfoque. Si su enseñanza no se comprende, no tiene que tener miedo a retocar una y mil veces su obra. No se trata de suavizar las exigencias del Evangelio o de cambiar la doctrina de Jesús y de los apóstoles para adaptarse a modas efímeras, sino de volver a cuestionarnos radicalmente nuestra propia manera de vivir el Evangelio de Jesús y de presentar el dogma.

La incompreensión parece alcanzar tal nivel que se llega a negar hasta la herencia filosófica del cristianismo. Son pocos los pensadores, por ejemplo, que recuerdan la contribución esencial de la Iglesia a la construcción del humanismo. Por otra parte, ¿no estamos asistiendo al nacimiento de un nuevo humanismo que ya no conoce a Cristo?

Efectivamente, el hombre ocupa el centro de todas las preocupaciones de la religión cristiana, al revés que en las creencias paganas que lo precedieron. La esperanza de salvación anunciada por Cristo se dirige a la humanidad entera. Pero es únicamente Jesucristo, Dios hecho Hombre, quien manifiesta plenamente al hombre a sí mismo y le descubre lo sublime de su vocación. Y, si es cierto que Cristo revela plenamente al hombre, es lógico que, si rechazamos a Cristo o si oscurecemos su rostro, las consecuencias se manifiesten por cientos en la confusión de lo que es el hombre.

El pecado nubla el rostro del hombre. Porque Cristo no ha venido solamente para salvar al hombre, sino para reparar lo que ha roto el pecado, para arrancar al hombre de todo lo que le desfigura, para dar al destino humano toda su grandeza y su cumplimiento.

Siguiendo a san Ireneo y a san Atanasio de Alejandría, santo Tomás de Aquino afirma que el Hijo Único de Dios ha asumido nuestra naturaleza para divinizar a los hombres. Atanasio dice para «hacernos Dios». *A contrario*, la filosofía ilustrada ha querido descristianizar la humanidad. Ahora bien, desde el momento en que Dios deja de ser el creador, el hombre se degrada. En el Génesis se dice que Dios tiene un plan para el hombre, al que este debe ser fiel. Si el hombre quiere liberarse de Dios, pierde su

estructura trinitaria y se deshumaniza. El humanismo que ignora a Cristo se vacía de su sustancia y se convierte en simple materialismo.

Al conservar unas pocas raíces espirituales, a veces el materialismo puede crear una ilusión. Pero ya no tiene nada en común con el humanismo modelado por el cristianismo, que sitúa en el centro de todo el rostro del hombre, reflejo único de Dios. Sin un verdadero humanismo fundamentado en Cristo, el hombre ya no se comprende. Ni siquiera puede amar de verdad o, si ama, lo hará con mucho egoísmo y dureza.

Para realizarse plenamente, el hombre está como ontológicamente unido a Dios a través de Jesucristo. Existe una relación vital con Dios. La imposibilidad de separar al hombre de Jesús, Dios hecho Hombre, llevaba a Pablo VI a decir como conclusión del Concilio Vaticano II: «El camino hacia Dios pasa por el hombre. El descubrimiento de Dios pasa por el descubrimiento del hombre. El servicio a Dios pasa por el servicio al hombre»^[9].

¿Qué entiende usted por la expresión «estructura trinitaria» del hombre?

¿Cómo definir la Trinidad? Es un solo Dios en tres personas. El Hijo es del Padre y el Espíritu es con el Padre y el Hijo: es el *Vinculum caritatis* entre el Padre y el Hijo, el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. La Trinidad es una comunión de conocimiento y amor. El hombre es claramente un ser en relación. Se ve arrastrado hacia Dios y hacia su semejante. Si el hombre pierde esta orientación, no le queda más que contemplarse a sí mismo hasta el infinito, en un egotismo que puede tomar distintas formas.

Al margen de su naturaleza trinitaria, donde realiza plenamente su vocación de unión con Dios, el hombre se encierra en sí mismo. El otro se convierte en un problema y no en una prolongación de sí. La consecuencia última del abandono de la Trinidad se produce cuando el hombre pretende divinizar su propia naturaleza en una búsqueda apasionada y desesperada de sí mismo, lejos de Jesucristo.

San Ireneo, en su *Tratado contra las herejías*, desarrolla una antropología cristiana cercana a la de san Pablo. Ahí se encuentra como en un espejo el designio divino, a fin de remodelar al hombre a su imagen. Para Ireneo de Lyon, el hombre está modelado a semejanza divina por el Espíritu Santo: «Ahora recibimos alguna parte de su Espíritu para perfeccionar y preparar la incorrupción y nos acostumbra poco a poco a recibir a Dios». Y Cristo es el Arquetipo del hombre nuevo. Por eso escribe san Ireneo: «La gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la revelación de Dios por la creación da la vida a todo ser que vive en la tierra, mucho más la manifestación del Padre por el Verbo da la vida a los que ven a Dios».

Al alejarse de Dios Trinidad, el hombre olvida el verdadero orden de las cosas, porque Dios se ha hecho hombre para que el hombre se convierta en Dios. De hecho, la supresión de Dios provoca una gran violencia. Sin el Padre, el hombre se encuentra

reducido exclusivamente a asuntos personales insignificantes, que comportan una gran soledad. Sin Cristo, el hombre se convierte en un lobo para el hombre y ya no sabe amar como Jesús. Sin el Espíritu, la inteligencia del hombre se contempla cada vez más a sí misma y acaba retrocediendo; con el Espíritu, la razón está en la esperanza y en la alegría.

Benedicto XVI no ha dejado de llamar a un diálogo fructífero entre la fides y la ratio, la fe y la razón. Actualmente buena parte de la reflexión filosófica da la impresión de estar desgajada de toda trascendencia. ¿Cómo juzga usted esta evolución?

El encuentro entre la filosofía griega y el cristianismo ha sido un momento único en la historia de la humanidad. Este diálogo tan lleno de fuerza fue querido por Dios.

¿Cómo definimos la filosofía? Yo creo que no se trata solamente del amor a la sabiduría, sino ante todo de una búsqueda incesante de la verdad y de un conocimiento contemplativo de las causas profundas de las cosas a través de la inteligencia humana. Esta búsqueda conoció muchos escollos y se consolidó con Sócrates para alcanzar su cima en Platón y Aristóteles.

Al unirse a la fe cristiana gracias a san Agustín, santo Tomás de Aquino y otros, la inteligencia humana modelada por los pensadores no cristianos pasa a amar no solamente la sabiduría natural, sino la sabiduría eterna, la sabiduría encarnada, a Cristo, que ha dicho: «Yo soy la Verdad». Así, la filosofía griega recibe el bautismo cristiano y es purificada para convertirse en la Iglesia en servidora de la teología.

Indudablemente, santo Tomás fue el hombre que entregó su vida para preparar este encuentro providencial. Es él quien bendice las nupcias de la sabiduría griega y la sabiduría eterna.

Al final de una larga búsqueda honrada, preciosa y paciente, los filósofos griegos como Aristóteles comprendieron la esencia de la naturaleza, de la materia, de la vida y el espíritu. Pese a la perfección del pensamiento que elaboró con una visión ordenada del universo y del hombre, Aristóteles, que ha desempeñado uno de los papeles más relevantes en la historia de la reflexión filosófica, reconoce sus límites. En la *Ética a Nicómaco* escribe: «¡Oh, amigos míos! ¡No hay ningún amigo!». Esta amarga confesión podría traducirse en otros términos: «¡No hay comunión!». Es la dolorosa constatación de que la sed del hombre no la apaga nunca únicamente la inteligencia humana. La filosofía es incapaz por sí sola de conducir al hombre a su pleno cumplimiento, a su encuentro con la verdad eterna, a pesar de que «lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia» (*Rm* 1, 20).

La idea de una creación «de la nada» no roza siquiera el espíritu de Aristóteles. La sabiduría griega nos ha hecho avanzar hasta aproximarnos mucho a la verdad. Pero, en

su más elevada expresión, se queda lejos de concebir un Dios que se rebaja a interesarse por el hombre. Su pensamiento sigue sin comprender los fundamentos de la persona humana. Esta ignorancia explica la incapacidad de percibir la igualdad radical de todos los hombres y adivinar la gracia inefable de la adopción filial divina que es sobrenatural. No nos convertimos todos en hermanos por la naturaleza, sino por la gracia de Dios. La sabiduría griega no es capaz de explicar el mal, ni el dolor, ni la redención, ni la esperanza. Pero esta sed de la amistad divina es una maravillosa expectativa y una preparación para la Revelación, para el *logos*.

Pese a que algunos textos aristotélicos parecían alejarse claramente de la doctrina cristiana, y pese a todas las lagunas de la sabiduría griega, santo Tomás de Aquino intenta comprender a Aristóteles, recogiendo su pensamiento con el deseo de mejorarlo para la enseñanza, ya que piensa que el itinerario del filósofo se ajusta al método adecuado para la búsqueda de la verdad. Por otra parte, santo Tomás consideraba este método un instrumento útil para el estudio de la doctrina de la fe. A diferencia de otros teólogos de su época, no quiso rechazar la sabiduría pagana a causa de sus carencias o de sus manifestaciones filosóficas parcialmente erróneas, sino que se sirvió de ella después de purificarlas de su sabor pagano.

Antes que él, san Basilio, en su lucha contra la cultura griega de su tiempo, se enfrentó a una tarea similar. En sus catequesis dedicadas a los Padres de la Iglesia, Benedicto XVI cita un pasaje del autor del *Tratado del Espíritu Santo*, donde retoma la presentación que el profeta Amós hace de sí mismo: «Basilio se refiere a la presentación de sí mismo que hace el profeta Amós, quien decía de sí: “Soy ganadero y cultivo higueras” (7, 14). La traducción griega del libro de los Profetas, la de los Setenta, traduce en forma más clara la última expresión: “Yo era uno que tajea los sicomoros”. La traducción se basa en el hecho de que hay que hacer un tajo a los frutos del sicomoro antes de la cosecha, los cuales maduran al cabo de pocos días. En su comentario a Isaías 9, 10 Basilio supone esta práctica, pues él escribe: “El sicomoro es un árbol que produce muchísimos frutos. Pero estos no tienen gusto a nada, excepto que se les haga con cuidado un tajo y se deje escurrir su jugo, así se vuelven sabrosos” [...]. Aplicado esto al paganismo, a lo peculiar de la cultura humana, significa que el Logos mismo tiene que hacer un tajo a nuestras culturas y a sus frutos, por eso lo que no se puede comer se purifica y no solo se vuelve comestible, sino bueno [...]. Es solo el Logos mismo el que puede conducir nuestras culturas a su auténtica pureza y madurez, pero el Logos se sirve de sus siervos, de los que “pican sicomoros”»[\[10\]](#).

Este texto simboliza de alguna manera el papel del Evangelio en el espacio de la cultura y el pensamiento filosófico. El Evangelio no va dirigido solamente al individuo: se irradia a la cultura acompañando el crecimiento y el desarrollo de la persona, su manera de pensar, su fecundidad para Dios y para el mundo. El Evangelio es un «tallado», una

purificación que trae consigo la maduración y la sanación. Evidentemente, ese «tallado» no es cuestión de un momento, sino de un encuentro paciente entre el *logos* y la cultura.

Hoy día, pese a encuentros tan fecundos como el de la Grecia antigua y el Evangelio, no se ha saciado la sed de la filosofía. La filosofía, incluso sin la Revelación, puede alcanzar la trascendencia y llegar a Dios como causa creadora y final. Pero el rechazo de Dios vuelve a reducirla a un cuestionamiento sobre la materia. Jesucristo, perfecto Hombre, eleva cualquier estudio sobre la naturaleza del hombre. ¿Por qué emprender a toda costa una especie de retroceso y rechazar un hallazgo sobre el hombre? La filosofía contemporánea se interesa por él de un modo muy superficial. Esta nueva sabiduría acaba tratando solamente los fenómenos exteriores al hombre. Muchas veces se trata de una sociología antes que de una filosofía. ¿No ha acabado el tiempo poniendo en su lugar a ciertas ciencias humanas?

Dejemos de lado la cuestión cultural para abordar la política en el sentido amplio del término. ¿Diría usted que la democracia es una invención del cristianismo?

No cabe duda de que existe una concepción cristiana de la igualdad entre los hombres. Cristo otorga a todos la misma dignidad: su salvación no conoce barreras. Solo Cristo garantiza el respeto y la protección de los derechos fundamentales de toda persona humana. Solo Él exige de cualquier hombre y de cualquier mujer el deber de ejercer plenamente sus responsabilidades, frente a su conciencia y a la sociedad, para promover la justicia, la libertad y el bien común. Cristo instaura en el corazón de las sociedades la primacía del amor fraterno y del servicio a los demás. Estos son algunos de los elementos que se deben tener en cuenta en la institución de una auténtica democracia.

La democracia no es exactamente el gobierno de la mayoría, pero se acerca a ello. ¿Merece tal nombre la mayoría cuando, con ayuda de leyes opresoras aplasta a las minorías raciales, religiosas y políticas? En *Deus caritas est*, Benedicto XVI recordaba que «el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, tal como dijo en su día Agustín: “*Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?*”». Situaciones y realidades como esta no son raras hoy día. Conviene que cualquier poder esté equilibrado por los contrapoderes. La democracia, que es un ideal y una práctica, se reconoce como el sistema político menos malo. Pero, si la democracia excluye la religión, explícitamente o no, deja de ser un bien para el pueblo; entonces ya no existe el Estado de derecho.

El mensaje cristiano es revolucionario: todos los hombres son hermanos y tienen un mismo Padre. Somos iguales en dignidad, porque todos estamos hechos a imagen de Dios. No obstante, la auténtica democracia no puede ser el reinado arbitrario de la

mayoría. Porque, ¿es necesariamente justa la mayoría? Evidentemente, la respuesta es negativa. A veces son las minorías las que poseen la verdad...

Estoy convencido de que una democracia que contribuya al desarrollo integral del hombre no puede subsistir sin Dios. Cuando un jefe de Estado dice que Dios se halla por encima de él, es más fácil que su conciencia lo llame a la humildad y al servicio. Sin referencias cristianas, en la ignorancia de Dios, una democracia se convierte en una especie de oligarquía, un régimen elitista y desigualitario. Como siempre, el eclipse de lo divino significa la degradación del hombre.

El lunes 18 de abril de 2005, durante la Misa pro eligendo Romano Pontifice, unas horas antes de su elección a la sede de Pedro, el cardenal Ratzinger quiso denunciar la dictadura del relativismo. Al parecer, usted considera que ese discurso conserva toda su fuerza.

Sí; y antes de nada me gustaría citar un largo fragmento de esa homilía. El cardenal Joseph Ratzinger decía entonces: «¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!...». La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (*Ef* 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos.

«Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es “adulta” una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad. Debemos madurar esta fe adulta; debemos guiar la grey de Cristo a esta fe. Esta fe –solo la fe– crea unidad y se realiza en la caridad. A este propósito, san Pablo, en contraste con las continuas peripecias de quienes son como niños zarandeados por las olas, nos ofrece estas hermosas palabras: “hacer la verdad en la caridad”, como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad

sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como “címbaro que retiene” (1 Co 13, 1)».

Hoy día, el relativismo representa los cimientos filosóficos de las democracias occidentales, que se niegan a considerar que la verdad cristiana puede ser superior a cualquier otra. De un modo plenamente asumido, niegan la frase de Cristo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6).

En un sistema relativista todos los caminos son posibles, como fragmentos múltiples de un avance del progreso. El bien común es fruto de un diálogo continuo entre todos, un encuentro de distintas opiniones particulares, una torre de Babel fraternal donde cada uno posee una parcela de verdad. El relativismo moderno llega incluso a pretender ser la encarnación de la libertad. Así, esta última se convierte en la obligación imperiosa de creer que no existe ninguna verdad superior: en este nuevo Edén, el hombre que rechaza la verdad revelada por Cristo se hace libre. El «vivir juntos» se convierte en un horizonte infranqueable, en el que cada individuo puede contar con su visión moral, filosófica y religiosa. En consecuencia, el relativismo arrastra al hombre a crear su propia religión, poblada de múltiples divinidades más o menos patéticas, que nacen y mueren a capricho de las pulsiones en un mundo que no puede sino recordar a las antiguas religiones paganas.

Dentro de este yugo totalitario, la Iglesia pierde su carácter absoluto: sus dogmas, su enseñanza y sus sacramentos son prácticamente ilícitos o se disminuye su rigor y su exigencia. La Esposa del Hijo de Dios queda marginada en medio del desprecio que genera la cristianofobia, pues es un permanente obstáculo. La Iglesia se convierte en «uno más», y el objetivo final del relativismo filosófico es su muerte por disolución progresiva: los relativistas –y, con ellos, el príncipe de este mundo– esperan con impaciencia esa gran noche. Trabajan para el advenimiento del reino de las tinieblas.

Juan Pablo II y Joseph Ratzinger –en calidad de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe– supieron ver el peligro letal de las teorías relativistas. La declaración *Dominus Iesus* es en buena medida una respuesta al relativismo. En la introducción, que no ha perdido nada de su fuerza, Joseph Ratzinger acierta cuando dice: «El perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto hoy en peligro por teorías de tipo relativista, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no solo de *facto*, sino también de *iure* (o de principio). En consecuencia, se retienen superadas, por ejemplo, verdades tales como el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana con respecto a la creencia en las otras religiones, el carácter inspirado de los libros de la Sagrada Escritura, la unidad personal entre el Verbo eterno y Jesús de Nazaret, la unidad entre la economía del Verbo encarnado y del Espíritu Santo, la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, la mediación salvífica universal de la Iglesia, la inseparabilidad –aun en la distinción– entre el Reino de Dios, el

Reino de Cristo y la Iglesia, la subsistencia en la Iglesia católica de la única Iglesia de Cristo.

»Las raíces de estas afirmaciones hay que buscarlas en algunos presupuestos, ya sean de naturaleza filosófica o teológica, que obstaculizan la inteligencia y la acogida de la verdad revelada. Se pueden señalar algunos: la convicción de la inaferrabilidad y la infabilidad de la verdad divina, ni siquiera por parte de la revelación cristiana; la actitud relativista con relación a la verdad, en virtud de lo cual aquello que es verdad para algunos no lo es para otros; la contraposición radical entre la mentalidad lógica atribuida a Occidente y la mentalidad simbólica atribuida a Oriente; el subjetivismo de quien, considerando la razón como única fuente de conocimiento, se hace “incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser”; la dificultad de comprender y acoger en la historia la presencia de eventos definitivos y escatológicos; el vaciamiento metafísico del evento de la encarnación histórica del Logos eterno, reducido a un mero *aparecer* de Dios en la historia; el eclecticismo de quien, en la búsqueda teológica, asume ideas derivadas de diferentes contextos filosóficos y religiosos, sin preocuparse de su coherencia y conexión sistemática, ni de su compatibilidad con la verdad cristiana; la tendencia, en fin, a leer e interpretar la Sagrada Escritura fuera de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia.

»Sobre la base de tales presupuestos, que se presentan con matices diversos, unas veces como afirmaciones y otras como hipótesis, se elaboran algunas propuestas teológicas en las cuales la revelación cristiana y el misterio de Jesucristo y de la Iglesia pierden su carácter de verdad absoluta y de universalidad salvífica, o al menos se arroja sobre ellos la sombra de la duda y de la inseguridad».

El relativismo es un mal difuso y difícil de combatir. La tarea se vuelve aún más compleja por el hecho de que instituye arbitrariamente una especie de carta magna de un modo de vida comunitaria. El relativismo intenta concluir el proceso de la desaparición social de Dios. Orienta al hombre hacia una lógica atrayente que se revela como un sistema totalitario perverso. Hoy la Iglesia continúa la lucha de Benedicto XVI contra la supresión de Dios. Que es una lucha en defensa del hombre.

Siguiendo el razonamiento de Benedicto XVI, la libertad sufre la amenaza de no ser una elección, sino una obligación, haciéndose eco así de la frase del revolucionario Saint-Just: «No hay libertad para los enemigos de la libertad».

Dios ha creado al hombre libre: este posee la libertad porque procede de Dios, fuente de toda libertad. Por eso escribe san Juan: «Si el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres» (*Jn* 8, 36). La persona que vive en situación de cautividad tiene una riqueza que ni el más cruel de los dictadores es capaz de quitarle, pues Dios nos ha

dado a todos la libertad interior.

Pero la libertad no consiste en una emancipación de todo límite o norma. Esa libertad es un mito. La libertad debe orientarse siempre a la verdad: se halla intrínsecamente ligada a nuestra naturaleza de criaturas. La libertad de un individuo debe tener en cuenta además la del prójimo. Creo que hoy en día a unos se les impone la libertad de otros. Así lo han demostrado recientemente en Francia las manifestaciones contra la desnaturalización del matrimonio. Esta falsa libertad es consecuencia de un igualitarismo sin Dios.

El hombre tiene derecho a expresarse de acuerdo con su conciencia, sin estar obligado a sufrir presiones externas. De este modo, la libertad interior ha de ser una conquista y una construcción constantes. La libertad sin verdad es mentirosa: la falta de vínculo moral entre libertad y verdad solo puede dar lugar a una forma de anarquía. La libertad es real cuando alcanza el bien supremo de la existencia humana, que es vivir en la verdad de Dios.

Hoy todas nuestras libertades se ven amenazadas. Las presiones económicas, políticas y mediáticas no dejan de debilitar el vínculo entre la libertad y la verdad. Pero creo que no hay que rendirse ante este combate diario por conquistar la auténtica libertad. Porque el hombre, aun encadenado y arrojado a una prisión material o simbólica, es un ser libre. En cautividad cuenta con el prodigioso poder de decidir, de elegir y orientar su vida al bien. Sigue poseyendo la vertiginosa capacidad de amar a sus torturadores: ese es el mensaje inefable y eterno del Evangelio. No obstante, la libertad exige disciplina interior, unas elecciones y unas renunciaciones que conduzcan nuestra vida hacia lo que nos dispone a estar al servicio de los demás. Esta lucha es colectiva: es inimaginable librar una batalla en soledad. El hombre tiene necesidad de la Iglesia y de la oración personal y comunitaria para ser llevado a la verdad.

El evangelista Juan expresa perfectamente esta cuestión cuando escribe: «Decía Jesús a los judíos que habían creído en él: “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Le respondieron: “Somos linaje de Abrahán y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo es que tú dices: ‘Os haréis libres?’”. Jesús les respondió: “En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado, esclavo es del pecado. El esclavo no se queda en casa para siempre, mientras que el hijo se queda para siempre. Por eso, si el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres. Yo sé que sois linaje de Abrahán y, sin embargo, intentáis matarme porque mi palabra no tiene cabida en vosotros. Yo hablo lo que vi en mi Padre, y vosotros hacéis lo que oísteis a vuestro padre”. Le respondieron: “Nuestro padre es Abrahán”. “Si fuereis hijos de Abrahán –les dijo Jesús– haríais las obras de Abrahán. Pero ahora queréis matarme, a mí, que os he dicho la verdad que oí de Dios. Abrahán no hizo esto. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre”. Le respondieron: “Nosotros no

hemos nacido de fornicación, tenemos un solo padre, que es Dios”. “Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais –les dijo Jesús–; pues yo he salido de Dios y he venido aquí. Yo no he salido de mí mismo, sino que Él me ha enviado”» (Jn 8, 31-42).

San Agustín, por su parte, afirma con rotundidad que la traba a la libertad del hombre es el pecado. La libertad nos es dada cuando hemos elegido a Dios libremente.

Sí, Dios ha creado al hombre libre, dotado de libre albedrío. Puede elegir entre el bien y el mal. Sin embargo, el hombre solo será plenamente él si elige el bien y se somete filialmente a Dios. Pero el pecado original ha eliminado al Padre de esa «libertad de los hijos de Dios», como dice san Pablo.

Pienso a menudo en la realista reflexión de san Agustín en su estudio sobre la mentira: «Tan grande es la ceguera que invade el alma de los hombres, que les parece poco si decimos que algunas mentiras no son pecado, y, si rechazamos totalmente la mentira, entonces dicen que, en algunos casos, se peca necesariamente».

Toda la vida del hombre es una lucha contra las trabas del mal, contra la esclavitud del pecado, para recuperar la verdadera libertad.

No cabe duda de que Benedicto XVI ha consagrado su pontificado y buena parte de su obra teológica al diálogo entre la fe y la razón. ¿Qué le parece a usted la importancia de este planteamiento en la actualidad?

Efectivamente, Benedicto XVI no ha dejado nunca de insistir en este tema decisivo, pues consideraba esencial que podamos comprender el origen de nuestras creencias. Pensaba que el verdadero trabajo del teólogo consiste en penetrar en la Palabra de Dios, para –en la medida de lo posible– intentar captarla y compartirla con claridad con los hombres de su tiempo. Por eso, el teólogo debe elaborar respuestas a las grandes cuestiones del hombre. Los bautizados tienen el deber de creer no solo con el corazón, sino también con la inteligencia. Para Benedicto XVI la religión no debe encerrarse en sí misma ni prescindir de la ayuda de la razón. Del mismo modo, le parecía fundamental no caer en la trampa de quienes, siguiendo los pasos de la filosofía ilustrada, procuran disociar la razón de la fe. Algunos piensan que la razón, ante el contacto con la fe, solo puede retroceder. La fe y la razón son, por el contrario, dos luces que se reclaman entre sí.

Todo creyente posee en su corazón un tesoro y cuenta con la posibilidad de profundizar en su fe mediante la razón. Esta maravillosa complementariedad es un don de Dios. Ningún rigor científico debe desalentar a los cristianos, ya que la investigación científica supone siempre un avance en la comprensión de la Revelación y del mundo. Las barreras que algunos han querido establecer entre la fe y la razón carecen de fundamento, pues son artificiales: en Dios no puede haber contradicción.

Juan Pablo II y Benedicto XVI han llevado a cabo una labor excepcional en relación

con esta cuestión. Es imposible olvidar la encíclica *Fides et ratio* publicada en septiembre de 1998. No me canso nunca de citar las primeras líneas de este texto: «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad».

Nuestro mundo, que ya no quiere oír hablar de Dios y piensa incluso que no tiene necesidad de Él, puede hallar grandes riquezas en el diálogo entre la fe y la razón. Entonces los hombres serán capaces de entender que la inteligencia humana más brillante no es nada sin la luz del cielo, de la que el Padre nos regala un destello a través de la fe.

A este respecto, conviene meditar este pasaje de *Fides et ratio*: «En la encíclica *Veritatis splendor* he llamado la atención sobre “algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas”. Con la presente encíclica deseo continuar aquella reflexión centrando la atención sobre el tema de la *verdad* y de su fundamento en relación con la fe. No se puede negar, en efecto, que este período de rápidos y complejos cambios expone especialmente a las nuevas generaciones, a las cuales pertenece y de las cuales depende el futuro, a la sensación de que se ven privadas de auténticos puntos de referencia. La exigencia de una base sobre la cual construir la existencia personal y social se siente de modo notable sobre todo cuando se está obligado a constatar el carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia. Sucede de ese modo que muchos llevan una vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber bien lo que les espera. Esto depende también del hecho de que, a veces, quien por vocación estaba llamado a expresar en formas culturales el resultado de la propia especulación, ha desviado la mirada de la verdad, prefiriendo el éxito inmediato en lugar del esfuerzo de la investigación paciente sobre lo que merece ser vivido.

»La filosofía, que tiene la gran responsabilidad de formar el pensamiento y la cultura por medio de la llamada continua a la búsqueda de lo verdadero, debe recuperar con fuerza su vocación originaria. Por eso he sentido no solo la exigencia, sino incluso el deber de intervenir en este tema, para que la humanidad, en el umbral del tercer milenio de la era cristiana, tome conciencia cada vez más clara de los grandes recursos que le han sido dados y se comprometa con renovado ardor en llevar a cabo el plan de salvación en el cual está inmersa su historia».

Así pues, ¿la investigación científica y la Iglesia pueden caminar en la misma dirección?

En efecto, porque la verdad es una. En algunos casos, ha podido haber hombres de Iglesia imprudentes e irrespetuosos con los científicos. En el discurso dirigido el 31 de octubre de 1992 a los participantes en la sesión plenaria de la Academia Pontificia de las

Ciencias, Juan Pablo II reconoció claramente los errores cometidos con Galileo. Su declaración resulta aún más procedente por cuanto no dudó en subrayar en qué medida Galileo traspasó su dominio al confundir, como la mayoría de sus adversarios, «el análisis científico de los fenómenos naturales y la reflexión sobre la naturaleza, de carácter filosófico, que ese progreso reclama». Juan Pablo II explicaba: «Por esto rechazó absolutamente la sugerencia que se le hizo de presentar como una hipótesis el sistema de Copérnico, en tanto que no fuera confirmado por unas pruebas irrefutables. Era esta, por otra parte, una exigencia del método experimental, del que él mismo fue el genial iniciador. Además, la representación geocéntrica del mundo estaba comúnmente aceptada en la cultura de aquella época como plenamente concorde con las enseñanzas de la Biblia, en la cual algunas expresiones tomadas al pie de la letra parecían ser afirmaciones de geocentrismo.

»El problema que, por lo mismo, se plantearon los teólogos de la época era el de la compatibilidad del heliocentrismo y de la Sagrada Escritura. De este modo, la ciencia nueva, con sus métodos y la libertad de investigación que suponen, obligaba a los teólogos a interrogarse sobre sus criterios de interpretación de la Escritura. La mayor parte de ellos no supo hacerlo. Paradójicamente, Galileo, sincero creyente, se mostró sobre este punto más perspicaz que sus adversarios teólogos. “Si bien la Escritura no puede errar –escribía a Benedetto Castelli–, podría, no obstante, acaso errar alguno de sus intérpretes y expositores, y de diversas maneras”. Es conocida también su carta a Cristina de Lorena (1615), que constituye un pequeño tratado de hermenéutica bíblica [...]. La mayoría de los teólogos no percibía la distinción formal entre la Sagrada Escritura y su interpretación, lo que les condujo a trasponer indebidamente al campo de la doctrina de la fe una cuestión que de hecho pertenecía a la investigación científica». También Benedicto XVI abordó el tema de Galileo en un importante discurso a la Curia romana el 22 de diciembre de 2005.

De hecho, no es honrado elaborar una generalización basándose en casos concretos. Porque los opositores más encarnizados de la Iglesia han acabado creando el mito de que esta emplea todas sus fuerzas en combatir a la ciencia. Hoy en día, poderosos grupos mediáticos han contraído una gran responsabilidad en la construcción de la imagen de una Iglesia retrógrada y oscurantista. Se trata de una caza de brujas, aún más acentuada desde que la Iglesia se opone a algunas investigaciones –como la de las células madre, por poner un ejemplo de actualidad– y se expresa tomando argumentos de un corpus ético particularmente fundamentado, además de tener en cuenta los hallazgos más recientes.

En realidad, la Iglesia ha estado implicada muchas veces en gran número de investigaciones científicas, sea de manera institucional, o bien a través de muchos investigadores, cristianos o no; su actitud viene siempre motivada por el bien del hombre

y la mejora de las condiciones de vida, en especial en el campo de la medicina.

La Iglesia no quiere absolutizar los resultados de la ciencia, dando lugar a nuevos dogmas. Existen investigaciones científicas que plantean graves problemas morales para el futuro del hombre y para su dignidad, o para el respeto a la vida. Los papas, ayudados estas últimas décadas por la Academia Pontificia de las Ciencias y por muchos católicos del mundo entero, trabajan para que los gobiernos establezcan límites éticos a ciertos programas de investigación. La Iglesia tiene el deber de decir hasta dónde podemos llegar, y la ciencia tiene la obligación de respetar el bien de la persona humana: no puede arruinar el ser mismo del hombre en nombre de un avance indefinido hacia el progreso.

¿En qué cree la Iglesia, en el progreso o en la esperanza?

La Iglesia alienta las dos cosas... Está a favor del progreso si este favorece el verdadero bien del hombre; en cuanto a la esperanza, nace de la fe: es, como decía Péguy, la «fe que ama».

El progreso no es la esperanza del cielo, sino que se halla imantado por intereses fundamentalmente materiales. El hombre aspira a una vida mejor, al dominio de la naturaleza, a técnicas más sofisticadas, a comunicaciones más rápidas, a un mayor rendimiento de la economía... El error está en encerrarse en una visión materialista y absolutizar el progreso. En las sociedades occidentales y en muchas grandes ciudades del mundo se impide con demasiada frecuencia un progreso espiritual que abra a la esperanza.

Solo Cristo permite la plena y total realización del hombre. Jesús hace entrar al hombre que cree en Él en la comunión trinitaria. El verdadero progreso permite al ser humano asumir sus orígenes al encontrar a Dios: es el camino hacia el Padre. El verdadero progreso pone nuestra mirada, nuestros esfuerzos y nuestra esperanza en las cosas de la eternidad.

El hombre no es feliz acumulando bienes materiales, sino que se realiza configurando toda su vida a partir de la enseñanza de Cristo. La riqueza puede conducir a la soledad y a la tristeza, mientras que Cristo concede siempre la alegría. El progreso sin Dios es una felicidad falsa.

El papa Francisco cree que la «miseria espiritual» es el mayor drama del hombre moderno. En su mensaje para la Cuaresma del año 2014 escribía: «No es menos preocupante la miseria moral, que consiste en convertirse en esclavos del vicio y del pecado. ¡Cuántas familias viven angustiadas porque alguno de sus miembros –a menudo joven– tiene dependencia del alcohol, las drogas, el juego o la pornografía! ¡Cuántas personas han perdido el sentido de la vida, están privadas de perspectivas para el futuro y han perdido la esperanza! Y cuántas personas se ven obligadas a vivir esta miseria por condiciones sociales injustas, por falta de un trabajo, lo cual les priva de la dignidad que

da llevar el pan a casa, por falta de igualdad respecto de los derechos a la educación y la salud. En estos casos la miseria moral bien podría llamarse casi suicidio incipiente. Esta forma de miseria, que también es causa de ruina económica, siempre va unida a la miseria espiritual, que nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor. Si consideramos que no necesitamos a Dios, que en Cristo nos tiende la mano, porque pensamos que nos bastamos a nosotros mismos, nos encaminamos por un camino de fracaso. Dios es el único que verdaderamente salva y libera.

»El Evangelio es el verdadero antídoto contra la miseria espiritual: en cada ambiente el cristiano está llamado a llevar el anuncio liberador de que existe el perdón del mal cometido, que Dios es más grande que nuestro pecado y nos ama gratuitamente, siempre, y que estamos hechos para la comunión y para la vida eterna. ¡El Señor nos invita a anunciar con gozo este mensaje de misericordia y de esperanza! Es hermoso experimentar la alegría de extender esta buena nueva, de compartir el tesoro que se nos ha confiado, para consolar los corazones afligidos y dar esperanza a tantos hermanos y hermanas sumidos en el vacío. Se trata de seguir e imitar a Jesús, que fue en busca de los pobres y los pecadores como el pastor con la oveja perdida, y lo hizo lleno de amor. Unidos a Él, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción humana».

Denuncia usted a menudo el drama moderno del igualitarismo exacerbado, sea ideológico o social. ¿Qué pretende decir con ello?

El comunismo soviético demostró hasta qué punto podía conducir a la humanidad a la desgracia con la promesa de la igualdad absoluta. En mi país vivimos un auténtico infierno con Séku Turé, quien pretendía poner por obra las promesas de Marx a través de la lucha de clases. El mito de la igualdad se tradujo en una dictadura sangrienta. Dios ha querido que los seres humanos sean complementarios, para ayudarse y sostenerse mutuamente. La igualdad no es creación de Dios.

Hoy en día, la ideología de género da la impresión de entretenerse con ese combate ilusorio por la igualdad. El sueño, la quimera y los paraísos artificiales no tardarán en convertirse en pesadilla. El hombre y la mujer forman una unidad en el amor: la negación de sus diferencias es una utopía destructiva, una pulsión de muerte surgida en un mundo separado de Dios.

El igualitarismo es una ideología que se desarrolla sobre el olvido de lo religioso. Todas las ideologías acaban desapareciendo, como ha ocurrido con el comunismo. De este modo, el fracaso de las ideologías es ineludible, en la medida en que no son más que producto del hombre sin Dios. ¡Pero a qué precio...!

En abril de 2014, el papa Francisco denunció las inicuas derivas de la ideología igualitaria de género para el desarrollo del niño. Ante una delegación de la Oficina

Internacional Católica de la Infancia afirmaba sin circunloquios, con ese lenguaje suyo tan directo, que «es preciso reafirmar el derecho de los niños a crecer en una familia, con un padre y una madre capaces de crear un ambiente idóneo para su desarrollo y su madurez afectiva». Y añadía: «Con los niños y jóvenes no se puede experimentar. No son cobayas de laboratorio. Los horrores de la manipulación educativa que hemos vivido en las grandes dictaduras genocidas del siglo XX no han desaparecido; conservan su actualidad bajo ropajes diversos y propuestas que, con pretensión de modernidad, fuerzan a caminar a niños y jóvenes por el camino dictatorial del “pensamiento único”. Me decía hace poco más de una semana un gran educador: “A veces uno no sabe si con estos proyectos –se refería a proyectos concretos de educación– manda el chico a la escuela o a un campo de reeducación”.

»Trabajar por los derechos humanos presupone mantener siempre viva la formación antropológica, estar bien preparados en la realidad de la persona humana y saber responder a los problemas y desafíos que plantean las culturas contemporáneas y la mentalidad difundida por los medios de comunicación social. Obviamente no se trata de acurrucarnos en cobertizos de protección que hoy día son incapaces de dar vida, que dependen de culturas que ya están pasadas. ¡No, eso no! ¡Eso está mal! Sino enfrentarse con los valores positivos de la persona humana a los nuevos desafíos que nos traen las culturas nuevas. Para ustedes, se trata de ofrecer a sus dirigentes y funcionarios una formación permanente sobre la antropología del niño, porque es ahí donde los derechos y las obligaciones tienen su fundamento. De ella depende el planteamiento de los proyectos educativos. Que obviamente tienen que ir progresando, tienen que ir madurando, tienen que acomodarse a los signos de los tiempos, respetando siempre la identidad humana y la libertad de conciencia».

Por lo tanto, cuando en octubre de 2014 un defensor de los derechos de las mujeres interpelló dentro del propio recinto de la ONU a los miembros de la Planificación Familiar Internacional para denunciar la distribución entre mujeres africanas pobres e indefensas de anticonceptivos caducados, peligrosos para la salud, se unía plenamente al combate del papa Francisco.

Al abandonar a Dios, el hombre pierde la razón y se vuelve ciego. La búsqueda ideológica de la igualdad es un camino irreal que alimenta las peores tragedias.

¿Cree usted que el hombre moderno se pierde en distracciones engañosas para no plantar cara a los verdaderos problemas?

Una sociedad sin Dios, que considera letra muerta la problemática espiritual, enmascara el vacío de su materialismo matando el tiempo para olvidar mejor la eternidad. Cuanto más extiende su influencia la materia, más placer busca el hombre en distracciones sofisticadas, narcisistas y perversas; más se olvida el hombre de Dios y más

se contempla a sí mismo. Al mirarse y ver las deformidades y la fealdad que los excesos han grabado en su rostro, se maquilla para hacerse la ilusión de que sigue siendo el ser iluminado por el resplandor original de la criatura de Dios. Pero el mal que oculta es como una brasa encendida bajo la ceniza.

Sin Dios, el hombre construye su infierno en la tierra. Las distracciones y los placeres pueden convertirse en auténticas plagas para el alma cuando se hunden en la pornografía, la droga, la violencia y en toda perversión posible.

Es muy triste que pretendamos querer permitirnos placeres sin límites cuando la mayor felicidad que existe consiste simplemente en estar junto a Dios y dejarle que nos envuelva de luz y pureza.

En sus *Pensamientos*, Blas Pascal escribía sobre las diversiones: «Algunas veces me he dedicado a considerar las diversas ocupaciones de los hombres, los peligros y los trabajos a los que se exponen, en la corte, en la guerra, y de los que surgen tantas disputas, tantas pasiones, tantas empresas atrevidas y a menudo adversas, y he descubierto que toda la desdicha de los hombres proviene de una sola causa: no saben permanecer en reposo, en un cuarto. Un hombre que posee bastantes bienes para vivir, si supiera permanecer con gusto en su casa, no saldría de ella para ir por el mar o al asedio de una plaza fuerte. No se paga tanto por un cargo en el ejército, sino porque resulta insoportable no moverse de la ciudad; y no se buscan las conversaciones y las diversiones de los juegos, sino porque no se puede permanecer en casa con gusto [...]. El hombre, por más lleno de tristeza que se encuentre, si conseguimos hacerlo entrar en alguna diversión, helo feliz durante ese tiempo [...].

»Buscamos el reposo combatiendo algunos obstáculos; y, si los hemos superado, el reposo se torna insoportable: pues, o pensamos en las miserias que padecemos, o en las que nos amenazan. Y aun cuando nos viéramos bastante al abrigo por todas partes, el tedio, por su autoridad privada, no dejaría de salir en el fondo del corazón, donde tiene sus raíces naturales, y de llenar el espíritu con su veneno. El consejo dado a Pirro, entregarse al reposo que iba a buscar con tantas fatigas, encontraba muchas dificultades. Decirle a un hombre que viva en reposo es decirle que viva feliz; es aconsejarle que asuma una condición totalmente feliz, a la que pueda considerar despaciosamente, sin encontrar en ella causa de aflicción. Así, los hombres que perciben naturalmente su condición, nada evitan tanto como el reposo, y nada hay que no hagan por buscar la intranquilidad. Por tal razón, nos equivocamos al censurarlos; su falta no reside en buscar al tumulto, si solo lo buscaran como una diversión. El mal consiste en que lo buscan como si la posesión de las cosas que buscan debiera hacerlos verdaderamente felices, y por ello tenemos razón al acusar su búsqueda de vanidad; de modo que, en todo esto, tanto los que censuran como los que son censurados no comprenden la verdadera naturaleza del hombre. La vanidad: el placer de mostrarla a los demás».

Según la filosofía, los hombres, no habiendo podido curar la muerte, la miseria y la ignorancia, han optado por no pensar en ellas para ser felices. Esta definición de la distracción está ligada a varios conceptos pascalianos: la miseria, porque es para olvidarla por lo que nos divertimos; la vanidad, pues no hay peor prueba de vanidad que este remedio para los males humanos; y el bien supremo, ya que es la ignorancia del verdadero bien lo que lleva al hombre a perseguir bienes ilusorios.

La distracción cuenta con un doble origen. Si por un lado recuerda la diversión de Montaigne, que consiste en saber alejar el pensamiento de los males que nos afligen para sobrellevarlos mejor, por otro se inspira también en la idea agustiniana de que el hombre es capaz de apartar su pensamiento de su fin último y de Dios. San Agustín tiene razón: la búsqueda de placeres está ligada al abandono de Dios.

El hombre que ignora a Dios y transforma sus instintos en parámetros divinos de todas las cosas, corre hacia su ruina. Hoy nos enfrentamos a uno de los últimos estadios de la civilización de la distracción. La alternativa es muy sencilla: si la humanidad se reforma, vivirá; pero, si persiste la huida hacia adelante, la civilización se convertirá en un infierno.

¿Diría usted que una sociedad que rechaza a Dios acaba buscando siempre sucedáneos en ritos mágicos y en supersticiones de todo tipo? ¿Su experiencia personal no le ha llevado a conocer una sociedad tradicional que sigue construida en buena medida sobre fundamentos paganos sin esperanza cristiana?

Desde hace mucho tiempo, creo que la superstición nace del miedo y que la verdadera serenidad procede de Dios. Si no conocemos a nuestro Padre, o si nadie nos lo ha mostrado, se produce una situación de angustia más o menos apremiante. Para atenuar ese temor, los ritos y los seres o los objetos quedan investidos de poderes sagrados. El paganismo puede instalarse tanto en sociedades tradicionales como en los países modernos: las manifestaciones son idénticas. El rito se convierte en un tranquilizante para controlar la depresión.

En África, el paganismo se sustentaba muchas veces sobre sacrificios de animales ofrecidos a fuerzas invisibles, o sobre la veneración de árboles y montañas sagradas que contenían supuestamente la presencia de las divinidades y los genios. A partir de ahí, los cultos intentan atemperar la violencia de las fuerzas negativas. Pero la superstición deja a las personas inmersas en la angustia, la ignorancia y la duda. En Guinea pude constatar que el miedo nacido del animismo se transmite de generación en generación hasta convertirse en algo cultural. Incluso hay cristianos, salvados por Jesús de la muerte y del miedo, a quienes les cuesta liberarse del paganismo.

De ahí se deriva un *continuum* irracional, en el que la sociedad se entrega

constantemente a libaciones y sacrificios de toda clase para apaciguar a los espíritus. Si el hombre se abre al conocimiento de Dios, la superstición tiende a desaparecer. No ignoro que hay muchos cristianos que siguen aferrados a antiguos temores. El animismo, que considera que los espíritus son quienes rigen el mundo, sigue conservando su fuerza. Algunos cristianos a quienes una fe superficial hace débiles pueden estar tentados de ofrecer sacrificios paganos a los espíritus para ganarse su favor.

El segundo tipo de superstición va unido al abandono de Dios. Cuando el hombre se desgaja de sus raíces fundamentales, necesita abandonarse a otras fuerzas. Paradójicamente, las sociedades materialistas modernas se apoyan en creencias mágicas. Los hombres fabrican falsos dioses. La búsqueda del poder sin Dios genera una mayor permeabilidad a la sed de ilusiones liberadoras. En ese contexto, es significativo que las primeras palabras de Juan Pablo II, tras su elección repitiendo la invitación de Jesús –«¡no tengáis miedo!» –, pretendan acercar al hombre a Dios para devolverle su verdadera libertad.

En muchas de sus reflexiones denuncia la escalada de violencia – simbólica o física– contra los cristianos...

Se trata de una realidad que recorre toda la historia del cristianismo y que comienza con el propio Cristo, desde su nacimiento hasta el día de su crucifixión. Los apóstoles fueron víctimas de mucha violencia. El Hijo de Dios anunció a sus discípulos que nunca hallarían la paz en este mundo. La única manera de ganar ese combate es la unión con Dios. Los cristianos no conseguirán superar los desafíos que les plantea el mundo recurriendo a instrumentos políticos, a los derechos del hombre o al respeto a la libertad religiosa. La única y verdadera roca del bautizado es la oración y el encuentro con Jesucristo. Los hombres fuertes en la oración no naufragan. Jesús inició su ministerio público con cuarenta días de oración en el desierto y acabó su vida con un grito que es una última oración: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen».

La violencia contra los cristianos no es solamente física, sino política, ideológica y cultural: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno» (Mt 10, 28). A diario, muchos cristianos de Nigeria, Pakistán, Oriente Medio y otros lugares sufren valientemente y por fidelidad a Cristo ese martirio físico, sin renunciar nunca a la libertad del alma.

La persecución es más refinada cuando, en vez de destruir físicamente, echa por tierra la enseñanza de Jesús y de la Iglesia y, por lo tanto, los fundamentos de la fe, haciendo que los corazones se extravíen. Hay quienes quieren debilitar y despersonalizar a los cristianos por medio de la violencia, para diluirlos en una sociedad licuada sin religión y sin Dios. No hay mayor desprecio que la indiferencia. Esta guerra solapada

revela un odio diabólico contra Jesucristo y contra sus verdaderos testigos. Aún escucho el potente eco de la voz de Juan Pablo II en Lyon cuando nos advertía del peligro de un ambiente que puede encerrarnos en la amnesia, apartarnos de la fe y dejarnos indefensos frente a los crecientes vapores de la idolatría: «Ciertamente, hoy no os arrojan a las fieras ni pretenden daros muerte a causa de Cristo. Pero, ¿no es preciso reconocer que hay otra forma de prueba que afecta solapadamente a los cristianos? Corrientes de pensamiento, estilos de vida y a veces incluso leyes contrarias al verdadero significado del hombre y de Dios socavan la fe cristiana en la vida de las personas, las familias y la sociedad. Los cristianos no son maltratados e incluso disfrutan de todas las libertades, pero, ¿no existe un peligro real de ver cómo su fe queda apresada por un ambiente que tiende a relegarla únicamente al ámbito de la vida privada del individuo? Esa indiferencia generalizada respecto al Evangelio y a la conducta moral que exige, ¿no es hoy una manera de ir ofreciendo poco a poco sacrificios a esos ídolos que son el egoísmo, el lujo, el goce y el placer buscados a cualquier precio y sin límites? Esta forma de presión o de seducción puede matar el alma sin atacar al cuerpo. El espíritu del mal que se enfrentaba a nuestros mártires sigue actuando. Haciendo uso de otros medios, continúa intentando apartar de la fe».

En Occidente, esta violencia es cada vez más solapada, porque procura no desvelar su verdadero rostro. Las palabras de Cristo en el Evangelio de san Juan son claras: «Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de las palabras que os he dicho: no es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra. Pero os harán todas estas cosas a causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado. Pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me odia a mí, también odia a mi Padre. Si no hubiera hecho ante ellos las obras que ningún otro hizo, no tendrían pecado; sin embargo, ahora las han visto y me han odiado a mí, y también a mi Padre. Pero tenía que cumplirse la palabra que estaba escrita en su Ley: *Me odiaron sin motivo*» (Jn 15, 18-25).

Ahora el refinamiento del mal es cada vez más insidioso. El hombre que se adormece un instante debe tener cuidado para no caer en una trampa aún más temible por ser tan atrayente.

Para concluir esta reflexión, ¿cómo hay que comprender la evolución de la secularización moderna?

A veces tengo la sensación de que la parte occidental del mundo pretende encerrarlo todo y definitivamente en el siglo, en un rechazo agresivo de las relaciones

trascendentales. La separación entre la tierra y el cielo se hace tan radical que lo religioso se convierte en un objeto extraño, una isla perdida habitada por individuos de otra época. Esta actitud oligárquica de los promotores del ateísmo, además de construirse sobre fundamentos simplistas, es peligrosa.

La dimensión del hombre es doble: celestial y terrena; la forman esta vida y el más allá. Aquí abajo es importante armonizar las dos, aportando respuestas a las necesidades corporales y espirituales, sin descuidar ni unas ni otras. Una sociedad que se olvida de Dios está hambrienta sin el conocimiento del alimento espiritual del que el hombre no puede prescindir. Por eso el proceso de secularización que reduce lo religioso a la mínima expresión conlleva una división del hombre, privándolo de uno de sus pulmones. El hombre está en este mundo tanto como en el cielo, ¡pero las únicas raíces del hombre están en el cielo! Sin sus raíces, el hombre pierde su fuerza. En abril de 2014, durante una homilía de su misa matutina en Santa Marta, el papa Francisco partía del diálogo entre Moisés y Dios en el monte Sinaí para abordar el tema fundamental de la oración: «Esta oración –explicaba Francisco– es una verdadera lucha con Dios. Una lucha del jefe del pueblo para salvar a su pueblo, que es el pueblo de Dios. Y Moisés habla libremente ante el Señor y nos enseña cómo rezar, sin miedo, libremente, y también con insistencia».

La oración debe ser una «negociación con Dios», con «argumentaciones», aconsejaba Francisco, para quien «la oración nos cambia el corazón. Nos hace comprender mejor cómo es nuestro Dios». Y es importante hablar normalmente con Él, como con un amigo, y no dudar siquiera en «reprochar un poco al Señor: “Pero tú me has prometido esto, y esto no lo has hecho...”», hablar cara a cara. Cuando Moisés desciende de la montaña, vuelve transformado, porque creía que el Señor iba a destruir y castigar a su pueblo por idolatrar el becerro de oro. Y el Papa añade: «Moisés trata de convencer a Dios, pero en este proceso él vuelve a encontrar la memoria de su pueblo, y encuentra la misericordia de Dios. Moisés, que tenía miedo, miedo de que Dios hiciera esto, al final desciende del monte con algo grande en su corazón: nuestro Dios es misericordioso. Sabe perdonar». Moisés desciende lleno de energía y diciéndose que conoce mejor al Señor. Es en la oración donde halla la fuerza para guiar a su pueblo a la tierra prometida.

La oración es vigorizante, porque es una lucha con Dios, como la de Jacob, que se prolonga toda la noche hasta el amanecer. Si perseveramos, viviremos la misma experiencia: «Un hombre estuvo luchando con él hasta rayar el alba; y al ver aquel hombre que no le podía, le alcanzó en la articulación del muslo; y se le dislocó a Jacob la articulación del muslo en su lucha contra él». Luego le da un nombre nuevo a Jacob y lo bendice (*Gn* 32, 23-33). También san Pablo ve la oración como una lucha: «Os saluda Epafras, compatriota vuestro, siervo de Cristo Jesús, y que siempre se afana por

vosotros en sus oraciones, para que os mantengáis perfectos cumpliendo todo lo que Dios quiere» (*Col* 4, 12). El apóstol está convencido de que el trabajo espiritual no obtiene fruto si no se halla sostenido por la oración de intercesión. Y también a los romanos –y a nosotros con ellos– les escribe san Pablo: «Os suplico, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que luchéis juntamente conmigo, rogando a Dios por mí, para que sea liberado de los incrédulos que hay en Judea y mi ministerio en favor de Jerusalén sea aceptado por los santos» (*Rm* 15, 30-31).

[8] Camus, Albert, *El hombre rebelde*, Alianza Editorial, Madrid 1996.

[9] Discurso de clausura del Concilio Vaticano II, 7 de diciembre de 1965, § 32-35.

[10] Ratzinger, Joseph, *Caminos de Jesucristo*. Cristiandad, Madrid 2004.

7. PARA PERMANECER EN LA VERDAD

«La oración ha sido el pegamento
que me ha dado la libertad».

James Foley, periodista norteamericano
asesinado en Siria el 19 de agosto de 2014.

NICOLAS DIAT: ¿Cómo definiría usted la palabra «fe»?

CARDENAL ROBERT SARAH: La fe es como la respuesta de dos prometidos. Con el sí que va a comprometer toda su vida, dos seres consagran su amor. Ese sentimiento amoroso descansa sobre una fe mutua que cree en el otro y cuenta con su fidelidad para el futuro. De este modo, los dos se convierten en una sola carne. En el amor cada uno, humildemente, se hace nada ante el otro, se desarrolla y crece en el otro. «¡El amor ha crecido en mí!», decía tímida y apasionadamente santa Teresa de Lisieux. En la fe y en el amor, Dios crece en mí y me eleva hasta Él. Pero la fe es también un don de Dios, porque el hombre siempre responde libremente a la llamada del cielo. No se trata de una respuesta teórica, sino de una experiencia personal de Dios tal cual es.

Al responder a Dios, fundamentamos en Él nuestra vida y el Padre pone en nosotros su esperanza. Dios desea siempre configurar al hombre a su imagen y semejanza. Es importante entender que la fe es una alianza de amor, que nos lleva a convertirnos en un único y mismo ser con la persona amada.

En su libro *El signo de Jonás*^[11], Thomas Merton se preguntaba si se podía afirmar que «por el Amor el alma recibe la “forma” de Dios». En lenguaje de san Bernardo, esa forma, que cabría referir a una semejanza divina, constituye la identidad para la que hemos sido creados. Por eso podemos decir: «*Caritas haec visio, haec similitudo est*», «la caridad es esa visión, esa identidad». Por el amor nos parecemos de forma inmediata a Dios, y por el amor místico lo «vemos» ya en la tierra, en el sentido de que tenemos la experiencia de Dios tal como es en sí mismo.

La fe es la más hermosa experiencia de Dios. Abrahán es buena prueba de ello. Después de escuchar la llamada, se pone en marcha con confianza. Nosotros somos hijos de Abrahán, nuestro padre en la fe, y pertenecemos al linaje de los descendientes espirituales del pueblo del Éxodo, que camina a través del desierto. Por otra parte, los cristianos son también los hijos de los discípulos de Jesús que caminaron tras Él. Por eso, la fe puede definirse como un recorrido espiritual conducido y guiado únicamente por la voz de Dios. Por decirlo de otro modo, la fe es la adhesión a una palabra que se

considera venida de más lejos y de más alto que yo. La Biblia no deja nunca de hacerse eco de ese don providencial.

La fe es también un acto que nos transforma progresiva y definitivamente.

Como ocurrió con Abrahán, quien tuvo que aceptar el sacrificio de su hijo Isaac, hijo de la promesa, la fe es un acto que nos convierte radicalmente en otro. Después de la prueba del sacrificio de su hijo, ni Abrahán ni Isaac son ya los mismos. Isaac ya no es el mismo hijo para Abrahán. Ha sido entregado y devuelto a Dios, se ha convertido en el signo de otra filiación. Abrahán, por su parte, no vive solamente como el hombre que ha recibido un don de Dios: el don de su hijo Isaac. Es aquel que ha aceptado ser desposeído de ese don y lo ha recobrado como herencia espiritual.

En realidad, la fe es siempre un itinerario pascual en busca de la voluntad del Padre, en línea con la fidelidad de Abrahán y de su obediencia hasta el altar del sacrificio de su hijo Isaac. San Pablo define la fe como obediencia al Padre (*Rm* 1, 5; 16, 25). Pero hemos de comprender que nuestra obediencia puede conducir al monte del sacrificio. Por eso, el camino de la fe es el de la aceptación por parte del hombre de la voluntad de Dios. Los mandamientos del Padre son un código de conducta que nos pide un consentimiento de amor. La fe consiste en querer lo que Dios quiere, en amar lo que Dios ama, aunque eso nos conduzca a la Cruz.

En Jesús ponemos nuestra fe. Nos apoyamos en Él porque es «iniciador y consumidor de la fe» (*Hb* 12, 2). Por Él decimos «*Amen*» a Dios para su gloria (*2 Co* 1, 20). En hebreo, el término *Amén* se refiere a un elemento sólido y digno de confianza. Por eso esta palabra expresa la respuesta de la fidelidad del hombre a la fidelidad de Dios en Jesucristo. Podemos apoyarnos en Dios como en una roca, con la convicción y la seguridad de que, aunque se encuentre al borde del precipicio, no se derrumbará. En una relación de fe, Dios es mi alcázar, mi fortaleza y mi roca.

La fe no implica garantías. El creyente camina en la noche, como un peregrino en busca de luz. Lo que sabe, lo sabe solo en la penumbra del atardecer, caminando con ayuda de una «*cognitio vespertina*» y no de una «*cognitio matutina*», un conocimiento con clara visión, según la bella terminología de san Agustín y santo Tomás.

A propósito de la etimología medieval, tan sugerente, recordemos que el verbo creer, *credere*, significa también *cor-dare*, «dar el corazón» y ponerlo sin condiciones en manos de Otro.

El hombre que cree consiente, como Abrahán, en convertirse en prisionero del Dios invisible: acepta ser poseído por el Padre en la escucha obediente, la docilidad del corazón y las luces de la inteligencia. El camino hacia Dios es consentimiento y abandono, sin esperar recibir garantías tranquilizadoras. San Pablo nos ofrecía un espléndido programa: «Persevero esforzándome por ver si lo alcanzo, puesto que yo mismo he sido alcanzado por Cristo Jesús» (*Flp* 3, 12).

En abril de 2014, el Papa recordaba en una homilía en Santa Marta que «el cristianismo no es una doctrina filosófica, no es un programa de vida para sobrevivir, para ser educados, para hacer las paces. Esas son las consecuencias. El cristianismo es una persona, una persona alzada en la Cruz, una persona que se aniquiló a sí misma para salvarnos; se hizo pecado y, así como en el desierto fue alzado el pecado, aquí se alzó a Dios, hecho hombre y hecho pecado por nosotros. Y todos nuestros pecados estaban allí. No se entendería el cristianismo sin entender esta humillación profunda del Hijo de Dios, que se humilló y se hizo siervo hasta la muerte y muerte de cruz, para servir». Y añadía el Santo Padre: «El corazón de la salvación de Dios es su Hijo, que tomó sobre sí todos nuestros pecados, nuestra arrogancia, nuestra seguridad, nuestra vanidad, nuestros deseos de llegar a ser como Dios. Un cristiano que no se gloria en Cristo crucificado no entiende lo que significa ser cristiano. Nuestras heridas, las que dejó el pecado en nosotros, solo se curan con las heridas de Dios hecho hombre, humillado, aniquilado».

Me gusta mucho esta reflexión del Papa, pues muestra cómo la fe es un compromiso de todo nuestro ser. La fe llevada a sus últimas consecuencias consiste en un despojamiento absoluto en Dios. En este mundo creo que los monjes cartujos, hijos de san Bruno, que ponen toda su esperanza en Dios, son uno de los más bellos ejemplos de vidas entregadas enteramente a Él. En sus ermitas lo único que cuenta es la esperanza divina.

A propósito de esto, ¿cómo hay que entender la esperanza?

La esperanza no es otra cosa que el optimismo cristiano. Permite al hombre permanecer fuerte en la fe, plenamente confiado en las promesas de Dios. En la esperanza, Dios es el garante de mi futuro y de un sereno equilibrio. Los cristianos tienen que ser optimistas y alegres; pero se trata de un sentimiento que nace de la fe y del poder de Dios, que nunca pierde una batalla, para que el hombre conozca la paz y la gloria junto a Él. La fe es el fundamento de la esperanza, una nueva dimensión del hombre que lo conduce hacia la divinidad. Por eso escribía san Pablo en su carta a los romanos: «Justificados, por tanto, por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos acceso en virtud de la fe a esta gracia en la que permanecemos, y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de Dios. Pero no solo esto: también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza. Una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm 5, 1-5*).

Puesto que nuestra fe y nuestra esperanza descansan en Dios, no tenemos nada que temer. El cristiano puede decir con convicción: «Mi esperanza está en ti, Señor. Me callo, no abriré la boca, pues eres Tú quien hace las cosas» (*Sal 39, 8.10*).

En 2007, en su encíclica *Spe salvi*, Benedicto XVI escribió unas palabras esclarecedoras sobre la esperanza: «En efecto, “esperanza” es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras “fe” y “esperanza” parecen intercambiables. Así, la *Carta a los Hebreos* une estrechamente la “plenitud de la fe” (10, 22) con la “firme confesión de la esperanza” (10, 23). También cuando la *Primera Carta de Pedro* exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el *logos* –el sentido y la razón– de su esperanza (3, 15), “esperanza” equivale a “fe”. El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo “ni esperanza ni Dios” (*Ef* 2, 12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban “sin Dios” y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío.

»“*In nihil ab nihilo quam cito recidimus*” (“en la nada, de la nada, qué pronto recaemos”), dice un epitafio de aquella época, palabras en las que aparece sin medias tintas lo mismo a lo que Pablo se refería. En el mismo sentido les dice a los tesalonicenses: “No os aflijáis como los hombres sin esperanza” (*1 Ts* 4, 13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Solo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una “buena noticia”, una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento».

«En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era solo “informativo”, sino “performativo”. Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva».

¿Por qué ya no se comprende la alegría cristiana?

Según san Pablo, la alegría es la característica del cristiano. No olvide cuánto le gustaba exhortar a los cristianos diciéndoles: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra comprensión sea patente a todos los hombres [...]. No os preocupéis por nada; al contrario: en toda oración y súplica, presentad a Dios vuestras peticiones» (*Flp* 4, 4-6). Sin oración no hay verdadera alegría. San Pablo exclamaba

también: «Con tal de que en cualquier caso se anuncie a Cristo, yo con eso me alegro; aún más, me seguiré alegrando, pues sé que me aprovecha para la salvación, gracias a vuestras oraciones» (*Flp* 1, 18-19). La oración es la fuente de nuestra alegría y de nuestra serenidad, porque nos une a Dios, nuestra fuerza. Un hombre triste no es discípulo de Cristo. Quien cuenta exclusivamente con sus propias fuerzas se entristece cuando estas declinan. Por el contrario, el hombre que cree no puede estar triste, porque su alegría procede únicamente de Dios. Pero la alegría espiritual depende de la cruz. Cuando empezamos a olvidarnos de nosotros mismos por amor a Dios, le encontramos a Él, al menos oscuramente. Y, si Dios es nuestra alegría, esta es proporcional a nuestra abnegación y a nuestra unión con Él.

Jesús mismo nos invita a una vida llena de generosidad, de entrega, pero también de alegría. El papa Francisco habla mucho de la sencilla felicidad del Evangelio. En su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, la alegría del Evangelio, escribe: «Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría». El Santo Padre enseña claramente que debemos orar a diario para no perder esa dulce plenitud. Hay muchas llamadas del mundo que ponen a prueba la alegría cristiana. E incluso se puede decir que los placeres mundanos no pueden comprender la alegría cristiana. Hay que seguir con alegría a Cristo en cualquier circunstancia. La batalla es dura, porque no faltan las penas. La sonrisa no es espontánea cuando nos enfrentamos al sufrimiento y a la decepción. Si Dios nos posee de verdad, si Cristo está en nosotros, la alegría regresa siempre.

De hecho, la alegría no se controla: brota espontáneamente de una fuente interior que es Dios. Su amor lleva siempre consigo la verdadera felicidad. Por eso, la gente de los países ricos que ha abandonado a Dios está siempre triste, mientras que las naciones pobres y creyentes resplandecen de auténtica alegría: no tienen nada, pero Dios es una luz constante porque habita en sus corazones. Yo mismo pude constatarlo una vez más durante mi viaje a Filipinas con el Papa en enero de 2015.

Por otro lado, muchos observadores tienden a subrayar que Francisco ha basado su pontificado en la palabra clave «misericordia». ¿Qué piensa usted?

Etimológicamente, la misericordia consiste en arrojar el propio corazón dentro de la miseria del otro, en amar al otro en el corazón de su miseria. Pero, antes de inundarnos con su bondad, la misericordia exige verdad, justicia y arrepentimiento. En Dios la misericordia se hace «perdón». Nos hallamos, pues, en el centro del mensaje evangélico.

El perdón es el rasgo más marcado del amor de Dios hacia el hombre. San Pedro pregunta a Jesús: «“Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando peque contra mí? ¿Hasta siete?”. Jesús le respondió: “No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”» (*Mt* 18, 21-22). Es decir, incansablemente...

Tenemos que amar como Dios. Dios conoce las bajezas y las grandes debilidades del hombre, pero arroja su corazón sobre nuestra miseria: se alegra de perdonarnos. El perdón consiste en volver a empezar a amar con más gratuidad y generosidad cuando el amor ha sido maltratado.

Sin la gracia de Dios, sin la mirada puesta en el crucifijo, de donde nos llega la voz de Jesús pidiendo por sus verdugos, y sin abrir nuestros corazones para injertarlos en el corazón traspasado y desbordante de amor de Aquel que viene a quemar nuestros pecados, nos será difícil perdonar, porque ese acto exige darlo todo. Hay que desbordar amor, hay que sobreabundar en el amor para acceder a la verdad del perdón. La mejor imitación de Jesús es el perdón. En el Evangelio, el hijo pródigo, la mujer adúltera y María Magdalena son ejemplos maravillosos del perdón que Cristo nos propone imitar.

Dios es perdón, amor y misericordia: aquí –y en ningún otro sitio– reside la radical novedad del cristianismo. Los hombres deben perdonar como perdona Dios, incansablemente. Hemos sido modelados por Él y basta recordar nuestros orígenes divinos para aceptar sin esfuerzo su voluntad, que nos pide ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto en la misericordia. El perdón permite siempre una re-creación del hombre, porque se trata de una oportunidad venida del cielo.

¿Quién es ese Dios de perdón?

El libro de Jonás afirma que ese Dios es «el Dios clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en misericordia, que se duele del mal» (*Jon 4, 2*).

Jeremías, por su parte, nos revela a un Dios que se estremece de ternura por Efraín: «¡Pero si Efraín es mi hijo querido, el niño de mis delicias, que cada vez que le reprendo aún me acuerdo más de él! Por eso se conmueven mis entrañas. Siempre me apiadaré de él. Oráculo del Señor» (*Jr 31, 20*).

Según el profeta Isaías, Dios nos ha grabado en las palmas de sus manos. El Padre supera y desborda la ternura de todas las madres del mundo: «¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos, tus murallas están siempre ante mí» (*Is 49, 15-16*).

Y Jesús revela a un Dios cuyo amor es insondable. Cuando sus hijos pródigos regresan a casa, los estrecha entre sus brazos y les devuelve su dignidad de hijos del Cielo.

Dios es bueno y bello, y lo que ha creado es todo a su imagen: el Génesis, con su relato del nacimiento del mundo, destila maravillosamente la belleza de Dios. Esa belleza resplandece para el hombre. Dios no hace nada para Él: toda la creación ha sido hecha en honor de su descendencia.

La belleza de Dios, que salpica a la Creación y puede ser desfigurada por el hombre,

siempre es susceptible de renacer gracias al perdón. Si el hombre rechaza el perdón, se separa de Dios y cae en una vida infrahumana, dominada por la fealdad, la mentira y el mal. Si acepta el perdón, renace el bien.

¿Cómo se puede entender la búsqueda de lo universal que recorre toda la historia del cristianismo?

El hombre busca siempre hallarse en un conjunto mayor que él mismo para afianzar y desarrollar su vida. Por eso, desde sus orígenes, la Iglesia ha deseado integrar a cada hombre en esa gran comunidad de bautizados querida por Dios. Desea reunirlos dentro de una dignidad compartida, de un mismo destino. En este sentido, la Esposa de Cristo se hace eco de una búsqueda inherente al hombre. Se trata de una voluntad de enriquecerse orientándose al otro. El Espíritu Santo une y suscita distintos carismas: existe una diversidad en la unidad. El otro es siempre un tesoro que me ofrece Dios para enriquecer mi humanidad y ayudarme a crecer en mi vocación personal. Yo, por mi parte, por miserable que sea, tengo el deber de fomentar las riquezas y las particularidades del otro. También yo –aunque sea poca cosa– soy un don para el otro. Formamos una sola familia humana en la que cada uno aporta su propia riqueza, en un espléndido mosaico de culturas y tradiciones. Hay tesoros de la humanidad que tienen mucho valor.

Por otra parte, lo universal no debe destruir la identidad personal. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha procurado conceder un lugar preeminente a las expresiones locales. El mejor ejemplo está en los ritos litúrgicos particulares, como el ambrosiano, el occitano o el mozárabe.

La Iglesia es una y diferente en cada rincón de la tierra.

Hoy día a muchos cristianos les cuesta tener confianza en el futuro...

En la vida cristiana a veces surgen dudas, pero la confianza vuelve siempre. ¡El mejor sinónimo de la palabra confianza es la palabra fe! De hecho, la confianza representa la más hermosa manifestación del hombre orientado hacia Dios. Su Palabra no puede engañarme ni inducirme a error. La confianza del cristiano consiste en abandonarse plenamente a la eterna fidelidad de Cristo. Hoy hay cierta literatura obsesionada por el tema de la transparencia: es como si todo tuviera que ser transparente para que exista la sinceridad. Pero la verdadera transparencia es Cristo. La confianza nace de esta luz de la verdad que no se apaga jamás. Las circunstancias pueden complicarse, los vientos pueden maltratar nuestra existencia y los huracanes derribar nuestras referencias humanas, pero Jesús está siempre con nosotros: «Bendito el varón que confía en el Señor, y el Señor es su confianza. Será como árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces a la corriente, no teme que llegue el calor, y sus hojas

permanecerán lozanas» (Jr 17, 7-8).

En sus meditaciones, santa Teresa de Jesús escribió unos versos magníficos sobre la verdadera confianza en el absoluto del Hijo de Dios:

Nada te turbe;
nada te espante;
todo se pasa;
Dios no se muda,
la paciencia
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene,
nada le falta.
Solo Dios basta.

Los monjes, con el camino exigente y puro de su vida, muestran una esperanza irrevocable en la Palabra de Dios. Poseen en abundancia esa sencilla confianza de los niños, edificante y preciosa. Confían porque realmente les basta solo Dios. Saben que Él no les engañará. La clave de un desprendimiento tan grande en la vida diaria es la confianza, la oración y un amor a Dios incondicional. El amor es un fuego: esa hoguera hace arder en ellos un deseo que no orienta directamente a la acción, sino únicamente hacia Dios.

Toda la vida de los monjes está consagrada a la oración. ¿Podría definir qué es exactamente la oración?

Si el hombre carece de agua, no puede beber. Del mismo modo, sin la oración el hombre se seca, porque deja de tener profundidad, interioridad y un manantial que riegue su vida. La oración abre las puertas a un oasis sin límites. Orar no consiste esencialmente en hablar con Dios. Indudablemente, es normal que dos amigos quieran hablar para conocerse. Buen ejemplo de ello es Moisés, que hablaba con Dios en un sublime cara a cara: el Antiguo Testamento nos dice que, cuando salía de esos coloquios íntimos, su cara estaba radiante. No podemos encontrar de verdad a Dios sin que su luz brille en nosotros. En la oración dejamos que Dios grave en nuestro rostro el resplandor de su Faz.

En realidad, la oración consiste en callar para escuchar a Dios que nos habla y oír al Espíritu Santo que habla en nosotros. Creo que es importante decir que no sabemos ni podemos orar solos: es el Espíritu Santo quien ora en nosotros y por nosotros. San Pablo afirma: «El Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios». Y añade: «Asimismo también el Espíritu acude en ayuda de nuestra flaqueza:

porque no sabemos lo que debemos pedir como conviene. Pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu» (Rm 8, 16.26).

No cabe duda de que los hombres deben hablar a Dios; pero la verdadera oración deja a Dios libertad para venir a nosotros según su voluntad. Tenemos que aprender a esperarle en el silencio. Hay que perseverar en el silencio, en el abandono y la confianza. Orar es saber permanecer mucho tiempo callado: ¡cuántas veces estamos sordos, distraídos por nuestras palabras...! Por desgracia, no es fácil saber escuchar al Espíritu Santo que ora en nosotros. Cuanto más perseveremos en el silencio, más oportunidades tendremos de escuchar el susurro de Dios. Recordemos que el profeta Elías pasó mucho tiempo oculto en una cueva antes de escuchar el dulce susurro del cielo. Sí, vuelvo a insistir: la oración consiste ante todo en guardar silencio. A veces tendremos que acurrucarnos junto a la Virgen del Silencio para pedirle que nos obtenga la gracia del silencio del amor y de la virginidad interior, es decir, una pureza de corazón y una disponibilidad para la escucha, que destierre toda presencia que no sea la de Dios. El Espíritu Santo se encuentra en nosotros, pero solemos estar llenos de orquestas que tapan su voz.

La oración es un tiempo largo de desierto y aridez si estamos deseando alcanzar las fáciles alegrías de este mundo, en lugar de escuchar a Dios. Cuando hay tantos pensamientos que nos alejan de Dios, es importante no olvidar que el Espíritu Santo sigue presente. También los grandes santos han dudado de su propia vida de oración, de tan dura como era a veces su sequedad. Santa Teresa del Niño Jesús se preguntaba incluso si creía en las palabras que recitaba en sus oraciones diarias.

Yo creo que la oración exige de alguna manera la ausencia de palabras, porque el único lenguaje que escucha Dios de verdad es el silencio del amor. La contemplación de los santos se alimenta exclusivamente de un cara a cara con Dios en el abandono. Solo hay fecundidad espiritual en un silencio virginal que no esté mezclado con demasiadas palabras y ruido interior. Hay que saber mostrarse desnudo ante Dios, sin afeites. La oración necesita una honradez sin tacha del corazón. La virginidad es la esencia misma del absoluto en que nos mantiene Dios.

Dios envolvió en su luz inefable la pobreza de Moisés. Liberó su corazón de todos los problemas. Moisés fue despojado para escuchar realmente la esperanza de Dios. La verdadera oración lleva consigo algo así como una desaparición de nuestro caos personal.

Cuando Juan Pablo II rezaba, estaba inmerso en Dios y apresado por una presencia invisible, como una roca totalmente ajena a lo que ocurría a su alrededor. Karol Wojtyła se hallaba siempre arrodillado ante Dios, inmóvil, petrificado y como muerto en el silencio ante la grandeza de su Padre. Cuando pienso en este santo sucesor de Pedro, recuerdo a menudo esta frase de san Juan de la Cruz en su *Subida del Monte Carmelo*:

«Para entrar en esta divina unión ha de morir todo lo que vive en el alma, poco y mucho, chico y grande».

Dios solo se comunica plenamente con un corazón semejante a la *nítida* claridad de una mañana de verano rica en bellas promesas.

Sé que el cuerpo no deja nunca de sacarnos fuera de la oración. El hombre también es imaginación, y esta tiene la habilidad de arrastrarnos a largos viajes que nos alejan de Dios.

Por eso, hace tiempo que pienso que la oración únicamente puede tomar cuerpo de noche. En la oscuridad solo Dios nos ilumina. Igual que Jacob y a ejemplo de los monjes, es importante aprender a rezar en plena noche, cuando toda la creación busca el sueño. La oración nocturna nos vuelve a sumergir en las tinieblas de la muerte de Jesucristo que conmemoramos durante la celebración de la vigilia pascual. Entonces, como dice Thomas Merton en *El signo de Jonás*^[12], «la oscuridad será como una fuente de la que salgamos limpios y luminosos, ya no separados, sino unidos en Cristo resucitado».

A través de la oración el hombre es re-creado en la inmensidad de Dios: es un pequeño anticipo de la eternidad. A través de la oración nos parecemos a Cristo, a quien le gustaba pasar la noche recogido: «En aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios» (Lc 6, 12).

Situándonos en otro plano, ¿cómo definiría la contemplación?

En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles se refiere a ella de un modo admirable. Según él, la actividad contemplativa es en sí misma la acción más elevada del hombre en este mundo. La contemplación es justo lo contrario de la actividad práctica: se trata, por definición, del momento más importante de la vida humana. Aristóteles explica que la sabiduría del contemplativo comporta maravillosos placeres, tanto por su pureza como por su solidez. El sabio, abandonado a sí mismo, puede entregarse a la contemplación. Cuanto mayor es la sabiduría, más importante es el lugar que ocupa la contemplación en la vida. Aristóteles precisa que el sabio tiene el deber de arrastrar a otros a la actividad contemplativa, anunciando así a los Padres del desierto y a todos los contemplativos que han decidido entregar su vida a Dios, que es sabiduría y fuente de toda sabiduría. Ciertamente, las realidades divinas de las que habla Aristóteles se hallan muy lejos de nuestro Dios y de Cristo. El filósofo se refería simplemente a la elevación del espíritu y del corazón.

En realidad, en el hombre hay una especie de nostalgia de la compañía de Dios. Tenemos un profundo deseo y una querencia a estar cara a cara con lo divino. En el plano cristiano, la contemplación es un «de corazón a corazón» con Dios en el silencio y la soledad: algo imposible en medio de la agitación del mundo, y más aún en la dispersión del ruido interior. Nuestras propias tormentas interiores son el estruendo más difícil de

encauzar.

Con Cristo, la contemplación se parece a la felicidad de dos enamorados que se miran en silencio. Me acuerdo muchas veces de aquel humilde campesino que iba todos los días a la iglesia de Ars y se quedaba un buen rato inmóvil ante el sagrario. Un día el santo cura le preguntó: «¿Qué hace usted aquí, amigo mío?». Y él contestó: «Yo le miro y Él me mira». Aquel humilde campesino no decía nada, porque no le hacía falta hablar para decirle a Cristo que le amaba; y tampoco necesitaba ninguna manifestación del Hijo de Dios, porque se sabía verdaderamente amado. En el amor no hacen falta las palabras. Cuanto más intensa es la vida de silencio, más sola está el alma con Dios. Y cuanto más virgen es el alma, más se aparta de la agitación del mundo.

Con todo, no debemos pensar que la contemplación de Dios solo sea posible en el silencio de un monasterio, de una iglesia o en la soledad del desierto. Juan Pablo II exhortaba a los cristianos a ser «contemplativos en la acción». El comentario de santo Tomás a san Juan contiene un pasaje particularmente esclarecedor. Jesús se vuelve hacia Andrés y Juan, que le han preguntado: «Rabbi —que significa: “Maestro”—, ¿dónde vives?». Y Él les responde: «Venid y veréis». Santo Tomás da un sentido místico a unas palabras que, efectivamente, significan que solo el encuentro y la experiencia personal pueden hacernos conocer a Cristo. Este conocimiento experimental de Dios en nosotros es la esencia de la contemplación. La santa humanidad de Cristo es siempre el camino para llegar a Dios: dejarle hablar en el silencio, ante el Santísimo Sacramento, ante un crucifijo, junto al enfermo que es otro Cristo, el mismo Cristo. Cada alma tiene su camino. Juan Pablo II decía que unas veces se sentía preparado para pedir cosas a Dios y otras no.

Según santo Tomás, no existe prácticamente contradicción entre la contemplación y la acción. Un monje puede enfrentarse a una tormenta espiritual en su celda o en la iglesia del monasterio y encontrar de nuevo a Dios después de trabajar en el campo... El sacrificio, la obediencia y la mortificación pueden hacerle regresar al Padre. Un intenso trabajo intelectual o manual purifica el espíritu de preocupaciones que hacen imposible la unión consciente con Dios. «*Ora et labora*» resume los dos caminos hacia la contemplación que se ofrecen no solamente a los monjes, sino a todo discípulo de Cristo.

La contemplación nos arrastra hacia lo divino en un movimiento sin retorno. El hombre que contempla y encuentra a su Creador ya nunca volverá a ser el mismo: podrá caer cien veces, pecar cien veces, negar cien veces a Dios, pero una parte de su alma ha alcanzado definitivamente el Cielo.

Sería lamentable que la oración se convirtiera en largos parloteos confusos que nos alejan de la auténtica contemplación. La locuacidad en la oración impide oír a Dios. Es este un peligro de la vida moderna, donde el silencio resulta a veces tan molesto. Sentimos la constante necesidad de escuchar el ruido del mundo: hoy la verborrea es

como una regla imperativa y el silencio se relaciona con el fracaso...

La contemplación supone un momento precioso del encuentro entre el hombre y Dios. Una lucha constante que merece una espléndida victoria.

Quizá esto le suponga un desafío, pero, ¿puede resumir en pocas palabras esa búsqueda de Dios que menciona tan a menudo?

El salmo 42 dice: «Como ansía la cierva las corrientes de agua, así te ansía mi alma, Dios mío. Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?». Creo que estas palabras expresan el deseo que habita de manera permanente en lo más hondo de nosotros: el hombre tiene una necesidad absoluta de Dios, como la tiene el recién nacido de su madre.

El Padre nos ha hecho para Él, pero nuestro corazón vive angustiado, dividido por una sorda inquietud. En realidad, lo que espera es reposar en Dios: solo Él puede colmarnos. Por eso, consciente o inconscientemente, nos hallamos siempre en busca del Padre.

No hay que tener miedo de buscar constantemente a Dios, oculto por tantos acontecimientos de nuestra vida, por tantas tentaciones, por tantas falsas luces que nos ciegan, que es fácil perderle.

No obstante, el deseo de Dios está grabado en el corazón del hombre. Sí, el hombre ha sido creado por Dios, para Dios, y Él no deja de atraerlo. Solo en Dios hallará el hombre la verdad y la felicidad que busca febrilmente. San Agustín habló de un modo espléndido de esta poderosa atracción del hombre hacia la ciudad de Dios, frente a los encantos pasajeros de la ciudad terrenal.

El hombre ansía lo excepcional, que es Dios, pero nunca lo ha encontrado realmente. En este tiempo de indiferencia religiosa la búsqueda es aún más intensa. Porque las cosas de este mundo están en connivencia con la eternidad. Por terrible que parezca la sequedad de esta época, no hay que olvidar que la fuente divina se halla más presente que nunca. El hombre puede buscar sin saber por qué e incluso rechazar el camino hacia Dios: pero en el fondo esa búsqueda existe. Hay que saber descubrir esa sed interior para ayudar a la humanidad a correr el velo de las apariencias sensibles.

Creo que al mundo Dios no le será nunca indiferente. Puede que quiera olvidarlo, siguiendo una moda o un espíritu ideológico. Pero ese repliegue es solo circunstancial. Visto así, el ateísmo no existe. Paradójicamente, el hecho mismo de no creer es ya la declaración de una fe rechazada.

La Iglesia habla de la felicidad sobrenatural. ¿Cuál es el significado de esta expresión?

Los teólogos dicen que la bienaventuranza consiste en ver y poseer a Dios. En este

mundo no vemos a Dios: sabemos que existe, pero no le vemos. Según santo Tomás, en el Cielo la visión de Dios será inmediata.

En este mundo nos gustaría amar con todo el corazón, pero no lo logramos. ¿Por qué? Porque no vemos a Dios. En el Cielo nuestra alma será silenciosa, perfectamente dócil y transparente a la luz. El alma será inmutable. En la tierra la constante inquietud del hombre le lleva a perseguir apariencias fugaces. En el Cielo poseeremos el ser.

La promesa de una transformación y una resurrección no deja de sorprender después de más de dos mil años. Desde luego, es difícil prepararse en este mundo para la auténtica felicidad del Cielo. El único modo seguro consiste en permanecer unido a Dios presente en nuestro corazón. La visión de la eternidad no se nos da en esta vida, pero tenemos la fe, que es una posesión en las tinieblas.

Aquí en la tierra nos debe bastar con la certeza de la perfección de Dios. Esta frase, atribuida al obispo de Hipona, expresa ese sentimiento con una célebre fórmula paradójica: «Dios mío, si me propusierais cambiar, hacer que yo sea Dios y Vos Agustín, diría: ¡No! Prefiero que Vos seáis Dios y yo Agustín o cualquier otro, ¿qué más da? Mi felicidad sois Vos, no yo».

Los cristianos saben que, al final de los tiempos, Cristo vendrá en la gloria. Según la Biblia, estará escoltado por todos los ángeles y ante Él se reunirán los pueblos. Separará a los hombres, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos. A unos los colocará a la derecha para que vivan con Él en la eternidad; los otros, que han elegido dónde estar, quedarán alejados de la luz. La ciudad terrenal no es nuestra verdadera patria: es un tránsito. Hemos nacido para hacer un gran viaje hacia la ciudad de Dios y convertirnos en «conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (*Ef 2, 19*).

Pese a este destino sublime, aquí abajo estamos llamados a ser los artesanos de Dios para que descendan ya sobre este mundo gotas de eternidad. La visión del Cielo no puede hacernos olvidar que debemos luchar contra las fuerzas del mal que buscan sin descanso corromper a la humanidad creada por Dios. El reino de Dios debe comenzar *hic et nunc*.

En la tierra tenemos el tesoro de la oración, que es el idioma del Cielo.

En esa lengua, todas las palabras traducen un solo pensamiento, una sola verdad que invade el alma y la penetra totalmente para guiarla y ennoblecerla; una verdad que anuncia el mismo Cristo: Yo soy el amor infinito; todo lo mío os lo doy para que estemos unidos como el Padre y el Hijo están unidos (*Jn 17, 22-23*).

Se dice en latín: «Soli Deo». ¿Solo Dios debe imantar siempre al hombre?

El hombre no debe volverse hacia sí mismo. La orientación que le garantiza el equilibrio y la vida es justo la contraria. El hombre tiene que arrancarse de sí mismo.

Mientras esté encerrado en su ego, su propia prisión interior es un auténtico infierno.

Dios es la vía abierta que nos permite escapar de nosotros mismos.

Solo el pensamiento de Dios puede concedernos a la vez la libertad y la pureza y el equilibrio entre una y otra. No es tomando como modelo a los hombres –aunque sean los mejores– como sabremos lo que debemos hacer, sino volviéndonos hacia Dios: Él nos mostrará los sacrificios que se nos piden y solamente Él nos dará también la fuerza para llevarlos a cabo.

Cuando nos hallamos en la oscuridad y ya no conseguimos ver a Dios, y ni siquiera su ideal, hay que tener un poco de valor y seguir pacientemente vuelto hacia Él. En esas horas de sombras avanzamos más rápidamente hacia el final. Los túneles de la fe son atajos hacia Dios: desviarse entonces supone perder grandes gracias. ¡Cuántos santos han pasado por esta experiencia!

Si somos fieles y dirigimos siempre y con paciencia nuestra alma hacia la luz divina, también nosotros daremos luz, como las flores toman su apariencia del sol.

Esa orientación habitual traerá consigo el orden, el equilibrio, la tranquilidad y la paz. Entonces estaremos en el camino de la santidad, que consiste en dedicarse a Dios antes que a uno mismo y vivir de su belleza eterna.

Ese es el testamento espiritual de la madre Teresa de Calcuta, quien al final de su vida escribió: «Esforzaos por caminar en la presencia de Dios, de ver a Dios en todos aquellos con quienes os encontráis, especialmente en las calles, irradiad la alegría de pertenecer a Dios, de vivir con Dios, de ser suyos».

[11] Merton, Thomas, *Le Signe de Jonas*, Albin Michel, Paris 1955.

[12] *Ibid.*

8. EL MISTERIO DE LA INIQUIDAD Y LAS GRANDES DUDAS

«Tantos proyectos, excepto los pecados propios,
pero tantos, tantos proyectos
de deshumanización del hombre,
son obra de Satanás, sencillamente
porque odia al hombre».

Papa Francisco.

Homilía del lunes 29 de septiembre de 2014

NICOLAS DIAT: ¿Cuál es su respuesta al escándalo de los sacerdotes pederastas?

CARDENAL ROBERT SARAH: Cuando a un sacerdote se le confían unos niños para guiarlos hacia Dios y esas criaturas pequeñas y frágiles son objeto de violencias sexuales, se trata de una conducta inicua y criminal de enorme gravedad. La pederastia constituye una de las desviaciones morales más abominables.

Los obispos que han ocultado voluntariamente esos escándalos son una pequeña minoría. Aun así, es indudable que su mala gestión ha hecho mucho daño a la Iglesia. Pero no hay que olvidar que muchos de esos sacerdotes y religiosos depredadores contaban con sutiles estrategias, que mantenían en secreto sus actos delictivos. Desgraciadamente, ha habido muchas víctimas que no han denunciado esas situaciones debido a terribles sufrimientos psicológicos. Por otra parte, soy consciente de que el respeto a la figura del sacerdote también ha podido desempeñar un papel importante en la consolidación de una cultura del silencio.

Bajo el pontificado de Juan Pablo II, la voluntad de Joseph Ratzinger de no cerrar los ojos ante estos crímenes fue muy valiente. Es importante recordar estas palabras sin concesiones de Cristo: «El que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe. Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino, de las que mueve un asno, y lo arrojaran al mar» (*Mt 18, 5-6*). Conviene no olvidar que Jesús es implacable y que no perdona el escándalo causado a los niños, igual que no tolera la tibieza de nuestra fe: «Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Y así, porque eres tibio, y no caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca» (*Ap 3, 15-16*).

Los obispos que han ido desplazando a los sacerdotes pederastas de parroquia en parroquia para enmascarar sus agresiones se han comportado de un modo abyecto. ¿A

quién se le ocurriría pensar que esos crímenes cesarían como por arte de magia?

Esta ha sido una práctica utilizada sobre todo en Irlanda, donde los abusos sexuales han alcanzado cotas inimaginables. La carta de Benedicto XVI a los católicos irlandeses, publicada en marzo de 2010, no quiso maquillar el alcance de los dramas causados por la traición de algunos miembros del clero.

Cuando era arzobispo de Conakri, nunca tuve problemas de pederastia en mi diócesis, y es indudable que se trata de un escándalo que casi no ha afectado a África. Pero sí tuve que enfrentarme, a otro nivel, a sacerdotes que mantenían relaciones secretas con mujeres: a los fieles les impactaban mucho esos excesos de sus pastores. Por otra parte, no es menos grave la situación de los sacerdotes que llevan una doble vida y tienen mujer e hijos, profanando la imagen del sumo sacerdote Jesucristo y la gracia sacerdotal. «No os engaños –dice san Pablo–, de Dios nadie se burla. Porque lo que uno siembre, eso recogerá: el que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; y el que siembre en el Espíritu, del Espíritu cosechará la vida eterna» (Ga 6, 7-8).

En realidad, creo que muchos obispos no estaban preparados para afrontar problemas tan graves. Además, no solemos conocer la complejidad del seguimiento médico de los pederastas. Los dirigentes de algunas diócesis tuvieron que contactar con los equipos médicos adecuados, lo que se tradujo también en un número considerable de problemas.

Creo que la Iglesia ha afrontado hoy con mucho valor y verdadera eficacia el problema de los depredadores sexuales. Es importante comprender que Juan Pablo II desconocía este tema. La enfermedad le impidió ser consciente del alcance de la traición de algunos hombres. Con mucha lucidez, Joseph Ratzinger abrió una nueva vía. Benedicto XVI y después Francisco han adoptado métodos drásticos para acabar con las raíces de ese horror.

En muchos países, las instituciones civiles que tienen que afrontar problemas parecidos podrían inspirarse en la transparencia de la Iglesia. Me atrevo a decir que hemos actuado de tal manera que el trato que le ha dado la Iglesia se ha convertido en un modelo.

¿Cómo se entiende mejor esa frase impactante de Francisco durante la rueda de prensa del viaje a Tierra Santa en la que comparaba los actos de los sacerdotes pederastas con las misas negras?

El Papa reflexionó mucho sobre el alcance de esa comparación. Francisco decidió pronunciar esa frase porque piensa que la pederastia es un acto satánico. Yo suscribo con rotundidad la acusación del Santo Padre. ¿Cómo es posible que un sacerdote capaz de agredir con una violencia inusitada a un niño puro e inocente celebre a continuación la santa misa?

Después de cometer un crimen sexual de tanta gravedad, un sacerdote ya no puede sujetar entre sus manos la hostia consagrada. Si decide seguir celebrando misa, su falta de respeto hacia el Hijo de Dios es tan grande que, consciente o inconscientemente, se halla en una situación de pacto con el diablo. Un sacerdote pederasta que celebra misa comete un sacrilegio.

El acto pederasta atenta ontológicamente contra el ser mismo del sacerdote: en consecuencia, el vínculo sacerdotal que lo ata a Cristo desaparece. La ruptura es tan radical que ya no puede entrar en comunión con Jesús.

¿Cómo puede un sacerdote llegar a tal perversión y olvidar las solemnes y sagradas palabras cargadas de consecuencias de su ordenación sacerdotal?: «Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor».

Francisco ha querido denunciar las misas negras para desenmascarar al diablo y exponer a la luz sus delitos. El acto pederasta supone una mancha sobre la inocencia, la negación de la creación de Dios: la lucha contra la pureza divina es la esencia misma de aquello que hace regodearse al diablo. El cuerpo de un niño es virgen, y Satanás no puede soportar esa virginidad.

Hay que agradecer a Francisco su valor. Porque el diablo intentará vengarse.

¿Cómo tratar sin ninguna intención de polémica y con absoluta objetividad la traición de algunos hombres de Iglesia?

Puede ser que en los seminarios una pequeña minoría de hombres hayan ocultado unos problemas que los sitúan en total desacuerdo con la vocación sacerdotal. No puedo entender que hayan aceptado ordenarse para instalarse después en una situación de profanación de los sacramentos.

En su carta pastoral a los católicos de Irlanda, Benedicto XVI tuvo palabras muy duras contra los sacerdotes y religiosos que han abusado de los niños: «Habéis traicionado la confianza depositada en vosotros por jóvenes inocentes y por sus padres. Debéis responder de ello ante Dios todopoderoso y ante los tribunales debidamente constituidos. Habéis perdido la estima de la gente de Irlanda y arrojado vergüenza y deshonor sobre vuestros hermanos sacerdotes o religiosos. Los que sois sacerdotes habéis violado la santidad del sacramento del Orden, en el que Cristo mismo se hace presente en nosotros y en nuestras acciones. Además del inmenso daño causado a las víctimas, se ha hecho un daño enorme a la Iglesia y a la percepción pública del sacerdocio y de la vida religiosa. Os exhorto a examinar vuestra conciencia, a asumir la responsabilidad de los pecados que habéis cometido y a expresar con humildad vuestro pesar. El arrepentimiento sincero abre la puerta al perdón de Dios y a la gracia de la verdadera enmienda. Debéis tratar de expiar personalmente vuestras acciones, ofreciendo

oraciones y penitencias por aquellos a quienes habéis ofendido. El sacrificio redentor de Cristo tiene el poder de perdonar incluso el más grave de los pecados y de sacar el bien incluso del más terrible de los males. Al mismo tiempo, la justicia de Dios nos pide dar cuenta de nuestras acciones sin ocultar nada. Admitid abiertamente vuestra culpa, someteos a las exigencias de la justicia, pero no desesperéis de la misericordia de Dios».

El hombre de Iglesia que comete pecados como estos se miente a sí mismo y traiciona a Dios. Cristo le ha dado todos los medios para ejercer su sacerdocio y él ha preferido pactar con los poderes de las tinieblas. De este modo, la gracia recibida el día de la ordenación es gravemente maltratada. Nunca se obliga a un seminarista a convertirse en sacerdote. Por eso, cuesta entender que un hombre que conoce esos impulsos letales pueda elegir el camino del sacerdocio. Algunos especialistas en estos temas creen que el pederasta siempre busca ambientes en los que sabe que encontrará niños. Esta explicación muestra claramente hasta qué punto la Iglesia debe reforzar los controles para detectar este tipo –no cabe duda que minoritario– de individuos.

El pederasta se hace culpable de una tripe traición: hacia sí mismo, hacia la Iglesia y hacia el pueblo de los bautizados; pero es también responsable de un rechazo radical de la enseñanza de Cristo. Al peor criminal le queda siempre la posibilidad del perdón divino, pero el sacerdote pederasta se instala en una situación de lucha abierta contra el Hijo de Dios.

¿Qué lección se puede sacar del terrible episodio de Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo?

Me he referido antes al problema de los obispos que no conocen los horrores cometidos por algunos sacerdotes. Permítame que le cuente una pequeña historia personal. Cuando era arzobispo de Conakri, leí un libro del padre Maciel sobre la formación de los seminaristas y del clero. Me pareció un análisis magnífico. No sabía nada de su verdadera vida ni de su indigna conducta. ¿Quién iba a imaginar que ese libro no estaba escrito de su mano y –lo que es peor aún– que había pasajes enteros robados de otros tratados de espiritualidad?

Antes de venir a Roma tenía un conocimiento limitado de esta congregación. Además, no coincidí nunca con el padre Maciel. Más tarde, cuando trabajaba en la Congregación para la Propagación de la Fe, me chocó el lujo de las casas de formación y de los centros de espiritualidad de la Legión, y me preguntaba a menudo sobre su capacidad para trasladarse a los países pobres de misión.

Pero también me impresionaba el gran número de vocaciones sacerdotales que suscitaba. Durante un congreso de teología en el Ateneo pontificio *Regina Apostolorum*, que depende de la Legión de Cristo, me gustó el buen tono de aquellos seminaristas venidos sobre todo de Latinoamérica. Eran un símbolo de la nueva evangelización

deseada por Juan Pablo II. Mi admiración hacia esos jóvenes de la Legión de Cristo no se ha empañado nunca. Porque muchas veces Dios deja crecer juntos el buen trigo y la cizaña. Y es admirable la entrega generosa de su vida y su compromiso en el seguimiento de Cristo.

Naturalmente, hay una pregunta que nos quema en los labios. ¿Cómo es posible que un hombre tan corrupto como el padre Maciel tuviera engañados durante tantos años a las autoridades romanas y a los propios papas? Creo que el fundador de la Legión de Cristo traicionó las gracias recibidas del Cielo. Poco a poco el diablo fue apoderándose de su alma y le inspiró todas las abyecciones que ahora conocemos. Me resulta imposible suponer que ese hombre no estuviera ni un solo día en contacto con Jesucristo. Parece evidente que rechazó una y otra vez la ayuda que el Hijo de Dios podía concederle.

Según las pruebas exhumadas en la investigación sobre su vida, ya en su juventud Marcial Maciel cometió actos abominables. El hecho de lograr poner al gobierno de la Legión al servicio de todas sus perversiones hace aún más llamativa su doblez. Es un misterio que fundara una floreciente familia religiosa. El padre Maciel creó una obra para el bien de la Iglesia sin renunciar jamás a su pecado.

De hecho, este hombre edificó una obra de Dios llevando en su persona los gérmenes de la destrucción. Tuvo que librarse un combate entre el bien y el mal: Dios dio mucho sin que simultáneamente dejara de propagarse el veneno de actos secretos y malignos. Mientras Él construía una obra espléndida, el demonio se empeñaba de un modo cada vez más repugnante en socavar la obra hasta sus cimientos.

No hay que olvidar la importante contribución de los Legionarios de Cristo a la Iglesia durante los últimos cincuenta años. La mirada que Juan Pablo II dirigía a la Legión era de verdadero aprecio, debido a su auténtico trabajo misionero.

Después de tantas dificultades y asaltos del Maligno, estoy convencido de que triunfará lo mejor. Hemos de guardar un recuerdo agradecido al modo en que Joseph Ratzinger supo abordar con valentía y lucidez un problema tan complejo, que otros simulaban no ver. En muchos aspectos, Benedicto XVI salvó a la Legión de Cristo de un inmenso caos.

¿Y qué es el mal?

Dios es amor y libertad. Deja a todo el mundo la libertad de amarle o no: su amor no obliga a nadie. El mal es lo opuesto y lo contrario a Dios. San Juan escribe que el mal constituye esencialmente una lucha contra Dios. Nuestro Padre es el bien supremo y el mal es precisamente lo que Dios no es.

¿Cuáles son las raíces del mal? Creo que procede de la capacidad de todo ser creado de decidir libremente entre el bien y el mal. Según la Revelación, el mal procede del Maligno, de Satanás, que se rebeló contra Dios e indujo a nuestros «primeros padres» a

separarse de su voluntad. El mal es fundamentalmente una rebelión contra Dios, contra el bien y contra el amor.

Paradójicamente, aunque nadie quiere el mal, no dudamos en cooperar con él. «Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido como esclavo al pecado. Porque no logro entender lo que hago; pues lo que quiero no lo hago; y en cambio lo que detesto lo hago. Y si hago precisamente lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. Pues ahora no soy yo quien hace esto, sino el pecado que habita en mí. Porque sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el bien; pues querer el bien está a mi alcance, pero ponerlo por obra, no. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si yo hago lo que no quiero, no soy yo quien lo realiza, sino el pecado que habita en mí [...]. ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte...?», exclamaba san Pablo, deseoso de rechazar el mal (*Rm 7, 14-20.24*). En la Carta a los romanos el apóstol describe en términos particularmente realistas la lucha que habita en todo hombre. Sabemos lo que está prohibido; y, sin embargo, pecamos. De hecho, lo prohibido no excluye la falta; al contrario: es como si la propia ley suscitara el deseo de transgredirla.

En definitiva, el mal solo puede definirse con relación al bien. Sin Dios la falta no tiene pleno sentido, porque es imposible percibir con total seguridad la naturaleza del bien o del mal. Por eso, cuando el hombre intenta suprimir a Dios, quiere establecer él mismo las fronteras del bien y del mal. Ese es el drama del hombre contemporáneo. Si el hombre se convierte en un dios, se hunde en una negra noche donde los valores ya no tienen sentido, porque el bien y el mal no existen. Entonces la humanidad puede sumirse en una especie de caos, ya que sin frontera entre el bien el mal las raíces de la justicia se borran peligrosamente.

En el plan divino, el mal es para nosotros un gran misterio. Después de la muerte podremos comprender muchas cosas que aquí abajo cuesta aceptar.

Desde el inicio de su pontificado, Francisco ha hablado con frecuencia de la existencia del demonio. ¿No es este un tema difícil de comprender?

La Revelación nos enseña con certeza la existencia de espíritus malignos que se oponen a Dios y se niegan a servirle, y que mueven a los hombres a rebelarse contra Él. El demonio es el que divide, el que enfrenta a los hombres entre sí.

No se conoce la existencia del demonio mejor que por sus obras. Como todos los espíritus, no es visible. Por otra parte, no hay nada que le guste más a Satanás que la oscuridad en que se mueve: cuanto más oculto está, más eficaz es.

Al príncipe de este mundo se le reconoce muy bien en todas las tentaciones que nos hacen caer. Por las Escrituras sabemos que tentó a Cristo. Dice san Lucas: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto, donde

estuvo cuarenta días y fue tentado por el diablo. No comió nada en estos días, y al final sintió hambre. Entonces le dijo el diablo: “Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan”. Y Jesús le respondió: “Escrito está: *No solo de pan vivirá el hombre*”. Después el diablo lo llevó a un lugar elevado y le mostró todos los reinos de la superficie de la tierra en un instante y le dijo: “Te daré toda esta potestad y su gloria, porque me ha sido entregada y la doy a quien quiero. Por tanto, si me adoras, todo será tuyo”. Y Jesús le respondió: “Escrito está: *Adorarás al Señor tu Dios y solo a Él darás culto*”. Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso sobre el pináculo del Templo y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, arrojate abajo desde aquí, porque escrito está: *Dará órdenes a sus ángeles para que te protejan y te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra*”. Y Jesús le respondió: “Dicho está: *No tentarás al Señor tu Dios*”. Y, terminada toda tentación, el diablo se apartó de Él hasta el momento oportuno» (Lc 4, 1-13).

Me gustaría citar también un texto de Pablo VI del 29 de junio de 1972, durante una misa en la basílica de San Pedro. El Papa no escondía su dolor y su angustia: «Ante la actual situación de la Iglesia, se diría que el humo de Satanás ha entrado por alguna grieta en el templo de Dios. Se ve duda, incertidumbre, problematicidad, inquietud, insatisfacción, enfrentamiento. Ya no se confía en la Iglesia. Se confía en el primer profeta profano que viene a hablarnos desde la tribuna de un periódico o de un movimiento social, y se corre tras él para preguntarle si posee la fórmula de la verdadera vida, sin pensar que ya la poseemos, que somos sus dueños.

»En nuestras conciencias ha entrado la duda, y ha entrado por ventanas que deberían estar abiertas a la luz. De la ciencia, hecha para darnos verdades que no solamente no nos alejen de Dios, sino que nos hagan buscarle aún más y alabarle con mayor intensidad, nos han llegado la duda y la crítica. Los científicos son quienes inclinan la cabeza, quienes más dolorosamente se interrogan; y acaban diciendo: “No sé, no sabemos, no podemos saber”. La enseñanza se convierte en fuente de confusión y de contradicciones a veces absurdas. Se celebra el progreso para a continuación poder demolerlo por medio de las revoluciones más extrañas y radicales, para renegar de todas las conquistas, para volvernos primitivos después de haber ensalzado tanto el progreso del mundo moderno.

»También en la Iglesia reina este estado de incertidumbre. Creíamos que tras el concilio brillaría el sol sobre la historia de la Iglesia. Pero, en lugar del sol, han venido las nubes, la tormenta, las tinieblas, la búsqueda, la incertidumbre. Predicamos el ecumenismo y cada vez nos separamos más los unos de los otros. Intentamos abrir abismos en lugar de salvarlos.

»¿Cómo ha podido ocurrir todo esto? Ha intervenido un poder adverso cuyo nombre es el diablo, ese ser misterioso al que alude san Pedro en su carta. ¡Cuántas veces nos habla Cristo en el Evangelio de este enemigo de los hombres! Creemos que la obra de

Satanás se ejerce hoy en el mundo precisamente para enturbiar, para enterrar los frutos del concilio ecuménico y para impedir que la Iglesia cante la alegría de haber recobrado plenamente la conciencia de sí misma.

»Por eso querríamos, hoy más que nunca, ser capaces de ejercer la función, confiada a Pedro por Dios, de confirmar a nuestros hermanos en la fe. Querriamos comunicar ese carisma de la certeza que el Señor concede a aquel que le representa en la tierra, por indigno que sea. La fe nos da la certeza, la seguridad, cuando se fundamenta en la Palabra de Dios, aceptada y reconocida como conforme a nuestra razón y a nuestra alma humana».

San Juan María Vianney decía con acierto que «el Espíritu Santo disipa la niebla que el demonio nos pone delante para hacernos perder el camino del Cielo».

Por eso es importante que las diócesis cuenten con sacerdotes exorcistas sólidamente preparados, envueltos en santidad y protegidos por el manto virginal de María. Hoy día las manifestaciones del demonio son considerables y están muy extendidas. Bajo su influencia, los pecados de ayer se han convertido en virtudes. El diablo se frota las manos mientras amasa importantes ganancias. No obstante, no debemos albergar ninguna duda, porque la victoria definitiva será solo de Dios. San Mateo recoge esta magnífica frase de Cristo a Pedro: «Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18).

Dios nos ha prometido la victoria sobre las fuerzas del mal. Nuestra esperanza debe permanecer intacta.

«En todo hombre, en todo momento, hay dos postulados simultáneos: el uno hacia Dios, el otro hacia Satán. La invocación a Dios, o espiritualidad, es un deseo de ascender de grado; la de Satanás, o animalidad, es la alegría del descenso». ¿Le parece esclarecedora esta idea de Las flores del mal, de Charles Baudelaire?

Este gran poeta coincide con las observaciones de san Pablo sobre la dificultad para hacer el bien. Recuerde lo que decía el apóstol: «Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi espíritu y me esclaviza bajo la ley del pecado que está en mis miembros». Existe en el hombre una nostalgia de Dios, una aspiración y una atracción natural hacia el Padre. No obstante, el hombre es dual: está dividido entre su búsqueda del bien y el poder de las tinieblas. El diablo intenta todos los días atraparnos en las redes de la tentación. El hombre mira al cielo, pero la ingravidez del diablo lo atrae constantemente. Desde este punto de vista, la oración, acompañada de la penitencia, es un acto de resistencia, una señal de insumisión al príncipe de este mundo. Creo que la filósofa cristiana Simone Weil tenía razón cuando escribió en su libro *La gravedad y la gracia*^[13]: «La creación: el

bien hecho pedazos y esparcido a través del mal. El mal es ilimitado, pero no infinito. Solo lo infinito limita lo ilimitado». Esta reflexión expone la verdad de nuestra condición terrenal. Weil concluía elocuentemente con esta promesa sobre el final de nuestro combate: «Decir que el mundo no vale nada, que esta vida no vale nada, y poner como prueba el mal, es absurdo; porque, si esto no vale nada, ¿de qué nos priva entonces el mal?».

A lo largo de la historia de la humanidad, Dios nos ha prometido que el mal no tendrá la última palabra. En medio de las tribulaciones de esta intensa lucha necesitamos no estar solos. Sin el auxilio de la gracia somos como niños perdidos: el hombre es una liana que intenta subir hacia el sol, pero tiene necesidad de un árbol sólido. Para la humanidad ese árbol es la Iglesia; y, para la Iglesia, ese árbol en el que enroscarse para subir a sus hijos al Cielo es Cristo.

Por último, ¿existe el infierno o se trata de un relato de terror pasado de moda?

El infierno indica la separación definitiva entre Dios y el hombre. Pero Dios no envía nunca al infierno: la condenación es el resultado de una elección libre. El infierno existe por una voluntad irreductible de separarse de Dios.

Aunque nadie busca el sufrimiento, la decisión de no reconocer a Dios entraña consecuencias ineludibles. Separarse del Padre es un acto grave, pues el hombre se aparta de Dios, de quien es hijo. El infierno representa lo contrario de la plenitud en Dios. Ese sufrimiento se compara a un fuego encendido, porque no hay nada más terrible que matar a los padres, hacerlos desaparecer definitivamente del corazón y de la vista.

Hoy día el infierno es una cuestión totalmente borrada de la reflexión autorizada: Satanás se ha convertido incluso en una especie de representación puramente novelesca. Y al diablo le encanta, porque sus actos quedan olvidados y ocultos.

No obstante, las visiones del infierno que han tenido los grandes santos de la Iglesia son estremecedoras. Me gustaría citar las palabras de san Marcos, que son especialmente nítidas: «Si tu mano te escandaliza, córtatela. Más te vale entrar manco en la Vida que con las dos manos acabar en el infierno, en el fuego inextinguible. Y si tu pie te escandaliza, córtatelo. Más te vale entrar cojo en la Vida que con los dos pies ser arrojado al infierno. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo. Más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que con los dos ojos ser arrojado al infierno, donde su gusano no muere y el fuego no se apaga. Porque todos serán salados con fuego» (Mc 9, 43-49).

El infierno es una realidad, no una idea. Las representaciones del juicio final en los tímpanos de las catedrales son explícitas. Es verdad que en Occidente nos hemos atrevido a decidir eludir el tema del infierno. Pero en África sí creemos en lo nocivo de las fuerzas del mal. A nadie se le ocurriría negar su existencia, sus crímenes y sus

métodos.

El principal ardid del demonio consiste siempre en hacer creer que no existe. Sin embargo, el papa Francisco no tuvo miedo de hablar de Satanás durante su primera misa después de ser elegido para la sede de Pedro al afirmar: «Cuando no se confiesa a Jesucristo, me viene a la memoria la frase de León Bloy: “Quien no reza al Señor, reza al diablo”. Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa a la mundanidad del diablo, la mundanidad del demonio».

En el Evangelio, Cristo dice explícitamente que solo es posible expulsar al diablo mediante la oración y el ayuno. La Iglesia no puede ignorar una enseñanza tan clara.

¿Cómo definiría el purgatorio?

Está claro que se trata de una noción muy difícil de comprender. Los santos han hablado mucho sobre este tema, como santa Catalina de Siena, quien escribió en sus *Diálogos*: «Si los pobres mortales tuvieran la más ligera idea de lo que son el purgatorio y el infierno, sufrirían mil muertes antes que exponerse a experimentar uno de esos tormentos por espacio de un solo día». San Agustín, por su parte, no dudaba en manifestarse sobre este tema en sus sermones: «Dice el apóstol: se salvará como a través del fuego... Ignoramos ese fuego, a causa de las palabras “se salvará”. Sin embargo, este fuego es sumamente penoso, porque excede todas las penas que jamás sufrió hombre alguno en esta vida».

¿Quién tiene razón: san Agustín o nosotros, que creemos más o menos confusamente que el purgatorio es un concepto anticuado carente de interés?

Fijémonos en mis raíces africanas animistas: entre mis ancestros paganos, cuando un hombre muere víctima de una rápida enfermedad o de un trágico accidente, se interroga a su cuerpo. Al difunto se le pregunta directamente cuál ha sido el motivo de su muerte repentina.

Recuerdo perfectamente, por ejemplo, a un hombre pagano de un poblado vecino que falleció en Ourous después de sufrir graves quemaduras. Para trasladarlo a su casa, el cortejo fúnebre tenía que cruzar el río. Pero, como las costumbres prohíben atravesar un río con un muerto, lo enterraron en el campo cerca de Ourous. En el momento de las exequias, al ver a quienes llevaban su cuerpo moverse adelante y atrás y luego a derecha e izquierda, pregunté a mi madre por qué hacían aquello. Ella me explicó que había que interrogar al muerto, quien respondía a través de las indicaciones que daba a los portadores... A mí me costaba creerlo, pero mi madre insistió en que esos gestos tenían su origen en el poder del muerto. Recuerdo que el maestro de ceremonias hacía al difunto toda clase de preguntas: sobre su relación con su mujer, su obediencia a las costumbres, la honradez de su trabajo o el respeto a los antepasados. De hecho, la fe animista cree que el alma vaga en la miseria y el sufrimiento, obligada a trabajos serviles

humillantes, hasta que queda limpia de todas sus faltas terrenales. Luego, después de esta etapa de purificación, podrá llegar al poblado de los antepasados, que representa el equivalente al paraíso. Sin este ritual, que es el momento de la verdad, el alma queda sumida en el tedio, aislada, sin relación con sus hermanos. Mientras es un alma errante, puede obrar en perjuicio de la tranquilidad y los asuntos de los vivos: los sacrificios y las libaciones al pie de las estelas sagradas sirven para ayudar a esas almas a llegar al poblado de los antepasados.

En muchas religiones primitivas, el purgatorio es una fase errante que precede al «paraíso», que el hombre podrá conocer si su alma se purifica siguiendo las reglas prescritas por la tradición. Los animistas no conocieron la Revelación hasta pasados muchos siglos, pero sí tuvieron la intuición natural de la necesidad de un lugar de transición.

San Agustín creció en una cultura pagana antes de decidir convertirse al cristianismo. De ahí que su visión del purgatorio resulte especialmente interesante. Hay varios pasajes de su obra en los que se refiere a esta creencia. Su influencia ha sido muy importante, sobre todo en dos aspectos. Por un lado, san Agustín fija el momento de la prueba del purgatorio en el más allá: tiene lugar entre el juicio individual que sigue a la muerte de cada hombre y el juicio universal, al final de los tiempos. Por otra parte, subraya que esta prueba que conduce necesariamente al paraíso no debe considerarse un medio de salvación, pues es algo terrible.

Para los cristianos el paraíso es el lugar donde todos los hombres vivirán en perfecta comunión con Dios. No es posible acceder a esa luz mientras nuestra alma siga llevando las manchas de sus faltas terrenales. Por eso el purgatorio es un tiempo de purificación, una fase de preparación para el gran viaje hacia Dios. Como en las largas travesías de los barcos, se trata de una especie de cuarentena de las almas enfermas.

No podemos acercarnos a Dios sin tener un alma completamente purificada: debemos estar totalmente abrasados en el fuego de su amor. Para entrar en la luz del Padre hay que estar irradiado de él.

Santa Teresa de Lisieux escribió unas frases sorprendentes sobre el purgatorio: «¡Escuche hasta dónde tiene que llegar su confianza! Debe hacerle creer que el purgatorio no está hecho para usted, sino solamente para las almas que han ignorado el amor misericordioso o que han dudado de su poder purificador. Con quienes se esfuerzan por responder a ese amor, Jesús es “ciego” y no “sabe contar”; o, mejor dicho, solo cuenta con ese fuego de la caridad que, para purificarlas, “cubre todas las faltas”, y sobre todo con los frutos de su perpetuo Sacrificio. Sí, pese a sus pequeñas infidelidades, puede esperar ir directo al Cielo, porque Dios lo desea aún más que usted y seguro que le dará lo que usted espera de su misericordia. Lo que premiará es su confianza y su abandono: su justicia, que conoce su fragilidad, está divinamente ordenada para hacerlo.

Ahora bien, apoyado en esa certeza, ¡procure con más motivo aún que Su amor no disminuya!».

No cabe duda de que al racionalismo occidental moderno le cuesta mucho comprender la realidad del purgatorio, lo que evidencia la distancia que separa a algunas sociedades de lo religioso: no son capaces de ver en ello más que relatos mágicos.

Básicamente, el hombre que no quiere comprender el purgatorio tampoco llega a saber quién es Dios. Dios, que es amor, arde en un absoluto inconmensurable. Cuando Moisés se encuentra con Dios, ve un fuego encendido de donde surge una voz que le dice: «Yo soy el que soy». Y le pide que no se acerque demasiado y se quite las sandalias cubiertas de polvo.

No podemos ir hacia Dios como quienes dan un paseo romántico por un jardín inglés en busca de hermosas emociones... Dios nos pide una purificación de toda la suciedad que llena nuestro corazón y oscurece nuestra alma.

Los santos se encuentran inmediatamente en la alegría del Cielo. Pero, para la inmensa mayoría de los hombres, el purgatorio es una difícil y árida antesala hacia nuestro Creador, que quiere perdonar nuestras faltas temporales. A Dios no le mueve un sentimiento de venganza: su medida no es la de los hombres. El purgatorio es una restauración del hombre. El hombre viejo desaparece y el hombre nuevo alcanza la ternura purificadora de Dios.

El purgatorio nace, por lo tanto, del amor divino. Es un fuego purificador que algunos identifican con Dios mismo.

¿Por qué tenemos a veces la sensación de que Dios se ha dormido?

Para responder a su pregunta me gustaría empezar citando las palabras de Benedicto XVI del 27 de febrero de 2013, durante su última audiencia de los miércoles: «Ocho años después [de mi elección] puedo decir que el Señor realmente me ha guiado, ha estado cerca de mí, he podido percibir cotidianamente su presencia. Ha sido un trecho del camino de la Iglesia que ha tenido momentos de alegría y de luz, pero también momentos no fáciles; me he sentido como san Pedro con los apóstoles en la barca en el lago de Galilea: el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa suave, días en los que la pesca ha sido abundante; ha habido también momentos en los que las aguas se agitaban y el viento era contrario, como en toda la historia de la Iglesia, y el Señor parecía dormir. Pero siempre supe que en esa barca estaba el Señor y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino que es suya. Y el Señor no deja que se hunda. Es Él quien la conduce, ciertamente también a través de los hombres que ha elegido, pues así lo ha querido. Esta ha sido y es una certeza que nada puede empañar. Y por eso hoy mi corazón está lleno de gratitud a Dios, porque jamás ha dejado que falte a toda la Iglesia y tampoco a mí su consuelo, su luz, su amor».

Solemos plantearnos la pregunta de la ausencia de Dios cuando contemplamos la presencia masiva del mal en nuestro mundo. Durante mis viajes a los lugares más castigados de la tierra –a Filipinas después del tifón, o a los campos de refugiados de la guerra de Siria en Jordania–, no era ningún despropósito preguntarse dónde estaba realmente el Señor. Si pienso en los cristianos perseguidos, acosados y expulsados de sus casas, forzados al exilio en una indigencia absoluta, abandonados y humillados en tantas partes del mundo, sé que la desesperanza es perfectamente comprensible. Como en el Antiguo Testamento, deseábamos que Dios golpeará y aniquilase a nuestros enemigos. ¿Por qué no nos contesta Dios en momentos tan dramáticos?

Y, sin embargo, de día y de noche llega a Él la angustia de nuestras voces: «Por Ti se nos mata cada día, se nos trata como a ovejas para el matadero. ¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor? ¡Quédate en vela! No nos rechaces para siempre. ¿Por qué escondes tu rostro? ¿Olvidas nuestra miseria y opresión? ¡Levántate a socorrernos! Por tu misericordia, ¡redímenos!» (Sal 44, 23-25.27).

La Palabra de Cristo en la Cruz se hace eco de nuestras dudas cuando pregunta a su Padre: «Señor, ¿por qué me has abandonado?». Pero el grito de Jesús es un acto de confianza sin vuelta atrás, para decirle que solo cuenta con Él. No se trata de un grito de rebeldía, sino de una queja filial. También hoy, cuando estamos perdidos, como los testigos de la crucifixión, nuestra duda es una esperanza. Si invocamos a Dios, es porque tenemos confianza. La duda cristiana no es un momento de desesperación, sino una declaración de amor más.

Dios no duerme: se halla presente, pese a nuestra búsqueda a veces demasiado racional. Somos niños que lloran sin comprender que nuestro Padre está siempre a nuestro lado.

Los santos más grandes, como santa Teresa de Lisieux o la madre Teresa de Calcuta, han experimentado los túneles de la fe...

Sí, santa Teresita pasó por experiencias muy dolorosas. En el Carmelo llegó a dudar incluso de la existencia de Dios, salvador de los hombres. Conoció esos terribles momentos de las noches oscuras en que Dios parece extrañamente silencioso. Sin embargo, supo siempre que no estaba sola y que la luz acabaría brillando al final del túnel. Sabía que Dios no la dejaría para siempre en la oscuridad. Todos los santos han pasado por esos momentos de grandes dudas. Es un sentimiento de abandono parecido al que atravesó el corazón de Jesús en la Cruz: en el Gólgota se resumen todas nuestras noches.

La duda es un momento de purificación y fortalecimiento. Entonces solo hay una pregunta: ¿seguimos creyendo cuando la noche es desesperadamente opaca? ¿Conservamos la esperanza también cuando los tiempos no son fáciles? La fe es

confianza o no es fe.

La Madre Teresa pensaba que la duda es un medio para descubrir el verdadero rostro de Dios. No se puede comprender a Dios en la abundancia y el bienestar. Después de rebelarse contra las pruebas de la pobreza que vivía a diario, comprendió que Dios no viene a consolar nuestras pequeñas decepciones o nuestras rebeliones egocéntricas. Dios es el amor absoluto y solo puede revelarse en el amor.

En mis frecuentes viajes a todos los frentes de guerra, de hambre y de terremotos, he seguido pensando, con Teresa de Lisieux, que el caminito del abandono incondicional al amor divino es la única vía posible.

Sí, hay que creer a pesar del sufrimiento y de la horrible violencia ligada a la locura de los hombres. Frente a tanto dolor contamos con dos caminos: la rebeldía, que siempre traerá consigo más dificultades, y el amor, que nos llevará más cerca de Dios.

La Madre Teresa contempló las peores atrocidades. Pero también comprendió que el sufrimiento puede suponer solidaridades nuevas, alegrías insólitas, una esperanza irrevocable.

Por otra parte, con frecuencia hacemos culpable a Dios de muchos males sin asumir nuestra propia responsabilidad... Sin Dios el mundo sería un infierno permanente. Con Dios existe la gracia, que es la ternura y la caricia del cielo.

¿Cómo podemos seguir creyendo –en palabras de san Josemaría, fundador del Opus Dei– «a pesar de los pesares»?

La Iglesia debe recordar siempre la realidad de nuestra filiación divina. Gracias a ella gozamos de la alegría y la paz que proceden de Dios, y ni siquiera nuestras debilidades nos abaten.

No deberíamos olvidar nunca el momento de la muerte de Jesús. La desesperanza parece cubrirlo todo y las tinieblas vencen a la luz. Los apóstoles están rotos. Pese a aquella tragedia infinita, las mujeres no se rinden. María y María Magdalena, la pecadora de quien Jesús había expulsado siete demonios, quisieron cuidar el cuerpo de Jesús y proteger la dignidad de su sepulcro. No podían creer que el mal hubiera triunfado sobre el Hijo de Dios. María estuvo presente hasta después de la muerte porque su fe era una roca indestructible: fue más allá de lo que es humanamente posible.

También hoy podemos superar cuantas decepciones cause en nosotros la Iglesia o cualquier otra realidad humana y cristiana si seguimos unidos a Dios en la oración. Hemos de conservar una confianza absoluta en que no estamos solos. Sin Dios no podemos nada.

A pesar de los sufrimientos, a pesar de los fracasos, a pesar del mal, nuestra victoria es nuestra fe. San Juan escribe: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Jn 5,

4-5).

A veces el ensañamiento contra las palabras del Papa, contra la enseñanza de la Iglesia, contra la moral puede hacernos pensar que el mal ha ganado la batalla. Algunas oscuras fuerzas filosóficas querrían imponer a la Iglesia el silencio para mejor regir el mundo de acuerdo con principios egoístas, mercantilistas y crueles. No hemos de bajar la guardia ante el ruido deseoso de eliminar toda la vida interior del hombre, envileciéndola con imágenes e informaciones que son auténticas drogas.

Hay que creer pese a todo, porque esa es nuestra vocación cristiana. Hay que creer en el futuro de la Iglesia, que ha superado tantas crisis. Hay que creer que el vencedor es Cristo. Hay que creer con una paciencia grande y enamorada.

Una vez más, acudo a san Agustín, que habla maravillosamente de nuestra condición humana: «El que quiera encontrar la causa de su alegría en sí mismo, estará siempre triste; pero el que quiera encontrar su alegría en Dios, estará siempre alegre, porque Dios es eterno. ¿Quieres tener una alegría eterna? Átate al que es eterno».

[13] Weil, Simone, *La gravedad y la gracia*, Trotta, Madrid 2007.

9. *EVANGELII GAUDIUM*: LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO SEGÚN EL PAPA FRANCISCO

«Ni siquiera Dios puede hacer nada
por quien no le deja sitio.
Hay que vaciarse completamente
de uno mismo para dejarle entrar
y hacer lo que quiera».

Teresa de Calcuta

NICOLAS DIAT: A Francisco, siguiendo a Pablo VI, le ha gustado hablar en su primera exhortación apostólica, Evangelii gaudium, de la dulce y confortadora alegría de evangelizar.

CARDENAL ROBERT SARAH: Cuando el hombre comunica un bien, este sale de su corazón como un manantial de agua que se derrama a su alrededor. El bien aumenta a medida que se da. En cambio, la negativa a compartirlo lo debilita.

La renovación de la fe y de la vida cristiana solo existe en la misión. Y esta es un don de Dios que nos asocia a su obra de salvación. Si la fe se comunica con generosidad, se refuerza, ya que «la fe se fortalece dándola», solía decir Juan Pablo II siguiendo a san Agustín. Cuando el Evangelio se propaga a todos los rincones del mundo, la Palabra de Dios brilla como los rayos del sol para iluminarnos y rechazar las obras de las tinieblas. La alegría desborda tanto en el corazón de los heraldos del Evangelio como en el de todos los que abren a Cristo las puertas de su vida.

Por desgracia, el número de quienes no conocen a Cristo y no forman parte de la Iglesia aumenta constantemente. Después del concilio ha llegado incluso a duplicarse. Ante esta inmensa muchedumbre de hombres amados por el Padre y por quienes ha enviado a su Hijo único Jesucristo, se hace evidente la urgencia de la acción misionera. El gozo de ver crecer la Iglesia debe ocupar el centro de las preocupaciones de cada bautizado. Cuando la alegría de la evangelización no se convierte en el corazón de la existencia cristiana, no podemos sino lamentar un síntoma preocupante de sequedad espiritual. La única y auténtica plenitud cristiana reside en la ofrenda y el don de uno mismo por la causa del Evangelio. Porque hay más alegría en dar que en recibir: dar a Jesús y su Evangelio, dirigir la mirada de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, dilata el corazón de todo cristiano. El mensaje de Cristo no nos pertenece: está ahí para

ofrecerlo a toda la humanidad. Para ser justos, conviene subrayar también que en el mundo el número total de bautizados no deja de aumentar y que en algunos países incluso crece la proporción de católicos.

En la evangelización hay distintos niveles. No tenemos que saciar la misma sed si se trata de reforzar la fe de los bautizados que se han alejado de la Iglesia, que si el desafío consiste en hablar de Cristo por primera vez a personas que no saben nada de Él.

Francisco recuerda que la evangelización forma parte del mandato transmitido por Cristo. En su exhortación apostólica cita dos frases decisivas de san Pablo: «El amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14) y «¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!» (1 Co 9, 16). No obstante, el Papa precisa que «no deberían asombrarnos algunas expresiones de san Pablo». Indudablemente, hay países en los que no se entienden las palabras del apóstol de los gentiles...

¿Qué se entiende exactamente por alegría cristiana?

Es importante recordar que la alegría cristiana nunca ha tenido nada que ver con una felicidad fácil de conseguir, con un camino que se recorre de victoria en victoria. No hay que olvidar las palabras de san Pedro: «Os hemos dado a conocer el poder y la venida futura de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino porque hemos sido testigos oculares de su majestad». En cuanto al apóstol de los gentiles, este considera la evangelización como un deber exigente. De hecho, Pablo expone muchas veces su ministerio en términos de lucha, de sufrimiento y pruebas. La adhesión a Cristo implica siempre una gran alegría, pero también una comunión con el misterio de su Pasión, su muerte y su Resurrección: «Ahora –escribe a los colosenses– me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia. De ella he sido yo constituido servidor por disposición divina, dada en favor vuestro: para cumplir el encargo de anunciar la Palabra de Dios» (Col 1, 24-25). La Palabra de Dios es muchas veces motivo de «trabajos y fatigas, frecuentes vigiliyas, hambre y sed, frecuentes ayunos, frío y desnudez. Y además de otras cosas, mi responsabilidad diaria: el desvelo por todas las iglesias» (2 Co 11, 27-28).

Inspirándose en Pablo VI, escribe Francisco: «Un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...]. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”».

Por otra parte, es importante recordar que el Concilio Vaticano II marca un punto de

inflexión en el concepto de misión. En marzo de 2013, durante un coloquio organizado por el Instituto Católico de Estudios Superiores de la diócesis de Luçon sobre el «Cincuentenario del Concilio Vaticano II: una hermenéutica de la continuidad», quise subrayar que el Vaticano II supuso la primera reflexión sobre la misión en el marco de un concilio ecuménico. Aunque el trabajo comenzó en el Vaticano I, no se llegó a su conclusión. En el decreto *Ad Gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, la afirmación de que el fundamento de la misión no se encuentra únicamente en el mandato de Jesús, sino en la Trinidad, implica un cambio de perspectiva: «La Iglesia peregrina es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre» (*Ad Gentes* n. 2).

Si no insertamos claramente el mandato misionero dentro de la Trinidad, se corre el peligro de reducir la misión a diversas actividades de orden social, a obras para el desarrollo económico o el progreso, a un compromiso político en favor de la liberación de los pueblos oprimidos y a una mera lucha contra la exclusión: cosas buenas todas ellas y a veces necesarias, pero distintas de la misión que Jesús confió a sus discípulos. En efecto, ser misionero no significa dar cosas, sino transmitir el fundamento de la vida trinitaria: el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ser misionero consiste en guiar a los hombres hacia una experiencia personal del amor inconmensurable del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para dejarse atrapar junto a ellos en la ardiente hoguera de amor manifestado de modo sublime en la Cruz. Ser misionero es ayudar a los demás a convertirse en verdaderos discípulos de Jesús, a vivir una honda amistad con Jesús y a hacerse un único y mismo ser con Él (*Rm* 6, 5).

Lo que sucede entre Jesús y sus discípulos es por analogía igual a lo que ocurre con el fuego y el hierro: entre Cristo y sus discípulos existe una verdadera e inefable comunión de vida, de amor, de conocimiento recíproco, una unión tan estrecha que Jesús obra en ellos y los consume como en una hoguera. La imagen del hierro y el fuego que hallamos en el último manuscrito de santa Teresa del Niño Jesús evidencia su percepción de esa dimensión simbólica de la profundidad de los lazos de amor entre Jesús y aquellos a quienes ama. Solo el fuego tiene el poder de penetrar en el hierro, de embeberlo con su ardiente sustancia, de transformarlo en él, de volverlo incandescente, de manera que el hierro parece identificarse con el fuego y ser uno solo con él. El discípulo que se une a Jesús y se sumerge en la hoguera de su corazón traspasado es como el leño que quema, seca y elimina todas sus impurezas antes de transformarse en fuego. La misión no consiste únicamente en transmitir un mensaje, sino en ayudar a los hombres a encontrar a Cristo y tener una experiencia íntima de su amor.

En el origen de la conversión de san Pablo hay un descubrimiento: a pesar de sus extravíos, Jesús le amó y se entregó por él, dice a los gálatas. Pablo se sabía un gran pecador, pero tomó conciencia de que Dios le amaba a pesar de sus faltas. Entonces

comprendió que no había nada más importante que revelar a los paganos el amor de Dios. Durante el resto de su vida volverá una y otra vez sobre el acontecimiento decisivo del camino a Damasco, donde experimenta el amor misericordioso que Dios le tiene.

El origen de la misión lo resume san Juan: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida, [...] os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa» (1 Jn 1, 1-4).

Francisco insiste también en la necesaria «transformación misionera de la Iglesia». ¿No era este desafío la esencia de su trabajo en la Congregación para la Evangelización de los pueblos?

El Papa cree que la Iglesia debe hacer el esfuerzo de salir en misión más allá de sus fronteras tradicionales para concentrar parte de su trabajo en los espacios y en las personas que quizá tiene tendencia a descuidar. En el Antiguo Testamento, Abrahán, Moisés o Jeremías emprenden un viaje por encargo de Dios. Incluso a los apóstoles les extrañaban los caminos que tomaba Cristo. Por eso escribe el Santo Padre: «La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: “Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 19-20). En estos versículos se presenta el momento en el cual el Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y por todas partes, de manera que la fe en Él se difunda en cada rincón de la tierra».

La exhortación a salir de uno mismo para evangelizar es un breve resumen del ser cristiano. No podemos sino rebosar de alegría por hablar de Dios a los hombres que no lo conocen. La Iglesia es ante todo una comunidad de discípulos misioneros. Las periferias de que habla el Papa llaman a un compromiso con Cristo y con su sacrificio en la Cruz. Me vienen a la memoria estas palabras llenas de fuerza: «La Palabra tiene en sí una potencialidad que no podemos predecir. El Evangelio habla de una semilla que, una vez sembrada, crece por sí sola también cuando el agricultor duerme (cfr. Mc 4, 26-29). La Iglesia debe aceptar esa libertad inasible de la Palabra, que es eficaz a su manera, y de formas muy diversas, que suelen superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas. La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión “esencialmente se configura como comunión misionera”», recuerda Francisco.

La transformación misionera de la Iglesia no es un camino humano, sino una llamada del Espíritu Santo que ilumina nuestros caminos, como una antorcha encendida y luminosa en medio de la oscuridad de este mundo.

Para mí ha sido un privilegio trabajar nueve años al servicio de la evangelización y he

podido constatar con alegría el rápido y maravilloso crecimiento de jóvenes Iglesias en países de misión de África, Asia y Oceanía.

En la misma exhortación, el Papa se refiere a menudo a la idolatría del dinero que recorre la historia de la humanidad, pero que desde hace unos años parece alcanzar niveles preocupantes. ¿Qué reacción produce en usted esta reflexión?

Francisco considera importante recordar que «la cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera. Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, ya que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades».

Cristo no tuvo nada y nunca dejó de denunciar el culto al becerro de oro ni a los mercaderes del Templo. El misionero debe ser enemigo del dinero fácil: solo se debe servir de él para realizar su trabajo. Es cierto que en la vida diaria hacen falta medios económicos. Pero el principal instrumento de la misión es la gracia.

Desde sus orígenes la Iglesia ha luchado por que el dinero esté al servicio del hombre. Me causa estupor ver cuántos grupos industriales y económicos hay en África que explotan sin ningún principio moral los recursos naturales de países que viven en una pobreza extrema. Se desentienden de la miseria de la población. La doctrina social de la Iglesia siempre ha defendido que la justicia concierne a todas las fases de la actividad económica en su conjunto, puesto que atañe al hombre y a sus necesidades. El descubrimiento de recursos, la financiación, la producción, el consumo y las demás fases del ciclo económico tienen ineludiblemente implicaciones morales. Toda decisión económica posee una consecuencia de carácter moral y conlleva una exigencia de justicia.

El Papa ha querido denunciar una vez más el cinismo de las sociedades materialistas que reducen al ser humano a una mera función de consumo e intentan limitar el desarrollo espiritual del hombre con todos los métodos de dominación a su alcance. Los poderes económicos consagran el reinado de un mundo horizontal donde se niega, se desprecia o se ridiculiza toda trascendencia.

Una sociedad cuya única brújula es el desarrollo material deriva inevitablemente en la esclavitud y la opresión. El hombre no ha nacido para equilibrar su cuenta bancaria: ha nacido para llegar a Dios y para amar al prójimo.

Francisco critica la sequedad del egoísmo. ¿Qué quiere decir exactamente con esa denuncia de la acedia egoísta?

La acedia es una enfermedad del alma que se manifiesta en el tedio, la desgana en la oración, el rechazo o la relajación en la penitencia, el descuido del corazón y la falta de interés por los sacramentos. Muchas veces estos síntomas son una prueba pasajera, pero la acedia puede conducir también a un auténtico entumecimiento espiritual.

Según la teología moral, la acedia es uno de los siete pecados capitales.

Francisco tiene razón en alarmarse ante un problema tan grave, que en Occidente alcanza cotas preocupantes. En este sentido, el discurso pronunciado en noviembre de 2014 en el Parlamento Europeo de Estrasburgo resulta particularmente claro.

No se puede entender la postración de la fuerza misionera de la Iglesia si no es por nuestros corazones pusilánimes y encerrados en sí mismos. La vocación de los cristianos consiste en convertirse en la sal y la luz del mundo. El Evangelio no dice nunca que tengamos que guardarnos la Palabra de Dios para nuestro limitado provecho personal. La huida egoísta y la falta de generosidad suelen ocultar poca madurez y una visión muy pobre de la naturaleza humana.

Es inconcebible que un cristiano no acepte comprometerse en una tarea de transmisión de la fe. Francisco reprende –muchas veces con vehemencia– a los sacerdotes y religiosos que, en una especie de repliegue identitario y rígido del sacerdocio, se han convertido en funcionarios de la fe. No cabe duda de que el sacerdote que se construye un universo cómodo y seguro corre el peligro de dejar de responder a la llamada de su sacerdocio. El Papa nos pide a todos que nos hagamos a la mar para correr los riesgos de la aventura misionera, de la alteridad y la audacia de Dios. El despertar misionero hará estallar en pedazos las barreras tras las que puede encerrarse el sacerdote tibio o burócrata. El sacerdote que escatima tiempo a sus ovejas pasa por una auténtica tormenta espiritual.

Yo, por mi parte, denuncio también con pena a los sacerdotes que, en última instancia, solo actúan en respuesta a la sed de éxitos humanos, de poder y ambiciones personales, de reconocimiento político y mediático. El clero está en este mundo para hablar de Dios, para servir a Dios, y no al contrario. El miedo, la agitación y la vanidad son enemigos crueles de los hombres que han entregado su vida a Dios.

Por otra parte, el Papa no teme afirmar que la mayor amenaza es «el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia, en el que aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad. Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el más preciado de los elixires del demonio”. Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito

insistir: ¡no nos dejemos robar la alegría evangelizadora!».

Francisco denuncia y rechaza con la misma energía lo que llama el «pesimismo estéril»...

Francisco habla insistentemente de esa necesidad porque se resiste a que los creyentes se dejen aprisionar por los problemas diarios. El Papa no quiere que los discípulos de Cristo sean prisioneros de los conflictos, los enfrentamientos y los odios recíprocos. Indudablemente, la Iglesia atraviesa en nuestros días muchas tempestades, pero ha sobrevivido a tragedias espirituales o temporales aún más graves. Es importante que los bautizados conserven esa preciosa y santa alegría de los niños. El pesimismo genera esterilidad y destrucción, mientras que la esperanza procede del Espíritu Santo. Los problemas cotidianos, por graves que sean, no deben convertirse en excusas que frenen nuestro compromiso misionero. También Cristo pasó por pruebas muy duras. La dificultad de cada instante puede transformarse en fuerza y perfila el horizonte que nos permitirá crecer.

Hay que conservar la mirada de la fe. La duda no es cristiana. Los apóstoles conocieron mucha incertidumbre y comprendieron que tenían que avanzar sin retroceder. Los cristianos están llamados a abandonarse en las manos de Dios, que es el auténtico dueño de la evangelización.

Nosotros seremos siempre instrumentos frágiles e ineptos; pero hemos de mantener el rumbo de la esperanza en Dios. Él empujó a su pueblo a salir de Egipto para marchar hacia la Tierra prometida. En el desierto hubo quienes quisieron volver atrás, pues echaban de menos «el pescado, los pepinos y las cebollas», y, sobre todo, por miedo a atravesar regiones tan inhóspitas, pero Moisés invitó a sus hermanos a no dudar de Dios y a conservar la fe. En las dificultades es indispensable el ejemplo de misioneros valientes e intrépidos. ¿Cómo puede olvidar un sacerdote que la máxima ambición sacerdotal es la salvación de todos los hombres?

Francisco emplea una imagen especialmente acertada cuando llama a los cristianos a ser «personas-cántaros para dar de beber a los demás»: «Mirad que vienen días –oráculo del Señor Dios–, en que enviaré hambre al país, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras del Señor» (*Am 8, 11*). «Esta hambre no desea nada corporal, esta sed no apetece nada terreno», comenta san León Magno. El Papa tiene razón al recordar que el cántaro puede transformarse en una pesada Cruz; pero no olvidemos que es precisamente en la Cruz donde el Señor se nos ha entregado como fuente de agua viva. En efecto, del corazón de Jesús han brotado torrentes de amor para regar un mundo reseco por el odio, la violencia, los celos y las guerras...

¿No le parece que el Santo Padre rechaza el escollo del pesimismo e invita a mirar el futuro de manera positiva?

En su exhortación apostólica, Francisco ha querido citar el discurso de Juan XXIII en la apertura del concilio. El Papa bueno, por carácter y por experiencia, veía siempre con optimismo la existencia humana. Con esa voz tan característica, decía: «Llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina [...]. Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres, pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, la Providencia divina lo dispone para mayor bien de la Iglesia».

No obstante, el optimismo no es obstáculo para la clarividencia. Benedicto XVI ha sido un ejemplo de lucidez. En concreto, me vienen a la mente las palabras de este gran Papa en octubre de 2012, al final de su pontificado, a propósito del cincuentenario de la apertura del concilio: «También hoy estamos felices, traemos la alegría en nuestro corazón, pero diría una alegría tal vez más sobria, una alegría humilde. En estos cincuenta años hemos aprendido y experimentado que el pecado original existe y se traduce, siempre de nuevo, en pecados personales, que pueden también convertirse en estructuras de pecado. Hemos visto que en el campo del Señor está siempre también la cizaña. Hemos visto que en las redes de Pedro se encuentran también peces malos. Hemos visto que la fragilidad humana está presente igualmente en la Iglesia, que la barca de la Iglesia navega también con viento contrario, con tempestades que amenazan la nave, y algunas veces hemos pensado: “El Señor duerme y se ha olvidado de nosotros”. Esta es una parte de las experiencias vividas en estos cincuenta años, pero hemos tenido también una nueva experiencia de la presencia del Señor, de su bondad, de su fuerza. El fuego del Espíritu Santo, el fuego de Cristo no es un fuego devorador, destructivo; es un fuego silencioso, es una pequeña llama de bondad, de bondad y de verdad, que transforma, da luz y calor. Hemos visto que el Señor no nos olvida. También hoy con su modo humilde, el Señor está presente y da calor a los corazones, da vida, crea carismas de bondad y de caridad que iluminan el mundo y son para nosotros garantía de la bondad de Dios. Sí, Cristo vive, también hoy está con nosotros, y podemos ser felices también hoy, porque su bondad no se apaga; es fuerte también hoy». Esto explica por qué ha hablado tanto Benedicto XVI de la alegría cristiana y por qué su rostro está iluminado por una tierna y profunda sonrisa marcada por la bondad.

De modo análogo, Francisco no deja nunca de impugnar la «mundanidad espiritual». Este tema parece ser también la esencia de las reflexiones del cardenal Sarah.

El Papa demuestra mucho valor utilizando esas expresiones. Porque en la Iglesia, y de un modo especial en su gobierno, puede que haya personas que se dejen llevar por conductas y costumbres mundanas.

La mundanidad espiritual se esconde detrás de apariencias religiosas y espirituales, pero no por ello deja de constituir una verdadera negación de Cristo. El Hijo de Dios ha venido a traer la salvación a los hombres y no unos cuantos placeres efímeros en salones tapizados en terciopelo carmesí. Quien busca el bienestar material, la comodidad del mundo o su propia gloria en lugar de la de Cristo, trabaja para el diablo. Quien utiliza las apariencias de su sacerdocio para disfrutar mejor de los placeres de este mundo es un apóstata. Quien olvida que el verdadero poder solo procede de Dios contraviene las promesas de su ordenación.

En muchos aspectos, la mundanidad espiritual no está lejos de caer en una especie de pelagianismo. De hecho, el mundano solo cuenta con sus propias fuerzas y su libertad, prescindiendo del poder real de la gracia.

En realidad, la mundanidad es el enemigo más perverso del espíritu misionero, del que puede llegar a representar una terrible subversión.

El sacerdote es un servidor, no un dios. El sacerdote no manda tropas: con su ejemplo conduce a su rebaño hasta Dios. El sacerdote no busca ninguna gloria, ningún prestigio humano, porque obtiene su fuerza solo de Dios: «Non nobis Domine, non nobis: sed nomini tuo da gloriam» («No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la gloria») (*Sal* 115, 1).

Benedicto XVI comprendía perfectamente el alcance de este problema. El 25 de septiembre de 2011, durante un discurso pronunciado en Friburgo, afirmaba: «Para corresponder a su verdadera tarea, la Iglesia debe hacer una y otra vez el esfuerzo de desprenderse de esta secularización suya y volver a estar de nuevo abierta a Dios. Con esto sigue las palabras de Jesús: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (*Jn* 17, 16), y es precisamente así como Él se entrega al mundo. En cierto sentido, la historia viene en ayuda de la Iglesia a través de distintas épocas de secularización que han contribuido en modo esencial a su purificación y reforma interior. En efecto, las secularizaciones –sea que consistan en expropiaciones de bienes de la Iglesia o en supresión de privilegios o cosas similares– han significado siempre una profunda liberación de la Iglesia de formas mundanas: se despoja, por decirlo así, de su riqueza terrena y vuelve a abrazar plenamente su pobreza terrena. De este modo, comparte el destino de la tribu de Leví que, según la afirmación del Antiguo Testamento, era la única tribu de Israel que no poseía un patrimonio terreno, sino que, como parte de la herencia, le había tocado en suerte exclusivamente a Dios mismo, su palabra y sus signos. La Iglesia compartía en aquellos momentos históricos con esta tribu la exigencia de una pobreza que se abría hacia el mundo, para separarse de sus lazos materiales, y de este

modo también su obra misionera volvía a ser creíble.

»Los ejemplos históricos muestran que el testimonio misionero de la Iglesia desprendida del mundo resulta más claro. Liberada de fardos y privilegios materiales y políticos, la Iglesia puede dedicarse mejor y de manera verdaderamente cristiana al mundo entero; puede verdaderamente estar abierta al mundo. Puede vivir nuevamente con más soltura su llamada al ministerio de la adoración de Dios y al servicio del prójimo. La tarea misionera que va unida a la adoración cristiana, y debería determinar la estructura de la Iglesia, se hace más claramente visible. La Iglesia se abre al mundo, no para obtener la adhesión de los hombres a una institución con sus propias pretensiones de poder, sino más bien para hacerles entrar en sí mismos y conducirlos así hacia Aquel del que toda persona puede decir con san Agustín: Él es más íntimo a mí que yo mismo (cfr. *Conf.* 3, 6, 11). Él, que está infinitamente por encima de mí, está de tal manera en mí que es mi verdadera interioridad. Mediante este estilo de apertura al mundo propio de la Iglesia, queda al mismo tiempo diseñada la forma en la que cada cristiano puede realizar esa misma apertura de modo eficaz y adecuado».

Yo concluiría planteando tres preguntas. ¿Cómo puede parecerse a Cristo un sacerdote al que no le falta de nada? ¿Cómo puede pretender asociarse a Cristo un sacerdote que dispone de toda clase de comodidades materiales? ¿Cómo se puede olvidar la Palabra de Cristo: «Y se le acercó un escriba: “Maestro, te seguiré a donde vayas”, le dijo. Jesús le contestó: “Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo, sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”» (*Mt* 8, 18-20)?

Naturalmente, en este mundo cínico o –sencillamente– superficial, a los medios les gusta hacer creer que Jesús no nació en un establo miserable porque a María y a José los echaron de todas partes. Los poderes que no aman a Jesús no pueden admitir semejante precedente: para ellos, ese establo miserable es necesariamente un mito romántico. Y olvidan también que después de morir Cristo tampoco tenía dónde ser sepultado. Hubo que buscarle acomodo a toda prisa en la tumba preparada para José de Arimatea...

La experiencia de Francisco en Latinoamérica le lleva a conceder un lugar especial a «la fuerza evangelizadora de la piedad popular». ¿Cómo ve usted estas expresiones de la fe desde su propia experiencia pastoral en África?

El entusiasmo de los católicos africanos se manifiesta en bellas celebraciones eucarísticas, largas peregrinaciones y en las procesiones tradicionales o con motivo de las fiestas de santos importantes. Francisco recuerda con acierto la importancia de esta piedad, por mucho que algunos, henchidos de racionalidad, quieran disminuir su valor.

El testimonio del pueblo es algo precioso, ya que expresa la exteriorización de una intensa vida interior. La piedad popular exhibe públicamente lo que Cristo obra en el

secreto de los corazones. De ahí que sea fácilmente comprensible que los poderes establecidos deseen minimizar su trascendencia.

La piedad popular suele ser una forma de inculturar la fe. De este modo, Cristo entra en comunión con las raíces de un pueblo que hasta hace poco no le conocía. La piedad popular forma parte de la esencia de un verdadero proceso de evangelización. No puedo olvidar lo que Benedicto XVI me confió durante una audiencia privada: que el mejor recuerdo de su viaje a Brasil era la emotiva piedad del pueblo.

En Guinea decidí instaurar una peregrinación penitencial a Notre-Dame-de-Guinée, en Boffa. Algunos fieles caminaban varios cientos de kilómetros para llegar al santuario. Los católicos que viven más lejos de allí, como los que proceden de mi poblado, Ourous, recorren más de cuatrocientos kilómetros a pie. Los primeros años la gente que nos veía pasar se preguntaba si no seríamos fugitivos, víctimas de una epidemia o de una guerra... Hoy la acogida de todos, tanto cristianos como musulmanes, es espectacular. Fuera ya de mi tierra, no puedo olvidar tampoco el santuario de Kibeho, en Ruanda, o las peregrinaciones ligadas a los mártires de Uganda.

Para mí, un niño de un país tan pobre de África, el primer viaje a Lourdes fue inolvidable. Hoy sigo acudiendo no sin cierta emoción a Paray-le-Monial, Ars, Lisieux o a la capilla parisina de la *rue du Bac*. Me impresionan las manifestaciones de afecto filial de los peregrinos de todas las edades que, en Fátima o en Czestochowa, se dirigen hacia la Virgen o marchan alrededor de su imagen de rodillas y con el rosario en la mano.

Por eso no me extraña que Francisco haya escrito: «Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar, sino amar. Solo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones solo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo, que ha sido derramado en nuestros corazones (*Rm 5, 5*)».

Yo mismo me conmoví en lo más hondo cuando en julio de 2014, en Châteauneuf-de-Galaure, a la salida de misa, la pequeña Sibylle, con una enorme sonrisa, me regaló un dibujo hecho por ella de Cristo crucificado. Se podía distinguir perfectamente a Jesús, con las manos y los pies clavados a la Cruz, encima de la cual, en lugar del habitual JHS, Sibylle había escrito: «Jerusalén». Y al pie había dibujado a la Virgen con las manos extendidas y unas palabras de explicación: «Maria (sic) yora (sic) porque Jesús ha muerto en la cruz». ¡Los niños son maravillosos! Sienten el corazón de Dios y los misterios de

su amor, que salen a nuestro encuentro hasta en nuestros fallos más graves y en nuestras pequeñas debilidades.

Sí, los pobres nos exhortan y los humildes nos ayudan. Sus alegrías son siempre interiores. Estos hombres gozan un poco de la alegría del Cielo, donde nos precederán discretamente.

¿Cómo hay que entender eso que Francisco llama «el culto a la verdad»?

Dios es la verdad: a través de su Hijo intenta atraernos hacia esa verdad. La adhesión y el amor a la verdad constituyen la actitud más auténtica, más justa y noble que un hombre puede desear en este mundo. Por el contrario, la ausencia de la verdad supone la verdadera miseria del hombre, porque el rechazo de la verdad paraliza y deforma sus obras. Por eso el hombre que no está en la verdad de Dios se halla prisionero de su ego. Sin verdad somos extraños a nosotros mismos, estamos separados de lo más hondo de nuestro ser, separados de Dios, prisioneros de nuestras propias tinieblas.

En su encíclica *Evangelii nuntiandi*, Pablo VI afirmaba que la evangelización venía a saciar una fe que podía resumirse en una triple búsqueda: la de «la verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre, la verdad acerca del mundo». No somos ni los autores ni los dueños de la verdad, pero sí sus depositarios y servidores. El culto a la verdad constituye el verdadero culto espiritual que hemos de rendir a Dios.

En el evangelio de Juan encontramos estas extraordinarias palabras: «Decía Jesús a los judíos que habían creído en Él: “Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”» (*Jn* 8, 31-32).

Fundamentando su vida sobre la verdad, el hombre se convierte en una roca, porque Dios es amor y verdad. No defrauda jamás. Pero, si la humanidad decide edificar en la arena, son de temer los mayores éxodos interiores y exteriores.

Por otra parte, a propósito de la cuestión de la fidelidad a la verdad, escribe Francisco: «Es verdad que, para entender adecuadamente el sentido del mensaje central de un texto, es necesario ponerlo en conexión con la enseñanza de toda la Biblia, transmitida por la Iglesia. Este es un principio importante de la interpretación bíblica, que tiene en cuenta que el Espíritu Santo no inspiró solo una parte, sino la Biblia entera, y que en algunas cuestiones el pueblo ha crecido en su comprensión de la voluntad de Dios a partir de la experiencia vivida. Así se evitan interpretaciones equivocadas o parciales, que nieguen otras enseñanzas de las mismas Escrituras. Pero esto no significa debilitar el acento propio y específico del texto que corresponde predicar. Uno de los defectos de una predicación tediosa e ineficaz es precisamente no poder transmitir la fuerza propia del texto que se ha proclamado».

Francisco ha querido titular un capítulo de su exhortación apostólica «la realidad es más importante que la idea». ¿Cómo interpreta usted este

análisis?

Al Papa le gustaría hacernos comprender que la Iglesia siente la imperiosa obligación de aprehender la realidad: esta nos conduce a la verdad cuando la idea se muestra orgullosa y suficiente.

Algunos poseen ideas muy consolidadas sobre la Iglesia, los obispos o la liturgia. Creo que cabe destacar que la realidad de la fe es, a mi entender, más importante que las ideas sobre la fe.

El Papa escribe: «Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma. De ahí que haya que postular un tercer principio: la realidad es superior a la idea. Esto supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría».

Creo que Francisco desea ardientemente dotar a la Iglesia del sabor de lo real, en el sentido de que hay cristianos e incluso sacerdotes que a veces pueden tener la tentación de esconderse detrás de las ideas, olvidando las circunstancias reales de las personas.

A otros, en cambio, les preocupa que esta visión del Papa ponga en peligro la integridad del magisterio. El reciente debate sobre la problemática de los divorciados vueltos a casar suele estar cargado de este tipo de tensión.

Por mi parte, no creo que la idea del Papa sea poner en peligro la integridad del magisterio. De hecho, nadie, ni siquiera el Papa, puede destruir ni cambiar la enseñanza de Cristo. Nadie, ni siquiera el Papa, puede oponer la pastoral a la doctrina. Sería rebelarse contra Jesucristo y contra su enseñanza.

La alianza matrimonial por la que un hombre y una mujer establecen entre ellos una comunidad para toda la vida ha sido elevada por Cristo a la dignidad de sacramento. Es más, en su predicación Jesús enseñó sin posibilidad de error el sentido original de la unión del hombre y de la mujer, tal y como el Creador la quiso desde el principio (can. 1055).

Por eso derogó las licencias que se habían filtrado en la ley de Moisés admitiendo el repudio del cónyuge. La unión matrimonial del hombre y de la mujer es indisoluble: así lo afirma Dios mismo: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt 19, 6*).

Esta insistencia inequívoca en la indisolubilidad del vínculo matrimonial causó perplejidad entre los propios discípulos de Jesús, a quienes les parecía una exigencia falta de realismo (*Mt 19, 10*). Pero Cristo no ha cargado a los esposos con un peso imposible de llevar. Al restablecer el orden inicial de la Creación, perturbado por el pecado, el Hijo

de Dios concede la fuerza y la gracia para vivir el matrimonio en la nueva dimensión del reino de Dios.

Siguiendo a Cristo, renunciando a ellos mismos, tomando cada día su Cruz, los esposos podrán comprender el significado original del matrimonio y vivirlo con su ayuda. La gracia del matrimonio cristiano es fruto de la Cruz de Cristo.

El apóstol Pablo intenta hacernos comprender esta realidad cuando escribe: «Maridos: amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla» (*Ef 5, 25-26*). Y añade: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Gran misterio es este, pero yo lo digo en relación a Cristo y a la Iglesia» (*Ef 5, 31-32*).

Bien, pero hoy día el divorcio está muy extendido...

La enseñanza de la Iglesia sobre la cuestión del divorcio ha sido invariable. El divorcio y un posterior matrimonio son ocasión de grave escándalo. En la *Gaudium et spes*, el Concilio Vaticano II califica el divorcio de «epidemia». El *Catecismo de la Iglesia Católica*, por su parte, enseña que el divorcio adquiere su carácter inmoral a causa del desorden que introduce en la célula familiar y en la sociedad. Este desorden entraña daños graves: para el cónyuge, que se ve abandonado; para los hijos, traumatizados por la separación de los padres, y a menudo viviendo en tensión a causa de sus padres; y por su efecto contagioso, que hace de él una verdadera plaga social (CCE 2385). El divorcio es una ofensa grave a la ley natural y atenta contra la Alianza de salvación, de la cual el matrimonio sacramental es un signo. El hecho de contraer una nueva unión, aunque reconocida por la ley civil, aumenta la gravedad de la ruptura. El cónyuge casado de nuevo se halla entonces en situación de adulterio público y permanente (CCE 2384). Las palabras de Cristo son rotundas: «Yo os digo: cualquiera que repudie a su mujer –a no ser por fornicación– y se case con otra, comete adulterio» (*Mt 19, 9*).

San Basilio, en su *Regla moral* nº 73, escribe: «Si el marido, tras haberse separado de su mujer, se une a otra mujer, es adúltero, porque hace cometer un adulterio a esta mujer; y la mujer que habita con él es adúltera, porque ha atraído a sí al marido de otra».

Hoy son numerosos en muchos países los católicos que recurren al divorcio según las leyes civiles y que contraen también civilmente una nueva unión. La Iglesia mantiene, por fidelidad a la palabra de Jesucristo («Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra aquella; y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio»: *Mc 10, 11-12*), que no puede reconocer como válida esta nueva unión, si era válido el primer matrimonio. Si los divorciados se vuelven a casar civilmente, se ponen en una situación que contradice objetivamente a la ley de Dios. Por lo cual no pueden acceder a la comunión eucarística mientras persista esta situación, y por la misma razón

no pueden ejercer ciertas responsabilidades eclesiales. La reconciliación mediante el sacramento de la Penitencia no puede ser concedida más que a aquellos que se arrepientan de haber violado el signo de la Alianza y de la fidelidad a Cristo, y se comprometan a vivir en total continencia (CCE 1650).

Se podría argumentar que el divorcio es tan frecuente hoy en día que ese escándalo ha dejado de existir. Según ese razonamiento, los divorciados vueltos a casar podrían acceder a la Comunión eucarística. Los defensores de este extraño avance dicen que a nadie le chocaría. Esta clase de razonamiento se basa en una comprensión errónea de la noción de escándalo, que no consiste en un impacto psicológico, sino en una acción que induce deliberadamente a otro a pecar. El pecador jamás puede tentar ni empujar a otro a pecar. La tentación es una consecuencia del propio pecado. Y la multiplicación de los divorcios y los posteriores matrimonios son pecados que provocan situaciones sociales o instituciones contrarias a la bondad divina.

Las «situaciones de pecado» creadas de este modo son expresión y consecuencia de los pecados personales. Inducen a otros a cometer ese mal. Los discípulos de Cristo se hallan así en un contexto cada vez más difícil que debilita su fe, su adhesión y su fidelidad a la enseñanza de Dios. La Iglesia les exhorta a resistir y a oponerse con firmeza a las estructuras de pecado. Les recuerda que el matrimonio solo puede estar basado en la relación compartida entre un hombre y una mujer. El designio pleno del hombre no es realizable fuera de la dualidad hombre-mujer. ¿Acaso no hemos de mirar constantemente a Cristo, supremo revelador del hombre?

Solo el Hijo de Dios revela al hombre y a la mujer su auténtica y común naturaleza, su idéntica y verdadera dignidad, restaurando en la perfección los vínculos del amor recíproco, la entrega mutua y la complementariedad inscritos en el fondo de su ser, desde el principio, por el Creador.

También en África –pese a que algunos pueblos practicaban la poligamia antes de la llegada de los cristianos siguiendo la tradición de sus antepasados– el matrimonio monógamo e indisoluble es el centro de la existencia. Además de alianza entre el esposo y la esposa, es también la alianza de sus familias y sus clanes, sellada con la palabra dada y la «sangre» de la nuez de cola compartida. La cola, fruto del árbol del mismo nombre, es el símbolo de la unión permanente e indisoluble del vínculo matrimonial. Formada por dos partes sólidamente unidas entre sí, los futuros esposos la separan en dos y cada uno come su parte. Luego el maestro de ceremonias les pide que la devuelvan a su estado original. La imposibilidad de hacerlo así simboliza el vínculo definitivo del matrimonio. El matrimonio, indisolublemente constituido y asociado a las familias por los lazos del matrimonio, se hace también generacional para inscribirse en la inmortalidad de las generaciones precedentes. A través de los hijos y de sus descendientes, los padres continúan existiendo gracias a un vínculo solidario que los cristianos llaman comunión de

vivos y muertos.

¿Cree que la visión del matrimonio y de la indisolubilidad del vínculo conyugal es compartida por todas las etnias africanas?

Sí: no cabe ninguna duda. En Benín, por ejemplo, en la cultura fon el término *Sesi* designa a la primera mujer que recibe la dote y es desposada virgen, a la que se asocia siempre el *Sesu*, el marido desposado en primeras nupcias. En el momento de los funerales de la mujer se hace plenamente evidente que la monogamia y la indisolubilidad responden a la tradición y están sólidamente ancladas en la práctica africana del matrimonio.

El término *Sesi* lo volvemos a encontrar en el contexto de los ritos funerarios destinados a enviar a la difunta desde este mundo al del Ser supremo. Las ceremonias fúnebres de una mujer fallecida exigen del marido una serie de gestos y rituales, como el del vestido. A la mujer se la suele enterrar con determinado número de paños. La tradición admite los paños de los miembros de la familia, los amigos, los conocidos y los posibles maridos sucesivos que haya tenido. No obstante, el rito del vestido se efectúa con la única presencia del primer marido, el *Sesu*: mientras no esté allí no se puede llevar a cabo. Además, sea cual sea la fortuna de los maridos sucesivos, solo al primer marido, aunque sea pobre y humilde, le asiste el derecho de desempeñar con respecto a la esposa el papel de esposo y vestirla para el paso al más allá. Ella es la *Sesi*. Y es él quien fija la hora del entierro. En este contexto cultural, pues, la mujer aparece destinada a contraer verdadero matrimonio con un solo hombre, del mismo modo que la familia no acepta más que una única dote. Los demás maridos se consideran amantes y amigos. El momento de la verdad de la muerte permite captar el profundo significado de la intencionalidad que subyace en el universo cultural negro-africano.

Se puede afirmar con plena seguridad que, en el contexto cultural africano, la mujer, después de haber servido de esposa a otros que no fueron su primer marido con el acuerdo cómplice y anuente del grupo, vuelve a recuperar al final de su vida su estatus original.

Me gustaría acabar este recuerdo de la tradición africana rindiendo un homenaje a Juan Pablo II, quien en la *Familiaris consortio* selló definitivamente la enseñanza y la disciplina de la Iglesia fundadas en la Sagrada Escritura. Creo que a día de hoy deberíamos dejar de debatir este tema como intelectuales irrespetuosos que parecen cuestionar la enseñanza de Jesús y de la Iglesia. Ciertos gobiernos occidentales, con un grave desprecio de Dios y de la naturaleza, elaboran leyes descabelladas sobre el matrimonio, la familia y la vida. La Iglesia, por su parte, no puede comportarse con ligereza ante Dios.

A veces da la impresión de que olvidamos que fue de un sínodo de donde

emanó la exhortación apostólica Familiaris consortio.

Así es. En ella se trataron muchas cuestiones relativas a esa hermosa realidad que es la familia creada por Dios: allí se habló, entre otras cosas, de los fieles divorciados. Escribió Juan Pablo II en la *Familiaris consortio*: «En unión con el Sínodo exhorto vivamente a los pastores y a toda la comunidad de los fieles para que ayuden a los divorciados, procurando con solícita caridad que no se consideren separados de la Iglesia, pudiendo y aun debiendo, en cuanto bautizados, participar en su vida. Se les exhorte a escuchar la Palabra de Dios, a frecuentar el sacrificio de la Misa, a perseverar en la oración, a incrementar las obras de caridad y las iniciativas de la comunidad en favor de la justicia, a educar a los hijos en la fe cristiana, a cultivar el espíritu y las obras de penitencia para implorar de este modo, día a día, la gracia de Dios. La Iglesia rece por ellos, los anime, se presente como madre misericordiosa y así los sostenga en la fe y en la esperanza.

»La Iglesia, no obstante, fundándose en la Sagrada Escritura, reafirma su praxis de no admitir a la comunión eucarística a los divorciados que se casan otra vez. Son ellos los que no pueden ser admitidos, dado que su estado y situación de vida contradicen objetivamente la unión de amor entre Cristo y la Iglesia, significada y actualizada en la Eucaristía. Hay además otro motivo pastoral: si se admitieran estas personas a la Eucaristía, los fieles serían inducidos a error y confusión acerca de la doctrina de la Iglesia sobre la indisolubilidad del matrimonio [...].

»Del mismo modo el respeto debido al sacramento del matrimonio, a los mismos esposos y sus familiares, así como a la comunidad de los fieles, prohíbe a todo pastor – por cualquier motivo o pretexto incluso pastoral– efectuar ceremonias de cualquier tipo para los divorciados que vuelven a casarse. En efecto, tales ceremonias podrían dar la impresión de que se celebran nuevas nupcias sacramentalmente válidas y como consecuencia inducirían a error sobre la indisolubilidad del matrimonio válidamente contraído. Actuando de este modo, la Iglesia profesa la propia fidelidad a Cristo y a su verdad; al mismo tiempo se comporta con espíritu materno hacia estos hijos suyos, especialmente hacia aquellos que inculpablemente han sido abandonados por su cónyuge legítimo. La Iglesia está firmemente convencida de que también quienes se han alejado del mandato del Señor y viven en tal situación pueden obtener de Dios la gracia de la conversión y de la salvación si perseveran en la oración, en la penitencia y en la caridad».

Por último, Francisco habla a menudo de «la fuerza misionera de la intercesión». ¿Cuál es su punto de vista en este tema?

El Papa ha escrito frases maravillosas recordándonos que «los grandes hombres y mujeres de Dios fueron grandes intercesores. La intercesión es como “levadura” en el

seno de la Trinidad. Es un adentrarnos en el Padre y descubrir nuevas dimensiones que iluminan las situaciones concretas y las cambian. Podemos decir que el corazón de Dios se conmueve por la intercesión, pero en realidad Él siempre nos gana de mano, y lo que posibilitamos con nuestra intercesión es que su poder, su amor y su lealtad se manifiesten con mayor nitidez en el pueblo».

Si el hombre no alza su mirada a Dios, orando e intercediendo, se seca y muere a sí mismo. Ocurre lo mismo y en un movimiento similar con el éxito de la obra misionera.

San Pablo aborda con frecuencia este tema. En su Carta a los efesios exhorta con vehemencia a mantenerse firmes «mediante oraciones y súplicas, orando en todo tiempo movidos por el Espíritu, vigilando además con toda constancia y súplica por todos los santos, y también por mí, para que, cuando hable, me sea dada la palabra para dar a conocer con libertad el misterio del Evangelio, del que soy mensajero, aunque encadenado, y que pueda hablar de él libremente y anunciarlo como debo» (*Ef* 6, 18-20). La urgente necesidad de la intercesión vuelve a aparecer repetidamente en la enseñanza de Pablo. A los primeros cristianos les pide que recen por él e intercedan ante los santos a fin de que su labor de evangelización sea abundante y eficaz: «Perseverad en la oración, velando en ella con acciones de gracias. Orad al mismo tiempo por nosotros para que Dios nos abra una puerta a la predicación, y podamos hablar del misterio de Cristo –por el cual estoy encadenado–, para que lo dé a conocer como debo hacerlo» (*Col* 4, 2-4).

La oración de los monjes y las monjas es uno de los fundamentos más fecundos de la Iglesia. Los monasterios constituyen focos de evangelización y de misión absolutamente prodigiosos. La oración ardiente y constante de carmelitas, benedictinos, cistercienses o visitandinas, por citar solo algunas congregaciones, acompaña y sostiene sólidamente la labor de los sacerdotes. El mundo moderno, e incluso algunos clérigos, ebrios de su sentimiento de poder, suelen pensar que los monjes y monjas de clausura no sirven para nada. Al fin y al cabo, ese es el cumplido más honroso que podemos dirigir a los contemplativos retirados tras los altos muros de su clausura: aquí abajo no sirven para nada en concreto, más que para Dios. Ese es el sencillo y hermoso secreto de sus oraciones, que sostienen al mundo entero.

Es imposible olvidar estas palabras de Cristo: «La mies es mucha, pero los obreros, pocos. Rogad, por tanto, al señor de la mies que envíe obreros a su mies. Id: mirad que yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa ni alforja ni sandalias, y no saludéis a nadie por el camino» (*Lc* 10, 2-4). Lo primero que hay que hacer cuando faltan obreros no es reestructurar de modo inteligente una diócesis o reorganizar las parroquias, agrupándolas; aunque no niego la eventual utilidad y la oportunidad de estas acciones. De hecho, lo que hace falta es rezar para que Dios suscite muchas y santas vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

¿Rezamos de verdad y fervorosamente por las vocaciones? ¿Le pedimos todos los días a Dios que envíe sacerdotes?

No hemos de dejar nunca de pedir a Dios que suscite en su pueblo grandes obreros de la misión. La obra misionera no es humana: solo puede venir de Dios. La oración de intercesión es dulce y confiada. Los espiritanos de mi infancia sacaron adelante sus misiones porque estaban constantemente inmersos en la oración, suplicando a Dios que les concediera su protección y fecundara su labor de siembra. Visto humanamente, ¿quién puede pensar por un instante que unos hombres tan pobres fueran capaces de lograr transmitir la Palabra de Cristo en los lugares más remotos de África? Solo la fuerza misionera de la intercesión de que habla Francisco puede explicar sus espléndidos logros.

Durante los tres años de vida pública en este mundo, Jesús solía retirarse a menudo con sus apóstoles a orar. La misión de Cristo y de los primeros cristianos era ya obra de Dios. El sufrimiento que muchas veces acompaña la labor misionera se transforma en victoria gracias a la oración de intercesión.

La principal voluntad de Francisco es que el Evangelio penetre en la vida de cada uno. La Palabra de Dios no es una idea ni un ideal: está ahí para penetrar todo el ser humano, en el conjunto de todas sus dimensiones, y así el Evangelio puede dirigirse hacia los confines del mundo. El deseo del Santo Padre es realista, ya que coincide exactamente con la voluntad de Cristo. Sin duda Francisco quiere aplicar las palabras de Santiago, quien decía con claridad: «Muéstrame tu fe sin obras, y yo por mis obras te mostraré la fe. ¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien; pero también los demonios lo creen, y se estremecen» (*St 2*, 18-19).

La evangelización no será más que una idea que no atraviesa las situaciones concretas de la vida si no mantenemos nuestra íntima unión con Dios en la oración.

En la *Lumen fidei*, su primera encíclica, decía Francisco: «Es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues, cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios».

El origen es Dios, a través de la constancia de la oración. Dios es siempre nuestra fuerza, admirable; nuestra alegría, serena; y nuestra esperanza, luminosa.

10. DIOS NO HABLA, PERO SU VOZ ES NÍTIDA

«Entre todos los objetos invisibles,
el mayor de todos es Dios.
Pero que haya mundo lo vemos
experimentalmente; y que haya Dios
lo creemos firmemente. Que Dios haya hecho
este mundo, a ninguno debemos creer
con más seguridad en este punto
que al mismo Dios; pero ¿dónde se lo hemos oído?
Nosotros lo hemos oído y sabemos por el irrefragable
testimonio de la Sagrada Escritura, donde dice su profeta:
Al principio creó Dios el cielo y la tierra».

San Agustín, *La ciudad de Dios*

NICOLAS DIAT: En medio de tantas responsabilidades, de tantos requerimientos y preocupaciones en el gobierno del Papa, ¿de qué modo sigue siendo África para usted una roca espiritual?

CARDENAL ROBERT SARAH: He de confesar que en octubre de 2001, cuando Juan Pablo II me llamó a la Curia romana, no sentí mucho entusiasmo. Tenía que dejar un país joven en el que solo había tres obispos y nuestra Iglesia era muy reducida. Una y otra vez me venían a la mente estas palabras tan duras del Evangelio: «A todo el que tiene se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará» (Mt 25, 29).

Además, unas semanas después, la primera Navidad lejos de mi país y de los cristianos de Guinea, fue horrible. Sentía nostalgia, me entristecía haber dejado mi catedral, los cantos tan alegres y la calidez de las navidades africanas. En el Colegio Urbano donde vivía entonces, en la colina del Janículo, celebré la misa para unos pocos seminaristas. Luego, el 25 de diciembre, todos los jóvenes se marcharon a las parroquias o a casa de familias amigas. Me pesaba la soledad. Había perdido la sal del fervor africano.

Durante mis primeros tiempos en Roma tenía la sensación de ser un árbol arrancado de sus raíces. Después, con el tiempo, empecé a valorar la llamada de Dios a ejercer una nueva misión al servicio del Papa. Aunque seguía sintiendo nostalgia, no perdía de vista el rostro del cardenal Bernardin Gantin, ese gran servidor de África. En el fondo de mi

corazón oía el sonoro eco de sus palabras, tan conmovedoras: «Todo mi amor cristiano se resume en estas sencillas palabras: Dios, Jesucristo, el Papa, la Santísima Virgen. Realidades supremas que Roma me ha hecho descubrir, amar y servir. ¿Cómo podría agradecersele debidamente al Señor?». No olvidaba África, pero me alegraba la dimensión de mi labor. Sé que he recibido abundantes gracias con vistas a esa misión tan especial que tiene la Congregación para la Evangelización de los pueblos. Todos los días me reunía con los obispos de diócesis del mundo entero que acudían a Roma para hablarnos de sus obras y progresos misioneros. Dios me arrancó de mi amada tierra, pero tuve el honor de trabajar al servicio de todo su rebaño.

Cuando la salud de mi ex-prefecto, el cardenal Dias, se deterioró, me reunía yo solo con Benedicto XVI para presentarle los posibles nombramientos episcopales a los que debía proceder, de acuerdo con los estudios y propuestas de la Congregación, meticulosamente examinados por la Asamblea de la Ordinaria. Imposible olvidar la riqueza, la sencillez y la profundidad de las entrevistas con este gran Papa. Soy consciente de que jamás habría vivido esos momentos de haberme quedado en Conakri.

Desde entonces, al apego a mi tierra se suma la obligación de defenderla de las amenazas que pesan sobre ella a causa de la globalización y de la nueva ética mundial promovida por un Occidente secularizado. La propia identidad de África hace que esté abierta a la trascendencia, a la adoración y la gloria de Dios. Los pueblos africanos respetan al hombre, pero miran más allá buscando la eternidad. El alma de África se abre siempre a Dios. Al revés de lo que ocurre en buena parte de Occidente, el continente africano posee una visión fundamentalmente teologal. Las preocupaciones materiales siempre ocupan un segundo lugar. El hombre africano sabe que en esta vida solo está de paso.

Pese a los programas más o menos soterrados que pretenden destruir sus recursos espirituales, en la mayor parte de África continúa la primavera de Dios. Me consta que Benedicto XVI comprendía perfectamente las coordenadas del alma africana cuando escribía: «África representa un inmenso “pulmón” espiritual para una humanidad que se halla en crisis de fe y esperanza»[\[14\]](#). Si mi tierra sigue sufriendo, es que su primavera continúa de acuerdo con el plan divino.

Antes de dejar Roma para regresar a su Bénin natal, el cardenal Gantin comentó que era como un bananero. Cuando el árbol ha dado sus frutos lo cortan. Pero siempre queda un retoño, y él pensaba que yo era ese nuevo brote. El cardenal fue un ejemplo maravilloso. Me transmitió la grandeza y la nobleza de sus sentimientos hacia nuestro continente y no puedo olvidar lo bien que comprendía la hondura de la autenticidad africana por lo invisible. Bernardin Gantin solía decir: «Dios no me pide éxitos, sino amor. El verdadero amor no pasa primero por la palabra, sino por el corazón. Lo demás es secundario y efímero. Solo Dios es esencial y eterno. Y el amor nos permite

parecernos un poco a Él».

También el hombre y la mujer africanos intentan parecerse un poco a Dios. En esa búsqueda ven la mayor aventura que puede vivirse en este mundo. Sus miradas no están clavadas en las realidades terrenas y yo sé que esta búsqueda espiritual es fecunda. Porque, a pesar de las guerras, la pobreza, el rigor de la naturaleza, Dios da mucho a los hijos que le buscan, aún más de lo que se atreven a pedirle. A África le gusta alzar sus ojos al cielo y Dios suele enviar hermosos mensajes a quienes le aman de verdad.

¿Cuál es la obra más grande de la Iglesia?

¡Eso solo lo sabe Dios! En cualquier caso, la movilización caritativa de la Iglesia en favor de los pobres y de los necesitados es extraordinaria. La Iglesia ha luchado siempre por reducir la miseria material y espiritual de los pueblos. La red de las 165 *Caritas* repartidas por el mundo; las estructuras y organizaciones caritativas católicas, como la Orden de Malta, deseosas de inspirarse en el Evangelio; el compromiso de la Iglesia en el ámbito educativo y sanitario en defensa de la dignidad de la persona humana; la buena voluntad puesta al servicio de los más pobres, forman un ejército incomparable que trabaja para aliviar las miserias. Dios nos ha concedido lograr una labor caritativa excepcional en favor de los más débiles.

Si yo no me hubiera beneficiado de la ayuda de la Iglesia, en estos momentos no estaría aquí con usted. Desde sus orígenes, la Esposa de Cristo ha optado siempre por llegar a todos los rincones del mundo para ayudar a los hombres que no poseen nada. Los espiritanos de mi pequeño poblado pertenecían a ese noble linaje de sacerdotes hasta tal punto imantados por el aliento de Dios que fueron capaces de lo humanamente imposible.

A lo largo de los siglos, el mayor don de Dios ha sido enviar, después de Cristo, a los santos que han dado su vida por los más pobres de los pobres. San Vicente de Paúl, san Juan Bosco, san Daniel Comboni o la madre Teresa de Calcuta pensaban en aquellos que no le importan a nadie. La victoria de la Iglesia ha quedado grabada en el corazón de todos los pobres que ha salvado durante generaciones.

Miles de sacerdotes y religiosos han mostrado una tenacidad inigualable, pese a serios obstáculos, para llevar a cabo sus misiones de caridad. Y la caridad más grande es revelar a Dios manifestado en su Hijo en la Cruz. Gracias al ejemplo de esos hombres y mujeres de Dios, la labor de evangelización y humanización de nuestras sociedades ha conocido grandes logros.

Es importante comprender la dimensión de la acción caritativa. Para los cristianos lo esencial no reside exclusivamente en la ayuda material y social, sino en la lucha contra la miseria espiritual. En este sentido, la Iglesia tiene la imperiosa obligación, consecuencia del inmenso don que Dios le ha concedido, de no abdicar jamás.

La obra más hermosa en este mundo consiste en devolver a los hombres su idéntica dignidad de hijos de Dios y su capacidad de abrirse a la luz eterna.

Gracias a los pobres, la victoria de la Iglesia es siempre humilde y escondida, y está alejada de falsos oropeles.

¿Cuáles son los fracasos de la Iglesia?

Si se refiere usted a la Iglesia como sociedad y no a su realidad esencial de Cuerpo Místico de Cristo, sería un craso error dar preferencia a la obra social, económica o – peor aún– política en detrimento de la evangelización. Las primeras palabras de Francisco en la capilla Sixtina pocas horas después de su elevación a la sede de Pedro son especialmente elocuentes: «Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado. ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedras? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente». Cuando se deja de anunciar a Cristo, ya no es la Iglesia la que actúa. Porque la Iglesia es santa, apostólica y misionera.

En su libro [Cruzando el umbral de la esperanza](#)[15], Juan Pablo II escribía que «Dios está siempre de parte de los que sufren». ¿Cómo interpreta usted esta frase?

Cuando Dios se apareció a Moisés, le dijo: «He observado la opresión de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor por la dureza de sus opresores, y he comprendido sus sufrimientos. He bajado para librarlos» (*Ex 3, 7-8*).

Dios está siempre del lado de los que lloran. ¡Cuántos son los salmos en que podemos leer que no abandona jamás a los pobres! Desde un punto de vista humano, muchas veces tenemos un sentimiento de rebelión ante la aparente ausencia de ayuda divina frente a la adversidad. Ahora bien, en el curso de mis viajes a los países más pobres del mundo, he constatado hasta qué punto Dios seguía más presente de lo que seríamos capaces de imaginar. En efecto, en medio de las pruebas y las miserias físicas he visto con mis propios ojos cómo Dios transforma el alma de los pobres mediante escondidos y humildes sufrimientos que purifican sus heridas. Observando a los pobres también yo he aprendido a decir con humildad: Dios mío, me alegro de todas las pruebas que he vivido y te doy gracias de antemano por todas las que vendrán. Espero que contribuyan a vendar las heridas del mundo.

No puedo olvidar a los grandes santos que ha enviado Dios para morir con los pobres, como el padre Damián. San Damián Josef de Veuster, que llegó a Molokai, en las islas Hawai, el 10 de mayo de 1873, se ofreció voluntariamente para ser la presencia de

Dios en medio de los leprosos, que los demás no querían ni ver. Sabía perfectamente que no tenía ninguna oportunidad de salir con vida de aquella aventura. Después de diez años de misión entre esos seres desgraciados, encerrados como ganado condenado al matadero, enfermó de lepra, que fue royéndole hasta destruirle inevitablemente. Pero él había elegido entregarlo todo a los moribundos de Molokai por amor a Dios. Totalmente consumido por la lepra, celebró su última misa el 28 de marzo de 1889, unos días antes de marchar al Padre de toda misericordia.

Cuando tuve la suerte de hablar con la Madre Teresa, vi en ella a una mujer totalmente inmersa en Dios. Su rostro no poseía una especial belleza humana, pero sí una sencilla y grandiosa luz interior, reflejo de un fuego que solo puede traslucirse en el contacto permanente con Dios. Se hallaba habitada por una presencia, una sencillez y una serenidad que procedían de Cristo, a quien contemplaba en el sagrario durante horas. De hecho, la Madre Teresa te atraía hacia ella, porque un trocito de Cielo había descendido ya a su alma. Su humildad era la de los compañeros y amigos de Dios. La fragilidad de su voz y la fuerza de sus palabras son la señal tangible de una mujer literalmente sumergida en Dios.

La Madre Teresa había tocado con los dedos la auténtica ternura de Dios con los hombres y su amorosa ternura con los pobres.

Muchas veces, para tranquilizarnos, decimos que Dios escribe recto con renglones torcidos...

Si pienso en mi propia experiencia, está claro que no ha habido nada fácil. Mi vida ha sido una verdadera peregrinación de continente en continente, de país en país, de seminario en seminario, de simple párroco a arzobispo de Conakri en medio de complicadas circunstancias políticas nacionales, y de Guinea a la Ciudad Eterna. Dios ha querido ese camino difícil para enseñarme que aquí abajo los hombres no llegan nunca a la patria definitiva.

Como discípulos de Cristo, vivimos un éxodo constante. Los cristianos son siempre nómadas en busca de Dios, en una peregrinación rica y difícil. Es importante que permanezcan disponibles a la voluntad de Dios.

Muchas veces, como Abrahán, no sabemos hacia qué horizontes nos conduce Dios. Aunque nos gustaría un universo estable y perfecto, el camino humano es tortuoso, sinuoso y lleno de fango, como el que conduce a mi humilde poblado de Ourous. Pero nunca debemos olvidar que el hombre no está solo. Pese a lo que nos resulta más duro, Dios nos conduce en última instancia a la perfección, la santidad y la realización plena de nuestra propia vocación. Una existencia puede parecer una tragedia, pero Dios conoce el significado exacto de cada cosa. Nuestro Padre lleva a cabo un proyecto para cada uno de nosotros. Al hombre solo le pide que sea dócil y esté atento a los mensajes que no

cesa nunca de enviarnos. Puede someternos a ofensas insultantes o a calumnias devastadoras para enseñarnos la docilidad y la humildad.

En este camino no hay que olvidar la espléndida frase de Dios a Abrahán: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (*Gn 17, 1*). Existe una esperanza de Dios en el hombre y una esperanza del hombre en Dios.

Yo, personalmente, soy obra de la esperanza de Dios y de sus colaboradores, esos hombres que me acompañaron en mi desarrollo sacerdotal y mi crecimiento humano. Gracias a ellos, en muchas ocasiones he oído a Dios repetir: «Camina en mi presencia y sé perfecto».

¡Quién iba a imaginar ni por un instante que ese niño de la sabana que era yo se trasladaría un día a Roma para convertirse en cardenal! En el seminario de Nancy, cuando me reuní por primera vez con el cardenal Tisserant, pensé que nunca volvería a oír a un colaborador del Papa. ¿Quién le iba a decir a la abuela Rose cómo sería mi vida? Los misteriosos caminos de Dios no carecen de humor. Los apóstoles que rodeaban a Cristo fueron los primeros sorprendidos por los caprichos de Dios. Los Evangelios están repletos de estos imprevistos.

¿Cuál es su evangelista preferido?

San Juan, sin lugar a dudas. Creo que penetró tan profundamente en el corazón de Jesús que se convirtió en amoroso intérprete de su palabra. Juan descubrió la radicalidad del contenido de la enseñanza de Cristo: el amor que lleva a la entrega de uno mismo. Su Evangelio cuenta con una espléndida prolongación en sus epístolas.

Para mí, Juan representa el núcleo del mensaje cristiano en el que Dios se nos revela como un Padre amante. El día en que el Hijo murió por amor a nosotros, él estuvo al pie de la Cruz. Vio el corazón traspasado de Jesús y los torrentes de amor que se derramaban sobre la humanidad. Contempló la sangre del Cordero que nos limpiaba de toda mancha. Escuchó las últimas palabras de Jesús, que fueron grabándose lentamente en su corazón enamorado.

Junto con la Virgen y con María Magdalena, Juan conoció el mayor sufrimiento después de la muerte del Hijo de Dios. Ofrecieron «con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas» (*Hb 5, 7*), en la medida en que los hombres son capaces de volverse hacia Dios.

¿Qué significa para usted la oración de los monjes y su elección de la vida contemplativa?

Aunque la vida monástica es físicamente dura, aspira a estar plenamente inundada de la paz de Dios. Los monjes han elegido una vida activa y silenciosa, enteramente consagrada a Él. Sus días deben ir convirtiéndose poco a poco en una oración

ininterrumpida: el monje se mantiene unido a Dios en todas sus ocupaciones. El objetivo de la vida monástica consiste en alcanzar un estado más o menos habitual de oración y penitencia, de liturgia y estudio, de trabajo manual y oración. «El silencio y la soledad, la escucha y la meditación de la palabra sitúan constantemente el alma del monje bajo la influencia directa e íntima de la acción divina», dice Thomas Merton[16].

En este mundo los monjes deben convertirse en los obreros más humildes y pacientes del conocimiento de la vida espiritual.

El padre Jérôme, monje trapense durante cerca de sesenta años en la abadía de Sept-Fons, escribió algunas frases admirables y llenas de realismo sobre la vida de los monjes. En sus *Écrits monastiques*[17] comentaba: «¡Uno no se hace monje en un día! Hacen falta diez, treinta, sesenta años. El monje joven, el novicio, es un brote del inicio de la primavera, cuando las ramas aún están negras y frías del invierno, cuando el fruto no es todavía más que una promesa».

No se comprende a los monjes al margen de Dios y de la fe. No hay que tener miedo a decir que no sirven para nada. No obstante, el monje sabe que su vocación es misteriosamente útil, pues resulta misteriosamente eficaz para los hombres: sabe que su pobre existencia es una participación imperfecta de la vida, la Pasión y la dolorosa muerte de Jesucristo. Pero su alma no quiere perder de vista las llagas del Señor.

Sepultando su oración en la oración suprema de Jesús, el monje intercede por todos los hombres, vivos y difuntos, creyentes y no creyentes, desconocidos y cercanos: no para que su maldad se convierta en bondad, sino para que alcancen la felicidad y la verdad.

El 9 de octubre de 2011, en su homilía en la histórica Cartuja de San Bruno, donde se hallan los restos mortales del fundador de la Orden, Benedicto XVI pronunció unas palabras muy concretas sobre la esencia de la vida cartuja y, en un sentido más general, sobre la grandeza de la existencia contemplativa. En mi opinión, se trata de uno de los textos más bellos del Papa emérito: «*Fugitiva relinquere et aeterna captare* – abandonar las realidades fugitivas e intentar aferrar lo eterno». En esta expresión de la carta que vuestro fundador dirigió al preboste de Reims, Rodolfo, se encierra el núcleo de vuestra espiritualidad (*Carta a Rodolfo*, 13): el fuerte deseo de entrar en unión de vida con Dios, abandonando todo lo demás, todo aquello que impide esta comunión y dejándose aferrar por el inmenso amor de Dios para vivir solo de este amor. Queridos hermanos, vosotros habéis encontrado el tesoro escondido, la perla de gran valor (*Mt* 13, 44-46); habéis respondido con radicalidad a la invitación de Jesús: “Si quieres ser perfecto, le dijo Jesús, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres: así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme” (*Mt* 19, 21).

»Todo monasterio –masculino o femenino– es un oasis en el que, con la oración y la meditación, se excava incesantemente el pozo profundo del que tomar el “agua viva”

para nuestra sed más profunda. Pero la Cartuja es un oasis especial, donde el silencio y la soledad son custodiados con particular cuidado, según la forma de vida iniciada por san Bruno y que ha permanecido sin cambios en el curso de los siglos. “Habito en el desierto con los hermanos”, es la frase sintética que escribía vuestro fundador (*Carta a Rodolfo*, 4).

»La visita del Sucesor de Pedro a esta histórica Cartuja pretende confirmar, no solo a vosotros, que vivís aquí, sino a toda la Orden, en su misión, que es de lo más actual y significativa en el mundo de hoy. El progreso técnico, especialmente en el campo de los transportes y de las comunicaciones, ha hecho la vida del hombre más confortable, pero también más agitada, a veces convulsa. Las ciudades son casi siempre ruidosas: raramente hay silencio en ellas, porque un ruido de fondo permanece siempre, en algunas zonas también de noche. En las últimas décadas, además, el desarrollo de los medios de comunicación ha difundido y amplificado un fenómeno que ya se perfilaba en los años sesenta: la virtualidad, que corre el riesgo de dominar sobre la realidad. Cada vez más, incluso sin darse cuenta, las personas están inmersas en una dimensión virtual a causa de mensajes audiovisuales que acompañan su vida de la mañana a la noche. Los más jóvenes, que han nacido ya en esta condición, parecen querer llenar de música y de imágenes cada momento vacío, casi por el miedo de sentir, precisamente, este vacío. Se trata de una tendencia que siempre ha existido, especialmente entre los jóvenes y en los contextos urbanos más desarrollados, pero hoy ha alcanzado un nivel tal que se habla de mutación antropológica. Algunas personas ya no son capaces de quedarse durante mucho rato en silencio y en soledad.

»He querido aludir a esta condición sociocultural, porque esta pone de relieve el carisma específico de la Cartuja, como un don precioso para la Iglesia y para el mundo, un don que contiene un mensaje profundo para nuestra vida y para toda la humanidad. Lo resumiría así: retirándose en el silencio y en la soledad, el hombre, por así decirlo, se “expone” a la realidad de su desnudez, se expone a ese aparente “vacío” que señalaba antes, para experimentar en cambio la Plenitud, la presencia de Dios, de la Realidad más real que exista, y que está más allá de la dimensión sensible. Es una presencia perceptible en toda criatura: en el aire que respiramos, en la luz que vemos y que nos calienta, en la hierba, en las piedras... Dios, *Creator omnium*, atraviesa todo, pero está más allá, y precisamente por esto es el fundamento de todo. El monje, dejando todo, por así decirlo, “se arriesga”, se expone a la soledad y al silencio para no vivir de otra cosa más que de lo esencial, y precisamente viviendo de lo esencial encuentra también una profunda comunión con los hermanos, con cada hombre.

»Alguno podría pensar que sea suficiente con venir aquí para dar este “salto”. Pero no es así. Esta vocación, como toda vocación, encuentra respuesta en un camino, en la búsqueda de toda una vida. No basta, de hecho, con retirarse a un lugar como este para

aprender a estar en la presencia de Dios. Como en el matrimonio no basta con celebrar el sacramento para convertirse en una sola cosa, sino que es necesario dejar que la gracia de Dios actúe y recorrer juntos la cotidianidad de la vida conyugal, así el llegar a ser monjes requiere tiempo, ejercicio, paciencia, “en una perseverante vigilancia divina – como afirmaba san Bruno–, esperando el regreso del Señor para abrirle inmediatamente la puerta” (*Carta a Rodolfo*, 4). Precisamente en esto consiste la belleza de toda vocación en la Iglesia: dar tiempo a Dios de actuar con su Espíritu y a la propia humanidad de formarse, de crecer según la medida de la madurez de Cristo, en ese particular estado de vida. En Cristo está el todo, la plenitud; necesitamos tiempo para hacer nuestra una de las dimensiones de su misterio.

»Podríamos decir que este es un camino de transformación en el que se realiza y se manifiesta el misterio de la resurrección de Cristo en nosotros, misterio al que nos ha remitido esta tarde la Palabra de Dios en la lectura bíblica, tomada de la Carta a los Romanos: el Espíritu Santo, que resucitó a Jesús de entre los muertos, y que dará la vida también a nuestros cuerpos mortales (*Rm* 8, 11), es Aquel que realiza también nuestra configuración a Cristo según la vocación de cada uno, un camino que discurre desde la fuente bautismal hasta la muerte, paso hacia la casa del Padre. A veces, a los ojos del mundo, parece imposible permanecer durante toda la vida en un monasterio, pero en realidad toda una vida es apenas suficiente para entrar en esta unión con Dios, en esa Realidad esencial y profunda que es Jesucristo.

»¡Por esto he venido aquí, queridos hermanos que formáis la comunidad cartuja de Serra San Bruno! Para deciros que la Iglesia os necesita y que vosotros necesitáis a la Iglesia. Vuestro lugar no es marginal: ninguna vocación es marginal en el Pueblo de Dios: somos un único cuerpo, en el que cada miembro es importante y tiene la misma dignidad, y es inseparable del todo. También vosotros, que vivís en un aislamiento voluntario, estáis en realidad en el corazón de la Iglesia, y hacéis correr por sus venas la sangre pura de la contemplación y del amor de Dios.

»*Stat Crux dum volvitur orbis*: así reza vuestro lema. La Cruz de Cristo es el punto firme, en medio de los cambios y de las vicisitudes del mundo. La vida en una Cartuja participa de la estabilidad de la Cruz, que es la de Dios, de su amor fiel. Permaneciendo firmemente unidos a Cristo, como sarmientos a la Vid, también vosotros, hermanos cartujos, estáis asociados a su misterio de salvación, como la Virgen María, que junto a la Cruz “*stabat*”, unida al Hijo en la misma oblación de amor. Así, como María y junto con ella, también vosotros estáis insertos profundamente en el misterio de la Iglesia, sacramento de unión de los hombres con Dios y entre sí. En esto vosotros estáis también singularmente cercanos a mi ministerio. Vele por tanto sobre nosotros la Madre Santísima de la Iglesia, y que el santo padre Bruno bendiga siempre desde el cielo a vuestra comunidad».

Es cierto que la vida eremítica puede parecer demasiado rigurosa, casi inadecuada para nuestra época. Pero no hay que olvidar que Bruno quería ver a Dios en un cara a cara íntimo. El fundador de los cartujos no podía esperar a la muerte y a la eternidad para saciar la violencia de su sed. En realidad, los cartujos son personas impacientes.

En una carta dirigida a Jacques y Raïssa Maritain, Léon Bloy escribía: «Sean cuales sean las circunstancias, poned siempre lo Invisible por delante de lo visible, lo Sobrenatural por delante de lo natural; si aplicáis esta regla a todos vuestros actos, estamos seguros de que estaréis investidos de fuerza e impregnados de una profunda alegría». Sin pretenderlo, el escritor acababa de resumir la esencia de la aspiración del monje.

Los monjes son estrellas luminosas que conducen silenciosamente a la humanidad hacia los caminos de la vida interior. Toda su vida, en sus detalles prácticos más insignificantes, está centrada en Dios. No es de extrañar que esa entrega total produzca efectos que sobrepasan lo meramente racional. No se entrega la vida a Dios sin consecuencias.

San Benito vivía en permanente vigilancia para agradecer a Dios en todo. En las biografías que le han dedicado me impresiona su alegría de vivir bajo la mirada de Dios. Concebía la soledad como una prueba de amor. Las reglas que dejó permiten contar con las armas adecuadas para librar el arduo combate de la vida interior. Su ambición consistía en proporcionar a los monjes los medios para vivir bajo la mirada de Dios. Con la fogosidad de los tímidos, este gran santo se hallaba devorado por el deseo de estar en Dios. Su Orden ocupa un lugar decisivo en la historia de la Iglesia; y, más recientemente, creo que no revelo ningún secreto si digo que para Joseph Ratzinger el ejemplo de los benedictinos ha sido determinante. Su sed exclusiva de Dios se parece en todos sus aspectos a la de los monjes.

Mientras fui arzobispo de Conakri, estuve diez años buscando a unos cuantos hijos de san Benito dispuestos a instalarse en mi país. Todos los días le pedía al Señor que me concediera esa gracia. Por fin, en 1994 conseguí traer a varios benedictinos de la abadía de Maumont, en la diócesis de Angulema. Antes había intentado ganarme la simpatía de los monjes de Solesmes hacia mi proyecto. Finalmente, el monasterio femenino senegalés de Keur Moussa cedió a mis constantes peticiones fundando un priorato en Guinea. Dios fue espléndido y colmó mis expectativas.

De hecho, pensaba que la oración de los monjes es irremplazable a la hora de suscitar la búsqueda incesante de Dios y hacer crecer la vida espiritual de mi pueblo. Desde entonces, cuando vuelvo a Guinea, nunca dejo de dedicar al menos dos días a los benedictinos y benedictinas. Disfruto en los monasterios porque son ciudadelas de Dios, plazas fuertes donde podemos encontrarle más fácilmente, murallas desde las que Jesús vela con ternura.

Allí los que buscan a Dios pueden decir con el salmista: «*Domine, dilexi habitaculum domus tuae et locum habitationis gloriae tuae... unum petii a Domino, hoc requiram: ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae, ut videam voluptatem Domini et visitem templum ejus*» (Sal 26, 8; Sal 27, 4): «Señor, amo la Casa donde moras, el lugar donde reside tu gloria... Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de las delicias del Señor y contemplar su templo». En los monasterios, encontramos la virginidad del corazón, la «*munditia cordis*».

Estoy íntimamente convencido de que la Iglesia sigue su camino gracias a la intercesión, día y noche, de los contemplativos y las contemplativas. La Esposa de Cristo resplandece con la oración invisible de los soldados que han colgado su vida de los arcos del cielo.

Hoy en día, pese a los desatinos del mundo moderno, hay hombres que siguen cimentando toda su vida en el amor de Dios. Han comprendido que la razón de amar a Dios es Dios mismo. En su tratado *De amore Dei*, san Bernardo escribió poéticamente: «La medida del amor a Dios es amar sin medida».

El 24 de mayo de 2009, durante su visita a Monte Cassino, Benedicto XVI dedicó estas maravillosas palabras a Benito: «Ya no vivir para sí mismos, sino para Cristo: esto es lo que da pleno sentido a la vida de quien se deja conquistar por Él. Lo manifiesta claramente la historia humana y espiritual de san Benito que, tras abandonarlo todo, siguió fielmente a Jesucristo. Encarnando en su propia existencia el Evangelio, se convirtió en el iniciador de un amplio movimiento de renacimiento espiritual y cultural en Occidente. Quiero mencionar aquí un acontecimiento extraordinario de su vida, referido por su biógrafo san Gregorio Magno, que vosotros conocéis muy bien. Se podría decir que también el santo patriarca fue “elevado al Cielo” en una indescriptible experiencia mística. La noche del 29 de octubre del año 540 –se lee en la biografía–, mientras estaba asomado a la ventana, “con los ojos fijos en las estrellas para penetrar en la divina contemplación, el santo sentía que el corazón le ardía... Para él, el firmamento cuajado de estrellas era como la cortina bordada que desvelaba al Santo de los Santos. En un momento determinado, su alma se sintió transportada a la otra parte del velo para contemplar sin estorbos el rostro de Aquel que habita en una luz inaccesible. Desde luego, como le sucedió a san Pablo tras ser arrebatado al Cielo, también san Benito, después de esa experiencia espiritual extraordinaria, tuvo que comenzar una nueva vida. Aunque la visión fue pasajera, los efectos permanecieron: su fisonomía misma –refieren los biógrafos– cambió, su aspecto fue siempre sereno y su porte, angélico; y, aun viviendo en la tierra, se comprendía que con el corazón ya estaba en el paraíso”».

¿Cómo entiende usted la Palabra de Cristo: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»?

En primer lugar, la presencia de Jesús existe a través de la Iglesia. Me parece que olvidamos con mucha facilidad estas palabras del Evangelio de Mateo: «Os aseguro que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que quieran pedir, mi Padre que está en los cielos se lo concederá. Pues, donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 19-20). La promesa de Cristo se cumple incesantemente desde su muerte a través de la Iglesia.

Los hombres pueden percibir también su presencia en los sacramentos. Hemos sido bautizados en el nombre de Cristo. La Eucaristía, por su parte, es el cuerpo de Jesús, y la Confesión, una actualización de la voluntad del Hijo de Dios de perdonar los pecados de los hombres. Por último, en los Evangelios es Él quien habla a través de sus apóstoles.

Afirma la constitución del Concilio Vaticano II *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia: «Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt 18, 20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno. Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no iguala ninguna otra acción de la Iglesia».

Cristo también está presente al lado de los pobres y de los hombres que sufren. Es imposible olvidar las inapelables palabras de Cristo: «Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria, acompañado de todos los ángeles, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las gentes; y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y

vinisteis a verme”. Entonces le responderán los justos: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos peregrino y te acogimos, o desnudo y te vestimos?, o ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a verte?”. Y el Rey, en respuesta, les dirá: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. Entonces dirá a los que estén a la izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles: porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era peregrino y no me acogisteis; estaba desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”. Entonces le replicarán también ellos: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, peregrino o desnudo, enfermo o en la cárcel y no te asistimos?”. Entonces les responderá: “En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también dejasteis de hacerlo conmigo. Y estos irán al suplicio eterno; los justos, en cambio, a la vida eterna”» (Mt 25, 31-46).

San Juan Crisóstomo siempre emprende con vigor la defensa de los pobres y los desventurados. Le gusta recordar que Cristo no pactó nunca con el escándalo de la riqueza y el lujo desplegados ante los ojos de los pobres. En sus *Exhortaciones a Teodoro* escribe: «¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: Esto es mi cuerpo, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: Tuve hambre, y no me disteis de comer, y más adelante: Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer. El templo no necesita vestidos y lienzos, sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos [...]. ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo. ¿Quieres hacer ofrenda de vasos de oro y no eres capaz de dar un vaso de agua? ¿Y de qué serviría recubrir el altar con lienzos bordados en oro, cuando niegas al mismo Señor el vestido necesario para cubrir su desnudez? ¿Qué ganas con ello? Dime si no: Si ves a un hambriento falto del alimento indispensable y, sin preocuparte de su hambre, lo llevas a contemplar una mesa adornada con vajilla de oro, ¿te dará las gracias de ello? ¿No se indignará más bien contigo? O si, viéndolo vestido de andrajos y muerto de frío, sin acordarte de su desnudez, levantas en su honor monumentos de oro, afirmando que con esto pretendes honrarlo, ¿no pensará él que quieres burlarte de su indigencia con la más sarcástica de tus ironías?».

Juan Crisóstomo muestra a Cristo en el pobre y le hace decir: «Podría alimentarme yo mismo, pero prefiero errar mendigando, tender la mano ante tu puerta, para que tú me alimentes. Por amor a ti es por lo que obro así». El arzobispo de Constantinopla se alza con vehemencia en contra de la esclavitud y su alienación: «Lo que voy a decir es

terrible, pero he de decirlo: poned a Dios al mismo nivel que vuestros esclavos. Si vosotros concedéis en testamento la libertad a vuestros esclavos, liberad a Cristo del hambre, de la necesidad, de la cárcel, de la desnudez. ¡Ah, os estremecéis!». Cuando san Juan Crisóstomo habla de Cristo presente entre nosotros, hay que echarse a temblar. Sus palabras son duras, ásperas y exigentes: se vuelca en ellas por entero. No habla para escucharse ni para persuadir. Escribe para instruir, exhortar, reformar, deseoso de combatir las costumbres paganas e instaurar la sola moral del Evangelio. San Juan Crisóstomo es un verdadero pastor que educa, alimenta a su pueblo, explica las Sagradas Escrituras y las aplica a la vida diaria.

Por último, ¿qué es la santidad?

En su primera Carta a los tesalonicenses afirma san Pablo: «Por lo demás, hermanos, os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesús a que, conforme aprendisteis de nosotros sobre el modo de comportaros y de agradar al Señor, y tal como ya estáis haciendo, progreséis cada vez más. Pues conocéis los preceptos que os dimos de parte del Señor Jesús. Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación; que cada uno sepa guardar su propio cuerpo santamente y con honor, sin dejarse dominar por la concupiscencia, como los gentiles, que no conocen a Dios. En este asunto, que nadie abuse ni engañe a su hermano, pues el Señor toma venganza de todas estas cosas, como ya os advertimos y aseguramos; porque Dios no nos llamó a la impureza, sino a la santidad. Por tanto, el que menosprecia esto no menosprecia a un hombre, sino a Dios, que además os concede el don del Espíritu Santo» (*I Ts 4, 1-8*).

¿Cuáles son los caminos para alcanzar la santidad? El primero es la acogida humilde de un don del cielo. En efecto, la santidad es ante todo una gracia que procede de Dios. Nosotros hemos de intentar acogerla y hacerla realidad. En la *Imitación de Cristo* encontramos estas espléndidas palabras: «No hay, pues, santidad, si Tú, Señor, apartas tu mano. No aprovechará discreción, si dejas de gobernar. No hay fortaleza que ayude, si dejas de conservarla. Porque en dejándonos Tú, luego nos vamos al fondo y perecemos; pero visitados por Ti, nos levantamos y vivimos. Mudables somos; pero, por Ti, estamos firmes; nos entibiamos, mas Tú nos enciendes».

No obstante, creo que existe un camino preferente: el del amor y la caridad. Este conduce siempre al hombre a la perfección: es la vía por excelencia a la santidad. El vínculo entre la caridad, la perfección y la santidad es muy importante. Los hombres deben avanzar en la fe viviendo en la caridad.

Las palabras que Dios nos dirige están tan llenas de amor como de exigencia. Por eso nos dice: «Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt 5, 48*). Sí, al aceptar ser cristianos, debemos obrar siempre sin pensar en los pequeños objetivos del prestigio o la ambición, ni en los fines que pueden parecer nobles, como la filantropía

o la bondad humanitaria. El cristiano es un hombre que piensa incesantemente en el fin último y radical del amor que Jesucristo nos ha manifestado muriendo por nosotros en la Cruz. En consecuencia, la santidad consiste en vivir exactamente como Dios quiere que vivamos, configurándonos cada vez más con su Hijo Jesucristo. San Pablo nos advertía claramente con estas palabras: «Por tanto, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga queja contra otro; como el Señor os ha perdonado, hacedlo así también vosotros. Sobre todo, revestíos con la caridad, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo se adueñe de vuestros corazones: a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo» (*Col 3, 12-15*).

El profundo deseo de Dios es que nos parezcamos a Él siendo santos. La caridad es el amor, y la santidad, una manifestación sublime de la capacidad de amar. Es una identificación con Cristo y, por lo tanto, el cumplimiento de nuestra vocación a ser hijos e hijas de Dios.

¿Quiénes son exactamente los ángeles?

A través de la Biblia sabemos que los ángeles son espíritus puros, mensajeros de Dios, dotados de una inteligencia extraordinaria, iluminados por la luz de Dios. Los ángeles viven junto a Dios, formando a su alrededor la corte celestial, que no cesa de alabar al Creador.

Son los protectores y los guías naturales de los hombres. Me parece especialmente importante la conciencia de la existencia de nuestro ángel custodio, que vela constantemente por nosotros. Cristo habla con frecuencia de los ángeles y nos revela que «hay alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente» (*Lc 15, 10*). El Hijo de Dios nos pide que amemos con solicitud a los niños «porque os digo que sus ángeles en los cielos están viendo siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos» (*Mt 18, 10*).

El ejemplo de los ángeles recuerda a los hombres la necesidad de vivir santamente, de un modo puro y excelente. En el cielo seremos llevados a vivir en su compañía, perdidos en la claridad de Dios. Cristo dice a los saduceos: «Los hijos de este mundo, ellas y ellos, se casan; sin embargo, los que son dignos de alcanzar el otro mundo y la resurrección de los muertos, no se casan, ni ellas ni ellos. Porque ya no pueden morir otra vez, pues son iguales a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección» (*Lc 20, 34-36*).

La humanidad necesita la compañía de esos seres misteriosos. Me consta que puede resultar difícil hablar de los ángeles en un mundo henchido de una cultura racionalista y narcisista.

Aun así, la Biblia señala que a ojos de Dios el hombre es superior a los ángeles. Dios

no se ha encarnado en un ángel. Si bien quiso que el arcángel Gabriel fuera el mensajero de su encarnación, eligió venir a este mundo en la carne de un hombre. La carta a los hebreos afirma: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que te ocupes de él? Le has hecho solo un poco inferior a los ángeles y le has coronado de gloria y honor. Todo lo has sometido bajo sus pies. Al someter todo al hombre, no dejó nada sin someterle. Sin embargo, ahora no vemos que todo le esté ya sometido. En cambio, a aquel que fue hecho por un momento inferior a los ángeles, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor a causa de la muerte padecida. De modo que, por gracia de Dios, experimentó la muerte en beneficio de todos» (Hb 2, 6-9).

La grandeza del hombre reside en la Encarnación, y los ángeles, que libremente han aceptado este gran misterio, alaban a Dios eternamente.

Con ese don suyo especial para la pedagogía, dijo Benedicto XVI refiriéndose a la misión de los ángeles: «Los ángeles de Dios, independientemente de la distancia que recorran en sus misiones, siempre se mueven en Dios. Siempre permanecen con Él»[\[18\]](#).

Es significativo que el papa Francisco, acompañado por Benedicto XVI, haya querido bendecir una imagen de san Miguel en los jardines vaticanos y poner el Vaticano bajo la protección de este arcángel.

No puedo olvidar, por último, las hermosas y vehementes palabras de Francisco en septiembre de 2014 durante una homilía de su misa matutina: «Satanás es astuto: lo dice la primera página del Génesis; es astuto. Presenta las cosas como si fueran buenas. Pero su intención es la destrucción. Y los ángeles nos defienden. Defienden al hombre y defienden al Hombre-Dios, al Hombre superior, Jesucristo que es la perfección de la humanidad, el más perfecto. Por eso la Iglesia honra a los ángeles, porque son aquellos que estarán en la gloria de Dios —están en la gloria de Dios—, porque defienden el gran misterio escondido de Dios, es decir, que el Verbo se hizo carne».

Nuestra entrevista está a punto de concluir. ¿Puede hablarnos de su nombramiento por parte del papa Francisco para estar a la cabeza de una de las estructuras más importantes de la Curia romana: la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos?

Cada vez que el sucesor de Pedro ha tenido la bondad de confiarme una responsabilidad al servicio de la Iglesia me he sentido incapaz e incompetente.

No obstante, aunque mis limitaciones objetivas me hacen notar la carga tan pesada de la misión que se me ha confiado, oigo brotar en mi corazón una inmensa acción de gracias hacia el Señor, que siempre elige lo que no vale nada a ojos del mundo para llevar a cabo su obra.

Doy gracias al Señor por haberme concedido obrar con Él y para Él, con el fin de ayudar al pueblo de Dios a penetrar plenamente en el misterio que celebra en la sagrada

liturgia.

Humildemente, doy gracias al Papa. Siento también una profunda gratitud hacia mis colaboradores de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos. Juntos, con ayuda de Dios y a través de su presencia activa –porque, como nos recuerda la *Sacramentum Caritatis*, la liturgia «es esencialmente *actio Dei* que nos une a Jesús a través del Espíritu»–, trabajamos para que las celebraciones del culto y de los sacramentos se vivan siempre ante Dios y con admiración hacia su acción salvífica, abarcando no solo al individuo, sino a toda la Iglesia, toda la sociedad, todo el universo, en el gran movimiento que hace pasar a los hombres y al mundo de la muerte a la vida en el misterio de la Pascua del Señor. Juntos queremos hacer comprender que la liturgia está instituida por Dios y no por los hombres. De hecho, el hombre es sencillamente incapaz de fabricar un culto *ex nihilo*. Porque, como dice Moisés al faraón, «nosotros no sabemos con qué hemos de dar culto al Señor, hasta que lleguemos allí» (*Ex* 10, 26). Si Dios no se revela, el hombre solo encierra un espacio vacío.

En su libro [El espíritu de la liturgia](#)[19], Joseph Ratzinger escribía que «la liturgia debe mostrar a Cristo, dejar que se transparente en su presencia transfigurante a través de los signos, los gestos, las palabras que la Iglesia nos ha transmitido en sus ritos». ¿Qué sentido le da usted a este análisis?

Joseph Ratzinger quería hacer explícito lo que la *Sacrosanctum Concilium* expone con mucha claridad: «La Liturgia [...] contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia». Por eso afirmaba: «Dios actúa en la liturgia a través de Cristo y nosotros solo podemos actuar a través de Él y con Él»[20]. A través de la liturgia Jesús entra en nuestro corazón. Los sacerdotes deben procurar que Él ocupe el primer puesto para dejarle transparentarse, de modo que, al mirarnos a nosotros, los hombres vean a Jesús. Hemos de ser transparencia de Cristo.

En un mundo que nos saca constantemente de nosotros mismos, aprisionando al hombre en los bienes sensibles y materiales o en una absoluta privación de lo esencial, la liturgia es la puerta de nuestra unión con Dios mediante nuestra unión con Jesús. Nos prepara para la liturgia celestial que nos permitirá contemplar a Dios sin velos, cara a cara, para amarle eternamente. En la liturgia experimentamos la manifestación y la presencia operativa de Jesucristo si el sacerdote entra plenamente en el misterio pascual, que se celebra con fe, piedad y belleza en la sagrada Eucaristía.

El 7 de julio de 2007, Benedicto XVI promulgó Summorum pontificum, el Motu proprio sobre la liturgia romana anterior a la reforma de 1970. ¿Cuál es su punto de vista sobre este texto?

Personalmente, acogí *Summorum pontificum* con confianza, alegría y agradecimiento. Es como la señal y la prueba de que la Iglesia, *Mater et Magistra*, permanece atenta a todos sus hijos, teniendo en cuenta sus sensibilidades. Benedicto XVI quería promover la riqueza de distintas expresiones espirituales, siempre que conduzcan a una auténtica y verdadera comunión eclesial y a un resplandor más luminoso de la santidad de la Iglesia.

Creo que este *Motu proprio* recoge la voluntad de los Padres conciliares. No deberíamos pasar por alto lo que manifestaba la *Sacrosanctum Concilium*: «La liturgia consta de una parte que es inmutable por ser la institución divina, y de otras partes sujetas a cambio, que en el decurso del tiempo pueden y aun deben variar, si es que en ellas se han introducido elementos que no responden bien a la naturaleza íntima de la misma liturgia o han llegado a ser menos apropiados».

En la carta que acompañaba al *Summorum pontificum* escribía Benedicto XVI: «Las dos formas del uso del Rito romano pueden enriquecerse mutuamente: en el Misal antiguo se podrán y deberán incluir nuevos santos y algunos de los nuevos prefacios. En la celebración de la Misa según el Misal de Pablo VI se podrá manifestar, de un modo más intenso de lo que a menudo se ha hecho hasta ahora, aquella sacralidad que atrae a muchos hacia el uso antiguo. La garantía más segura de que el Misal de Pablo VI pueda unir a las comunidades parroquiales y sea amado por ellas consiste en celebrar con gran reverencia, de acuerdo con las prescripciones; esto hace visible la riqueza espiritual y la profundidad teológica de este Misal».

Es probable que en la celebración de la misa según el antiguo misal comprendamos mejor que la misa es un acto de Cristo y no de los hombres. Por otra parte, su carácter misterioso y mistagógico se percibe de un modo más inmediato. Aunque participemos activamente en la misa, esta no es acción nuestra, sino de Cristo. En su carta apostólica *Vicesimus quintus annus*, Juan Pablo II escribió: «¿En qué consiste esta participación activa? ¿Qué es lo que hay que hacer? Desgraciadamente, esta expresión se interpretó muy pronto de una forma equivocada, reduciéndola a su sentido exterior: a la necesidad de una actuación general, como si se tratase de poner en acción al mayor número posible de personas, y con la mayor frecuencia posible. Sin embargo, la palabra “participación” remite a una acción principal, en la que todos tenemos que tomar parte. Por tanto, si se quiere descubrir de qué acción se trata, hay que averiguar, antes que nada, cuál es esa verdadera “*actio*” central, en la que deben participar todos los miembros de la comunidad [...]. Con el término *actio*, referido a la liturgia, se alude en las fuentes a la plegaria eucarística. La verdadera acción litúrgica, el acto verdaderamente litúrgico, es la *oratio* [...]. Esta *oratio* –la solemne plegaria eucarística, el “canon”– es, en realidad, algo más que una serie de palabras, es *actio* en el sentido más relevante del término. Lo que, en gran medida, ocurre en ella es que la *actio* humana (tal y como se ha llevado a

cabo por los sacerdotes en las distintas religiones) pasa a un segundo término, dejando paso a la *actio* divina, a la actuación de Dios».

El *Motu proprio Summorum pontificum* intenta reconciliar las dos formas del rito romano y pretende ante todo ayudarnos a redescubrir la sacralidad de la santa misa como *actio Dei* y no de los hombres. De este modo aborda un aspecto sumamente importante: el problema de una indisciplina extendida, la falta de respeto y de fidelidad al rito, que puede afectar incluso a la validez de los sacramentos.

Hay a quienes les preocupa una crisis de la liturgia dentro de la Iglesia. ¿Tienen razón?

Desgraciadamente, creo que tienen razón en inquietarse y temer lo peor... Resulta cada vez más evidente que el hombre pretende ocupar el lugar de Dios. Entonces la liturgia se convierte en un mero juego humano. Si las celebraciones litúrgicas pasan a ser autocelebraciones humanas y lugares de aplicación de nuestras ideologías pastorales y de opciones políticas partidistas, ajenas a un culto espiritual que se debe celebrar del modo querido por Dios, el peligro es enorme. Porque, en ese caso, Dios desaparece.

El pasado diciembre el cardenal Reinhard Marx, presidente de la conferencia episcopal alemana, declaraba: «La búsqueda de un acompañamiento teológicamente responsable y pastoralmente adecuado para los católicos cuyo matrimonio se ha roto y se encuentran civilmente divorciados y vueltos a casar, forma parte de los desafíos urgentes de la pastoral matrimonial y familiar en el contexto de la evangelización». ¿Cuál es su opinión sobre este asunto, que es una de las cuestiones planteadas en el sínodo de octubre de 2014

Respeto mucho al cardenal Reinhard Marx. Pero esta afirmación tan general me parece la expresión de una mera ideología que se quiere imponer a toda la Iglesia a marchas forzadas. Por propia experiencia, y en especial tras veintitrés años como arzobispo de Conakri y nueve como secretario de la Congregación para la Evangelización de los pueblos, la cuestión de los «fieles divorciados o divorciados que se han vuelto a casar civilmente» no es un desafío urgente en el caso de las Iglesias africana y asiática. Se trata, por el contrario, de una obsesión de determinadas Iglesias occidentales, deseosas de imponer soluciones calificadas de «teológicamente responsables y pastoralmente adecuadas», que contradicen radicalmente la enseñanza de Jesús y del magisterio de la Iglesia.

La principal urgencia en los países de misión consiste en estructurar una pastoral cuyo único objetivo sea responder a la pregunta: ¿qué es ser verdaderamente cristiano en

la actual situación histórica y cultural de nuestras sociedades globalizadas? ¿Cómo formar cristianos audaces y generosos, discípulos celosos de Jesús? Para un cristiano adulto, la fe en Cristo no puede ser una intuición, una emoción o un sentimiento. Para un cristiano, la fe debe convertirse en la forma, en el molde de toda su vida privada y pública, personal y social.

Sean cuales sean los problemas actuales, los discípulos de Cristo tienen que hacer valer sin reticencias y sin componendas, en la teoría y en la práctica, las exigencias de la fe en Cristo, que son las exigencias y los preceptos de Dios.

La segunda urgencia es formar familias cristianas sólidas, porque la Iglesia, que es la familia de Dios, se construye sobre la base de las familias cristianas sacramentalmente unidas y testigos de ese Misterio trascendente dado eternamente por Cristo.

La verdad del Evangelio debe vivirse siempre en el difícil crisol del compromiso en plena vida social, económica y cultural. Frente a la crisis moral, y en especial la del matrimonio y la familia, la Iglesia puede contribuir a la búsqueda de soluciones justas y constructivas, pero no tiene más posibilidades que participar apelando vigorosamente a lo que la fe en Jesucristo aporta de propio y único a la iniciativa humana. En ese sentido, es imposible imaginar cualquier distorsión entre el magisterio y la pastoral. La idea de guardar el magisterio dentro de un bonito cofre, separándolo de la práctica pastoral, que podría evolucionar según las circunstancias, las modas y las pasiones, es una forma de herejía, una peligrosa patología esquizofrénica.

Por eso, afirmo solemnemente que la Iglesia de África se opondrá con firmeza a cualquier rebelión en contra de la enseñanza de Jesús y del magisterio.

Si se me permite un dato histórico, en el siglo IV la Iglesia de África y el concilio de Cartago proclamaron el celibato sacerdotal. Más tarde, en el siglo XVI, ese mismo concilio africano fue la base en la que se apoyó Pío IV para hacer frente a las presiones de los príncipes alemanes, que pedían que se autorizara el matrimonio de los sacerdotes. También hoy la Iglesia de África se compromete en nombre de nuestro Señor Jesucristo a mantener invariable la enseñanza de Dios y de la Iglesia sobre la indisolubilidad del matrimonio: lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

¿Cómo puede un sínodo retractarse de la enseñanza constante, unificada y exhaustiva del beato Pablo VI, de san Juan Pablo II o de Benedicto XVI?

Confío plenamente en la fidelidad de Francisco.

En enero de 2015 tuve el honor de acompañarle durante su viaje a Sri Lanka y a Filipinas. En Manila, sus palabras acerca de la familia fueron especialmente vigorosas: «Estemos atentos a las nuevas colonizaciones ideológicas. Existen colonizaciones ideológicas que buscan destruir la familia. No nacen del sueño, de la oración, del encuentro con Dios, de la misión que Dios nos da. Vienen de fuera, por eso digo que son colonizaciones. No perdamos la libertad de la misión que Dios nos da, la misión de la

familia. Y así como nuestros pueblos en un momento de su historia llegaron a la madurez de decirle “no” a cualquier colonización política, como familia tenemos que ser muy, muy sagaces, muy hábiles, muy fuertes para decir “no” a cualquier intento de colonización ideológica sobre la familia. Y pedirle a san José, que es amigo del ángel, que nos mande la inspiración para saber cuándo podemos decir “sí” y cuándo debemos decir “no” [...].

»Pienso en el beato Pablo VI: en un momento en que se le proponía el problema del crecimiento de la población, tuvo la valentía de defender la apertura a la vida de la familia. Bien sabía él las dificultades que había en cada familia, y por eso en su Encíclica era tan misericordioso con los casos particulares. Y pidió a los confesores que fueran muy misericordiosos y comprensivos con los casos particulares. Pero él miró más allá, miró a los pueblos de la tierra y vio esta amenaza de destrucción de la familia por la privación de los hijos. Pablo VI era valiente, era un buen pastor y alertó a sus ovejas de los lobos que venían. Que desde el Cielo nos bendiga esta tarde».

En noviembre de 2014, a su regreso de un viaje al Líbano, planteaba usted una pregunta especialmente complicada: «¿Por qué permite Dios que se masacre a sus hijos más fieles, hasta la dolorosa ofrenda de su vida?». ¿Cómo se puede entender este interrogante?»

Los mártires constituyen la señal de que Dios sigue vivo en medio de nosotros. Su amor misericordioso se manifiesta de forma visible y tangible en Jesucristo, quien prometió no dejar a la Iglesia ni a los que han elegido seguirle con fidelidad: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Ahora su presencia es tangible en sus discípulos perseguidos: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Respondió: «¿Quién eres tú, Señor?». Y él: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9, 4-5). Los mártires no son solo la presencia física de Jesús en un mundo hostil y cerrado al Evangelio, sino también la respuesta más radical del hombre al amor de Dios. Porque no hay mayor prueba de amor que dar la vida por aquellos a quienes se ama. Dios se ha entregado a nosotros hasta morir. Con la muerte respondemos real y plenamente al amor de Dios.

En *Deus caritas est*, Benedicto XVI escribía con firmeza: «Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido, inaudita de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la “oveja perdida”, la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata solo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese

ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical».

También hoy, en la muerte cruel de tantos cristianos fusilados, crucificados, decapitados, torturados y quemados vivos, se cumple ese «ponerse Dios contra sí mismo» para dar nueva vida y salvar al mundo.

Según las estadísticas del *Pew Research Center Study* de enero de 2014, en una tercera parte de los 198 países encuestados se llevan a cabo graves persecuciones contra los cristianos. Muchos de los que se declaran de Cristo son perseguidos en todo el mundo. Hay numerosos historiadores que aseguran incluso que la mitad de los mártires cristianos de toda la historia de la Iglesia hallaron la muerte en el siglo XX.

Pero la sangre de los mártires cristianos habla un lenguaje distinto de la de Abel (*Hch* 12, 24): no exige venganza ni castigo, sino perdón y reconciliación. El mártir representa un testimonio de amor y un ejemplo de fe para quienes se abren al Dios de misericordia y de verdad. Eso explica el éxito inesperado en Francia de la película *De dioses y hombres*, que cuenta la historia de siete monjes cistercienses del monasterio de Tibhirine asesinados en marzo de 1996.

Por otra parte, ¿no son admirables las palabras del testamento de Shahbaz Bhatti, político católico pakistaní muerto a causa de su fe en marzo de 2011?: «Me han propuesto altos cargos de gobierno y se me ha pedido que abandone mi batalla, pero yo siempre me he negado, incluso poniendo en peligro mi vida. No quiero popularidad, no quiero posiciones de poder. Solo quiero un lugar a los pies de Jesús. Quiero que mi vida, mi carácter, mis acciones hablen por mí y digan que estoy siguiendo a Jesucristo. Este deseo es tan fuerte que consideraría un privilegio que, en este esfuerzo y en esta batalla por ayudar a los necesitados, a los pobres, a los cristianos perseguidos de Pakistán, Jesús quisiera aceptar el sacrificio de mi vida. Quiero vivir por Cristo y quiero morir por Él».

Da la impresión de estar escuchando de nuevo al mártir san Ignacio de Antioquía, llegado a Roma para padecer las peores injurias, para ser molido por los dientes de las bestias.

Tampoco puedo olvidar los rostros de Shahab Masih, de treinta años, y de su mujer Shama Bibi, de veinticuatro y embarazada, quemados vivos, arrojados a un horno de fabricar ladrillos el 4 de noviembre de 2014 en la provincia de Punjab, en Pakistán, dejando tres hijos. Shahab Masih y Shama Bibi murieron silenciosamente, como holocaustos ofrecidos al Dios del Amor. Pero el silencio de las víctimas no justifica la indiferencia culpable ante los miles de cristianos que mueren a diario. No se puede ignorar el grito de dolor del profeta Isaías: «El justo perece, pero nadie presta atención. Los hombres piadosos desaparecen, sin que nadie discierna que ante la maldad desaparece el justo» (*Is* 57, 1).

Mientras que hay cristianos que mueren por su fe y su fidelidad a Jesús, en

Occidente algunos hombres de Iglesia quieren reducir al mínimo las exigencias del Evangelio.

Llegamos incluso a utilizar la misericordia de Dios, silenciando la justicia y la verdad, para «acoger –según los términos de la *Relatio post disceptationem* del último Sínodo sobre la familia de octubre de 2014– los dones y cualidades que poseen las personas homosexuales para ofrecer a la comunidad cristiana». Este documento continuaba afirmando que «la cuestión homosexual nos apela a una reflexión seria sobre cómo elaborar caminos realistas de crecimiento afectivo y de madurez humana y evangélica integrando la dimensión sexual». En realidad, el verdadero escándalo no consiste en la existencia de pecadores, pues para ellos existen siempre la misericordia y el perdón, sino en la confusión entre el bien y el mal que se da entre los pastores católicos. Si hay hombres consagrados a Dios que ya no son capaces de comprender la radicalidad del mensaje del Evangelio y pretenden anestesiarlo, estamos errando el camino. Ahí está la auténtica falta de misericordia.

Mientras cientos de miles de cristianos viven todos los días con el miedo metido en el cuerpo, hay quienes desean evitar el sufrimiento de los divorciados vueltos a casar, que se sentirían discriminados al ser excluidos de la comunión sacramental. Pese a un estado de adulterio permanente, pese a una situación de vida que manifiesta un rechazo a la adhesión a la Palabra que hace de quienes están sacramentalmente casados signo revelador del misterio pascual de Cristo, algunos teólogos quieren permitir el acceso de los divorciados vueltos a casar a la comunión eucarística. La supresión de esta prohibición de la comunión sacramental a los divorciados casados de nuevo, que a sí mismos se han autorizado para ignorar la palabra de Cristo –«lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt* 19, 6)–, significaría claramente la negación de la indisolubilidad del matrimonio sacramental.

En *L'Obéissance du Christ et le mystère de piété*^[21], Aline Lizotte, célebre teóloga y directora del Instituto Karol Wojtyła, escribe con acierto: «La verdad de la unión conyugal solo se ejerce dentro de un matrimonio que conlleva la unión estable de un hombre y una mujer, cuyo consentimiento públicamente manifestado implica una comunión radical de los dones de uno y otro, con el fin de transmitir al hijo el misterio de la persona. Dentro de la Iglesia de Cristo, las demás formas de unión sexual, aun cuando contengan elementos que les permiten asemejarse al matrimonio sacramental, constituyen objetivamente obstáculos a la plenitud de la vida conyugal, tal como es querida por el Creador y tal como la afirma Cristo. Para un bautizado, decir que la unión de hecho, el concubinato o el matrimonio civil pueden constituir objetivamente elementos positivos hacia la plenitud sacramental es querer reescribir la historia de la salvación al revés».

Hoy día existen un enfrentamiento y una rebelión contra Dios, una batalla organizada contra Cristo y su Iglesia. No se puede entender que haya pastores católicos que sometan

a votación la doctrina, la ley de Dios y la enseñanza de la Iglesia sobre la homosexualidad, el divorcio y los segundos matrimonios, como si a partir de ahora la Palabra de Dios y el magisterio tuvieran que ser sancionados y aprobados por el voto de la mayoría.

Los hombres que construyen y organizan estrategias para matar a Dios, para destruir la doctrina y la enseñanza seculares de la Iglesia, serán devorados y llevados por su victoria terrenal a la gehenna eterna.

¿Qué camino emprenderíamos en el próximo Sínodo sobre la familia si separáramos el culto, la ley y la ética? En *El espíritu de la liturgia*^[22], Joseph Ratzinger escribía: «En la Alianza del Sinaí los tres aspectos culto-derecho-ethos se entremezclan de forma inextricable. Un derecho que no se fundamente en la moral se convierte en injusticia; una moral y un derecho que no proceden de la referencia a Dios degradan al ser humano, porque le despojan de su medida y de sus posibilidades más altas y le privan de la mirada hacia lo eterno y lo infinito: con esta aparente liberación queda sometido a la dictadura de las mayorías dominantes, a las medidas humanas fortuitas que terminan por hacerle violencia [...]. Tampoco se pueden separar del todo el culto y el derecho: Dios tiene derecho a una respuesta por parte del hombre, tiene derecho al hombre mismo, y donde este derecho de Dios desaparece por completo, se desintegra el orden jurídico humano, porque falta la piedra angular que le dé cohesión».

Es urgente que Occidente fije su mirada en Dios y en el Crucificado, en «Aquel a quien traspasaron»; que recupere su confianza y su fidelidad al Evangelio; que se sobreponga a su cansancio y no se niegue a escuchar «lo que el Espíritu dice a las Iglesias», aunque sean africanas...

¿La eternidad en tres palabras?

Vida, amor y comunión.

La eternidad es un inmenso torbellino, un ascenso sin retorno, una inmersión en la vida de Dios, en el amor de Dios y en la comunión trinitaria de Dios.

La eternidad es el presente. La eternidad está en el hueco de la mano. La eternidad es una semilla de fuego cuyas repentinas raíces rompen las barreras que impiden a nuestros corazones ser un abismo.

La eternidad eres Tú, Señor. Y a ti te encontramos en el amor y en la comunión: Tú en mí y yo en ti; y Tú en ellos y ellos conmigo para la eternidad.

¿Por qué escribió san Agustín en La ciudad de Dios estas maravillosas palabras: «Dios no habla, pero su voz es nítida; ilumina poco, pero su luz es clara»?

Dios es un amante silencioso y un faro tan brillante que resulta invisible. El verdadero

amor no habla. ¿No son las sonrisas sin palabras las más hermosas? El silencio de Dios es una voz, la más profunda de todas.

Toda la creación habla de Dios a través de su maravilloso silencio. En la noche pascual nacen todas nuestras vidas.

Nuestra vida de fe suele avanzar en la oscuridad. Cuantas más pruebas debe afrontar la fe, más se fortalece. Las noches de la fe siempre acaban encontrando la débil luz de Dios.

Dios siempre estuvo presente en la vida de san Agustín. En los momentos de confusión, el Cielo quizá parecía más sigiloso. Sin embargo, Él velaba incansable, y Agustín acabó respondiendo a una voz que no hablaba. Siguió buscando hasta su último aliento de vida. En las *Confesiones* del obispo de Hipona encontramos estas maravillosas palabras:

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé!
Y ves que tú estabas dentro de mí y yo fuera,
y por fuera te buscaba;
y deforme como era me lanzaba
sobre estas cosas hermosas que tú creaste.
Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo.
Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,
si no estuviesen en ti, no serían.
Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera;
brillaste y resplandeciste, y sanaste mi ceguera;
exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti;
gusté de ti, y siento hambre y sed;
me tocaste, y abraséme en tu paz.
Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser,
ya no habrá más dolor ni trabajo para mí,
y mi vida será viva, llena toda de ti.
Mas ahora, como al que Tú llenas lo elevas,
me soy carga a mí mismo,
porque no estoy lleno de ti.

Nuestro mundo se halla a menudo tan confuso como san Agustín.
Busca ardientemente, sin saber dónde se encuentra la verdad.
Busca mil caminos para llegar a creer en la vida eterna.
Busca en mil paraísos artificiales la felicidad, la sencillez y la belleza.

En medio de la niebla y de la luz, nuestro mundo busca a su Padre y su Dios.

Porque el corazón del hombre –del hombre que le conoce o del que aún le está buscando– cuenta ya con la presencia luminosa de Dios.

[14] Homilía en la misa de apertura de la II Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos, 4 de octubre de 2009.

[15] Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1994.

[16] Merton, Thomas, *Le Signe de Jonas*, Albin Michel, París 1955.

[17] Père Jérôme, *Écrits monastiques*, Sarmant, Montrouge 2002.

[18] Homilía de Benedicto XVI. *Vísperas marianas con religiosos y seminaristas de Baviera*. 11 de septiembre de 2006.

[19] Ratzinger, Joseph, *El espíritu de la liturgia*, op. cit.

[20] *Une histoire de la messe*, texto precedido por dos conferencias del cardenal Ratzinger en Fontgombault, La Nef, 2009, p. 26.

[21] Lizotte, Aline, *L'Obéissance du Christ et le mystère de piété*, AFCP, Avignon 2007.

[22] Ratzinger, Joseph, *El espíritu de la liturgia*, op. cit.

Índice

Prólogo

1. Los signos de Dios en la vida de un niño africano
2. La estrella de los Reyes Magos
3. De Pío XII a Francisco: los papas de una vida
4. En busca de la Iglesia
5. Las piedras angulares y los falsos valores
6. Cuestiones del mundo posmoderno
7. Para permanecer en la verdad
8. El misterio de la iniquidad y las grandes dudas
9. Evangelii gaudium: la alegría del evangelio según el papa Francisco
10. Dios no habla, pero su voz es nítida